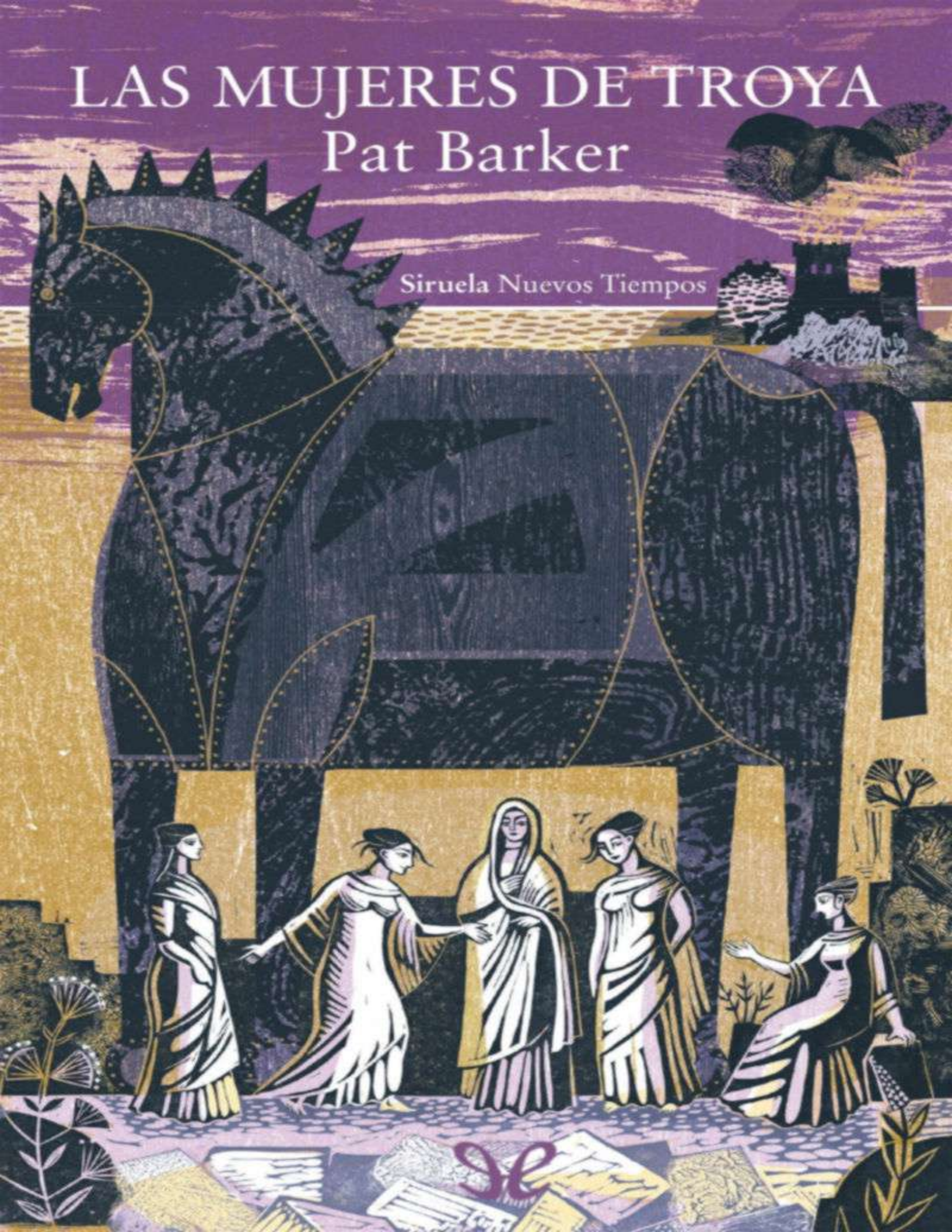


LAS MUJERES DE TROYA

Pat Barker

Siruela Nuevos Tiempos



Helena y su inigualable belleza, que resultó ser solo un hueso que los perros rabiosos se disputan, Casandra, cuyas profecías nadie atiende a menos que un varón las enuncie, la obcecada Amina, con la mirada fija en las ruinas, decidida a vengar la muerte de su rey, Hécuba aullando de dolor en la silenciosa orilla, como si sus gritos pudieran alcanzar los pasillos del Hades y despertar a los muertos, y Briseida, que lleva en su vientre al hijo del héroe caído... ¡Ay, las mujeres de Troya, atrapadas de nuevo en la ciega lucha de los hombres!

Una mirada magistral desde la perspectiva de las no combatientes, una novela memorable y poderosa sobre el más grande de los mitos griegos por la autora de «El silencio de las mujeres».

Troya ha caído. Los griegos han ganado su amarga guerra. Ahora solo necesitan un buen viento para levantar velas y regresar victoriosos a casa. Pero los vengativos dioses mantienen el mar en contra, por lo que los guerreros permanecen en el limbo, acampados a la sombra de la ciudad que destruyeron, acompañados por las mujeres que raptaron.

«En la Ilíada, esa oda a la destrucción causada por la agresión masculina, las mujeres son el objeto a través del cual los hombres luchan entre sí para afirmar su estatus. Las diosas siempre tienen algo que decir, pero las mortales suelen permanecer en silencio y si hablan es solo para lamentarse: por la caída de Troya, por sus hijos, padres y esposos muertos, y por su propia libertad, tomada a la fuerza tanto por los vencedores como por los vencidos».

En las entrañas del caballo: calor, oscuridad, sudor y miedo. Parecen aceitunas en un tarro a rebosar. Él odia ese contacto con los otros cuerpos. Lo ha odiado siempre. Incluso la carne humana limpia y perfumada le da ganas de vomitar —y estos hombres apestan—. Sería mejor que se quedaran quietos: pero no. Todos se mueven. Cambian de postura continuamente intentando ganar un poco más de espacio para sus hombros, entrelazándose y retorciéndose como gusanos en una mierda de caballo.

Gusanos.

La palabra lo hace remontarse atrás, muy atrás en el tiempo hasta la casa de su abuelo. De niño —lo que algunos piensan que todavía es—, solía bajar a las caballerizas todas las mañanas, corriendo por el camino que había entre los altos setos, respirando el denso aire mientras las ramas desnudas resplandecían bajo la luz rojiza. Al doblar la curva, veía al pobre viejo Rufo de pie junto a la valla del primer potrero —casi se diría, más bien, apoyándose en ella—. Había aprendido a montar con Rufo; igual que casi todos, porque Rufo era un caballo extraordinariamente tranquilo. Bromeaban con que, si te empezabas a caer, él extendía una pezuña y te empujaba hacia atrás para impedirlo. Todos sus recuerdos de cuando aprendía a montar eran felices: él saltaba la valla e iba a darle un buen rascado a Rufo en todos los sitios a los que él no llegaba, y luego le soplaba en los ollares, y el aliento de ambos se mezclaba produciendo un cálido sonido de aspiración. El sonido de la seguridad.

Dios, cuánto quería a aquel caballo —más que a su madre, incluso más que a su niñera, de la que lo habían apartado en cuanto cumplió los siete años—. Rufo. Hasta el nombre había creado un vínculo: Rufo y Pirro.

Ambos significan «rojo». Y allí estaban los dos, con su pelo espectacularmente rojo, aunque la verdad es que, en el caso de Rufo, su color era más castaño que caoba. Cuando era un caballo joven, su pelaje resplandecía como los primeros castaños del otoño, pero por supuesto ya era viejo. Y estaba enfermo. El último invierno un mozo de cuadra había dicho: «Se le empiezan a ver las costillas». Y desde entonces todos los meses había ido perdiendo peso, los huesos de la pelvis se le habían ido marcando cada vez más y los hombros se le habían vuelto puntas afiladas —empezaba a parecer un esqueleto—. Ni siquiera la abundante hierba del verano había podido hacerlo engordar. Cierta día, al ver a un mozo de cuadra recogiendo un montón de excrementos sueltos con una pala. Pirro había preguntado:

—¿Qué es eso?

—Gusanos —le respondió el hombre—. Se están comiendo a la pobre criatura.

Gusanos.

Y esa sola palabra lo devuelve al infierno.



Al principio tenían permitidas las velas de junco, si bien con la severa advertencia de que estas debían apagarse en cuanto el caballo se empezara a mover. Eran luces débiles y parpadeantes, pero sin ellas se habrían ahogado en la avalancha de oscuridad y miedo. Sí, miedo. Lo negaría si pudiera, pero ahí está, sin ninguna duda, en la sequedad de la boca y en la descomposición del vientre. Intenta rezar, pero ningún dios oye; así que cierra los ojos y piensa: «padre». La palabra resulta incómoda, como una espada nueva cuando los dedos aún no se han hecho a su empuñadura. ¿Había visto a su padre alguna vez? Si fue así, habría tenido que ser cuando era muy pequeño, demasiado como para recordar el encuentro más importante de su vida. Lo intenta con «Aquiles» en su lugar —y la verdad es que resulta más fácil, más cómodo, llamarlo por el mismo nombre que utilizaría cualquier otro en el ejército.

Observa la fila de hombres frente a él y ve sus rostros iluminados desde abajo, mientras pequeñas llamas bailan en sus ojos. Esos hombres lucharon

junto a su padre. Allí está Odiseo: moreno, enjuto, con aspecto de hurón, fue el arquitecto de todo el plan.

Él ideó el caballo, supervisó su construcción, capturó y torturó a un príncipe troyano para obtener detalles de las defensas de la ciudad —y finalmente urdió la historia que suponía que iba a abrirles sus puertas—. Si fallaba, todos los líderes del ejército griego morirían en una sola noche. ¿Cómo se soporta esa responsabilidad? Y, sin embargo, Odiseo no parece preocupado en absoluto. Sin proponérselo, Pirro llama su atención y Odiseo sonríe. Oh, sí, sonríe; parece amistoso, pero ¿qué estará pensando en realidad? ¿Querría que Aquiles estuviera aquí en lugar del mocoso inútil de su hijo? En fin, si es así, tiene razón; Aquiles debería estar aquí. *Él* no habría tenido miedo.

Al seguir recorriendo la fila, ve a Alcimo y a Automedonte, sentados el uno junto al otro; en otro tiempo los ayudantes de Aquiles, y ahora los suyos. Aunque eso tampoco es exactamente así. Ellos tienen el control —protegen a un comandante inexperto, disimulan sus errores, lo hacen quedar bien en todo momento a ojos de los hombres—. Pero hoy, esta noche, todo eso va a cambiar. Después de esta noche mirará a los ojos de los hombres que lucharon junto a Aquiles y no verá más que respeto, respeto hacia lo que él logró en Troya. Y claro que él no iría presumiendo de ello; ni siquiera lo mencionaría. No, porque no le haría falta: todo el mundo lo sabría; siempre es así. Ve que los hombres se quedan mirándolo algunas veces, dudando de él. Pero eso no volverá a pasar después de esta noche... Esta noche él...

Dios, qué ganas de cagar. Se sienta más derecho, intentando ignorar el retortijón en las tripas. Cuando treparon al caballo, hubo muchas bromas sobre dónde iban a poner los cubos de letrina. «En el culo», había dicho Odiseo. «¿Dónde iba a ser?». Aquello arrancó carcajadas a costa de los que iban sentados detrás. Nadie ha usado los cubos todavía y por nada del mundo quiere ser el primero. Los ve a todos tapándose la nariz y moviendo el aire con las manos. Esto no es justo; esto no es justo. Debería estar pensando en cosas importantes; la guerra que termina esta noche con fulgores de gloria —para él—. Se ha entrenado para esto durante años; desde que tuvo edad para levantar una espada. Incluso antes de eso, cuando

tenía cinco o seis años, ya luchaba con palos afilados y siempre andaba aporreando a su niñera mientras ella trataba de calmarlo. Y ahora iba a ocurrir, por fin había llegado el momento, y lo único que podía pensar era: «¿Y si me cago?».

El retortijón parecía estar aliviándose un poco. Tal vez se le pasara.

Fuera todo se había quedado muy tranquilo. Durante días se había oído el ruido de la carga de los barcos, los cantos de los hombres, los tambores que sonaban, las bramaderas que rugían, los himnos de los sacerdotes, y todo lo más estruendosamente posible, pues la intención era que lo oyesen los troyanos. Tenían que creer que los griegos se iban de verdad. No podía quedar nada en el interior de las cabañas, pues lo primero que harían sería enviar partidas de reconocimiento a la playa para comprobar que verdaderamente habían abandonado el campamento. No bastaba con mover los hombres y las armas. Mujeres, caballos, muebles, ganado... Todo tenía que desaparecer.

Dentro del caballo crece ahora un murmullo de inquietud. No les gusta ese silencio; los hace sentirse abandonados. Retorciéndose en el banco, Pirro intenta asomarse por una ranura entre dos tablas, pero no ve una mierda. «¿Qué cojones está pasando?», pregunta alguien. «Nos os preocupéis», dice Odiseo. «Volverán». Y solo unos minutos después oyen unos pasos que se dirigen hacia ellos por la playa seguidos de un grito: «¿Todo bien ahí dentro?». Se oye un murmullo a modo de respuesta. Luego, tras lo que parecen horas, aunque probablemente solo son unos minutos, el caballo da un tirón hacia adelante. Odiseo levanta la mano y una a una las luces se apagan.

Pirro cierra los ojos e imagina las espaldas sudorosas de los hombres que se inclinan para tirar del monstruo por la tierra rugosa hasta Troya. Tienen rodillos para ayudarse, pero aun así les lleva mucho tiempo —la tierra está llena de los hoyos y grietas que han dejado diez largos años de guerra—. Saben que se están acercando cuando los sacerdotes empiezan a cantar un himno en honor de Atenea, guardiana de ciudades. ¿Guardiana de ciudades? ¿En serio? Esperemos que no esté guardando esta puta ciudad. Por fin las sacudidas terminan y los hombres que van dentro del caballo se miran unos a otros; sus rostros apenas una mancha pálida bajo la débil luz.

¿Ya está? ¿Ya han llegado? Otro himno a Atenea, y luego, después de tres gritos finales de alabanza a la diosa, los hombres que han arrastrado el caballo hasta las puertas de Troya se marchan.

Sus voces, que aún entonan himnos y oraciones, se diluyen en el silencio. Alguien susurra: «¿Y ahora qué?». Y Odiseo responde: «Esperamos».



Un pellejo de cabra lleno de vino aguado pasa de mano en mano, aunque no se atreven más que a mojarse los labios. Los cubos ya están llenos por encima de los dos tercios de su capacidad y, como dice Odiseo, un caballo de madera que empiece a mear podría levantar sospechas. Hace calor aquí; el lugar apesta a resina de los troncos de pino recién cortados —y algo muy extraño ha empezado a ocurrir, porque puede saborear la resina y oler el calor—. Le quema el interior de las fosas nasales. Y no es el único que lo pasa mal. A Macaón le caen los chorros de sudor; él soporta mucho más peso que los hombres más jóvenes, que están tan flacos como los perros salvajes que ahora andarán olisqueando las puertas de las cabañas vacías y preguntándose a dónde se habrá ido la gente. Pirro intenta imaginar el campamento desierto: el salón al que entró por primera vez una semana después de la muerte de su padre para sentarse en la silla de Aquiles, descansar las manos sobre las cabezas de león de montaña talladas, enroscar los dedos sobre sus bocas abiertas igual que había hecho Aquiles una noche tras otra, y sentirse durante todo el tiempo como un impostor, un chiquillo al que han dejado acostarse más tarde. Si hubiera bajado la vista, habría visto sus piernas colgando a dos palmos del suelo.

A la mañana siguiente podía estar muerto, pero no tenía sentido pensar así: el último día de un hombre llega cuando tiene que llegar y no hay nada que se pueda hacer para retrasarlo. Mira a un lado y a otro y ve su propia tensión reflejada en todos los rostros. Incluso Odiseo ha empezado a morderse la uña del pulgar. Los troyanos tienen que saber ya que los barcos han zarpado y que los griegos han abandonado el campamento, pero ¿se lo creerán? Príamo ha gobernado Troya durante cincuenta años; es un zorro

demasiado viejo como para tragarse un truco como este. El caballo es una trampa, una trampa brillante, sí, pero ¿quiénes van dentro?

Odiseo levanta la cabeza y escucha, y un segundo después todos lo oyen: un murmullo de voces troyanas, curiosas, nerviosas. ¿Qué es esto? ¿Qué hace aquí? ¿De verdad los griegos se han ido y han vuelto a sus hogares dejando este regalo extraordinario? «Extraordinariamente inútil», dice alguien. «¿Cómo puedes decir que es inútil si no sabes para qué sirve?». «No sabemos para qué sirve, pero sí sabemos una cosa: no hay que fiarse de los putos griegos». Se oyó un rugido de aprobación. «Además, ¿cómo sabemos que está vacío? ¿Cómo sabemos que no hay nadie dentro?». Las voces bordean ya el límite entre la sospecha y el pánico. «Prendámosle fuego». «Eso es, vamos a quemar esta mierda. Así sí que sabremos si hay alguien dentro». La idea tiene éxito y pronto todos corean: «¡A quemarlo! ¡A quemarlo! ¡A quemarlo!». Pirro mira a su alrededor y ve dibujado en todos los rostros el miedo; no, más que miedo: terror. Son hombres valientes, lo más selecto del ejército griego, pero el hombre que diga que no teme al fuego es un mentiroso o un estúpido.

¡A quemarlo! ¡A quemarlo! ¡A quemarlo!

Una caja de madera atestada de hombres —arderá como una pira funeraria embadurnada de manteca de cerdo—. ¿Y qué harán los troyanos cuando oigan los gritos? ¿Correrán en busca de cubos de agua? Y una mierda. Se quedarán allí mismo riéndose de nosotros. El ejército volverá solo para encontrarse tablones negros y cadáveres achicharrados con los puños cerrados en la postura pugilística típica de los que han muerto a causa del fuego. Y allí arriba, en la muralla, los troyanos estarán esperándolos. Él no es un cobarde: de verdad no lo es: subió a ese maldito caballo dispuesto a morir, pero le jode pensar que va a morir como un cerdo asado en un espetón. Mejor salir de una vez y luchar...

Está a medio camino de ponerse de pie cuando una punta de lanza aparece entre las cabezas de dos de los hombres que tiene sentados enfrente. Ve que sus rostros se quedan blancos de la impresión. Inmediatamente, todo el mundo se dirige hacia el fondo de las tripas del caballo, tan lejos de los costados como pueden. Fuera, una mujer está gritando a pleno pulmón: «¡Es una trampa! ¿No veis que es una trampa?». Y a continuación se oye

otra voz, esta vez de un hombre, anciano pero no débil, que transmite gran autoridad. Solo puede ser Príamo. «Casandra», dice. «Vuelve a tu casa ya. Vuelve a tu casa».

Dentro del caballo, los hombres empiezan a dirigir miradas acusadoras a Odiseo, de quien ha sido el plan, pero este se limita a encogerse de hombros y a mostrar las palmas de las manos.

Fuera se oye un nuevo griterío. Los vigías han descubierto a alguien merodeando por las puertas de la ciudad, y ahora lo llevan a rastras ante Príamo y lo obligan a arrodillarse. Y entonces, al fin, tras mucho esperar. Sinón empieza a hablar, con voz insegura al principio, pero que va fortaleciéndose a medida que se lanza de lleno a contar su historia. Pirro mira a Odiseo y ve sus labios moverse al unísono con las palabras de Sinón. Ha estado preparándolo durante tres semanas, paseando ambos arriba y abajo por la arena durante horas, repasando la historia una y otra vez e intentando prever todas las preguntas que los troyanos podrían hacerle.

Cada detalle es de lo más convincente; cómo los griegos creen que los dioses los han abandonado —y en especial Atenea, a la que han ofendido gravemente—. El caballo es una ofrenda y debe ser llevada a su templo de inmediato. Pero la cuestión no está en los detalles. En realidad todo depende de cómo Odiseo ha sabido leer el carácter de Príamo. De niño, cuando no contaba más de siete años, a Príamo lo habían capturado en una guerra para pedir su rescate. Solo y sin amigos, obligado a vivir en una tierra extranjera, se volvió a los dioses en busca de consuelo, y en especial a Zeus Xenio, el dios de la hospitalidad hacia los extranjeros. Bajo el reinado de Príamo, Troya siempre se había mostrado dispuesta a acoger a aquellos que habían perdido el favor de sus propios compatriotas. La historia de Odiseo está pensada para que cada detalle aproveche la fe de Príamo y la convierta en debilidad. Y, si el plan no funciona, desde luego no será por culpa de Sinón, que lo pone todo de su parte y eleva a los cielos un lamento conmovedor para decir: «Por favor, por favor, apiadaos de mí. No puedo volver con los míos. Me matarán si vuelvo».

«Dejadlo ir», dice Príamo, que a continuación, dirigiéndose obviamente a Sinón, añade: «Bienvenido a Troya».



No mucho después, se oye un ruido de cuerdas que echan el lazo al cuello del caballo, y este empieza a moverse. Solo unos metros más adelante se nota la sacudida de un alto: permanecen allí clavados durante varios minutos agónicos, y luego emprenden la marcha a trompicones de nuevo. Pirro se asoma a través de una ranura entre las tablas —siente el aire de la noche inesperadamente fresco en los párpados—, y lo único que ve es un muro de piedra. Pero eso le basta para saber que van a cruzar las puertas Esceas para entrar en Troya. Se miran unos a otros con los ojos abiertos de par en par. Silenciosos. Fuera, los troyanos —hombres, mujeres y niños— cantan himnos en honor de Atenea, guardiana de las ciudades, mientras tiran del caballo hacia dentro. Se oye el parloteo nervioso de los chiquillos que «ayudan» a sus padres a tirar de las cuerdas.

Entretanto, algo raro le está pasando a Pirro. Quizá sea solo la sed, o el calor, que es peor que nunca, pero le parece estar viendo el caballo desde fuera. Ve su cabeza al nivel de los tejados de los palacios y templos mientras lo arrastran lentamente por las calles. La sensación es extraña: estar encerrado a cal y canto en la oscuridad y, sin embargo, poder ver las amplias calles y plazas y la muchedumbre de troyanos enfervorecidos que se apiñan a los pies del caballo. No cabe un alfiler. Son como hormigas que hubieran descubierto la crisálida de un insecto lo bastante grande como para alimentar a sus vástagos durante semanas y lo arrastraran triunfalmente hasta su agujero sin darse cuenta de que, cuando la pupa dura y brillante se abra, supondrá la muerte de todas.

Por fin terminan las sacudidas y balanceos. A estas alturas todos dentro del caballo están mareados. Más plegarias, más himnos: los troyanos abarrotan el templo de Atenea para dar las gracias a la diosa por la victoria. Y entonces empiezan las celebraciones: cantan, bailan, beben y beben. Los soldados griegos escuchan y esperan. Pirro intenta encontrar espacio para extender las piernas; tiene un calambre en la pantorrilla derecha a causa de la deshidratación y de llevar demasiado tiempo sentado en la misma postura encogida. La oscuridad ahora es más profunda, pues no hay luna que arroje algo de luz a través de las ranuras en los costados del caballo —se eligió

una noche sin luna para el ataque—. De vez en cuando, un puñado de juerguistas borrachos pasa tambaleándose y sus antorchas encendidas proyectan manchas de tigre sobre los rostros de los hombres que esperan dentro. La luz arranca destellos en los cascos, las corazas y las hojas de sus espadas desenvainadas. Siguen esperando. A lo lejos, en la oscuridad, los negros y picudos barcos de la flota griega, que regresan, estarán dejando blancos surcos en el gris agitado del mar. Imagina los barcos entrando en la bahía con las velas plegadas mientras los remeros hacen su trabajo, y luego el chirrido de las quillas en los guijarros al tocar tierra con violencia.

Poco a poco, las canciones y los gritos se van desvaneciendo: los últimos borrachos han vuelto dando tumbos a sus casas o han acabado en alguna cuneta. ¿Y la guardia de Príamo? ¿Es probable que se haya mantenido sobria ahora que la guerra ha terminado y cree que han vencido y ya no queda nadie a quien combatir?

Al fin, a una señal de Odiseo, cuatro guerreros de los que van al fondo quitan dos tablones de los costados. El aire fresco de la noche entra de golpe: Pirro siente un hormigueo en la piel al tiempo que el sudor se evapora. Y entonces, uno a uno, en un torrente ordenado, los hombres empiezan a bajar por las escalas de cuerda y a formar un círculo al llegar al suelo. Hay algunos empujones delante porque todos los hombres se disputan el honor de salir el primero. A él nada de eso le importa: es uno de los primeros, y eso le basta. En el instante en que sus pies tocan el suelo, siente que la sacudida le recorre toda la espina dorsal. Los hombres dan patadas intentando recuperar la circulación de la sangre porque en cualquier momento tendrán que salir corriendo. Toma una antorcha de un candelero del templo y bajo su resplandor de luz roja ve a los últimos soldados caer pesadamente a tierra. El caballo está cagando hombres. Cuando están todos fuera, se miran unos a otros con la misma expresión adormilada de quien se acaba de despertar en el rostro. Están dentro. Poco a poco, la comprensión del hecho los invade como una imparable oleada. Ahora, en ese mismo instante, se encuentra allí donde su padre jamás pudo estar: en el interior de los muros de Troya. Ya no hay miedo. Todo se ha vuelto luz y claridad. Allí, en las tinieblas, están las puertas que han logrado que abran para dejar

entrar al ejército. Pirro aprieta con fuerza la empuñadura de su espada y echa a correr.

Una hora después, se halla en las escalinatas del palacio en el fragor de la batalla. Tras arrebatarse el hacha a un moribundo, empieza a abrirse camino con ella hasta sus puertas. La presión de los combatientes que empujan tras él le dificulta encontrar un buen golpe —les grita que retrocedan para dejarle espacio, pero tras cuatro o cinco intentos hay un hueco suficiente para pasar—, y después de eso es fácil, todo es fácil. Lanzándose a todo correr hacia el interior, siente la sangre de su padre palpitando en sus venas y estalla en gritos de triunfo.

A la entrada del salón del trono hay un sólido muro de guardias troyanos con los que los soldados griegos ya están forcejeando, pero él se desvía a la derecha en busca del pasadizo secreto que comunica los aposentos de Héctor —donde su viuda, Andrómaca, ahora vive a solas con su hijo— con las habitaciones privadas de Príamo. Esa es la información que Odiseo arrancó bajo tortura al príncipe que capturaron. Una puerta en la pared semioculta por una pantalla conduce a un pasillo apenas iluminado que desciende en una pendiente pronunciada —despide ese olor frío de los lugares mohosos que nadie usa—, y luego una escalera sube hasta la brillante luz de la sala del trono en la que Príamo se halla de pie frente al altar, inmóvil y expectante, como si toda su vida hubiera consistido en prepararse para ese momento. Están solos. Los sonidos de la lucha entre griegos y troyanos al otro lado del muro parecen extinguirse.

En silencio, se miran mutuamente. Príamo es viejo, tan asombrosamente viejo y frágil que casi no puede con el peso de la armadura. Pirro se aclara la garganta: un sonido extraño, como de disculpa, en medio de aquel vasto silencio. El tiempo parece haberse detenido y no sabe cómo volver a

ponerlo en marcha. Se acerca a los escalones del altar y anuncia su nombre como es obligación antes de iniciar la lucha:

—Soy Pirro, hijo de Aquiles.

De una manera increíble, imperdonable, Príamo sonríe y mueve la cabeza. Furioso ahora, Pirro pone el pie sobre el primer escalón y ve a Príamo prepararse para atacar —aunque cuando el anciano al fin arroja su lanza esta no logra atravesar el escudo y solo se queda clavada en él un momento, temblando, antes de caer ruidosamente al suelo—. Pirro se echa a reír, y el sonido de sus propias carcajadas lo libera. Sube los escalones de un salto, agarra a Príamo del pelo, le empuja la cabeza hacia atrás para dejar expuesta la escuálida garganta y...

Y nada.

Se ha pasado la última la hora en un estado casi frenético, como si sus pies no tocaran la tierra y la fuerza le cayera del cielo, pero ahora, cuando más necesita esa furia, le parece que se la estuvieran arrebatando. Levanta el brazo, pero la espada pesa y pesa. Advirtiendo su debilidad. Príamo consigue liberarse e intenta huir, pero tropieza en los escalones y cae. Pirro lo atrapa de inmediato, volviendo a agarrar su melena plateada, y eso es, eso es, es el momento, ahora, pero los cabellos son inesperadamente suaves, casi como los de una mujer, y aquel pequeño, insignificante detalle es suficiente. Raja el cuello del anciano y falla —estúpido, estúpido—, es como un niño de diez años intentando matar su primer cerdo, dando puñaladas sin que ninguno de los cortes sea lo bastante profundo como para matar. Con sus cabellos blancos y su rostro pálido, a Príamo parece que no le quedara una sola gota de sangre dentro: pero galones y galones de sangre siguen resbalando y formando culebras en el suelo. Al fin agarra al vejestorio y le clava las rodillas en el pecho esquelético: pero ni siquiera entonces lo consigue. Desesperado, grita:

—¡Aquiles! ¡Padre!

E, increíblemente, Príamo lo mira y sonríe:

—¿Hijo de Aquiles? —dice—. ¿Tú? No te pareces a él en nada.

Una niebla roja de furia le da fuerzas para un nuevo golpe. Directo al cuello esta vez, no falla. La sangre caliente de Príamo rebosa de su puño

cerrado. Eso es. Ya está. Deja caer el cuerpo al suelo. En alguna parte, muy cerca, una mujer está gritando.

Sorprendido, mira a su alrededor y ve a un grupo de mujeres, algunas con niños pequeños en los brazos, agachadas bajo el extremo más alejado del altar. Borracho de triunfo y alivio, corre hacia ellas con los brazos abiertos, les grita «¡bu!» en la cara y se ríe al verlas encogerse de miedo.

Pero una de las muchachas se pone de pie y le devuelve una mirada fija —tiene los ojos desorbitados y un rostro como de rana—. ¿Cómo se atreve a mirarlo? Por un momento, siente la tentación de golpearla, pero se contiene a tiempo. No hay gloria alguna en matar a una mujer y, además, está cansado, cansado como no ha estado jamás en toda su vida. El brazo derecho le cuelga del hombro tan muerto como una pala. La sangre de Príamo le tensa la piel con su nauseabundo olor a pescado y a hierro. Se queda mirando el cuerpo un momento y siente el impulso de darle una patada en el costado. Decide que Príamo no tendrá funeral. No habrá honores, ni ritos funerarios, ni dignidad en su muerte. Hará exactamente lo mismo que hizo su padre con Héctor, atará con correas los escuálidos tobillos del anciano a su carro y lo arrastrará de vuelta al campamento. Pero primero tiene que alejarse de aquellos gritos y llantos, por lo que, a ciegas, no sin dificultad franquea una puerta a su derecha.

Allí, a oscuras, se está fresco y tranquilo: los gritos de las mujeres se oyen más débiles ahora. Cuando sus ojos se acostumbran a la oscuridad, ve un perchero de túnicas ceremoniales y, junto a él, una silla con vestiduras sacerdotales colgadas del respaldo. Aquel debía de ser el vestidor de Príamo. Quedándose junto a la puerta, escucha, y siente que la habitación lo rehuye igual que las mujeres. Todo está en silencio, vacío. Pero, entonces, de repente, advierte un movimiento en el rincón más alejado. Hay alguien escondido entre las sombras, aunque solo puede distinguir una silueta. ¿Una mujer? No, por lo que ha podido entrever, está casi seguro de que se trata de un hombre. Apartando a un lado el perchero de túnicas, avanza hacia allí, y entonces casi se echa a reír a carcajadas de alegría y alivio, pues, justo delante de él, está Aquiles. Solo puede ser él: la brillante armadura, el cabello suelto —y es una señal, una señal de que al fin ha sido aceptado—. Avanza confiado, intentando penetrar con la vista en la oscuridad, y ve que

Aquiles se le acerca cubierto de sangre; todo está rojo, desde el casco de plumas hasta sus pies calzados con sandalias. Tiene rojo incluso el pelo; ni anaranjado ni color zanahoria, no, rojo como la sangre o como el fuego. En el último momento, cuando se encuentran cara a cara, extiende la mano y sus dedos pegajosos encuentran algo duro y frío.

Cerca ya, más cerca, casi lo bastante como para un beso:

—Padre —dice mientras su aliento nubla el brillante espejo de bronce—. Padre. —Y, de nuevo, con menos confianza esta vez—. ¿Padre?

Nos vamos.

Nos vamos.

¡Nos vamos a casa!

Tenía perdida la cuenta de las veces que había oído esa canción —si es que podía llamarse canción— en los últimos días. Los hombres erraban en grupo por el campamento —borrachos, con la mandíbula floja y la mirada perdida—, rugiendo aquellas palabras simples y repetitivas hasta que se quedaban roncós. La disciplina había desaparecido casi por completo. Por todo el campamento, los reyes tenían que luchar por recuperar el control sobre sus hombres.

Al cruzar el ágora una mañana, oí a Odiseo gritar:

—¡Si no cargáis ese barco de una puta vez, no iréis a ninguna parte!

Había salido de su salón y estaba en los escalones de la terraza frente a un grupo de veinte o treinta hombres. Era un indicio del estado de ánimo general que incluso allí, en su propio recinto, llevara una lanza. La mayor parte de los hombres que iban cantando comenzó a dispersarse, pero entonces se oyó una voz que gritó:

—¿Y qué pasa contigo, bastardo liante? Porque a ti no te veo doblar mucho el espinazo.

Era Tersites, por supuesto. ¿Quién, si no? No es que diera exactamente un paso adelante: sino más bien que el resto lo había dado hacia atrás. Odiseo fue hacia él de inmediato, levantando la lanza por encima de la cabeza. Utilizando el extremo romo, golpeó repetidamente a Tersites en los brazos y en los hombros y, cuando este yacía ya doblado y quejándose en el

suelo, le descargó varios golpes más en las costillas antes de rematarlo con una patada en la ingle.

Agarrándose las pelotas, Tersites se revolcaba de un lado a otro mientras el resto de los hombres que se habían agolpado alrededor reían a carcajadas. Era un conocido metemierdas; un imbécil; si se estaba repartiendo algo, siempre se podía ver a Tersites al final de la cola. Quizá, indirectamente, obtuvieran por lo menos algún entretenimiento de sus desafíos a la autoridad, pero no sentían ni aprecio ni respeto por el individuo. Así que lo dejaron allí tirado y se fueron, puede que a cargar el barco, pero con mucha mayor seguridad en busca de más bebida, pues los pellejos de cabra que les colgaban de los hombros parecían vacíos. Solo habían dado unos pasos cuando empezaron a cantar otra vez, aunque con cada repetición la canción sonaba más fúnebre:

Nos vamos.

Nos vamos.

¡Nos vamos a casa!

¿La verdad? Nadie se iba a ir a casa. Nada se iba a ir a ninguna parte. Solo cuatro días antes habían estado a una hora de partir —algunos de los reyes, incluido Odiseo, ya habían embarcado—, pero el viento de repente cambió y empezó a soplar, casi con fuerza de temporal, en contra. Había que estar loco para abandonar el refugio de la bahía. «No hay que preocuparse», decía todo el mundo. «Pronto pasará». Pero no había pasado. Día tras día, una hora tras otra, aquel extraño viento seguía soplando, y allí estaban ellos, los victoriosos guerreros griegos, atrapados —y con ellos las mujeres cautivas troyanas, por supuesto—.

Pero volvamos a Tersites. Me incliné sobre él intentando que el hedor que le salía de la boca abierta no me hiciera retroceder. Me dolía pensar mal de un hombre que acababa de llamar a Odiseo «bastardo liante» a la cara, pero la verdad es que no había mucho que poder apreciar en Tersites. Pese a todo, allí estaba, herido, y yo iba de camino al hospital, así que le puse la mano debajo del brazo y lo ayudé a levantarse. Permaneció agachado por un momento, con las manos en las rodillas, antes de levantar lentamente la cabeza.

—Te conozco —dijo—. Briseida, ¿verdad? —Se secó la nariz sanguinolenta con el dorso de la mano—. La puta de Aquiles.

—La esposa de Alcimo.

—Sí, ¿pero qué hay de ese mocoso que llevas encima? ¿Qué piensa *Alcimo* de eso, eh? ¿Va a criar al bastardo de otro?

Le di la espalda, a sabiendas durante todo el tiempo, mientras me alejaba, de que Amina me seguía. ¿Sabía ella la historia de mi matrimonio? Bueno, si no la conocía antes, era evidente que ahora sí.

Un par de días antes de que lo mataran, Aquiles me entregó a Alcimo diciéndome que había jurado cuidar del hijo que yo estaba esperando. Yo no supe nada hasta la misma mañana en que todo ocurrió. Sacada a rastras de la cama de Aquiles —con una sábana manchada de semen sobre los hombros, con migas de pan en el pelo y ganas de vomitar y oliendo a sexo—, me casaron con Alcimo. Una boda extraña, aunque perfectamente legal, con un sacerdote que pronunció las plegarias y unió nuestras manos con el hilo escarlata. Y, para hacerle justicia. Alcimo había cumplido su palabra. Justo aquella mañana había insistido en que debía tener una mujer que me acompañara cada vez que saliera del recinto.

—No es seguro —había dicho—. Debes llevar a alguien contigo.

Aquella chica. Amina, había sido el resultado.

Formábamos una ridícula procesión, yo una respetable mujer casada cargada de velos, y Amina trotando unos pasos por detrás de mí. Todo absurdo, por supuesto. Lo que me protegía de las hordas de borrachos que deambulaban por el campamento no era la presencia de una adolescente, sino el brazo derecho de Alcimo, del mismo modo que antes, solo cinco meses atrás, había sido el brazo derecho de Aquiles. Lo único, lo único que importaba en el campamento era el poder —y eso significaba, en última instancia, el poder de matar—.

Normalmente me resultaba agradable pasear por la orilla, pero aquel día no. El viento se había convertido en una mano caliente y húmeda que hacía que el mar repeliera como diciendo: «No, allí no puedes ir». He dicho «húmeda», pero hasta el momento no había caído una gota de lluvia, y ello a pesar de que una nube con forma de yunque se alzaba en el cielo sobre la bahía y, de noche, se podían ver destellar los relámpagos en lo más

profundo de ella. Todo sugería una tormenta a punto de desatarse, pero esta nunca llegaba. La luz, de un curioso marrón rojizo, teñía cada trozo expuesto de piel de bronce hasta que las manos y los rostros de los hombres parecían hechos del mismo metal duro e inflexible que sus espadas.

Por debajo de las celebraciones —la bebida, los banquetes y los bailes—, yo detectaba una corriente de inquietud. Aquel viento empezaba a hacer mella en los nervios de todos igual que un niño reticente que no quiere irse a dormir. Ni siquiera de noche, con todas las puertas cerradas y atrancadas, se podía escapar de él. Las ráfagas se insinuaban por cada rendija, levantando alfombras, apagando llamas, persiguiéndonos por los pasillos hasta el dormitorio e incluso en nuestros sueños. En mitad de la noche, te encontrabas insomne mirando al techo, mientras todas las preguntas que habías conseguido ignorar durante el día se reunían en torno a tu cama.

¿Qué piensa Alcimo de eso, eh? ¿Va a criar al bastardo de otro?

Mi embarazo ya era público a esas alturas. El cambio parecía haberse producido imperceptiblemente, como el adelanto del anochecer. No vemos ninguna diferencia entre una tarde y la que sigue hasta que, de repente, notamos el frío en el aire y ya es otoño. La actitud de la gente hacia mí había ido cambiando a medida que me crecía la barriga, lo que por otra parte a mí me hacía más difícil lidiar con mis propios sentimientos hacia el niño no nacido. El hijo de Aquiles. El *hijo* de Aquiles según los mirmidones, que, al parecer, podían ver dentro de mi vientre. A veces tenía la sensación de que lo que llevaba dentro de mí no era un niño, sino al propio Aquiles miniaturizado, reducido al tamaño de un homúnculo, pero aun así identificadle como Aquiles, y armado hasta los dientes.

Cuando nos acercábamos a la cerca del recinto de Agamenón, bajé la vista y deliberadamente seguí los movimientos de mis pies —dentro, fuera, dentro, fuera— al aparecer y desaparecer bajo el dobladillo de mi túnica. Lo había pasado tan mal en aquel lugar que siempre me aterraba volver, pero me recordé a mí misma que la ignominia de ser una esclava en las cabañas de Agamenón y en la cama de Agamenón pertenecía al pasado. Era una mujer libre: así que, al cruzar la cerca, levanté la cabeza y miré a mi alrededor.

Estábamos en la plaza principal del recinto. Cuando vivía allí, era el lugar donde se reunían los hombres antes de ir a la guerra: ahora lo ocupaba una carpa hospital trasladada hasta allí desde su lugar originario y expuesto en la playa. En su nueva ubicación, parecía aún más cochambrosa: la lona estaba cubierta de manchas verdes y apestaba a causa del largo tiempo que había pasado en la bodega de un barco. Era una de las carpas en las que los griegos habían vivido durante los primeros meses de la guerra, cuando habían sido lo bastante arrogantes como para creer que Troya caería derrotada fácilmente. Tras su primer invierno miserable bajo las lonas, talaron todo un bosque para construir sus cabañas.

Me agaché bajo el faldón abierto de la carpa, deteniéndome un momento para que mis ojos se acostumbraran a la verde penumbra. Pensaba que ya había oído todos los sonidos que el viento podía hacer, pero los aleteos y bramidos de la lona eran nuevos. Los olores, sin embargo, eran los mismos; la sangre rancia de un cesto lleno de vendajes usados y el olor penetrante de las hierbas curativas: el tomillo, el romero, la lavanda y el laurel. Cuando yo trabajaba allí, la carpa estaba tan abarrotada que había que pasar por encima de un paciente para llegar hasta el otro. Ahora se hallaba prácticamente vacía: solo dos filas de cinco o seis camas de cuero de buey con sus ocupantes en su mayor parte dormidos, excepto dos que, en el extremo más alejado, estaban jugando a los dados. Debían de ser hombres heridos durante el asalto final a Troya. Ninguno de ellos parecía tener lesiones graves salvo uno que en la fila delantera daba la impresión de estar bastante mal. Me preguntaba por qué me molestaba siquiera en evaluarlos; ya no era asunto mío.

Ritsa estaba junto a la mesa de trabajo que había al final de la carpa, limpiándose las manos en el basto delantal de arpillera que llevaba atado a la cintura. Sonrió al ver que me acercaba, pero me di cuenta de que no corrió hacia mí como solía.

—Pero, bueno —dijo cuando llegué hasta ella—, mírate.

Me pregunté qué habría en mí diferente. ¿Mi embarazo, que desde luego empezaba a mostrarse, o los ricos bordados de mi túnica? Pero ninguna de las dos cosas eran precisamente nuevas. Entonces comprendí que debía de

estar refiriéndose a Amina, que iba detrás manteniéndose a unos pasos de mí.

—¿Quién es esta? ¿Tu sirvienta?

—No. —Era importante aclarar esto—. Es solo que Alcimo no quiere que vaya sola por el campamento.

—Lleva razón en eso. Nunca he visto tantos borrachos. Ven, siéntate...

Tomó una jarra de vino y sirvió tres copas. Tras un momento de duda y después de mirar hacia mí. Amina aceptó una. De una forma irritante se estaba comportando exactamente como una sirvienta.

Me senté en la larga mesa y me dirigí a Ritsa.

—¿Cómo estás?

—Cansada.

Lo parecía. La verdad es que tenía el rostro demacrado, y yo no entendía por qué, pues todos aquellos hombres, a excepción del herido en la cabeza de la fila delantera, tenían heridas leves.

—Estoy durmiendo en la cabaña de Casandra.

Eso lo explicaba todo. Recordé el estado frenético de Casandra mientras las mujeres troyanas esperaban a ser repartidas entre los reyes, cómo había tomado las antorchas y se había puesto a hacerlas girar sobre su cabeza mientras golpeaba el suelo con los pies y le gritaba a todo el mundo que fuera a bailar a su boda... Incluso había intentado levantar a rastras a su madre para obligarla a bailar también.

—¿Está mejor?

Ritsa hizo una mueca.

—Depende. Las mañanas no las pasa mal, pero las noches son un puto horror... Está obsesionada con el fuego. Es increíble cómo consigue poner las manos en el fuego, pero lo hace, y cada vez que lo hace yo lo paso lo mal, lo reconozco. No sé cómo no ha quemado ya todo esto. No me atrevo a dormir; pero luego tengo que estar aquí trabajando todo el día. No es vida.

—Necesitas a alguien que te ayude.

—Bueno, hay una chica, pero casi no me sirve para nada. No puedo dejar a Casandra con ella.

—Yo puedo hacerle compañía mientras tú duermes un poco.

—No sé lo que diría Macaón de eso.

—Podemos preguntarle. Yo lo haré.

Ella movió la cabeza. Macaón era el médico jefe del ejército griego. Y también —más relevante— el propietario de Ritsa. Me di cuenta de que era reticente a que me acercara a él, así que tuve que desechar la idea.

—Buen vino —dije para llenar un silencio.

—¿Verdad que sí? No está mal.

Estaba sirviéndonos otra copa cuando una poderosa ráfaga de viento hinchó la lona de la tienda sobre nosotras. Alarmada, levanté la vista.

—¿No te preocupa? Yo tendría miedo de que se me cayera encima.

—Ojalá.

La miré, pero ella se limitó a encogerse de hombros y siguió moliendo hierbas. Por extraño que os parezca, le envidié la fresca sensación del mortero en la palma de la mano. Había pasado mucho tiempo desde que yo trabajaba junto a ella en aquella misma mesa, pero había sido mi época más feliz en el campamento. Aún podía identificar cada uno de los ingredientes que tenía alineados ante sí —todos ellos con efectos sedantes—. Mezclados con vino sin diluir, eran capaces de tumbar a un toro.

—¿Eso es para Casandra?

Ritsa miró a Amina y dijo a continuación:

—Es para Agamenón. Parece que le cuesta dormir.

—Ay, pobre.

Intercambiamos una sonrisa, y entonces ella señaló a Amina.

—Es callada.

—Agua mansa.

—¿Tú crees?

—No lo sé. Pero tienes razón: no es de muchas palabras.

—¿Y es tu sirvienta?

—No, es una de las chicas de Pirro. Supongo que salimos ganando las dos. Yo necesito a alguien que me acompañe y ella necesita salir.

Todo aquello era muy incómodo. Yo conocía a Ritsa desde niña. Por entonces, ella era alguien de cierto prestigio, una respetada sanadora y comadrona. Había sido la mejor amiga de mi madre y, tras su muerte, había hecho todo lo que pudo por cuidar de mí. Años después, cuando Aquiles saqueó e incendió nuestra ciudad, nos llevaron a las dos juntas como

esclavas a aquel campamento. Su ayuda había sido inmensa para mí y para otras muchas mujeres. Pero ahora yo era una mujer libre, la esposa de Alcimo, mientras que Ritsa seguía siendo una esclava. Es muy fácil decir que los cambios de estatus o fortuna no deberían poner a prueba una amistad, aunque todos sabemos que lo hacen. Pero eso no iba a ocurrirle a esta amistad. Ya había perdido a tantas personas amadas que estaba decidida a no perder a Ritsa también.

Por eso, instintivamente, empecé a rememorar nuestra vida en Lirneso para acercarme a ella a través de nuestros recuerdos compartidos de un pasado más feliz, antes de que Aquiles lo destruyera todo, antes de que oyésemos resonar en los muros por primera vez aquel terrible grito de guerra. Aun así, la conversación resultó trabajosa, intermitente como una llama a punto de extinguirse..., y yo era consciente durante todo el tiempo de que Amina escuchaba con avidez. Después de otra pausa, dije:

—Bueno, supongo que debería irme ya.

Ritsa asintió de inmediato e hizo a un lado su mortero. Dudamos si besarnos, haciendo ineficaces y tímidos ademanes la una hacia la otra hasta que al final logramos que nuestras narices se chocaran torpemente. Amina miraba. Cuando salimos, volvió a colocarse deliberadamente detrás. Yo reduje mi paso, queriendo caminar a su lado, pero ella enseguida hizo lo mismo, de manera que la distancia entre nosotras se mantuvo. Suspiré y seguí andando con el viento de cara. Llevaba a aquella chica sobre mi conciencia y lo lamentaba, pues yo creía estar haciendo todo lo que estaba en mi mano. Recordando mis primeros días en el campamento y lo mucho que otras mujeres me habían ayudado entonces, había intentado acercarme, pero hasta el momento ella había rechazado cualquier insinuación de amistad. Por supuesto, intentaba apoyar también al resto de las chicas, pero a Amina en especial, probablemente por lo mucho que me recordaba a mí misma —la manera en que yo también había estado observando, escuchando y esperando—. La amistad a menudo se basa en similitudes, en el descubrimiento de actitudes o pasiones compartidas, pero las semejanzas entre Amina y yo no estaban teniendo dicho efecto. Si acaso, lo único que hacían era aumentar mis dudas acerca de mí misma. Pero, aun así, yo quería

llegar hasta ella. Y no dejaba de volver la vista atrás aunque ella caminase con la mirada clavada en el suelo para evitar claramente la mía.

Había unos hombres en el ágora dando patadas a una vejiga de cerdo. Al menos, eso esperé yo que fuera. El día siguiente a la caída de Troya me había encontrado a varios soldados jugando a la pelota con una cabeza humana. Aquel grupo parecía bastante inofensivo, pero no iba a arriesgarme de ninguna manera. Me di la vuelta, puse la mano en el brazo de Amina y señalé con la cabeza hacia la playa. Empezaba a pensar que Alcimo llevaba razón y era demasiado peligroso salir del recinto.

La playa estaba desierta salvo por dos sacerdotes con las ínfulas rojas de Apolo que agitaban bramaderas sobre sus cabezas, tal vez pensando que, si hacían suficiente ruido, el viento cedería, amedrentado. Mientras los observaba, una ráfaga hizo perder el equilibrio a uno de ellos y lo tiró sin contemplaciones sobre la arena húmeda. Tras esto, se dieron por vencidos, y desconsoladamente enfilaron el camino hacia el recinto de Agamenón. Por todo el campamento había sacerdotes como aquellos intentando todo lo que conocían para hacer cambiar el tiempo: examinando las entrañas de animales sacrificados, observando el vuelo de las aves, interpretando sueños... Y el viento no dejaba de soplar.

Cuando los sacerdotes se marcharon, quedó toda la vasta playa para nosotras solas, pero teníamos que sostenernos los velos sobre el rostro para poder respirar mínimamente y hablar era imposible. Ninguna de las dos podría haber resistido sola contra el vendaval, así que no tuvimos más remedio que agarrarnos la una a la otra —y aquellos minutos de lucha compartida fueron más eficaces para derribar las barreras entre ambas que todos mis ofrecimientos de amistad—. Caminamos tambaleándonos, entre risas nerviosas. Amina tenía las mejillas encendidas; creo que probablemente de puro asombro al descubrir que la risa aún era posible.

Al principio, nos mantuvimos a cierta distancia del agua, donde los barcos nos proporcionaban cierta protección, pero nunca he sido capaz de resistir la llamada del mar y, en cualquier caso, me dije que la arena húmeda al borde del agua sería más firme. Nos resultaría más fácil mantener el equilibrio. Así que descendimos por las dunas de arena y guijarros hasta encontrarnos frente a un muro de aguas de un gris amarillento que parecían

a punto de engullir la tierra. En la orilla había malolientes montones de algas salpicados de miles de criaturas muertas, más de las que hubiera visto jamás: pequeños cangrejos de color gris verdoso, estrellas de mar, varias medusas enormes con el centro de un rojo oscuro, como si hubiera estallado algo en su interior, y otras cosas cuyos nombres yo desconocía —pero todas muertas—. El mar estaba asesinando a sus hijos.

Amina se volvió para contemplar las torres humeantes de Troya con el rostro repentinamente tenso y desolado. Sentía que le estaba fallando y que alguien más viejo y experimentado que yo —tal vez Ritsa— habría podido llegar más fácilmente hasta ella. De ese modo seguimos caminando en silencio hasta que llegamos a la altura del recinto de Pirro. Una vez que cruzásemos la cerca sabía que estaríamos a salvo, pero todavía teníamos que llegar hasta allí. Al oír el estallido de una carcajada estrepitosa, me asomé con cautela, sin salir de las sombras, para intentar averiguar lo que teníamos por delante. No era exactamente de noche, pero en aquellos días el cielo solía estar tan cubierto que ni al mediodía había apenas luz.

Nada más cruzar la cerca había una gran explanada en la que los mirmidones acostumbraban a reunirse antes de ir a la batalla. Allí se había juntado otro grupo de hombres, pero esta vez en el centro tenían a una chica. Con los ojos vendados. Se la pasaban en círculo a empujones de unos brazos a otros. Ella no gritaba ni pedía ayuda: probablemente ya sabía que nadie iría a socorrerla. Amina no debía ver aquello. La agarré del brazo y le señalé el camino por el que habíamos llegado hasta allí, pero se quedó inmóvil, paralizada, y al final no tuve otro remedio que tirar de ella. Tambaleándose, me siguió por el muro, pero sin dejar de volver la vista una y otra vez hacia la chica que daba vueltas y el círculo de hombres que reían a carcajadas.

Durante mis primeras semanas en el campamento, cuando el mar había sido a la vez un consuelo y una tentación —digo «tentación» porque muchas veces quise internarme en las olas para no volver nunca—, yo había explorado cada rincón de la playa, y aquel conocimiento iba a serme ahora de gran utilidad. Sabía que existía un camino a través de las dunas que llevaba a otra entrada por las caballerizas, y me fui directamente en su busca. Al llegar al primer lugar protegido, me dejé caer sobre la arena para

aclararme las ideas, y tras un momento de vacilación, Amina se sentó a mi lado y luego se tumbó de espaldas con la vista en el cielo.

Tendidas de ese modo, evitábamos la fuerza plena del viento, aunque las afiladas hojas de los Parrones se revolvían violentamente sobre nosotras. Cerré los ojos y me tapé la cara con los brazos. Temía que Amina quisiera hablar del incidente que acabábamos de presenciar, pues no sabía qué decirle. La verdad, supongo —pero no era fácil contar aquella verdad—. En mi segunda noche en el campamento yo había dormido en la cama de Aquiles. No hacía ni dos días que lo había visto asesinar a mi esposo y a mis hermanos. Mientras yacía debajo de él, dormido, había pensado que nada peor podía pasarme a mí o a cualquier mujer. Pensé que aquello era el fondo. Pero luego, cuando me di una vuelta por el campamento, empecé a fijarme en las mujeres comunes que escarbaban en busca de sobras alrededor de los fogones para alimentar a sus hijos y que de noche se deslizaban bajo las chozas para dormir. No me había llevado mucho tiempo comprender que había destinos mucho peores que el mío. Amina necesitaba saber eso; necesitaba entender las realidades de la vida en el campamento, pero yo no era capaz de afrontar la brutalidad de contárselo. Y, de todas formas —me dije—, pronto lo sabría por ella misma.

Cuando abrí los ojos, la vi observando unos cuervos que volaban en círculo con su graznido estridente a unos cien metros de nosotras. Pensé que parecía desconcertada, y un poco después se levantó haciendo visera con la manos sobre los ojos para ver mejor. Con la negra túnica aleteando a su alrededor, parecía un cuervo ella misma. De mala gana me levanté, preguntándome cómo iba a arreglármelas para pasar con ella por allí, pues sabía —o más bien, sospechaba— lo que encontraríamos. Cuando Pirro regresó triunfalmente de sus hazañas en Troya, lo hizo arrastrando una bolsa de sangre y huesos rotos tras las ruedas de su carro: Príamo. La acción fue tan abominable como aburridamente previsible. Aquiles había deshonrado el cuerpo de Héctor arrastrándolo en su carro; obviamente, Pirro, así pues, tenía que infligir a Príamo el mismo destino. Recordé a Aquiles al regresar aquel día al campamento; cómo entró en el salón y zambulló la cabeza y los hombros en una tina de agua limpia para sacarlos,

alrededor de un minuto después, chorreando y ciego. Los cuervos también habían estado volando en círculo aquel día.

—Vamos —dije intentando poner un poco de energía en mi voz—. Sigamos andando.

Apretándome el velo alrededor del rostro, me puse en marcha. Había un olor en el aire que esperaba que ella no hubiera notado, aunque parecía estar atenta a todo. Deslizándonos por las dunas de arena suelta, alcanzamos un claro, y allí estaba aquello —él—. No se podía decir si el lugar había sido elegido deliberadamente o si sencillamente el cuerpo de Príamo había quedado abandonado donde la enloquecida carrera de Pirro había llegado a su fin. Pero ya fuera accidentalmente o a propósito, se hallaba apoyado contra una ligera pendiente, de manera que parecía medio incorporado para saludarnos. Lo que de algún modo hacía la visión aún más espantosa. No quedaba mucho de su rostro: los ojos y la punta de la nariz habían desaparecido. Los cuervos siempre van primero a por los ojos, porque es fácil y ellos necesitan trabajar rápido. Más de un cuervo hambriento que se ha entretenido un segundo de más ha acabado en la boca de un zorro.

No había forma de esquivar el cuerpo: teníamos que pasar junto él. Y, cuando estuvimos cerca, el hedor se convirtió en una barrera física contra la que había que luchar. Yo respiraba por la boca sin dejar de mirar al suelo para ver lo menos posible. Lo que no esperaba era el zumbido de las moscas que por miles cubrían el cuerpo como un grueso vello negro. Cuando mi sombra se encontró con ellas se elevaron solo para volver a posarse en cuanto pasé. El ruido invadió mi cabeza hasta que pensé que iba a partirse en dos. A veces, todavía, tantos años después, mientras disfruto de una cálida tarde de verano, reparar en el zumbido de las abejas en las flores o en los innumerables insectos que bullen en la verde sombra me resulta insoportable. «¿A dónde vas?», me preguntan. Y yo respondo de un modo convincentemente relajado, pues ya tengo mucha práctica —y podéis creerme cuando digo que mucha—: «¿No os parece que hace demasiado calor aquí? ¿Por qué no entramos?».

Aquel día no había forma de escapar. Intenté concentrarme en cosas triviales —lo que haríamos para cenar, o si las mujeres se acordarían de tener el baño preparado cuando Alcimo regresara, aunque yo no tenía la

menor idea de cuándo volvería o siquiera si iba a volver—. Traté de no pensar nada y de pensar en cualquier cosa salvo en lo que tenía delante: los tristes despojos de un gran rey.

Amina se había quedado atrás. Me volví con la intención de animarla a caminar más deprisa, y entonces me di cuenta de que no podía hablar. Mareada por el olor insoportable, ella se había levantado el velo para cubrirse la nariz y miraba fijamente el cuerpo. Aquella melena plateada embadurnada de sangre —aunque no quedara mucho más reconocible— fue suficiente para que preguntara:

—¿Príamo?

Asentí con la cabeza y le hice un gesto para que siguiera andando, pero pareció que a ella le salieran raíces en aquel lugar, y siguió mirando, mirando con los ojos tan abiertos que parecían engullir el resto de su rostro. Luego se echó a un lado y empezó a dar arcadas; todo su cuerpo convulsionaba en el esfuerzo. Pero unos momentos después se limpiaba la boca delicadamente con el borde del velo.

—¿Estás bien?

No hubo respuesta. Y la verdad es que no merecía otra cosa aquella estúpida pregunta. Con el borde de la sandalia fue amontonando arena suficiente como para cubrir el vómito. Tomándose su tiempo. Concienzuda como un gato. Cuando, finalmente, volvió el rostro hacia mí, mi asombro fue total. No sé lo que esperaba. ¿Repugnancia? Por supuesto. ¿Conmoción? Claro que sí. Incluso histeria desatada, quizá; cualquier cosa excepto aquella mirada fría, serena, calculadora. Me puso nerviosa.

—Vamos, deja que te lleve a casa.

—¿A casa?

Ya era tarde para escoger otra palabra y, en cualquier caso, tanto si le gustaba como si no, el barracón de las mujeres era ahora su casa. Eché a andar con la esperanza de que me siguiera, pero no lo hizo, y cuando volví la vista por encima del hombro la encontré mirando no ya a Príamo, sino el pequeño montón de tierra con el que había cubierto su vómito. Entonces levantó la vista.

—La tierra está muy suelta. Sería fácil cavar.

Al principio, no entendí lo que quería decir. Luego:

—No. ¡No!

—No podemos dejarlo así sin más.

—Nosotras no podemos hacer nada.

—Sí que podemos. Podemos enterrarlo. —Y luego continuó, como la niña que repite la lección que se ha aprendido de memoria—: Si a un muerto no se le ofrece un funeral apropiado queda condenado a vagar por la tierra. Nunca puede entrar en el mundo de los muertos al que pertenece.

—¿De verdad crees eso? ¿Príamo será castigado porque Pirro no permitió que nadie lo enterrara? No diría mucho de la misericordia de los dioses, ¿no te parece? —Todo era pura mentira. Nada en toda mi vida me había llevado jamás a creer en la misericordia de los dioses—. La cuestión es que Pirro no quiso que lo enterraran, y lo que Pirro dice se cumple.

—Hay poderes superiores al de Pirro.

—Sí —respondí fingiendo no entender deliberadamente—. Está Agamenón. ¿Tú crees que a *él* le importa que entierren o no a Príamo?

—Me importa a mí.

—Eres una niña, Amina. No puedes luchar contra reyes.

—Yo no quiero luchar contra nadie. Y, en cualquier caso, no es eso lo que haría. Al fin y al cabo, solo estaría haciendo lo que las mujeres hemos hecho siempre.

Por supuesto, tenía razón. Preparar a los muertos para el funeral es un trabajo de mujeres, igual que los partos y los cuidados del recién nacido. Somos las guardianas de las puertas. En tiempos normales, las mujeres de la casa de Príamo habrían preparado su cuerpo para el funeral, pero las cosas ahora eran muy diferentes, y ella parecía no entender hasta qué punto su vida había cambiado por completo.

—Escucha, Amina, si quieres seguir con vida, tienes que empezar a vivir en el mundo real. Troya ha dejado de existir. En este recinto lo que Pirro quiere Pirro lo consigue.

Lo que en realidad quería decir era: «Eres una esclava. Empieza a pensar como una esclava». Pero no fui capaz. Ella era tan joven, tan valiente. Y yo era una cobarde, supongo. Lo dejé estar con la esperanza de que la realidad de su situación se le revelara por sí sola sin tener que ser yo quien la obligara a verla.

—Déjame llevarte a la cabaña. Comeremos algo.

De mala gana, accedió. Eché a andar tan rápido como pude, aunque en el terreno a cubierto tras las dunas la hierba y la maleza nos llegaban casi hasta la cintura y costaba abrirse camino entre ellas. Por delante de nosotras teníamos el camino de ceniza que unía las caballerizas con los pastos del promontorio. Un mozo de cuadra se dirigía hacia nosotras con un semental negro. Alterado por el fuerte viento, el caballo revolvía la cabeza y daba pasos al costado tan a menudo que el hombre que caminaba al otro lado apenas resultaba visible. Era Ébano. Lo reconocí porque pertenecía al tiro de la cuadriga de Pirro. Me detuve al borde del camino y me levanté el velo, consciente de que Amina permanecía erguida y recta junto a mí. Al principio, me quedé tan absorta observando las constantes piruetas de Ébano que no reconocí al «mozo de cuadra»; pero entonces vislumbré unos cabellos rojos desordenados por el viento que contrastaban con el cuello negro brillante del caballo. Era Pirro.

¿Qué demonios hacía llevando a pastar él mismo a su caballo cuando tenía por lo menos una docena de mozos de cuadra que podían hacer el trabajo por él? Pero entonces me acordé de que cuando Pirro llegó por primera vez al campamento, diez días después de la muerte de Aquiles, Alcimo había comentado en más de una ocasión que se pasaba muchas horas en las caballerizas. «Magnífico con los caballos», solía decir en un tono que implicaba que Pirro no era tan magnífico con los hombres. «Extraño muchacho». Eso fue lo más cerca que estuvo nunca de formular en voz alta las dudas que yo sabía que tenía. A veces me preguntaba si seguiría albergando alguna de aquellas dudas iniciales a pesar de que Pirro lo hubiera hecho tan bien en Troya. Una guerra corta, pero una buena guerra: ese parecía ser el veredicto general («hacerlo bien en Troya» y «una buena guerra» son palabras que hacen que me salgan ampollas en la lengua).

Así que allí estábamos, discretamente veladas las dos, esperando a que el caballo y el hombre pasaran. Quizá Ébano podía oler la muerte o quizá era simplemente que no le gustaban los enormes pajarracos negros que seguían volando en círculo con sus sombras afiladas y angulosas que surcaban el suelo bajo sus pies. Llevado del ronzal, se encabritó y corcoveó

tres o cuatro veces en rápida sucesión al tiempo que dejaba salir una ráfaga de pedos explosivos. Pirro hacía bien en sujetarlo. Tenía un auténtico combate entre manos, pero permanecía sereno y le hablaba con calma, dulce y tranquilizadamente, hasta que al fin el caballo quedó apaciguado aunque sudoroso. Pirro se colocó al otro lado de él, manteniéndole la cabeza apartada para que no viese los terribles pájaros. Pues verdaderamente eran terribles —me lo parecían incluso a mí, que no tenía razón para temerlos— con sus estridentes graznidos a la tenue luz y las plumas de sus alas como dedos extendidos que llamaran por señas a la noche. Solo cuando hubo dejado bien atrás el cuerpo de Príamo pudo Pirro aflojar el ronzal y dejar que Ébano moviese libremente la cabeza de nuevo.

Respiré entonces, aunque ni siquiera me había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Esperé a que Pirro nos tomara ventaja antes de volver al camino y, con una mirada estudiadamente inexpresiva a Amina, me dirigí hacia el campamento, consciente todo el tiempo de que ella venía de mala gana detrás.

Al entrar en el recinto por las caballerizas, me fijé en que habían dejado salir a las troyanas de su cabaña. Estaban sentadas en dos filas en los escalones de la terraza y con sus largas túnicas negras parecían golondrinas a punto de migrar —alineadas como ellas sobre cornisas y parapetos los días previos a marcharse—. Salvo que las golondrinas no dejan de gorjear y las mujeres permanecían silenciosas. Digo «mujeres», pero eran niñas en realidad, pues ninguna pasaba de los diecisiete, y algunas eran incluso mucho más jóvenes. No se separaban las unas de las otras, demasiado asustadas incluso para susurrar, y miraban hacia las columnas de humo negro sobre la ciudadela de Troya, atravesadas de cuando en cuando por chorros de llamas rojas y anaranjadas.

Amina corrió a unirse a ellas, que se movieron para hacerle sitio, pero no la saludaron.

Yo me dirigí hacia la cabaña de Alcimo. Al mismo tiempo que yo levantaba el pestillo, una nueva ráfaga de viento lanzó la puerta contra la pared. Tuve que luchar para volver a cerrarla tras de mí, y permanecí en silencio por un instante contemplando lo que ahora era mi casa. Una mesa, cuatro sillas, una cama pegada a la pared, varias mantas y, en un rincón, un cofre labrado que contenía las ropas de Alcimo. Era una habitación confortable: cojines en las sillas, tapices en la pared, lámparas, velas... Pero nada en ella me parecía que fuese mío. Había llegado a aquella cabaña el día después de la muerte de Aquiles, mientras Alcimo estaba postrado de dolor y la confusión reinaba en todo el campamento. Cinco meses después, la habitación seguía resultándome extraña. Me obligué a mí misma a

moverme, a hacer algo, cualquier cosa, y decidí salir a supervisar los preparativos de la cena.

El fogón se hallaba a espaldas de la cabaña, donde había un pequeño espacio cercado que protegía algo del viento. Tenía mujeres que me ayudaran, esclavas. Se suele decir que la peor ama que una esclava puede tener es la que también lo ha sido antes. Yo procuraba al menos que eso no se cumpliera en mí. Las esclavas de Alcimo tenían un lugar seguro donde dormir y me aseguraba de que se las alimentara bien.

Después de comprobar que la comida iba bien encaminada, volví a entrar y tomé una cesta de lana cruda de un color negro grisoso llena de grumos de estiércol que engrosaban las fibras. No creo que cardar lana sea la labor favorita de nadie y, desde luego, no era la mía. En cuestión de minutos ya tenía las manos pringosas, pero perseveraré a pesar de que la monótona repetición de la tarea me iba sumiendo en un túnel de vagos temores. De nuevo oí a Amina decir «sería fácil cavar», y cambiaba un poco de postura para aliviar mi dolorida espalda. Por supuesto que no tenía intención de hacerlo de verdad; no podía estar tan loca como para hacer algo tan peligroso —y, en cualquier caso, el barracón de las mujeres estaba vigilado por las noches—. No, todo estaba bien. No había nada de lo que preocuparse.

Pero entonces, flotando entre la lana y yo, vi la mano de Príamo con el anillo de pulgar de oro que siempre llevaba destellando al sol. Volví atrás, muy atrás, dejándome arrastrar sin poder evitarlo al lejano pasado. Cuando tenía doce años, no mucho después de la muerte de mi madre, mi padre me había mandado a vivir a Troya con mi hermana casada. Elena, que era —incomprensiblemente— la mejor amiga de mi regordeta hermana, se interesó por mí. Todo el mundo lo comentaba: yo era siempre «la amiguita de Elena». Solía llevarme con ella cuando iba a la ciudadela, que era casi a diario. Se inclinaba sobre el parapeto y ávidamente —había algo desagradable en la fijeza de su mirada— observaba el furor de la batalla allá abajo a lo lejos. La primera vez que fuimos, Príamo, en medio de sus preocupaciones —el mal curso de la guerra, la disputa entre sus hijos, las arcas que se iban vaciando, la generación entera de jóvenes que perecía—, encontró tiempo para ser amable conmigo. Sacó una moneda de plata, la

puso sobre la palma de su mano y pronunció unas palabras mágicas al tiempo que rápidamente pasaba la otra por encima... Y la moneda desapareció. Me quedé mirando su mano vacía, inclinada, para guardar mi compostura de doce años —ya era mayor para trucos de magia—, pero boquiabierto a la vez, pues no sabía cómo lo había hecho. Príamo empezó a palpase fingiendo buscar en su túnica. «¿A dónde ha ido a parar? Espero no haberla perdido. ¿La tendrás tú?». Yo negué vehementemente con la cabeza. Entonces —por supuesto— él extendió la mano y «descubrió» la moneda detrás de mi oreja. Me eché a reír contra mi voluntad. Con una cortés reverencia, me regaló la moneda y luego —lo recuerdo— se apartó para volver a observar la batalla, y su rostro recuperó su expresión de tristeza de siempre.

Ahora, años después, recordaba aquella mano y la veía yaciendo deshonrada sobre la sucia tierra. Restregándome enérgicamente los ojos con los dedos desterré aquella imagen y dejé caer la cabeza hacia atrás en la silla. Decidí que ya estaba bien de cardar lana: era demasiado deprimente. Sin dejar de apretar los ojos cerrados, simplemente me quedé escuchando el viento allí sentada.

Cuando Alcimo volvió al fin, llegó acompañado de Automedonte. Aquello no tenía nada de extraño —cenaban juntos con frecuencia—, pero esta vez venía con ellos un tercer hombre. Pirro. Hice una profunda reverencia y fui en busca de copas y vino. Pues sabía que era lo que se esperaba, elegí el mejor vino y lo serví sin diluir, con pan y aceitunas como acompañamiento. Se sentaron alrededor de la mesa y conversaron. Alcimo bebía al ritmo de Pirro, pero tenía una buena cabeza, y solo se le notaba en que arrastraba ligeramente las palabras. Automedonte, aunque parecía beber tanto como los otros, daba la impresión de hallarse completamente sobrio. Pirro estaba borracho sin la menor duda. Fui a por una segunda jarra, la dejé sobre la mesa junto a Alcimo y me retiré a las sombras cerca de la cama. Nadie me dirigió una sola mirada.

Estaban comentando el plan de Alcimo para organizar unos juegos contra equipos de los otros recintos. Alcimo decía que a los hombres había que darles algo que hacer. La inactividad no haría más que alimentar el descontento y ya corrían rumores en el campamento sobre las causas

sobrenaturales de aquel tiempo adverso y de que Agamenón o algún otro rey debía de haber ofendido a los dioses. Las luchas entre tribus y facciones rivales habían comenzado a estallar, y eso era peligroso. Los reinos griegos tenían una larga historia de enconadas disputas fronterizas, enemistades familiares que habían pasado de generación en generación y conflictos incesantes, y ahora que habían derrotado a los troyanos, no quedaba nada para unir a los bandos en conflicto. La alianza que había ganado la guerra se estaba desmoronando a medida que cada reino individual trataba de sacar ventaja. Los reyes hermanos, Agamenón y Menelao, que habían liderado la expedición, se habían peleado porque Menelao, en contra del honor, la decencia y el sentido común, había readmitido a la puta de Elena en su cama. Miles de jóvenes habían muerto para que Menelao pudiera volver a tirarse a aquella zorra. Por eso —seguía diciendo Alcimo—, de algún modo había que controlar la situación y unir a las facciones enfrentadas. Pirro respondía *sí* y *no* y bebía, y opinó que lo que los hombres de verdad necesitaban era divertirse un poco. Alcimo insistía en que los juegos serían diversión.

—Hasta que empiecen a matarse unos a otros por los resultados —dijo Automedonte.

Llevaban ya avanzada la segunda jarra y yo seguía sin saber si Pirro se quedaría a cenar. Muy borracho a esas alturas, comenzó a hablar —a jactarse más bien— del papel que había desempeñado en la caída de Troya. Vi que Alcimo y Automedonte intercambiaban miradas. Los mirmidones eran —siguen siendo— unos hombres de baja estatura y fornidos, de cabello oscuro y piel morena, ágiles como sus cabras montesas, profundamente escépticos, desconfiados y taciturnos hasta decir basta. Ni Alcimo ni Automedonte parecían cómodos durante las divagaciones de borracho de Pirro: Automedonte, en particular, clavaba la mirada en su copa con su amarillento y aquilino rostro inexpresivo. Y yo tampoco disfrutaba precisamente. No quería atormentarme con lo ocurrido dentro de Troya, y desde luego lo último que quería era que me contaran lo que había hecho Alcimo. Tenía que pasar el resto de mi vida con aquel hombre: sería mucho más fácil si no lo sabía. Pero en realidad no tenía ningún motivo para preocuparme: en el relato de Pirro no contaba nadie más que él.

Estaba describiendo —reviviendo— el momento en el que se abrió camino a hachazos en las puertas del palacio de Príamo. Nunca habría tenido a Pirro por un hombre elocuente, pero en aquel asunto las palabras le afluían sin la menor dificultad. No me quedó otro remedio que verlo todo a través de sus ojos: el largo pasillo, las puertas que se abrían a cada lado, las alfombras, las lámparas de oro y los tapices entrevistos —toda la fabulosa riqueza de Troya—, aunque él solo se había asomado el tiempo suficiente como para comprobar que no había soldados escondidos allí. Luego corrió, sintiendo —eso dijo— correr por sus venas la sangre de Aquiles, hacia la puerta del fondo. Cuando vio que estaba bien protegida, se desvió para buscar el pasadizo secreto que comunicaba la casa de Héctor con las habitaciones de Príamo. La existencia de aquel pasadizo había sido parte de la información crucial que Eleno, hijo de Príamo, había revelado bajo tortura. Pirro había logrado dar con él enseguida. Para entonces había dejado al resto de los soldados griegos muy atrás: así que cuando irrumpió en la sala del trono y vio a Príamo vestido con su armadura completa, de pie en las escaleras del altar, los dos se hallaban solos.

Todo aquello me resultaba doloroso, pero no difería de mis involuntarias imaginaciones. Intenté no oír lo que venía a continuación, pero fue inútil; tuve que seguir escuchando. Contó cómo orgullosamente había anunciado su identidad: Pirro, hijo de Aquiles. Cómo solo con oír aquel nombre Príamo había palidecido de terror. Cómo él había subido de un salto los escalones del altar, había empujado la cabeza del anciano hacia atrás y cómo rápida, limpia, diestra, fácilmente le había cortado la garganta. De un solo golpe, dijo. Como espetar un cerdo.

Lo miré y pensé: «Estás mintiendo». No tenía ni idea de cómo podía saberlo, pero lo sabía. La muerte de Príamo no había tenido nada que ver con aquello. Y nadie podría jamás contradecir el relato de Pirro, pues nadie más había estado presente. Al fin se quedó callado, mirando su copa como si no fuera capaz de recordar para qué servía. Yo lo observaba supongo que buscando algún parecido con Aquiles, cuya inapaciguable ira había causado cientos, si es que no miles, de muertes. La gente no dejaba de decirle a Pirro que era la viva imagen de su padre, pero yo era incapaz de verla. A mí me parecía una especie de retrato de Aquiles hecho de una basta arcilla roja por

un escultor competente aunque mediocre. ¿Y? Sí, había un parecido, y al mismo tiempo no, no tenía nada que ver con Aquiles.

Como si mi mirada lo hubiera incomodado, Pirro se incorporó y miró a su alrededor.

—¿Sabéis de lo que me arrepiento de verdad? —dijo—. De haberle dado el escudo de Héctor a esa fulana para que enterrase a su mocoso. Tú —dijo punzando con el dedo a Automedonte— tenías que habérmelo impedido.

—Fue algo muy generoso —respondió Automedonte secamente.

—Fue una jodida estupidez.

—Tienes el casco —dijo Alcimo—. Te quedaste con todo lo demás.

—Pero esa no es la cuestión, ¿no? Mi padre le arrancó esa armadura al cadáver de Héctor un minutó después de matarlo. Tendría que tenerla yo al completo, sin que faltara una sola pieza.

Bruscamente, se puso de pie. Alcimo extendió una mano tranquilizadora, pero Pirro la ignoró, agarró el extremo de la mesa y a continuación se lanzó hacia la puerta. Alcimo lo siguió hasta la terraza. Podía oírlos hablar, aunque sus palabras me llegaban interrumpidas por las rachas de viento. Después de unos minutos. Alcimo volvió a la mesa llevándose el aire fresco de la noche en la piel. Retiró su silla y se sentó.

—En fin... —dijo.

Automedonte se encogió de hombros. Los dos estaban acostumbrados a la espera de las emboscadas, cuando un solo susurro podía delatarlos, y a lo largo de los años habían desarrollado un método de comunicación que prácticamente no necesitaba de palabras. Llevaba percibiendo aquella singular conversación silenciosa desde hacía casi una hora.

—Es muy joven —dijo Alcimo.

—Pero no tanto.

—¿No tanto como para admitirle fanfarronadas de borrachera?

—Lo único que quiere es demostrar que vale tanto como Aquiles. Pero no puede. —Alcimo miró hacia mí—. Nadie puede.

Hubo un silencio tenso. Nunca le había dicho a nadie, ni siquiera a Ritsa, que mi matrimonio nunca se había consumado, y hasta aquel momento yo siempre había dado por sentado que Alcimo tampoco. En

aquel momento, de repente, tuve la impresión de que Automedonte lo sabía o —lo que era aún más probable— lo adivinaba.

—¿Más vino? —pregunté.

—Mejor no —dijo Alcimo—. En realidad, creo que deberíamos marcharnos.

Moví la cabeza, lamentando otra cena desperdiciada. En la puerta, vaciló:

—No sé cuándo volveré.

Y sentí que incluso aquella mínima concesión a las obligaciones de la vida doméstica lo incomodaba. Aquello estaba en la raíz de toda mi inquietud. Yo sabía —creía saber— que Alcimo había estado enamorado —o, por lo menos, encaprichado— de mí. Había notado su manera de mirarme cada vez que coincidíamos en la misma habitación, aunque por supuesto jamás me había dicho nada. Como premio de honor de Aquiles, yo estaba tan fuera de su alcance como una diosa. Pero ¿quién sabe si no lo prefería así? Quizá de quien verdaderamente había estado enamorado era de Aquiles.

Como esposa de Alcimo, yo llevaba una vida mucho más aislada y restringida que como premio de honor de Aquiles. Ya no servía vino en la cena, y la anarquía en el campamento me dificultaba ver a mis amigas. Eran pocas las horas que no pasaba en soledad. Alcimo iba y venía, muy ocupado en organizar el trabajo en el recinto: casi no hablábamos. Por las tardes, cuando siempre estaba sola, me sentaba a hilar lana y dejaba que el hilo me llevara a través del laberinto de la memoria. Pensaba mucho en mi hermana. Yante —hija de la primera esposa de mi padre—. No tenía recuerdos de ella de mi niñez: ya era una mujer a punto de casarse cuando nací. Y no sería hasta después de la muerte de mi madre y de que me enviaran a vivir con ella a Troya, cuando llegara a conocerla. Pensaba ahora en ella porque me sentía más sola que nunca desde que llegué al campamento y ella era mi único pariente con vida. Eso sí es que vivía aún.

Tras la caída de Troya, cuando las mujeres cautivas fueron reunidas como ganado en el ágora, había ido a buscarla. Como estaba casada con uno de los hijos de Príamo, la busqué primero entre las mujeres de la casa real, a las que habían alojado en una cabaña masificada junto al ágora mientras esperaban a ser repartidas como premios de honor entre los reyes. Algunas habían salido de la cabaña, en la que no cabían, y se hallaban sentadas o tendidas sobre la arena sucia. Con el pelo pegajoso por el sudor, los rostros amoratados, los ojos inyectados de sangre, las túnicas hechas jirones, incluso a sus propias familias les habría resultado difícil reconocer a algunas de ellas. Caminando entre la multitud, fui escudriñando los rostros uno por uno, pero Yante no estaba allí.

Luego la estuve buscando entre las mujeres comunes a las que había visto entrar a la fuerza en el campamento por el camino lodoso, resbalando, tropezando a veces, arrastradas como ganado de camino al matadero. Las que caían eran «animadas» a ponerse en pie a golpes con el extremo romo de las lanzas. Me fijé en que entre ellas no había ninguna mujer embarazada y —aunque algunas llevaban niñas pequeñas de la mano— tampoco se veía a ningún niño varón. De nuevo miré uno por uno todos aquellos rostros aterrorizados, pero el miedo los hacía parecer idénticos, y me llevó bastante tiempo concluir que mi hermana tampoco estaba entre ellas. Más tarde oí que varios centenares de mujeres se habían arrojado al vacío desde la ciudadela, y entonces estuve segura de que aquel habría sido el destino de Yante. Era tan propio de ella como impensable en mí.

Poco a poco, a medida que pasaban los días, aprendí a aceptar que estaba muerta. Pero no podía tener la completa certeza, y entonces más que nunca yo necesitaba certidumbres. La única persona a la que podía preguntar era Elena, que había sido amiga de Yante —aunque la suya no fuera una amistad que muchos entendieran—. Así que una mañana me levanté temprano, me vestí con mis ropas más oscuras y me puse en camino, deslizándome entre las cabañas tan sigilosamente como pude, nerviosa y sola. No podía llevar conmigo a Amina en aquella ocasión porque se lo habría contado a las demás, y yo no quería que mi visita fuera de dominio público. No estaba segura de poder llegar hasta Elena —se sabía que estaba bajo una celosa vigilancia—, pero los guardias de la entrada al recinto me permitieron el paso. Las mujeres no se consideraban una amenaza.

Nunca había estado antes en el recinto de Menelao, así que no tenía la menor idea de a qué puerta llamar. Después de mirar a mi alrededor durante unos momentos, me fijé en una chica, sentada en los escalones de una de las cabañas, que estaba moliendo grano. Estaba en los huesos, tenía ojeras y una llaga abierta en la comisura de la boca —era más que evidente que se trataba de una de las mujeres que tenía que escarbar junto a los fogones en busca de un sustento miserable—. Cuando le pregunté a dónde dirigirme, señaló hacia una de las cabañas.

—¿Quieres ver a Elena? —dijo, y escupió para limpiarse la boca tras haber pronunciado aquel nombre.

Subí los escalones, esperé unos instantes —en los que deseé no haber ido hasta allí— y entonces llamé a la puerta. Tenía la mano levantada y la boca abierta para preguntar a la sirvienta si podía ver a su señora cuando me di cuenta de que no sería necesario. Porque la tenía delante. No detectaba en ella ningún cambio, ni el más mínimo. Aparentaba mi edad —tal vez incluso un poco menos—, a pesar de que tenía una hija ya casadera. Llevaba el pelo suelto y tan enmarañado que pensé que habría salido apresuradamente de la cama.

—Siento haberte despertado.

—No lo has hecho. Estaba trabajando.

Vi un telar en el rincón más alejado rodeado de lámparas encendidas. Elena y sus tapices. Recordé una cruel historia que había oído de niña. Las gentes creían —o, al menos, fingían creer— que cada vez que ella cortaba un hilo de una de sus madejas, un hombre moría en el campo de batalla. Me preguntaba si ella había llegado a saber lo que decía la gente y, de ser así, si ello la habría asustado tanto como debería. De cada muerte en la guerra se culpaba a Elena.

Ella me miraba sin hacerse a un lado para invitarme a pasar. Me di cuenta de que no me había reconocido, y entonces me aparté el velo de la cara.

—Briseida.

Alegría instantánea.

—¡Mírate! —Me tomó de las manos—. Estás tan alta como yo. —Midió con un gesto la distancia entre nuestras cabezas—. Y qué guapa. Sabía que ibas a serlo.

—Entonces eras la única. Todo el mundo me sigue diciendo que de niña fui un patito feo.

Ella movió la cabeza.

—Ojos y mejillas. No necesitas nada más.

Dijo la mujer que tenía todo lo demás. Me llevó hasta una silla y se sentó frente a mí. Tenía las mejillas sonrosadas; se mostraba cálida, emocionada y amistosa. No había duda de la sinceridad de su recibimiento.

—Tú no has cambiado nada.

Pretendía que fuera un cumplido —supongo— o una simple observación. Nadie le había dedicado nunca a Elena verdaderos cumplidos por su aspecto. ¿De qué habrían servido? Pero las palabras se quedaron en el aire sonando vagamente acusadoras. Y la verdad es que sí, sentí que me habría gustado encontrar alguna señal de pesadumbre o arrepentimiento, alguna marca visible —aunque solo hubieran sido unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos y de la boca—. ¿Es que habría sido mucho pedir? Pero no, no había nada.

Si mis palabras llevaban oculto algún filo, Elena no lo advirtió, en cualquier caso. Estaba ocupada diluyendo el vino y sirviéndolo en copas. Al tenderme una de ellas, me dijo:

—El embarazo te sienta bien. ¿Es de Aquiles?

Asentí.

—Un gran hombre. Menelao siempre habla bien de él.

No supe cómo responder a aquello. Obviamente, había hecho tabla rasa con el pasado. Elena volvía a ser griega; ya no era Elena de Troya. Volvía a ser Elena de Argos. Reina de Argos. Y tantas muertes...

Corté en seco aquel pensamiento.

—Me preguntaba si sabrías qué fue de mi hermana.

Inmediatamente, la expresión de Elena cambió.

—La vi aquel día. Vino a la casa, tomamos una copa de vino sentadas en el patio, a la sombra. Creo que estaba contenta, o tan contenta como de costumbre. Y entonces se oyó aquel gran griterío por las calles. Yo no imaginaba lo que estaba ocurriendo. Las esclavas corrían de un lado para otro gritando algo de un caballo; así que salimos a ver qué pasaba. Enseguida supe que era una trampa. Sé que es fácil hablar a *posteriori*, pero lo sabía. Tuve la sensación de que había algo vivo allí dentro, y que solo podían ser hombres. Y Casandra estaba allí, por supuesto, gritando su «no los dejéis entrar». Hasta que Príamo la mandó callar e irse a casa. Cuando se hizo de noche, regresé. Le di la vuelta mientras cantaba canciones griegas.

Canciones de amor. Me lo habían contado; aunque había algo extraño en aquella historia. Algunos de los hombres no la habían oído cantar.

Automedonte no la oyó; Pirro tampoco. Y aquellos que sí recordaban haberla oído ni siquiera se ponían de acuerdo en la canción. Era como si cada cual hubiera oído aquella que más significaba para él.

—¿Por qué?

—¿Por qué canté? Ay, no lo sé. Supongo que fue una manera de... ¿comunicarme?

—¿Intentabas hacer que se delatasen?

—No. —Movi6 la cabeza tan vigorosamente que podría haber estado intentando quitarse una avispa que se le hubiera quedado atrapada en el pelo—. Quería irme a casa.

Su voz se quebró al pronunciar la palabra. Levantando la mano, se dio unos toquitos en el lagrimal de uno de sus perfectos ojos.

—Elena, podías haberte marchado en cualquier momento.

—¿Eso crees? No tienes ni idea de lo difícil que era.

Mi hermana había desaparecido de la conversación, que giraba ya por completo en torno a Elena. En aquel momento descubrí algo de lo que no había sido consciente hasta entonces. No se podía imaginar una mujer más femenina que Elena ni un hombre más viril que Aquiles, pero, en el fondo, eran iguales. Todo giraba siempre en torno a ellos.

—Yante —dije con firmeza.

—Oh, sí, me contaron (no sé si es verdad) que se tiró a un pozo. Parece que muchas mujeres hicieron lo mismo. Había un grupo que solía reunirse en el templo de Artemisa; ya sabes, viudas... Ella se había vuelto muy religiosa después de que mataran a su marido. No tenía hijos y supongo que no le quedaba nada a lo que aferrarse... —Elena me miró—. Como te digo, no estoy segura.

—Bueno, supongo que es mejor que el mercado de esclavos.

Porque esa era la única alternativa posible. Mi hermana era mucho mayor que yo, y las mujeres que se acercaban al final de sus años fértiles solían acabar en el mercado de esclavos, lo que en muchos sentidos era un destino aún peor. Las mujeres mayores podían comprarse a bajo precio y trabajaban hasta morir. ¿Por qué no? Siempre se podía comprar otra. Desde ese momento decidí creer que Yante estaba muerta.

Cumplido el objetivo de mi visita, me quedé, a pesar de todo. Permanecimos un rato en un silencio que no resultó incómodo. Para mi gran sorpresa, algo de nuestra vieja intimidad había regresado.

—Eras una criaturita tan singular... —dijo.

—No era muy feliz.

—No; me daba cuenta.

Había habido auténtico cariño entre nosotras. La pobre mujer tenía que encontrar sus amistades donde podía. Sus verdaderos amigos eran Príamo y Héctor, que siempre la trataron con amabilidad, pero, tal como eran las cosas, pasaba muy poco tiempo con ellos. Como todas las mujeres, Elena vivía su vida casi completamente apartada de los hombres, y todas las mujeres de Troya (a excepción de mi hermana) la odiaban. Y el sentimiento era mutuo. En público se mostraba siempre respetuosa, pero en la intimidad la historia era muy distinta. Andrómaca era «la niña esposa»; Casandra, «la loca», y Hécuba... ¿Qué había dicho de Hécuba? No me acordaba. Quizá Hécuba se había escapado. No me era difícil imaginar que entre los muros de las dependencias de las mujeres Hécuba habría sido una enemiga formidable, demasiado intimidante incluso para Elena. Nos sumimos de nuevo en el silencio y dejamos que nos bañaran las mareas de la memoria.

Luego se oyeron voces fuera de la cabaña —el recinto empezaba a cobrar vida—. Me puse de pie.

—¿Puedo ver lo que estás tejiendo?

Su rostro se iluminó.

—Por supuesto que sí.

Poniéndose en pie de un salto, me tomó del brazo y casi me arrastró por la habitación. Los tapices de Elena no se parecían a los de nadie. La mayoría de las mujeres emplea motivos comunes en la cultura —con frecuencia flores y hojas estilizadas o escenas de las vidas de los dioses—, pero los diseños de Elena eran más que originales. Estaba tejiendo una historia de la guerra, haciendo su relato en lana y seda, del mismo modo que los bardos lo ponían en palabras y música. Di por sentado que seguiría trabajando en ella, y estaba segura de que un gigantesco caballo de madera estaría tomando forma en su telar. En sus entrañas se veían dos largas filas de fetos ovillados, hombres-bebé en el interior de un vientre materno.

Me detuve a asimilar lo que veía, y probablemente mi silencio fue mejor cumplido que ninguno que hubiera podido expresarse con palabras.

—Supongo que es para el palacio de Menelao.

—¿Quién sabe?

Algo en su voz me hizo volverme hacia ella. La luz de las lámparas junto a las que había estado trabajando iluminaban de lleno su rostro, pero no fue aquella perfección que tan familiar me resultaba lo que atrajo mi atención, sino el collar de piel amoratada que rodeaba su garganta. Me fijé —siendo, me temo, ya experta en tales cuestiones— en que las tonalidades eran muy distintas, desde las marcas rojas de unos dedos iracundos al azul y el negro y hasta al amarillo moteado de púrpura de las viejas lesiones. Todas ellas en el cuello y la garganta —no le había tocado la cara—. La estrangulaba mientras se la estaba follando. Como haría cualquiera.

Instintivamente, fue a cubrirse el cuello con su manto azul, pero con aquella expresión solemne y desolada que tantas veces le había visto antes —y volví a verle después— dejó caer la mano al encontrarse con mi mirada. Se avergonzaba, aunque sabía que no tenía razones para avergonzarse. Quería ocultar los moratones y, sin embargo, al mismo tiempo, quería que yo los viera.

—Ay, Elena.

—Bueno, ya sabes, se emborracha y... No es más que una larga lista de nombres.

—¿Qué nombres?

—Personas que han muerto. Patroclo, Aquiles, Áyax...

—Pero eso fue un suicidio.

—No importa; él me culpa, aun así. El hijo de Néstor... ¿Cómo se llamaba? Antíloco. Agamenón...

—¿Agamenón? La última vez que lo vi estaba muy vivo.

—Sí, pero están en muy malas relaciones. Dice que ha perdido a su hermano. ¿Y por qué fue la disputa? Por mí.

Pobre Elena. Tanta belleza, tanta elegancia... Y no era más que un hueso rancio y mohoso por el que los perros salvajes se peleaban.

—Ya lo sé, no es más que dolor, y es lógico, pero es todo el tiempo..., implacable. Y, por supuesto, es culpa mía. Todas y cada una de las muertes

fueron por mi culpa. La primera vez que lo vi me dijo que iba a matarme. A veces me gustaría que lo hubiera hecho. —Rio ahogadamente—. No lo digo en serio, claro.

—Lo siento.

—Necesito hacerme con algunas plantas.

—¿Veneno?

—No. Nunca me libraría. Pero hay drogas que hacen que la gente olvide. Incluso cuando han perdido a un ser amado, ya no lo sienten, no lloran, no están tristes... Tampoco se enfurecen... —Hizo un gesto de lado a lado con la mano—. Es como si todo se desvaneciera.

—No sé dónde podrías conseguir algo así.

—¿Macaón?

—Puedes preguntarle. Por lo menos podría darte algún somnífero.

—No, eso no serviría. Enseguida se daría cuenta. Lo necesito despierto..., pero tranquilo —vaciló—. Hay montones de drogas en Troya. En la huerta.

Sabía lo que me estaba pidiendo.

—Está demasiado lejos. Creo que Macaón es tu mejor opción.

No culpaba a Elena por querer drogar a Menelao. Al mirarla, yo no era capaz de ver a aquella arpía destructiva de las historias y los rumores; tan solo veía a una mujer que luchaba por sobrevivir.

—Me matará —dijo.

Negué con la cabeza.

—Si ese fuera su propósito, ya lo habría hecho a estas alturas.

—Entonces, ¿no me ayudarás?

—Pregúntale a Macaón.

Eso fue todo. Al final, cuando ya no nos quedó nada que hacer ni decir, simplemente nos quedamos mirándonos la una a la otra. Luego me tocó levemente en el brazo y me condujo hasta la puerta. Al abrirla, la luz reveló toda la extensión de los moretones, que le llegaban hasta el pecho. Me di cuenta de que quería despedirme con aquella visión e instintivamente me aparté de ella.

—No puedes reprocharme que intente sobrevivir —dijo cerrando la puerta hasta no dejar más que una rendija—. Por lo que he oído, a ti se te da

bastante bien hacerlo.

Aquella noche de nuevo comí sola. Después de la cena, en lugar de esperar a Alcimo, me fui directamente a mi habitación. Podía ser perfectamente la más pequeña de la cabaña, con el tamaño justo para contener una cama y —recién adquirida del saqueo de Troya— una cuna. La cuna estaba tan hermosamente tallada y tan ricamente adornada de oro y marfil que solo podía haber pertenecido a una familia aristocrática o regia. Tumbada en la cama, me quedé mirando las vigas del techo mientras sentía al bebé en mi interior —que no había parado de moverse en todo el día—, entregándose dulcemente a su propia versión del sueño.

Acostada de espaldas, no tenía que ver la cuna. Alcimo me la había mostrado con tal orgullo que supe que sería imposible deshacerme de ella o siquiera trasladarla a alguna de las cabañas de almacén, pero yo no quería quedármela. No podía evitar acordarme del hijo de Andrómaca, el niño pequeño al que Pirro había arrojado a la muerte desde las almenas de Troya. No tenía ninguna razón lógica para creer que aquella hubiera sido su cuna, y sin embargo sabía que lo era. Imaginaba su pequeño fantasma en la habitación.

Resultaba difícil dormir con aquel pensamiento en la cabeza, pero finalmente logré dar una cabezada. Solo unos momentos después —al menos, eso me pareció, pero pudieron ser horas—, me sobresaltaron unos fuertes golpes en la puerta. Al levantarme demasiado rápido, me mareé un poco, pero me las arreglé para salir dando tumbos al pasillo. Los golpes habían parado, pero se reanudaron entonces.

—¡Ya voy!

Esforzándome por ver en la oscuridad, distinguí a una de las chicas, pero no fui capaz de reconocerla hasta que ella dio un paso hacia mí.

—Amina, ¿qué pasa?

—Ha llamado a Andrómaca.

No tuvo que decir nada más. Me eché el manto encima y salí; una lluvia fina enseguida me humedeció la piel y el pelo. Trepamos por el muro, tambaleándonos un poco en el pequeño hueco que quedaba entre dos cabañas, donde el viento que venía del mar soplaba con toda su fuerza. Amina llamó a la puerta y una de las chicas nos abrió. En realidad aún no conocía a ninguna de ellas; de tres o cuatro solo sabía su nombre, y de las demás ni siquiera eso. No ayudaba que muchas permanecieran aún mudas. Habían sacado sus jergones de debajo de la cabaña, donde permanecían almacenados durante el día, y los habían dispuesto en filas por la habitación. Cada chica tenía una pequeña vela de junco junto a su almohada. Al volverse hacia mí para mirarme, las pálidas llamas iluminaron sus rostros desde abajo —parecían sus propios fantasmas—. Una chica llamada Hele me dijo:

—Llegas demasiado tarde; se ha ido.

Sus palabras sonaron maliciosas y petulantes, igual que las de una niña a la que su madre no hubiera conseguido proteger.

—No pasa nada —respondí—. Sé dónde encontrarla.

Y así fue. Me cruzaría con media docena de antiguas versiones de mí misma en la corta distancia que separaba el barracón de las mujeres y el salón.

Al acercarme, oí cantos, golpes en las mesas y carcajadas de hombres jóvenes que se emborrachaban para celebrar o para olvidar. La voz de Pirro se alzaba sobre las del resto. Caminé por la terraza hasta la entrada lateral que llevaba directamente a sus habitaciones privadas. No había allí mucho donde refugiarse, y nada más abrir la puerta, el viento me empujó al interior de la habitación. Miré a mi alrededor. Había un fuego ardiendo, pero los troncos eran verdes y soltaban demasiado humo; los ojos me escocían. Junto a la chimenea había dos sillas colocadas frente a frente. La que tenía delante de mí había sido la silla de Patroclo. Podía verlo allí mismo, con un par de perros dormidos a sus pies, como de costumbre: podencos que se

sacudían y gimoteaban como si persiguieran conejos imaginarios por los campos del sueño. Uno de ellos aulló al tiempo que sus zarpas arañaron el sueño. Patroclo se echó a reír y el hombre sentado en la otra silla, cuyo rostro no podía ver, levantó la vista de su lira y también se rio. Por un momento me olvidé de que Andrómaca estaba esperando en el cuarto y que Pirro se emborrachaba hasta la estupidez en el salón, y simplemente me quedé mirando las sillas vacías —que en mi mente no lo estaban en absoluto—. Qué poderosos son los muertos.

Otro grito en el salón. Más cantos, más ruidosos ahora, al son de los pies que golpeaban el suelo. *¡Contenedlo, guerreros argivos! ¡Contenedlo, guerreros argivos! ¡Jefes, jefes, jefes, jefes!*

¿Contenedlo? Por lo que había visto de Pirro, sostenerlo habría venido más al caso.

Sabía que Andrómaca estaría en el cuarto contiguo —el armario, lo solía llamar yo—. Llamé a la puerta.

—¿Andrómaca? Soy yo, Briseida.

Al empujar la puerta, vi su rostro pálido, incorpóreo, flotando en la oscuridad igual que el reflejo de la luna en el agua.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Me avisó Amina. —Al mismo tiempo de decirlo me di cuenta de que estaba respondiendo a la pregunta equivocada—. No te preocupes. Conozco bien esta habitación.

Durante mi primera noche en el campamento. Patroclo me había ofrecido una copa de vino. No lo entendí —un hombre tan poderoso, la mano derecha de Aquiles, atendiendo a una esclava—. Aquel simple acto de amabilidad me había obsesionado desde entonces. Volviéndome hacia la mesa situada a la izquierda de la puerta, llené las dos copas más grandes que pude encontrar y le ofrecí una de ellas.

Pareció nerviosa.

—¿Crees que deberíamos?

—No veo por qué no. Es el vino de Príamo, y no creo que él nos hubiese negado una copa.

Vacilante, se la llevó a los labios.

—¿Te han dado algo de comer?

Negó con la cabeza, y entonces volví a la otra habitación a por una cesta de queso y pan y la dejé a su lado. No esperaba que comiera, pero al menos ahora podría hacerlo si quería. Me apretujé en la cama junto a ella y allí permanecimos sentadas en silencio por un rato, escuchando los cantos del salón.

—Estarás bien. —Sonó poco convincente, pero en aquella situación cualquier cosa que se pudiera decir habría sonado igual—. Pronto todo habrá terminado y estarás de vuelta en tu cama.

—¿Sabes que fue él quien mató a mi bebé?

No hay palabras a veces. Le pasé el brazo por los hombros —estaba tan delgada que parecía un pajarito, y casi esperé sentir su corazón palpitando contra sus costillas—. Al principio permaneció indiferente, con cada uno de los músculos en tensión, pero luego, de pronto, se acurrucó junto a mí y dejó la cabeza descansando en la curva de mi cuello. Yo apreté mis labios contra su pelo y así permanecimos largo rato. Mi mano libre descansaba sobre la colcha. Su dibujo de hojas y flores me resultaba tan familiar que era capaz de trazarlo de memoria, sin necesidad de verlo. Estaba pensando en mi amiga Ifis, que tantas veces había esperado conmigo en aquella habitación. Después de mi primera noche en la cama de Aquiles, ella se había encargado de que tuviera un baño caliente esperándome en el barracón de las mujeres: había comprendido hasta qué punto una necesitaba por encima de todo sentirse limpia, sumirse en aquella calidez envolvente. Decidí en ese mismo momento que habría un baño caliente esperando a Andrómaca en cuanto él la dejara marcharse.

Los gritos del salón fueron apagándose en un grave murmullo salpicado de cuando en cuando de alguna risotada. Vaya si estaban satisfechos de sí mismos aquellos griegos celebrando la destrucción de Troya. Con el estómago lleno de carne de las vacas que habían saqueado, ebrios del vino que habían saqueado y ahogando con sus voces el rugido del viento, era fácil olvidar que estaban atrapados en aquella playa sin ninguna esperanza de que sus negros barcos pudieran zarpar. Pero ya el banquete llegaba a su fin —y el viento seguiría silbando alrededor de sus cabañas toda la noche—. De repente, estaban cantando la última canción. Me la sabía al pie de la letra: la había oído tantas veces como había estado esperando en aquella

habitación. Era una canción sobre la amistad; unos amigos que se despiden al final de una noche de fiesta, una celebración del calor y la vida, pero teñida de nostalgia. Cuando las últimas notas se desvanecieron en el silencio, vertieron sus posos de vino en los juncos a modo de libación final en honor de los dioses.

Apreté el hombro de Andrómaca.

—Tengo que irme.

Ella asintió y respiró hondo, sabiendo que la próxima vez que la puerta se abriera sería Pirro. Y en ese momento, todo el entumecimiento defensivo que había logrado acumular en los últimos meses desapareció y volví a estar en aquella habitación, sentada en el mismo lugar donde ella estaba ahora, esperando a Aquiles —y experimentando de nuevo todo el terror que había sentido cuando la puerta se abrió y su gigantesca sombra tapó la luz —.

La cabaña estaba vacía cuando volví. No tenía la menor idea de dónde estaba Alcimo ni de si volvería a casa. Probablemente, no. No sabía dónde dormía cuando pasaba fuera toda la noche, y tampoco tenía derecho a preguntar. Por supuesto, él tenía otras mujeres —como todos los hombres—, pero yo no sabía de ninguna en concreto.

Era demasiado tarde para ponerme a cardar lana otra vez, pero sabía que no iba a poder conciliar el sueño de nuevo. Así que, en lugar de eso, me dediqué a pasear de un lado a otro, mientras los recuerdos que se me había dado tan bien suprimir hasta entonces empezaban a bullir bajo la superficie y el bebé se agitaba en mi interior. El tiempo que pasaba con Andrómaca y las chicas me obligaba a revivir mis primeros días en el campamento. Al volver la vista atrás, creo que casi debí haber perdido el juicio. Oh, por fuera parecía normal, serena, sonriente —siempre sonriente—, pero iba por ahí moviendo los brazos y las piernas sin mayor sensibilidad que la de una marioneta. Pasaban los días enteros y cuando llegaba la noche no era capaz de recordar una sola cosa que hubiera sucedido. Aunque, no, eso no es del todo verdad. Me acordaba —aún me acuerdo— de un montón de pequeños actos de pura bondad que recibía. Nunca podría compensar por ellos a Ifis, pero sí podría transmitir la herencia de su bondad. Andrómaca tendría su baño.

Aunque eso sería por la mañana. Aún tenía que dejar la noche atrás. Quizá podría tomarme un poco del somnífero que Alcimo guardaba junto a su cama, pero recelaba de algunos de sus efectos —él tenía pesadillas, de esas que continúan incluso cuando ya hemos despertado—. A veces lo oí gemir mientras dormía. Pero unos sorbitos —me dije— no podrían hacerme

mal. Me lo acabé de un golpe, torciendo la boca al notar su sabor amargo; luego me dirigí a la pequeña habitación que había al final del pasillo y, al hacerlo, me di cuenta de que era el equivalente exacto del «armario» de las habitaciones privadas de Aquiles —la habitación en la que las mujeres esperaban a ser llamadas—. Me pregunté quién habría estado esperando allí a Alcimo durante los años anteriores a su involuntario matrimonio.

Mi cama era dura, e incluso en el breve trayecto de regreso del salón de Pirro el frío se me había metido en los huesos. Las sofocantes noches de verano habían quedado atrás hacía mucho; el año avanzaba hacia la oscuridad. Cerré los ojos y los mantuve así, aunque durante todo el tiempo era consciente de la cuna vacía a los pies de mi cama.

¿Sabes que fue él quien mató a mi bebé?

Sí, lo sabía, aunque solo acababa de descubrirlo. Al principio, había dado por hecho que habría sido Odiseo el que matara al hijo de Andrómaca simplemente porque lo había oído argumentar con apasionado énfasis que todos los troyanos varones debían morir, incluidos los que aún estaban en el vientre materno. Todos —había insistido—, pero en especial los de la estirpe de Príamo. No debía quedar con vida nadie que pudiera reclamar el trono troyano; nadie que pudiera actuar como un foco de resistencia o de venganza. Yo había descubierto la verdad accidentalmente, al oír una conversación de Alcimo con otro de los soldados. Pirro había sido el elegido para matar al bebé como premio por el papel que había desempeñado en la caída de Troya. Sus hazañas corrían de boca en boca, y no había duda de que se iban agrandando cada vez que se contaban. Incluso llegué a oír el rumor de que había asesinado a Príamo golpeándolo hasta la muerte con el cadáver de su nieto. Aquello no era verdad, o al menos yo esperaba que no lo fuese, pero también era cierto que había mentido sobre la muerte de Príamo —de eso estaba segura—. Tantas atrocidades se habían cometido en la ciudad caída que resultaba difícil descartar nada.

El niño que yo llevaba dentro volvió a dar patadas, y descansé las manos con los dedos extendidos sobre mi vientre. Yo ignoraba cómo se suponía que debían sentirse las mujeres embarazadas; solo podía preguntarle a Ritsa —y ella siempre respondía con la mecánica despreocupación propia de una comadrona—. Pero ¿qué sentía yo por aquel

bebé cuyo padre había matado a mi esposo y a mis hermanos y había quemado mi ciudad? Sentía que no era mío. A veces me parecía una infección parasitaria más que un embarazo aquello que se había apoderado de mí y me utilizaba para sus propios propósitos —que eran también los de ellos—. Matad a todos los hombres y niños, preñad a sus mujeres —y los troyanos dejarán de existir—. Su intención no era solo la de acabar con unos hombres concretos como individuos: lo que querían era aniquilar a un pueblo entero.

Yo no había elegido aquel embarazo; no lo quería. Y, aun así, sabía que había sido mi salvación. Sin él, me habrían ofrecido como primer premio en los juegos fúnebres de Aquiles. Pero, en lugar de eso, había tenido un matrimonio, seguridad, incluso una cierta deferencia. Me había dado cuenta de un llamativo cambio en cuanto el embarazo empezó a notarse. Solo unos días antes, un hombre al que apenas conocía me había colocado la mano en el vientre, y no de una manera sexual o predatoria, sino como una muestra de su lealtad a la estirpe de Aquiles. Yo era el cofre que contenía las joyas de la corona —al menos así es como parecían verme los mirmidones—. Como persona, yo no contaba en absoluto. Si alguna vez hubieran pensado en mis sentimientos —y estaba bastante segura de que no lo habían hecho nunca—, probablemente habrían dado por sentado que yo exultaría de orgullo al pensar que llevaba dentro al hijo de Aquiles. Estar embarazada del guerrero más grande de su tiempo —tal vez de todos los tiempos—. ¿Qué más podía pedir una mujer?

Escuchaba el gemido del viento. De noche, el rugido que amedrentaba y amenazaba durante todo el día a veces se convertía en un llanto inconsolable —como el de un niño abandonado que suplica que lo dejen entrar—. A esas alturas me conocía hasta el último defecto de la cabaña. El hueco bajo la puerta que dejaba que entrase la arena hacía que, por más que se barrieran, los suelos estuvieran siempre perdidos. Había que tener cuidado de no dejar las lámparas al alcance de las corrientes, pues si estas las volcaban, seguían ardiendo. Las velas eran más seguras, pues lo más probable era que se extinguieran al caer. Tenías la constante sensación de que el viento instilaba oscuridad por cada rendija. Ya he dicho que a esas alturas me conocía todos los trucos que era capaz de emplear la tormenta,

pero en aquel momento, mientras yacía allí con los ojos cerrados y empezaba a dormirme, oí un nuevo sonido: un golpeteo que no había sentido antes. Obligándome a salir a rastras del sueño, abrí los ojos y vi que la cuna había empezado a moverse. Ninguna mano humana la había tocado y, sin embargo, allí estaba, crujiendo, moviéndose, desplazándose poco a poco por el suelo. Mi mente empezó a revolverse en busca de una explicación que, en cuanto conseguí liberarme del manto del sueño, fue bastante obvia. Había un hueco en la pared al nivel del suelo —podías sentir la corriente en los tobillos en cuanto entrabas en la habitación—, y como el suelo tenía pendiente desde el muro exterior hasta la puerta, resultaba verdaderamente fácil que la cuna se moviera. No había nada ni remotamente sobrenatural en ello, y, sin embargo, la piel se me erizaba. Veía la cuna moverse y se apoderaba de mí una sensación de pavor asfixiante. Tardé mucho tiempo en poder dormirme otra vez.



Lo primero que hice por la mañana, todavía algo atontada por el somnífero, fue dirigirme al barracón de las mujeres con la intención de esperar a Andrómaca solo para encontrarme —me lo dijo Hele, la que me abrió la puerta— con que ya había regresado. «Solo estuvo allí un par de horas».

Aquello era un tanto extraño. Normalmente, si te llamaban, esperabas pasar allí toda la noche —pero ese era Aquiles—. No tenía experiencia con Pirro. Fui por el pasillo directa a la habitación de Andrómaca, que en tamaño y forma era idéntica a la mía. Estaba acurrucada bajo una manta, bañada en lágrimas y en silencio, aunque cuando me senté a los pies de la cama se dio la vuelta y empezó a secarse los ojos con el dorso de la mano.

—Bueno, ya está —dijo—. Me alegro de que todo haya acabado.

Le ofrecí un pañuelo para que se sonara la nariz. Emergió de entre sus pliegues aspirando con fuerza para desatascársela, con la cara todavía húmeda y los ojos enrojecidos, pero mucho más serena de lo que yo había esperado. Señaló con la cabeza a la puerta.

—No dejan de preguntarme cómo fue...

Era lógico; todas debían pensar que pronto llegaría su turno. Recordé lo importante que había sido para mí que Ifis nunca hubiera hecho preguntas.

—Oye, ¿por qué no te vienes conmigo? —dije—. Podrás darte un baño; hay agua caliente de sobra...

Miró con gesto derrotado alrededor de la habitación, como si solo levantarse de la cama fuera algo demasiado aterrador para planteárselo, pero luego giró las piernas hacia un lado y se incorporó. Tenía el pelo zarrapastroso; la túnica, manchada. Me adelanté para volver a la cabaña antes que ella y mandé preparar un baño y servir comida en la mesa: lonchas frías de carne de la noche anterior, pan caliente, albaricoques maduros, migas de queso blanco. Ni por un momento supuse que sería capaz de comer, pero me llevé la sorpresa. No podría decir que comiera con fruición, pero la verdad es que tampoco estoy segura de que lo hubiera hecho nunca. Consiguió beberse una copa de vino, en cualquier caso, y eso le devolvió el color a sus mejillas.

Para cuando terminó, el baño estaba listo y la llevé fuera, hasta la trasera de la cabaña, donde podría bañarse en privado. El vapor que humeaba del agua, las hierbas aromáticas que flotaban en la superficie, las toallas blancas puestas a calentar sobre una silla de montar colocada junto al fogón de la cocina... Se animó un poco ante la visión. Cuando se quitó la túnica, vi que llevaba un anillo en una cadena de plata alrededor del cuello, y me pregunté cómo demonios se las había arreglado para conservarlos. Lo normal, cuando capturaban a una mujer, era arrebatarle todas sus joyas; muchas de las chicas habían llegado al recinto con los lóbulos de las orejas desgarrados al arrancarles los pendientes. Me fijé en que se trataba de un anillo de pulgar masculino, pero no quise mirarlo demasiado de cerca. Por encima de todo, ella necesitaba privacidad. Sabía lo en carne viva que se estaría sintiendo —cada centímetro de su cuerpo en carne viva—, como si la hubieran desollado.

Así que me di la vuelta y me puse a enredar con las toallas. Cuando volví a mirar, estaba tumbada en la tina con los ojos cerrados y la sombra de las nubes pasajeras se movía despacio por su rostro. La dejé estar allí el tiempo que quisiera, y volví al interior de la cabaña para elegirle una de mis túnicas. Pasaron veinte minutos hasta que la oí llamarme por mi nombre. Salió de la tina para ir en busca del abrazo de las toallas calientes. Luego la ayudé a ponerse la túnica limpia y nos sentamos en un escalón mientras yo

le peinaba y le trenzaba el pelo. Peinar unos cabellos tiene algo relajante — para las dos personas implicadas en la acción—. Seguía intentando recordarla tal como era cuando viví en Troya. Yo solo tenía doce años, así que la había visto como una mujer adulta, aunque al volver la vista atrás ahora, me daba cuenta de que debía de ser muy joven —aún no habría cumplido los quince cuando se casó con Héctor—. Era una edad muy corta para lo habitual —sobre todo, teniendo en cuenta que había sido una muy querida hija única—, pero su padre había querido ponerla a salvo con aquel matrimonio al sospechar —acertadamente— que su ciudad era la siguiente en la lista de objetivos de Aquiles.

Podía imaginar lo difíciles que debieron de ser los primeros días de su matrimonio. Preocupado por librar la guerra. Héctor había pospuesto su casamiento hasta bien entrada su treintena. Para entonces ya tenía varias concubinas; por lo menos varios de los niños que jugaban alrededor de la mesa del comedor serían suyos. Pero eso no era más que lo esperado; una esposa joven que se amarga la vida por las concubinas de su marido es una idiota. No, el verdadero problema era Elena. Héctor estaba fascinado por ella, pese a ser un hombre demasiado honorable como para expresar mediante palabras o acciones su enamoramiento de la esposa de su hermano. Por su parte, Elena flirteaba sin pudor con él casi sin molestarse en disimular su sensación de haberse casado con el hermano equivocado, y se mostraba totalmente desdeñosa con Andrómaca, a la que se refería como «la niña esposa». Todas las mujeres se desvanecían en presencia de Elena, pero Andrómaca —delgadísima, sin pechos y profundamente tímida— se desvanecía aún más que el resto. Héctor siempre trató a su esposa con gran respeto en las raras ocasiones en las que estuvieron obligados a aparecer juntos en público, y si en tales ocasiones su mirada se dirigió más de una vez hacia donde estaba Elena... Bueno, no fue ni más ni menos que lo mismo que le ocurrió a todos los demás hombres presentes en la sala.

Elena era muy consciente del efecto que producía. Recuerdo una noche en particular en que —irónicamente, como de costumbre— había estado elogiando a las troyanas por lo celosamente que vigilaban a las chicas solteras. Elena venía de Argos, donde las cosas eran bastante distintas. «¿Sabéis que cuando era una chica ya crecida y madura para el matrimonio

aún seguía desnudándome hasta la cintura y echando carreras con mis hermanos por la playa?», dijo. Dirigió una mirada inocente alrededor de la mesa. «¿Os lo podéis imaginar?». Podían, vaya si podían, y tanto que sí. Un par de proyectos consejeros de Príamo parecieron como si imaginar aquello fuera lo último que hubieran hecho jamás y las mujeres murmuraron e intercambiaron miradas de desaprobación, mientras que Príamo, presidiendo la mesa con el rostro animado por la diversión, se encontraba con la mirada de Elena y movía la cabeza cortésmente.

Allí, mientras acababa de trenzar los cabellos de Andrómaca, no pude evitar sonreír ante aquel recuerdo. A pesar de todo, yo nunca había podido odiar a Elena —cosa que, entre las mujeres troyanas, me dejaba en una minoría de la que no formaba parte nadie más que yo—. Até un lazo al final de la trenza y Andrómaca, que se había sumido en una especie de estado de trance, abrió los ojos entonces y miró a su alrededor.

—Gracias —dijo—. Creo que no habría soportado seguir allí un minuto más. No dejaban de hacer preguntas y más preguntas, y yo no quería hablar de eso.

—No, por supuesto que no —respondí.

Fui en busca de una jarra de vino y la dejé en el suelo, a nuestros pies. Estuvimos hablando de una cosa y de otra, pero nada retenía su atención demasiado tiempo y, después de un rato, empezó a hablarme de Pirro —que era lo que había estado queriendo hacer desde que llegamos—.

—Estaba muy borracho. No he visto a nadie tan borracho en toda mi vida. No dejaba de tirar cosas, y decía algo y enseguida olvidaba que lo había dicho y lo volvía a decir. Me refiero a que Héctor bebía... Bueno, lo mismo que todos, ¿no? Pero no era nada parecido a eso. —Se detuvo un instante y clavó la vista en las hierbas dispersas alrededor de sus pies—. Creo que eso ayudó en cierta manera, porque yo sabía que no iba a acordarse de nada, y eso implicaba que yo no tendría que recordarlo tampoco. Sí, lo sé, una estupidez. Pero te lo cuento solo como lo sentí en ese momento. —Levantó la vista—. Pensaba cuando estaba sentada en aquella habitación..., ya sabes, después de que fueras, que él iba a entrar y simplemente..., se me echaría encima. Pero no fue así en absoluto. Me hizo sentarme y entonces solo..., se me quedó mirando. Yo no podía respirar, no

podía hablar... Después de un rato me sirvió una copa de vino (derramó la mayor parte) y luego se levantó bruscamente y trajo una caja que había sobre la mesa. Me mostró todo el contenido y me dijo: «Vamos, elige». Eran joyas sobre todo: collares, broches... Supongo que de Troya. Si hubiera podido pensar con claridad, probablemente habría reconocido una gran parte de ellas. Y él seguía insistiendo: «Vamos, elige». Lo último que quería escoger era algo que me embelleciera para él. Así que elegí esto.

Buscó bajo el cuello de la túnica y sacó el anillo en el que me había fijado antes. De oro, con una gran piedra de color verde —que no era una esmeralda—, de un verde pálido y lechoso, el color de un mar sereno. La miré, y la mano de un hombre con una moneda de plata que resplandecía en su palma surgió de las tinieblas del pasado.

—¿El anillo de Príamo?

—Sí, no quería que él lo tuviera.

—¿Pero no te preguntó por qué querías un anillo de hombre? Nunca podrás llevarlo puesto.

—Lo llevo ahora. No, no preguntó. Creo que estaba intentando no vomitar. —Vaciló—. Sigo sin saber si él... Ya sabes. Seguía teniendo que... —Movié arriba y abajo el puño cerrado de forma elocuente—. Y simplemente siguió y siguió. —Dejó escapar una risita falsa—. Y luego me echó.

—Si estuvo dentro de ti debes saberlo.

Por un momento pensé que no iba a responder, pero entonces:

—Sí, sí estuvo —dijo.

Había vuelto a palidecer: cada pizca de vida parecía escapársele mientras la miraba. Permanecimos en silencio un rato, escuchando el viento. Y entonces, entre todos los otros ruidos más familiares, oí aquel chirrido de mecedora sobre un suelo de madera. Esperaba que ella no lo hubiera escuchado, pero lo hizo. Inmediatamente, se puso de pie y se dirigió trastabillando hasta la puerta, casi como si estuviera en mitad de la noche y hubiera oído llorar a su hijo. Una vez dentro de la cabaña, el sonido se oía con más fuerza y echó a correr. La alcancé justo cuando llegó a la puerta de mi habitación y vi, sobre su hombro, la cuna meciéndose. Cayó de rodillas junto a ella, con la mirada perdida en el vacío bajo la caperuza.

—La devolveré. —Yo tartamudeaba, desesperada por impedir que se hiciera aún más daño—. No puedo hacerlo ahora porque me la dio Alcimo, pero no te preocupes, en cuanto pueda, la devolveré...

Su mano sujetaba uno de los lados de la cuna y había hecho que dejara de mecerse. Nos quedamos en silencio, respirando. Entonces ella levantó la vista hacia mí.

—¿Para qué iba a quererla de vuelta? —dijo—. Solo podría acostar en ella a su hijo. —Su mirada se deslizó desde mi rostro a mi vientre—. ¿Cómo se supone que vamos a querer a sus hijos?

Siguió mirándome, casi como si pensara que yo podía tener una respuesta. Sintiendo ganas de vomitar, me tapé la boca con la mano y me volví.

Le dolía incluso mover la cabeza en la almohada. Tenía la boca seca: habría estado roncando como un pez durante toda la noche. Aunque vaya jodida estupidez era el dicho ese. ¿Quién ha oído roncar a un pez nunca? Con los ojos cerrados, extendió los brazos y encontró la cama vacía. Entonces es que ella se había ido. ¿Cuándo se había ido? Vagamente recordó que la había echado a patadas de la cama. No, a patadas no. Él no habría hecho eso. Era la viuda de Héctor, después de todo; un premio importante, como su casco y su escudo. Solo que ya no tenía su escudo. Automedonte tendría que haberle impedido... Había abierto los ojos ahora, pero la luz hacía que le ardieran como si fuera ácido y los volvió a cerrar de buena gana. Había algo que le preocupaba... El anillo, mierda, sí, el anillo. Le había ofrecido collares, brazaletes, broches..., y ella había escogido un anillo de hombre. ¿Por qué? Porque era el anillo de Héctor. ¿Lo habría reconocido? No tendría que habérselo permitido, y no se lo habría permitido de no ser porque sintió pena por ella. Y porque estaba intentando no vomitar.

Cómo se las habían arreglado para tener sexo no lo sabía. Pero lo habían hecho; la sábana húmeda que tenía debajo era la prueba. No podía acordarse de gran cosa, pero lo había conseguido. ¿Lo había conseguido? Sí, por supuesto que sí. Ahora se acordaba, aunque no es que hubiera gran cosa que recordar. Había sido como meterla en un saco grasiento de huesos de pollo. No tendría que haberla dejado llevarse el anillo. Su problema es que es demasiado generoso: la gente lo toma por imbécil. Y ella, desde luego, lo hará. Aunque tampoco es que la hubiera ayudado mucho, ¿no? Lo importante es que había acabado. La próxima vez sería más fácil, y la próxima. Y la próxima... Mierda, esto es una cadena perpetua. Podría

tomarse vacaciones si la dejaba preñada, pero si no... Tiene que dejar de pensar así. Lo importante es que había hecho lo que tenía que hacer. En las murallas de Troya se había abierto una buena brecha.

La momentánea explosión de confianza le permite sentarse y mirar a su alrededor. Como siempre, la habitación parece rehuirlo. Es increíble lo vivas que están esas cosas. La lira, que sigue allí como si Aquiles acabara de soltarla; el espejo que una vez había albergado su reflejo, ahora a oscuras; su escudo apoyado contra la pared. Todas esas cosas son suyas ahora, pero él no las siente como tales. No sabe tocar la lira y, por supuesto, no va a permitir que nadie más la toque. Sí puede —y es lo que hace— pulir el escudo. El espejo le juega malas pasadas. A veces se pone la armadura de Aquiles y se para ante él, pero su reflejo no siempre se mueve cuando él se mueve. Ha empezado a adquirir vida propia.

Ya basta. La única solución es salir. Se viste una túnica limpia, mete los pies en sus sandalias y sale de la cabaña a toda prisa. El viento le corta la respiración y cierra la puerta con violencia tras él, como si quisiera impedirle que entrara de nuevo. ¿A dónde ir? No hay nadie levantado. Las copas hasta altas horas de la noche en el salón tendrán a todo el mundo quejándose y ocupándose de sus dolores de cabeza, igual que él; aparte de unas cuantas mujeres que atizan el fuego y muelen grano no se ve un alma en el campamento. Al mar, entonces. Toma el sendero que discurre entre las dunas, consciente a cada paso de ir siguiendo las huellas del gran Aquiles. Literalmente, no hay ningún sitio en la playa o en el campamento adonde pueda ir sin saber que Aquiles estuvo allí antes. Ni una sola cosa que pueda tocar: la mesa, la copa, las bandejas de la cena... Ni una. Y claro que es un consuelo tener a su padre tan cerca. Solo que él no está. No está en ninguna parte. Al salir a la playa, experimenta la vastedad del mar y del cielo como una insoportable y dolorosa ausencia.

Podría nadar. Como nadaba Aquiles —todas las mañanas y todas las noches—. Aunque el mar es un muro de arena marrón batida. Incluso la sola idea de zambullirse en él hace que le den ganas de vomitar, pero no tiene más remedio —no tiene elección—. Nunca ha podido elegir. Así que comienza a internarse en él; siente que el agua helada le golpea las rodillas y que la arena se le escabulle entre los dedos de los pies. La siguiente ola le

golpea las ingles, el pecho, la boca, y ya está nadando con la cabeza y el cuello en tensión por encima de las olas. Intenta hacer pie, pero no encuentra el suelo, así que no tiene más remedio que seguir por entre la burbujeante espuma hasta la zona más calmada que hay más allá, aunque incluso allí el oleaje está empenachado de blanco y bulle de furia entre sus crestas. Unos metros más de vergonzoso chapoteo a lo perro, que se vuelve más frenético cada vez que las olas amenazan con arrastrarlo, y entonces está listo para salir. Medio caminando y medio arrastrándose por el bajío, no tiene sensación de logro alguno. El mar lo ha engullido: el mar lo ha escupido, y eso es todo.

Aquiles —como a Pirro le han contado una y otra vez— nadaba igual que un delfín, como si el mar fuera su verdadero hogar. En una ocasión había estado sumergido tanto tiempo que Patroclo corrió al mar a rescatarlo solo para verlo emerger a doscientos metros de distancia. Aquella escena era una de las imágenes más nítidas que tenía de su padre: un hombre que se internaba a nado en el mar; otro que lo esperaba con inquietud en la orilla. Ahora, por primera vez, se le ocurría que la escena no tenía ningún sentido. ¿Por qué se había preocupado Patroclo? ¿Por el mejor nadador del ejército griego en un mar en calma?

Hay muchas cosas que no entiende.

Despacio, se pone la túnica mojada, mete los pies en las sandalias llenas de arena y se vuelve para mirar al campamento. Ahora se ven un par de luces en las cabañas, pero no tiene ganas de volver. Está mejor allí fuera, mientras el viento le limpia la mente de los sórdidos recuerdos de la noche. Ella no tuvo la culpa, pobre mujer. Ella no tuvo ninguna culpa. Ojalá no hiciera tanto frío. Ojalá el viento dejara de soplar. Y, justo en el instante de tener ese pensamiento, se produce una calma.

Silencio. Nada se mueve, ni una brizna de hierba. Por todo el campamento, los hombres que dormían profundamente en medio de la furia de la tormenta se habrán despertado y se estarán mirando unos a otros. ¿Ya está? ¿Ha parado? ¿Pueden irse a casa? Pero antes de haber tenido ocasión de hablar, el viento vuelve a levantarse: al principio como la cola de un gato que removiera hojas secas y hierba, pero luego con mayor fuerza cada vez, hasta barrer de nuevo el mar con el mismo poder y encono que antes.

Aquellos momentos de calma impredecibles en los que, por un momento, marcharse y regresar a casa empieza a parecer posible minan la moral más que las peores ráfagas de la tormenta. Y, cada vez que se producen, la perspectiva del sentido común, según la cual el viento no significaba nada y no era más que —por usar las palabras despectivas de Macaón— «el tiempo», se tambalea. Porque, después de cada uno de esos momentos de calma, la verdad es que da la sensación de que los dioses estuvieran jugando con ellos, mostrándoles la esperanza en la palma de la mano solo para arrebatársela después.

Pirro siente que el pelo húmedo se le levanta de la nuca, siente que la túnica mojada se estrecha sobre los contornos de su cuerpo y echa a andar fatigosamente. ¿Un baño caliente? ¿Un cuenco de estofado? Serían sobras de la noche anterior, pero el estofado a veces sabe mejor al día siguiente. ¿O quizá una visita a las caballerizas? Ver a Ébano, ayudar a los mozos de cuadra a sacar los caballos a pastar... No, mejor nada de eso. Ahora no.

Durante todo el tiempo que ha estado fingiendo pensar en baños y comida, sus pies lo han llevado a donde necesita estar. Ya ha llegado hasta allí. Tapándose la nariz con los dedos, respirando ruidosamente por la boca, sigue el sendero hasta ver lo que yace extendido sobre la sucia arena. Lo necesita. Necesita confirmar lo que ya sabe, que la lengua que pronunció aquellas palabras —que no repetirá para sí mismo, no, ni siquiera en el zumbido de su propio cráneo vacío— se pudre ahora dentro de una calavera podrida. Se detiene allí, observa, toma nota de cada mínimo detalle, cada cambio.

Suficiente. Ya no tendrá que volver, seguramente en varios días, pero volverá. Porque esa es la prueba de que él es quien dice ser: el hombre que mató al rey Príamo. El hijo del gran Aquiles. El héroe de Troya.

Pensé mucho en Príamo en los días que siguieron. Ver su anillo al cuello de Andrómaca me hizo recordarlo todo. No podía hacer nada para evitar el deshonor a su cadáver, pero al menos podía visitar a su viuda. Hécuba, y tal vez hacer su vida más cómoda, aunque fuera de un modo insignificante. Así que una mañana me puse en camino para ir a verla y me llevé conmigo a Amina Aunque podía haberme llevado a cualquiera de las otras chicas, pensé que el paseo me daría la oportunidad de hablar con ella. Me seguía teniendo preocupada; parecía incapaz de aceptar la realidad de su situación. De hecho, se mostraba siempre peligrosamente desafiante. Sin embargo, no hubo la menor oportunidad de hablar con ella de camino al ágora. El viento era tan fuerte que lo volvía imposible. Tenía que avanzar con la cabeza hacia abajo, cubriéndome con el velo, mientras Amina permanecía obstinadamente detrás.

Había un grupo de hombres rastrillando la arena del ágora. La idea de Alcimo de celebrar unos juegos estaba ganando aceptación popular y muchas de las competiciones iban a celebrarse allí. Me detuve para observar los trabajos, fijándome en los pequeños montones de ofrendas a los pies de las estatuas de los dioses: frutas y grandes ramos de margaritas moradas, pero también otros exvotos más excéntricos, como escudos y lanzas, un par de sandalias nuevas o el caballo de juguete de un niño. Al mirar alrededor, vi que a algunos dioses —en particular a Atenea— les iba mejor que a otros, y me di cuenta de que aquella era una guía visual de lo que los guerreros griegos al uso tenían en la cabeza. ¿Por qué nos tienen retenidos aquí, en esta puta playa de los cojones? ¿A qué dios hemos ofendido? La respuesta, o por lo menos la explicación más probable, era

Atenea. Y ¿por qué Atenea? Porque había sido en su templo donde habían violado a Casandra, y el violador —Áyax el Menor— no había recibido el castigo que merecía, lo que se podía decir que convertía a Agamenón y al resto de los reyes en cómplices de su crimen. Y claro está que el motivo de la ofensa no era la violación: era la profanación del templo. Esa era la clase de violencia que Atenea se inclinaría a vengar.

Amina miraba los montones de ofrendas, y sus ojos iban pasando rápidamente de una a otra estatua. Me preguntaba qué pensaría de ellas. Debieron ser espléndidas recién construidas, pero con los años habían caído en aquel estado ruinoso: los pedestales podridos, la pintura descascarillada. Artemisa, señora de los animales y diosa de la caza, se hallaba en especial en mal estado: con los rasgos borrados, apenas le quedaba una capa de pintura en la túnica.

Ya que estaba allí, se me ocurrió visitar a Hecamede, el premio de honor de Néstor y, después de Ritsa, mi mejor amiga en el campamento. La encontré barriendo el salón, con un montón de juncos frescos apilados junto a la puerta que esperaban a ser extendidos, aunque, como me comentó después de abrazarnos, el salón apenas necesitaba limpieza. No había habido banquetes celebratorios en la cabaña de Néstor. Su hijo menor, Antíloco, había muerto en el último asalto de Troya. Antíloco: el muchacho enamorado de Aquiles. Su muerte había sumido en el duelo a todo el recinto. Se podía sentir la atmósfera de aflicción en cuando se ponía un pie en el umbral del salón —la pérdida de una vida joven y prometedora—. Amina se quedó junto a la puerta; yo me senté en un taburete con los pies en alto mientras Hecamede terminaba de barrer, y luego la ayudé a extender los juncos.

—¿Cómo está Néstor? —pregunté.

Puso mala cara.

—No muy bien.

No me podía creer que Néstor estuviera enfermo de verdad. Era como el árbol antiguo que se inclina con cada temporal —y piensas que va a caerse en cualquier momento—, pero a la mañana siguiente allí sigue, rodeado de acres de sanos retoños que durante la noche quedaron arrancados de raíz. Aunque podía entender por qué aquella enfermedad, fuera la que fuese,

estaría atormentando la mente de Hecamede. Si Néstor moría, ¿qué sería de ella? Si tenía suerte, alguno de los hijos que lo sobrevivieran podría quedársela, aunque los hijos no suelen heredar las concubinas de sus padres; lo más probable es que fuera entregada como premio en los juegos fúnebres de Néstor. Exactamente lo mismo que me habría ocurrido a mí si Aquiles no me hubiera entregado a Alcimo.

Terminamos de extender los juncos y nos sentamos en una de las tarimas. Olía a azúcar tostada y a canela y sobre la mesa había dos bandejas de pastelillos, apenas de un bocado cada uno, pero absolutamente deliciosos. Su nombre popular era el de pasteles «de toma-otro», pues nunca se podía parar de comer después del primero.

—No puede estar muy mal si se los va a comer.

—Oh, no son para él; son para Hécuba. Estaba a punto de llevárselos, ¿quieres acompañarme?

—Claro que sí. Yo también iba a visitarla, pero no pude resistirme a pasar a saludarte a ti primero.

—Muy bien. Podemos ir juntas. Solo déjame que antes vaya a ver a Néstor.

Al parecer, había estado hablando de sentarse en la terraza, pero cuando nos asomamos a la puerta lo encontramos profundamente dormido —roncando ruidosamente y haciendo un puchero con el labio superior con cada bocanada de aire—. Incluso desde aquella distancia, podía ver que tenía la nariz y los labios azules.

—Es lo afilada que la tiene lo que no me gusta nada —dijo Hecamede tocándose la punta de su propia la nariz—. Se les pone así antes de irse.

Fue un alivio dejar la habitación del enfermo y su olor a carne vieja y enferma. Ya fuera, de nuevo en el salón, respiré varias veces profundamente. Entonces Hecamede tomó una bandeja, yo la otra, y con Amina rezagada algunos metros como de costumbre, atravesamos el ágora, donde las sombras alargadas de las estatuas de los dioses se proyectaban sobre la arena recién rastrillada. Medio ciegas, fuimos pasando de la luz a la oscuridad y de nuevo a la luz —durante un breve y rápido trayecto entre el fuerte vendaval—, entonces, agachando la cabeza, nos sumergimos en la penumbra con olor a humedad de la cabaña de Hécuba. De una habitación

de enfermo a otra —pensé—. Pero ahí terminaba todo parecido: Néstor dormía en una cama de rey, rodeado de todos los adornos de la riqueza y el poder, y la cabaña de Hécuba se parecía más a una perrera que a una habitación humana. Aunque, al menos, la tenía para ella sola —un raro lujo en aquel campamento abarrotado—, Odiseo parecía estar tratándola razonablemente bien. Cuando las mujeres de la familia real fueron repartidas entre los reyes, habían corrido muchas bromas a costa de Odiseo. Agamenón y otros se quedaron con las hijas vírgenes de Príamo; Pirro, con una briosa y joven viuda —llena de posibilidades, solo con que se animara un poco—; mientras que a Odiseo le quedó una anciana esmirriada. Odiseo se limitaba a encogerse de hombros sin hacer caso de las risas. Sabía que se llevaba a casa a la única mujer que su esposa, Penélope, habría aceptado —y, con un poco de suerte, podría convencerla de que había dormido solo durante diez años sin otra distracción en sus noches solitarias que jugar de vez en cuando a los bolos con sus hombres—. Él era lo bastante inteligente como para hacer que sonara verosímil —y, por lo que todos decían, Penélope también era lo bastante inteligente como para fingir creérselo a su vez—. Todo el mundo elogiaba el ingenio y la bondad de Penélope. No me costaba imaginar a Hécuba sentada en una habitación caliente mientras realizaba livianos trabajos de bordado y no —como se obligaba a tantas otras ancianas— restregando suelos de piedra mientras le gritaban por no ir más rápido. Claro que sería una vida de miseria devastada por el dolor, pero al menos sería físicamente llevadera durante las semanas o meses que le quedaran por vivir.

Completamente absurdas eran todas aquellas imaginaciones mías. Desde el instante en que vio a Príamo muerto, Hécuba ya no tuvo la menor intención de vivir.

A primera vista era un saco de huesos acurrucado bajo una manta sucia. El único brazo que asomaba estaba tan arrugado y lleno de manchas marrones que recordaba más a la piel de un animal que a la humana. Se movió al oír nuestras voces y trató de incorporarse parpadeando bajo la luz repentina. Me quedé horrorizada al ver su fragilidad; incluso en el breve lapso transcurrido desde su llegada al campamento parecía haber encogido. Me preguntaba cuánto comería. Hecamede le tocó los pies en señal de

respeto y le ofreció la bandeja de pasteles. Hécuba le dio las gracias efusivamente, pero enseguida los hizo a un lado y me miró.

—Es Briseida —dijo Hecamede.

Yo también me arrodillé y toqué los pies de Hécuba. No esperaba que se acordara de mí. Habíamos coincidido a menudo durante los dos años que pasé en Troya, pero yo era una niña por entonces. Debía ser imposible reconocermé, y ella pareció vacilar por un momento, pero entonces extendió el brazo y puso una delgada mano sobre mi mejilla.

—Quiero darte las gracias, querida.

—¿Por qué a mí? Hecamede ha hecho los pasteles.

—Cuidaste de Príamo cuando fue a ver a Aquiles. Él se acordaba de ti; se acordaba de cuando Elena te llevaba a la ciudadela. «La amiguita de Elena». Tú serías muy niña por entonces, ¿verdad?

—Tenía doce años.

—Habló de ti cuando volvió. Dijo que habías sido muy amable.

Yo no era capaz de hablar; estaba al borde de las lágrimas.

—Está bien, está bien. —Hécuba me dio unas palmaditas en el brazo—. Tomemos unos pasteles.

Miraba en las sombras hacia donde estaba Amina, que permanecía ostentosamente apartada, como de costumbre. Me di cuenta de que Hécuba no veía muy bien.

—¿Amina? —dije.

Se acercó entonces, se arrodilló y tocó los pies de Hécuba. Para mi sorpresa, Hécuba le dijo:

—Amina, mi pobre niña, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Te entregaron a Pirro?

—Sí, no es lo que yo habría elegido...

Hécuba emitió un curioso sonido a medio camino entre el resoplido y la risa.

—No, bueno, me parece que elegir ya es cosa del pasado...

Hecamede repartió los pasteles mientras yo servía el vino. Hécuba estaba demasiado excitada como para comer, pero me fijé en que bebía rápidamente. Bueno, que bebiera. En su situación, yo me habría bebido el

mar entero. Pasados unos minutos tenía dos mejillas sonrosadas que contrastaban llamativamente con el gris uniforme de su pelo y su piel. Al principio, se concentró solo en el vino, pero luego empezó a hablar de Elena. ¿Sabíamos que Menelao volvía a dormir con ella? Tenía una cabaña para ella sola, pero no como esta, no. ¡Con tres habitaciones! Sirvientas que la atendían y la seguían a todas partes... Ah, y un telar. Elena había vuelto a tejer, igual que una araña a la espera de la vibración que le anuncie la caída de otra mosca en su trampa Otra víctima a la que dejar seca... Cuánto odio en la voz de Hécuba al hablar de aquello. Me pregunté cómo había sabido lo del telar, pero los chismorreos circulaban con rapidez por el campamento —y, por supuesto, las sirvientas de Elena serían troyanas—. Probablemente, todo habría llegado a través de ellas. Pegarían la oreja a las paredes para oír los gruñidos de Menelao, los gritos de éxtasis de Elena... Y tanto que se oírían gritos de éxtasis; Elena no era idiota. El campamento al completo detestaba que hubieran vuelto a aceptarla. A los guerreros griegos y a las esclavas troyanas los unía una sola cosa; su odio a Elena. ¡Menelao había jurado tantas veces que la mataría en cuanto la tuviera delante! Luego, que la llevaría de vuelta a Argos y dejaría que las mujeres la lapidaran hasta la muerte —cosa para la que no habrían faltado voluntarias—. Había tantas viudas, tantas mujeres que habían perdido a sus hijos... Y, sin embargo, allí estaba, otra vez en la cama con ella.

—Toda la noche —dijo Hécuba—. ¿Qué se proponía? ¿Matarla a polvos?

Creo que debí sorprenderme bastante. Aún no conocía a Hécuba tan bien como llegué a conocerla.

—¡Y las mentiras que soltó! Dijo que la violaron... Que mi hijo la violó. ¡Si era ella la que nunca tenía suficiente! Y dijo que la teníamos prisionera en Troya. Nada de eso; podría haberse vuelto a su casa cuando hubiera querido. ¿Quién cree que quería tenerla allí? ¡Solo el idiota de mi hijo! Cualquiera de mis niñas la habría acompañado a cruzar el campo de batalla si hubiera temido ir sola. Hasta yo misma habría ido con ella.

Y no había duda de que decía la verdad: no conocía el miedo. Durante todo el tiempo, su boca no había dejado de trabajar —incluso cuando terminó de hablar tuvo que apretar los labios para que dejaran de moverse

—. Parecía un pájaro viejo, frágil y escuálido —un tordo tal vez— que con las plumas agitadas por el viento no dejaba de cantar, desafiante, desde su rama. Yo me esforzaba por entenderla. A diario veía lo aniquilada que había quedado Andrómaca por el dolor..., y supongo que esperaba encontrar a Hécula igual o incluso peor que ella. Pero no tenía nada que ver. A ella el odio hacia Elena la consumía. Quizá pensaba que los reyes eran demasiado poderosos, demasiado intimidatorios como para odiarlos... O tal vez fue que siempre culpó a las mujeres y exoneró a los hombres. Algunas mujeres son así. Pero me estaba haciendo rebelarme.

—¡No puedes culpar solo a Elena! —dije—. No fue Elena la que mató a Príamo: fue Pirro. Y ¿quién arrojó al hijo de Héctor desde las almenas? ¡Pirro! ¿Y quién sacrificó a Políxena? Tampoco fue Elena. ¡Fue Pirro!

—¿Y qué está en tu mano hacer al respecto? —preguntó Hécula.

Silencio. Para eso no tenía una respuesta. Sabía que Pirro quedaba muy lejos de nuestro alcance. Así que, en lugar de decir nada, me quedé mirando los muros de la cabaña, y lo único que quería era salir, llenarme los pulmones de aire limpio —si se podía llamar así a aquel viento que todo lo barría con sus granos de arena a punto de nieve—. Quería alejarme del olor rancio que emanaba de las mantas sucias de su cama, pero, sobre todo, quería dejar de oír aquella voz exhausta que no paraba de despotricar. Y, sin embargo, al mismo tiempo, sentía compasión por ella y una especie de temor respetuoso.

Al fin se calló. Se comió uno de los pasteles y se limpió la boca delicadamente con el borde del velo.

—Delicioso —dijo rechazando otro con un gesto de la mano, y luego dirigiéndose a mí—. ¿Sabes que creo que nunca había probado unos pasteles como estos en Troya, a pesar de que Príamo tenía los mejores cocineros del mundo? Aunque debo decir que aún prefiero el pastel de jengibre. Qué sabor tan intenso.

Hecamede pareció preocupada:

—¿Estaba demasiado fuerte?

—No, no, en absoluto; estaba perfecto. Ni demasiado picante, ni demasiado dulce. —Entonces se volvió otra vez hacia mí—. ¿Y qué hay de ti, querida?

No estaba segura de a qué se refería.

—¿Si yo también hago dulces? Bueno, sí, un poco... Aunque ni de lejos como Hecamede.

—Pero estoy segura de que tendrás otros talentos. Me han dicho que sabes mucho sobre hierbas.

—Bueno, yo no diría que tanto.

—Veréis —hizo una pausa, mirando al pequeño círculo a su alrededor—, he estado pensando en lo que podíamos hacer.

Sentí una punzada de inquietud mientras escuchaba. Parecía estar pidiéndole a Hecamede que preparase un pastel para Elena. ¿Un pastel? ¿Para Elena?

Y entonces añadió, mirándome a mí:

—Yo sé dónde encontrar las plantas.

Por supuesto que lo sabía. Como todo gran herbario, la huerta de Troya tenía un área vallada para plantas venenosas, pues —paradójicamente— las plantas venenosas son las que producen algunos de los medicamentos más eficaces. Administradas en mínimas dosis, bajo cuidadosa supervisión, pueden salvar vidas. El beleño, el acónito, la dedalera, el trébol dulce —trébol dulce, qué inocente suena, ¿verdad?—, la ageratina, el ricino, la estricnina...

Hécuba me tocó en el brazo:

—¿Tú sabrías cuál escoger?

Miré a Hecamede y me di cuenta de que comprendía lo que nos estaban pidiendo. Extendió una mano hacia Hécuba.

—¿Por qué no dejas que los dioses se ocupen de ella?

—¡Porque dejar a los dioses ocuparse de algo no sirve de nada, maldita sea! Tienes que madurar, hija mía.

—Solo los dioses pueden juzgar.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees que a los dioses les preocupa mucho la justicia? ¿Dónde está la justicia en lo que me pasó a mí?

Se apartó de nosotras entonces, encorvando los hombros igual que un halcón bajo la lluvia. Por un momento, se hizo el silencio. Luego añadió:

—Amina, tú sí lo entiendes, ¿verdad?

Amina asintió:

—Sí.

—Afortunadamente —dije— Amina no tiene permitido salir del barracón de las mujeres sin mí.

La atmósfera se había vuelto tensa. Lancé una mirada a Hecamede preguntando con ella: «¿Cuándo podremos irnos?». Pero en ese momento Hécuba volvió el rostro de nuevo hacia nosotras con un semblante totalmente distinto, como si la fantasía corrosiva de envenenar a Elena — que sospecho habría sido su única compañía durante las largas noches de insomnio— se hubiera desvanecido y de repente la hubiera liberado de un peso.

—¿Sabéis una cosa? Creo que me tomaría otro pastel.

Solo quedaba uno. Después de terminárselo, se humedeció el dedo y recogió con él las últimas migajas que habían quedado en la bandeja.

—Y ahora me gustaría salir a dar un paseo.

Las tres intercambiamos miradas. Todas pensamos que aquello no tenía ningún sentido: el viento se la llevaría. Incluso la imaginé siendo arrastrada hacia el cielo por un remolino igual que una de esas esqueléticas hojas marrones que se ven en otoño, pero, aun así, asentí y ayudé a Hécuba a ponerse de pie. Colocó sus delgados brazos sobre los hombros de Hecamede y los míos y luego, de la manera más extraña, como un monstruoso ternero de seis patas, nos dirigimos hacia la puerta.

Cuando estuvimos en la terraza. Hécuba se paró en seco y sentí que un temblor la recorría. Parpadeaba ante la intensa luz, como si se arredrara ante su propia temeridad. Yo casi esperaba que cambiase de opinión, se diese la vuelta y dijera que lo intentaría otro día; pero no, estaba decidida. Un par de mujeres que estaban agachadas en el suelo moliendo grano levantaron la vista cuando la vieron embarcar en su peligrosa travesía escalones abajo. Me aterraba que se cayera. Al final, simplemente, la llevamos en volandas —no pesaba nada en absoluto—.

—¿A dónde querrías ir? —pregunté.

Reflexionó un momento.

—Al mar. Hace años que no voy al mar.

Así que, manteniéndonos en la medida de lo posible al abrigo de las cabañas, nos pusimos en camino. Llegó un momento en que tuvimos que

detenernos para que pudiera colocarse el velo alrededor de la boca: el viento le estaba cortando la respiración —igual que a nosotras: pero a ella le sobraba mucho menos aliento—. Aunque no mereció la pena molestarse, pues en cuanto abandonamos la protección de las cabañas el velo salió volando y no le quedó más remedio que prescindir de mí para que yo pudiera ir corriendo tras él. Los cuervos volaban ruidosamente en círculo, con sus negras alas irregulares recortándose contra el cielo blanco.

—¡Mirad qué hijos de puta! —dijo—. Están mejor alimentados que nosotras.

Y emitió un sonido que en otras circunstancias podría haber sido una risa.

Lenta, muy lentamente, la bajamos hasta la playa. Para entonces ya casi la llevábamos nosotras, cruzando nuestros brazos por detrás de su espalda, mientras ella se tambaleaba caminando hacia el mar. Hubo un momento en el que perdió el velo de nuevo. Amina tuvo que perseguirlo por la arena para traerlo de vuelta, y entonces lo aseguró anudándose a Hécuba al cuello. Al llegar a la orilla, nos detuvimos y observamos las olas en su incansable asalto a la tierra, siempre cayendo, retrocediendo, arrancando a su paso los guijarros que salpicaban el bajío, y acabando en el largo y estridente suspiro de su derrota al final. Pero ya a lo lejos, más allá del rompiente, el mar levantaba sus poderosos hombros para el próximo ataque. Hécuba se quedó mirando los negros barcos picudos que estaban alineados en la playa como una bandada de aves rapaces, probablemente viendo por primera vez las fuerzas que habían destruido su vida. Me daba miedo que mirara hacia el lugar en el que cuervos y gaviotas se disputaban el cadáver de Príamo, pero en lugar de eso dejó escapar un suspiro tembloroso y volvió el rostro en dirección opuesta.

Un grupo de mujeres se había reunido a escasa distancia, esclavas que habían salido corriendo de las cabañas de Odiseo para ver a su antigua reina, pero ella miraba sin verlas hacia la ciudad en ruinas. Seguí su mirada y vi, a través de sus ojos, como por primera vez, las torres negras y derruidas de Troya, que parecían los dedos de una mano medio enterrada señalando al cielo acusadoramente. Esperaba que Hécuba hablara, pero no dijo nada. Quizá, ante aquella visión, las palabras habían quedado tan

devaluadas que ya no merecía la pena volver a utilizarlas. En algún lugar de las profundidades de su garganta se iba formando un sonido inarticulado. No lo oía, pero lo sentía recorrer su cuello y sus hombros hasta mi brazo. Y antes de darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, se me resbaló y cayó de rodillas. Se agachó sobre la dura arena y, de repente, todo el dolor le salió en un estallido. Levantó el rostro al cielo y llamó a gritos a Príamo, y luego a Héctor, y al resto de los hijos que había perdido. Y luego otra vez a Príamo. Príamo. Príamo. Se arrancaba mechones de pelo, se clavaba las uñas en las mejillas, golpeaba el suelo como si pudiera hacer que sus gritos se oyeran en las tenebrosas estancias del Hades. Como si pudiera despertar a los muertos.

Me arrodillé junto a ella e intenté rodear sus hombros con mi brazo, haciendo sonidos tranquilizadores sin sentido, desesperada por calmarla —me temo que tanto por mi bien como por el suyo—. Yo no podía soportarlo más. Y entonces echó la cabeza hacia atrás y aulló, y aquel aullido se prolongó como si no tuviera fin. Las mujeres que estaban mirando se acercaron, formando un círculo alrededor del lugar donde ella se había arrodillado sobre la sucia arena y uniendo sus gritos a los suyos —hasta que dejaron de ser mujeres y se transformaron en lobas, y el mismo aullido terrible salió de cien gargantas a la vez—. Y entonces aullé con ellas, horrorizada ante los sonidos que yo misma estaba profiriendo, pero incapaz de parar. Hecamede aulló, y también Amina —todas—, por la pérdida de nuestro hogar —por la pérdida de nuestros padres, esposos, hermanos e hijos y todos los que alguna vez habíamos amado—. Pues aquella marea oscurecida de sangre se había llevado a todos los hombres.

Si alguna vez las voces de los vivos pudieron penetrar en el mundo de los muertos, sin duda fue aquella: pero nadie nos respondió. Pasado un rato, Odiseo dejó el salón de su cabaña para ir a ver qué era toda aquella conmoción, y unos minutos después aparecieron un par de guardias y ordenaron bruscamente a las mujeres que volvieran al trabajo.

En algún lugar de la playa, una jauría de perros ha empezado a aullar. Calcas se detiene y escucha cómo los aullidos se desvanecen primero en gemidos y luego en el silencio.

Mirando a su alrededor, se da cuenta de que algo ha cambiado. ¿Qué es? En el cielo aún arde el mismo rojo terrible, el aire aún sabe a hierro, las olas siguen golpeando la orilla con letal monotonía... Siente el esfuerzo de sus pulmones por mantener el ritmo de aquel infinito vaivén y le parece que el pecho se le hubiera llenado de aguas turbulentas. Descansando la mano en el verrugoso costado de un barco, intenta respirar profundamente. Por un instante se marea y la vista se le nubla, pero luego, lenta, lentamente, la playa vuelve a hacerse nítida. Una nube de granos finos sobrevuela la arena endurecida y, mientras la observa, varias bolas de hierba seca pasan rodando.

Todo lo ha visto ya muchas veces. ¿Por qué de repente le resulta tan extraño? Se chupa el dedo índice y lo levanta. Sí, eso es, el viento ha cambiado. No mucho —sigue soplando del mar—, pero sí desde un ángulo ligeramente distinto. Quizá haga más fácil caminar —quizá lo empuje a toda velocidad igual que a una de esas bolas de hierba—. Dejando el abrigo del barco, se pone en marcha seguro de sí; ya no es aquel muchacho torpe que una vez se arrodilló ante Príamo, sino el gran sacerdote de Apolo, el arúspice principal del ejército griego, un hombre que goza de la confianza de reyes. Cuando vuelve la vista atrás, pese a todo, sus huellas garabatean la arena mojada tan erráticas como las de un cangrejo. Pero, aun así, persiste con la intención de llegar a su cabaña antes de que oscurezca. Decide que por la noche se permitirá una copa de vino sin diluir, puede que

acompañada de algún pastelillo. Uno no puede estar siempre negándose las cosas buenas de la vida, y a él lo ha dejado en los huesos el sacrificio. Piensa con cierto resentimiento en Macaón, que nunca se ha privado de nada y aun así puede ver a Agamenón siempre que quiere —a diario, dicen—, mientras que él, que ha entregado al rey años de servicio leal, años enteros, se pasa los días esperando una llamada que nunca llega.

La luz se va desvaneciendo ya, pero no son las sombras azules de un anochecer normal las que se alargan sobre el suelo, ese artero crepúsculo que hace que la luz de los fuegos y las lámparas se vuelva más brillante y apetecible de repente; no, estas sombras son de un amarillo enfermizo, de ese color hueso marfil de la piel vieja. Recuerda el cuello arrugado de Hécuba cuando la vio la primera vez que la llevaron al campamento, y se toca nerviosamente el suyo. Los hombres experimentan su propio envejecimiento en los cuerpos de las mujeres, incluso los hombres como él que han elegido una vida de celibato —o a los que no les ha quedado más remedio que conformarse con ella—. Sigue caminando, pero ahora ha vuelto a Troya y a su niñez —casas blancas, sombras negras, un niño pequeño sentado en un portal al que el sol obliga a entornar los ojos—. Vagamente, se da cuenta de que el cielo se oscurece y de que sus delgados pies relucen al salir y entrar del agua del bajío, pero se ha perdido en los recuerdos del pasado...

Y, cuando vuelve a levantar la vista, allí está Agamenón.

Al principio, no cree lo que ven sus ojos. Agamenón nunca sale de su cabaña; no se lo ha vuelto a ver fuera desde que el viento cambió y dejó las naves griegas clavadas en la playa —él, que siempre estaba ofreciendo banquetes o participando en los que celebraban los otros reyes—, pero allí está ahora, envuelto en su capa de color azul oscuro, con una diadema de oro alrededor de la cabeza para evitar que los cabellos lacios, de un gris acerado, le den en la cara agitados por el viento. No se ha fijado en Calcas; sigue mirando al mar. Calcas mira a su alrededor, pero no ve a nadie. Es la hora en que los hombres se envuelven en cálidas capas y se reúnen en torno a los fogones. Cuando empiezan las grandes borracheras.

Así que están solos, con el viento formando serpientes de arena suelta y haciéndolas retorcerse por la playa. ¿Qué hacer? No se atreve a acercarse a

Agamenón, que obviamente ha salido sin acompañamiento porque quiere estar a solas, pero tampoco puede pasar de largo e ignorarlo sin más. La luz oblicua descubre humus de lombriz, unos pequeños montones de arena en forma de espiral que proyectan diferentes sombras. Finge interesarse vivamente por ellos, e incluso se arrodilla fingiendo examinarlos más de cerca. Luego se queda unos momentos mirando al mar, donde cada chocar y rugir de las olas que azotan los acantilados enfatiza —como si el énfasis fuese necesario— la imposibilidad de que ningún barco abandone el refugio de la bahía. ¿Para eso estará aquí Agamenón, para confirmar lo desesperado de la situación, como quien se aprieta un diente roto solo para comprobar que aún le duele?

Calcas siente cómo los afilados gránulos de arena le agujonean los tobillos desnudos. El viento se ha vuelto más frío —y él sigue sin poder moverse—. Pero entonces oye un nuevo sonido, algo a medio camino entre un gemido y un rugido que parece venir del suelo bajo sus pies. El canto de la arena. Un fenómeno conocido al que todo habitante de esta costa está acostumbrado. Las palabras «conocido» y «acostumbrado» son reconfortantes, pues buscan domesticar la experiencia, sacarla del reino de lo insólito para dejar sentado que no es más que parte de la normalidad. Aunque en realidad no tiene nada de «canto»: es un sonido mucho más amenazador y parece salir de lo más profundo de la tierra. Como si los muertos hubieran encontrado por fin una voz —o como si hubieran recobrado las voces que un día tuvieron—.

Agamenón lo contempla todo a su alrededor. Al fin, se arrodilla y apoya las dos manos en el suelo como si necesitara tocarlo para confirmar lo que sus oídos le están diciendo. Todo en la escena —la luz del anochecer, la arena que aúlla y el todopoderoso e impotente rey— se une para producir una oleada de terror. Calcas habría echado a correr si hubiera tenido a dónde, pero el rugido está en todas partes. Se alzan voces por todo el campamento: por lo que los hombres que están junto a las hogueras deben estar oyéndolo también, pero allí, al menos, en la compañía de otros hombres, será más débil y menos aterrador. Allí podrán arrebatarse el misterio con bromas y risas, pero aquí, a la intemperie de la playa que va oscureciéndose, dos hombres se vuelven para mirarse el uno al otro y ninguno de los dos es capaz de disfrazar su miedo.

Y entonces, tan repentinamente como comenzó, el rugido cesa. Agamenón se pone de pie, mira hacia Calcas por un momento y parece a punto de hablar, pero acto seguido se gira de forma abrupta y echa a andar hacia su recinto.

Calcas lo sigue a un paso más lento con la boca seca mientras el corazón parece salirse del pecho, pero aun así exultante, pues Agamenón no puede ignorar esto. Es alguien que necesita señales y portentos, que ve la mano de los dioses incluso en los acontecimientos más triviales y da por sentado, por supuesto, que cualquier mensaje de los dioses ha de estar dirigido exclusivamente a él. ¡Sí! Ahora no tiene más remedio que mandarme llamar. Aunque, tras pensarlo dos veces. Calcas vuelve a su anterior estado de inquietud. Sí, Agamenón lo mandará llamar; le pedirá que explique por qué los dioses no permiten a los griegos abandonar el

lugar de su mayor victoria —y él no tiene ni idea, ni la más remotísima idea, de qué va a decirle—.

Tras una noche tormentosa, dejé pan, queso y una jarra de vino diluido en la mesa, por si Alcimo volvía a casa para desayunar, y luego bajé hasta la playa. Los restos de naufragio que dejó la marea alta de la víspera yacían a mi alrededor. Estaba acostumbrada a encontrar criaturas muertas en gran número en la playa, pero nunca había visto nada parecido a la masacre de aquel día. Cubrían toda la arena restos de cangrejos de un color gris verdoso, de medusas y de cientos de pálidos cadáveres de estrellas de mar que me entristecieron especialmente, pues yo las adoraba. Busqué alguna criatura que siguiera con vida, pero no hallé ninguna. Abriéndome camino entre la devastación, me parecía estar en un campo de batalla después de uno de los estallidos de roja cólera de Aquiles, pero era el mar el que había hecho aquello: era el mar el que había arrojado a aquellas pequeñas y delicadas criaturas tan lejos tierra adentro, donde no tenían ninguna oportunidad de sobrevivir.

Llevaría paseando arriba y abajo por el borde del agua unos diez o doce minutos quizá, cuando, casualmente, levanté la vista y vi a un hombre alto y delgado a unos veinte metros de mí que contemplaba el mar. Era Calcas. Observándolo de ese modo, los dos solos en la orilla desierta, me pareció verlo con más claridad que nunca. Era inmensamente alto —podría rozar los dos metros—, aunque la palabra que elegiríamos para describirlo no sería tanto «alto» como «largo». Largos pies, largas manos, largos dedos —incluso su cuello era largo, de laringe tan prominente que, con cierta luz, arrojaba su propia sombra perfectamente discernible—. Como todos los sacerdotes troyanos, se pintaba el rostro de blanco y se perfilaba en negro los ojos, lo que producía un efecto de máscara tras la que sus pensamientos resultaban impenetrables. Si a esto le añadimos que una pequeña dificultad de dicción lo hacía convertir cualquier palabra que comenzara con ese en un siseo, se podrá comprender por qué los griegos lo encontraban al mismo tiempo intimidatorio y ridículo. Su afeminamiento les resultaba inquietante y por eso se burlaban de él, pero también lo temían.

No me separaba ya ni un metro de él y seguía sin moverse. La curiosidad me hizo detenerme y contemplar la bahía, intentando averiguar

qué era lo que él encontraba tan fascinante. No me llevó mucho tiempo. Un gigantesco pájaro negro —aunque lo más seguro es que solo pareciera negro recortado contra el resplandor color bronce del cielo— se elevaba por encima de las olas. Por toda la playa las gaviotas se reunían y se desperdigaban como lluvia de espuma, pero aquella ave volaba con precisión y propósito, como un búho acuartelado en un prado. De repente se zambulló, extendiendo sus torcidas garras amarillas en el último momento. Unas salpicaduras, un destello de plata, y enseguida luchaba por volver a alzar el vuelo, tratando de zafarse con sus poderosas alas de la resistencia del agua. Por un segundo, pensé que iba a ser engullido, pero no. Lenta, lentamente, logró abrirse camino hacia el aire. Estaba a punto de conseguirlo cuando una racha de viento lo alcanzó. Lanzado fuera de su trayectoria, se estrelló contra la arena húmeda a unos pocos metros de mí. Sintiendo una punzada de compasión, lo vi intentando recuperar el aliento. Pero no había en él nada más que la inspirase. Sus hombros eran puro músculo chepudo, su pico estaba hecho para arrancar carne aún viva del hueso, y sus ojos —de un dorado pálido, brillante e intenso— eran los ojos de Agamenón.

Mientras lo observaba, él solo fue recuperándose: las poderosas alas comenzaron a moverse y, finalmente, sin soltar el pez que aún aleteaba entre sus garras, alzó el vuelo. En menos de un minuto se había convertido en una simple mota negra en la roja caldera del cielo.

Entusiasmada, me dirigí a Calcas:

—¿No ha sido asombroso?

No me refería tanto al águila marina en sí —aunque había sido asombrosa— como al error que la había apartado de su trayectoria. Había sido algo tan impactante como ver a Aquiles lanzar una jabalina y fallar.

Calcas se quedó mirándome fijamente. Esperaba que hubiera compartido mi entusiasmo, pero solo vi cálculo en sus ojos perfilados de negro. Sabía leer el futuro en el vuelo de las aves: debido a eso, naturalmente, se pasaba gran parte del tiempo observándolas —pero yo sospechaba que otra aún mayor debía de pasarla observando a los hombres—. ¿Quién era el más poderoso en cada momento? ¿Quién pendía de un hilo? ¿A quién convenía apaciguar? ¿A quién se podía ignorar sin peligro?

Y sobre todo, ¿qué quería oír ese hombre al hacer esa pregunta en particular en ese momento concreto? Podía verlo intentando averiguar quién era yo, si es que merecía la pena molestarse en hacerlo. Recuérdese que hasta hacía muy poco yo había sido una esclava tan lejos de su atención como una babosa. Al fin, tras una larga pausa, asintió:

—Sí, de lo más inaudito.

Rígido, forzado, pomposo: absolutamente típico de él. Lo estaba juzgando erróneamente. Pero eso fue lo que pensé en aquel momento.

—¿Qué crees que significa?

Era una pregunta ligeramente malintencionada.

—Oh, la interpretación de los augurios requiere muchas horas de reflexión y plegaria...

De nuevo rígido. ¿Cómo podía haberlo dejado impassible la experiencia que acabábamos de compartir? Pero hice una reverencia en señal de reconocimiento a su superior sabiduría, y al verlo alejarse hacia el recinto de Agamenón me fijé en que sus pasos se iban haciendo más lentos a medida que se acercaba a la verja. Corría el rumor de que había caído en desgracia y de que Agamenón ya no se molestaba en consultarle y, viéndolo andar tan despacio, arrastrando casi literalmente los pies, no me resultó difícil creerlo.

Desde la caída de Troya yo había estado muerta en vida, sin energía y sin esperanza. Ahora, de repente, volvía a sentirme viva y, más que entusiasmada, eufórica. De alguna forma, el encuentro con el águila lo había cambiado todo. Me había encontrado cara a cara con uno de los seres que señoreaban la vida, y la experiencia había exaltado mis ánimos más allá de toda compresión —aun cuando la impresión que me llevé fue de puro salvajismo—. Como mujer que vivía en aquel campamento, yo navegaba por un mundo complejo y peligroso, pero el águila... Todo cuanto veía le pertenecía por derecho. Porque ella era perfección: cada pluma, cada curva de aquel pico ganchudo, cada destello de sus ojos iluminados por el sol era exactamente como debía ser. Era más antigua que los dioses. Y, por un momento, solo por un momento, yo había estado allí arriba con ella contemplando el encrespado mar y las criaturas terrestres que penaban abajo, tan lejanas. Al bajar la vista, ella veía..., alimento. Nada más —

ninguna cosa compleja, difícil o que pudiera suponer una amenaza—. Solo alimento. Había grandeza en aquella simplicidad, y odiaba la idea de que Calcas restregara sus dedos sucios por toda ella intentando extraerle un «significado». El águila era ella misma su propio significado.

Aquella noche me desvelé pensando en Elena y en Hécuba, en mi hermana —a la que debía desear que estuviera muerta— y en mis hermanos perdidos. Los mismos pensamientos que me angustiaban cada noche. Pero cuando al fin me dormí, soñé con el águila —y volví a hacerlo muchas otras noches después de aquella—. Cuando, justo antes del amanecer, me desperté, me quedé en la oscuridad escuchando el viento y pensé en Calcas, que también estaría despierto —estaba segura— mirando aquella misma oscuridad, acordándose del águila e intentando desesperadamente averiguar lo que aquella «señal», aquel portento, aquel «mensaje de los dioses» podía significar.

La llamarada de energía que sentí después de ver el águila permaneció conmigo. Empecé a buscar formas de mejorar las cosas para las chicas prisioneras. Hasta entonces, no habían podido utilizar el patio trasero de su barracón porque una sección de su vallado había salido volando. Ahora, con bastante ayuda por parte de Alcimo, conseguí que reparasen la valla y limpiasen el terreno. No fue fácil, porque a los griegos no les gustaba perder tiempo ni esfuerzo en unas cabañas que siempre estaban a punto de abandonar, pero una vez que pusieron manos a la obra, les llevó menos de una hora. Ello dio a las chicas privacidad y les proporcionó refugio del viento. Aquella tarde horneé unos pasteles y dos enormes bandejas de dulces y los puse a enfriar. Me había cansado de la soledad de mi cabaña y quería pasar la noche en compañía de las otras mujeres.

En cuanto atardeció, tres de las chicas me ayudaron a transportar las bandejas de comida y las jarras de vino hasta el patio y las colocamos sobre mantas alrededor del fuego. Recelosas al principio, las otras salieron del

barracón como animalillos liberados de una jaula, olisqueando el aire. Un par de ellas incluso volvieron la vista al barracón como si se sintieran dentro más seguras, pero la mayoría pareció disfrutar de aquella mayor libertad. El fuego era pobre, pero ellas se agacharon a su alrededor, soplaron, añadieron ramitas y alimentaron las llamas con puñados de hierba seca, hasta que al fin gritaron de alegría cuando un gran tronco empezó a arder.

Tenía la esperanza de que Andrómaca se uniera a nosotras, pero se quedó en su habitación. Llamé a su puerta y le pregunté si se encontraba bien, y la única respuesta que obtuve fue un gruñido. Cuando volví a salir, el fuego rugía y lanzaba remolinos de chispas al cielo mientras las sombras parpadeaban en los rostros de las chicas. El aire era limpio, pero gélido. Nos apretujamos alrededor del fuego con los dedos de los pies casi pegados a las piedras de la hoguera. Yo había llevado tambores y flautas. Alcimo guardaba en su cabaña una colección de instrumentos. Confiaba en que al menos un par de chicas sabrían tocar las flautas y en que las demás sin duda nos las arreglaríamos para seguir el ritmo con los tambores. Llevé también la lira de Alcimo —con su permiso, por supuesto—, aunque tendría que ser cuidadosa con ella y mantenerla a salvo de cualquier huella de dedos pegajosos, pues era un buen y valioso instrumento. Aunque no pudiera compararse con la de Aquiles, era mejor que la mayoría, y prestárnosla había sido generoso por su parte. Resultó que Amina sabía tocar la lira —bastante bien, de hecho—, pero el verdadero hallazgo fue Hele, que no solo sabía tocar la lira, sino también la flauta. En su vida anterior había sido artista profesional, bailarina, música y acróbata, y su experiencia quedaba tan lejos de la existencia protegida de las otras chicas como pueda imaginarse. Y había sido esclava, como era lo habitual entre esa clase de artistas, aunque las mejores fuesen famosas en toda la ciudad.

Al fin estuvimos todas preparadas. Amina y Hele hicieron un gesto con la cabeza como señal de que podíamos empezar.

—Nada de canciones tristes —dije.

Las muchachas comenzaron a pedir sus canciones favoritas, y muchas de ellas eran alegres, incluso de felicidad: pero en cuanto empezaban a cantarse todas sonaban tristes. Quizá todas las canciones que se cantan en el

exilio suenen así. Pronto muchas de las chicas lloraban. Maire —una muchacha gruesa y cejijunta— lloraba a lágrima viva. Pero, aun así, siguieron cantando; incluso las dos chicas que no podían hablar cantaban. Y eso me pareció asombroso. No me había dado cuenta hasta entonces de que la gente sumida en el mutismo por una conmoción aún puede cantar.

Hele, que no era un modelo de empatía, se quedó mirando con incredulidad a las chicas que lloraban, y entonces empezó a tocar algo con tal rapidez y furia que las obligó a luchar por no perder el ritmo, dando palmadas y cantando atropelladamente hasta que, con una explosión final de los tambores, todas acabaron en risas de impotencia.

—¡Otra vez!

Me puse de pie alzando los brazos para animarlas a hacer lo mismo y una a una se fueron levantando. Y de nuevo la música empezó a sonar, solo que ahora la acompañaban nuestros pies al golpear el suelo, y nuestras sombras, proyectadas por las llamas, saltaban por encima de los muros que nos encerraban y huían hacia la noche.

Cuando todas volvimos a sentarnos, miré a Amina, ocupada ajustando las cuerdas de la lira y esquivando claramente mi mirada. Se estaba convirtiendo en una costumbre, y se le daba muy bien. Nunca parecía que me evitara y, sin embargo, siempre daba la casualidad de que se hallaba al otro lado de la habitación o, en este caso, del fuego. Me incomodó, pero traté de olvidarlo. No quería que nada estropease aquella noche.

Cuando dejó de jugar con las cuerdas, empezó a cantar una canción de amor. Tenía una voz aguda y clara, como la de un niño antes de romperse; no es frecuente encontrar esa cualidad en una voz de mujer y resulta desgarradora. Pronto muchas de las chicas estaban llorando otra vez; me pregunté cuántas de ellas habrían estado prometidas a muchachos cuyos cuerpos se pudrían ahora tras los muros de Troya. Necesitaban desahogarse, pero después de un rato empecé a tener la sensación de que el llanto había durado suficiente. Miré a Hele, que puso una cara que hablaba por sí sola y se encogió de hombros: ¿Qué vamos a hacer con ellas? Pero en un instante se había puesto en pie y bailaba dando palmas sobre su cabeza al ritmo de sus pies al golpear el suelo. Yo tomé un tambor, igual que hicieron otras,

mientras el resto empezó a dar palmadas. Enseguida, de distintas formas, todas seguíamos el ritmo.

Nunca había visto bailar a una mujer como bailó Hele aquella noche. En bodas y celebraciones religiosas, las muchachas bailan, pero siempre recatadamente, tapadas desde el cuello hasta el tobillo por túnicas sueltas, con cuidado de no llevar la mirada más allá de los movimientos de sus pies. Hele vestía una túnica sin mangas bastante por encima de la rodilla — básicamente, una túnica de hombre—. Su piel aceitada resplandecía a la luz del fuego; el pelo le caía sobre los hombros en elaboradas trenzas mientras los pies contra el suelo y las palmas marcaban el ritmo.

De todas las chicas —bueno, con la excepción de Amina—. Hele era la única que resistía. No había muchas mujeres en el campamento que no hubieran perdido a todos sus parientes masculinos y, como las mujeres de mayor edad eran enviadas a los mercados de esclavos, las más jóvenes también habían perdido a sus madres. Hele no mostraba ninguna señal de duelo. Había visto a su amo con una lanza clavada en la garganta, aleteando en el suelo como un pez fuera del agua mientras la vida se le escapaba a borbotones delante de sus ojos. Cuando intenté murmurar alguna palabra de compasión, ella se echó a reír ruidosamente:

—Bah, no te preocupes —dijo—. Yo llevaba años queriendo hacer lo mismo.

La habían comprado siendo muy joven, cuando no tendría más de seis o siete años, y no tenía recuerdos de su vida anterior a aquel día en el mercado de esclavos, por lo que, en realidad, había nacido directamente a una vida de dolor físico. Su amo la escogió después de torcerle los pulgares hasta las muñecas y retorcerle las piernas una y otra vez tumbada de espaldas. La adiestró como acróbata, bailarina y música, y había llegado a ser la primera figura de una compañía que actuaba regularmente en la corte de Príamo. Por supuesto, su amo también la tenía disponible para otros servicios, si bien es cierto que solo para sus clientes más prestigiosos y a un precio desorbitado. Pobre Hele. Era, en cierto sentido, la más digna de lástima de todas las chicas —aunque ella jamás hubiera dicho eso—. Estaba libre de duelo, sí, pero solo porque su vida anterior había carecido de amor.

Los tambores y palmadas iban acelerándose para seguir el ritmo de los pies de Hele. Me preguntaba por qué ponía tanto esfuerzo en aquella actuación para un público exclusivamente femenino cuando siempre había tratado a las otras mujeres de forma tan despectiva. ¿Por el puro disfrute de hacerlo, tal vez? Su danza se había convertido en un coqueteo con el fuego. Se acercaba lo suficiente como para arrancar los «ooh» de las chicas y luego se retiraba un poco solo para revolotear de nuevo igual que una polilla atraída por la llama. La hoguera resplandecía en sus brazos y piernas, delgados pero musculosos. Parecía un muchacho —elegante, incluso bello, pero que seguía siendo un muchacho—. Y aquella era una danza de guerra.

Fuera del círculo de luz, su sombra la acompañaba parpadeando sobre la valla y escalando la oscuridad más allá de ella. El fuego iluminaba los rostros de las chicas que la observaban, completamente entregadas a la música. Un par de ellas incluso se levantaron y también empezaron a golpear el suelo con los pies, aunque eso solo sirvió para que destacaran aún más intensamente la elegancia y la fuerza de Hele. Miré alrededor del círculo, y luego de nuevo a la sombra danzarina de Hele. Era consciente de que había algo en los márgenes de mi campo de visión. Al principio, no sabía lo que era, pero entonces llamó mi atención un movimiento en el interior de la cabaña. Tenía la esperanza de que fuera Andrómaca, que hubiera decidido unirse a nosotras, después de todo, pero un segundo después, esforzando la vista a través de la oscuridad, reconocí a Pirro. Tenía todo el derecho a estar allí, pues la cabaña le pertenecía con todo lo que había en su interior, excepto yo. Mimé aquel pensamiento, acunándolo en la oscuridad. Excepto yo.

Los tambores sonaban ahora con fuerza. Al ver a Hele medir la altura del fuego, intenté gritar: ¡No! Pero ella ya corría y, antes de que hubiera podido decir nada, saltaba en el aire y caía ágilmente al otro lado. Las llamas se arremolinaron con el viento a su paso como si quisieran atraparla, pero allí estaba ella, riendo y dando un puñetazo al aire, como hacen los hombres al ganar una carrera.

—¿Estás bien? —pregunté. A modo de respuesta, ella extendió una hermosa pierna hacia mí. Al principio, no distinguí nada, pero luego me fijé

en una mancha brillante y roja por encima del tobillo.

—Un beso del fuego. —Yo debí de mostrar preocupación, porque ella se echó a reír de nuevo—. No duele.

Su mirada se dirigió hacia la puerta de la cabaña, aunque Pirro se había retirado hacia las sombras. Así que ella sabía que estaba allí. Lo había sabido todo el tiempo.

Cierto olor a chamusquina en sus trenzas cuando se sentó entre aclamaciones, y una copa de vino. Solo Amina parecía poco impresionada: más bien decididamente reprobatoria, en realidad. Hele la miró a la cara y alzó su copa en un brindis burlón. Tenía la impresión de que aquellas dos mujeres se odiaban, y era una pena, porque ambas eran fuertes temperamentos, líderes naturales. Juntas podrían haber hecho muchas cosas, pero ninguna de ellas parecía proclive a aceptar el papel que por derecho propio le habría correspondido a Andrómaca. Amina, porque estaba siguiendo el camino recto y estrecho de la pureza religiosa: Hele, porque se había centrado exclusivamente en su propia supervivencia. Las demás chicas estaban, simplemente, perdidas. Absolutamente todas perdidas. Por eso supongo que acabé asumiéndolo yo. Yo sabía que me respetaban y que confiaban en mí sencillamente porque había sobrevivido a aquel lugar de pesadilla al que la pérdida de sus hogares y familias las había conducido.

No mucho después. Pirro mandó llamara Hele, casi inmediatamente, en realidad, cuando aún seguíamos sentadas en el patio. Apenas habría tenido tiempo de volver al salón.

—¡SÍ! —gritó Hele levantando ambos brazos por encima de la cabeza.

Pensé que ya no volveríamos a verla hasta la mañana siguiente, pero cuando finalmente nos despegamos del fuego aquella noche, la encontramos acurrucada en su jergón con la manta hasta la barbilla.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Pues no ha pasado nada. Solo quería que lo viera cascársela.

Las chicas se miraron unas a otras, y me di cuenta de que ninguna sabía lo que significaba la expresión.

Aquello era raro, y no era la primera vez que era consciente de aquella rareza. Pirro era un hombre tan joven que ni siquiera había acabado de crecer y, sin embargo, apenas mostraba interés por las chicas. Hasta que

mandó llamar a Hele, ninguno en absoluto. E incluso parecía considerar que dormir con Andrómaca tenía más de castigo que de placer. Alcimo no había dicho nada al respecto. Quizá no se había dado cuenta, aunque me preguntaba si ello habría formado parte de aquella conversación sin palabras que Automedonte y él habían mantenido durante tanto tiempo.

Media hora después, caliente y a salvo en mi cama, estuve repasando la noche y pensé que había sido un gran éxito. Obviamente, habría sido mejor si Andrómaca se hubiera unido a nosotras, pero incluso sin ella, las chicas se habían unido como nunca hasta entonces. Me sentía satisfecha. Y no dejaba de decirme a mí misma lo satisfecha que estaba porque era consciente de una creciente inquietud que no podía atribuir a nada en concreto. ¿Porque Pirro había mandado llamar a Hele? No, no era eso. Mejor ella que ninguna otra chica. Ella estaba deseando entrar en el salón: era indisimuladamente ambiciosa. No, todo era inútil, y no conseguía librarme de la sensación de que algo iba mal, pero tampoco iba a quedarme despierta dándole vueltas al asunto.

Después de apagar la luz, me tapé con las sábanas y me quedé mirando la oscuridad con los ojos irritados por el humo del fuego. Podía olerlo en mi piel y en mi pelo. Lo primero mañana, bañarse. Pero, durante todo el tiempo, involuntariamente, mi cerebro seguía cribando los acontecimientos de la noche. ¿Qué era? Había algo que no encajaba. Y por fin, al borde del sueño, me di cuenta: en aquel momento, justo al final, cuando las chicas se habían reunido en torno a la cama de Hele con los rostros llenos de curiosidad y temor, yo había recorrido el círculo que formaban haciéndome cargo del estado de desconcierto e ignorancia en que se hallaban todas. Cerré los ojos para recrear la escena porque necesitaba estar segura y, lentamente, uno a uno, los rostros fueron haciéndose nítidos, incluso los de aquellas dos chicas mudas cuyos nombres desconocía. Todos excepto el de Amina. Amina no estaba allí.

Me dije que no tenía que darle importancia, que probablemente se habría quedado en el patio, recogiendo las copas y apagando el fuego. Habría sido propio de ella: siempre estaba recogiendo el desorden en la cabaña hacinada e irritándose cuando las demás no hacían lo mismo. Pero, aun así, me preocupé un poco. Incluso me pregunté si debía levantarme e ir

a comprobar que estaba bien; pero todas estarían ya durmiendo. No, podía esperar a mañana. Estuve dando vueltas en la cama mientras el bebé hacía cabriolas en mi vientre, como siempre que yo sentía algún malestar. Por fin encontré una postura cómoda para los dos, pero aun así tardé mucho en conciliar el sueño.

Calcas está soñando —como suele pasarle ahora a menudo— con su infancia en Troya, mucho antes de convertirse en sacerdote, en los tiempos en que, nominalmente al menos, era el aprendiz de su padre en la herrería. Un crío delgado de cara pálida y patoso que respondía con lentitud a las órdenes que le daba a gritos su padre y que ni de lejos era lo bastante rápido como para esquivar sus puños. Aprovecha cualquier ocasión para escabullirse a la casa, donde su madre está horneando en la cocina —el olor del pan caliente, la canela y la bocanada de calor cuando ella saca las hogazas del horno mientras adelanta el labio inferior para soplar los mechones de pelo de su rostro encendido—. Ella se detiene un momento cuando lo ve entrar y apretar el rostro hinchado contra su costado caliente, pero no se atreve a decir mucho: le tiene a su padre aún más miedo que él. Calcas se agita y se despierta brevemente recordando a su madre. Le parece estar viendo en ese mismo momento a aquella mujer menuda que parece un ratón y que una vez fue todo su mundo. Siempre rezando, en el templo todos los días de celebración, quizá algo enamorada del sacerdote. Aquí y allá un moratón, aunque nada que su esposo no tuviera perfecto derecho a infligirle: ella no se quejaba: lo único que querría es que no fuera tan duro con el chico. Y entonces, un día, la solución obvia se presentó. Calcas lo recuerda como un día de conversaciones a puerta cerrada, oyendo el murmullo de las protestas de su padre y luego la voz del sacerdote, aflautada pero autoritaria, alzándose por encima de ella. Y, de repente, sus escasas posesiones se están metiendo en un fardo y él va siguiendo al sacerdote a una distancia respetuosa de tres pasos por los estrechos callejones sinuosos y las calles congestionadas —que son todo lo que ha

conocido hasta entonces— para llegar a las plazas soleadas y los espléndidos templos que hay cerca de la ciudadela. Olores diferentes allí: flores, incienso, el olor ferroso de la sangre de los sacrificios. Y carne, siempre carne, muchísima carne. Va dejando atrás los espantosos olores de la curtiduría, la fábrica de cola y el patio del matarife, pero se le quedan en la piel hasta que recibe el baño ceremonial, y solo entonces se van, junto con el olor a pan horneado y a canela.

Una vez al mes le está permitido ir a casa, y al principio anhela la llegada de ese día, incluso va marcando los que faltan en el suelo con un trozo de tiza, pero luego, con cada visita va dejando de pertenecer a la vecindad e incluso a su propia casa —como si viajara a bordo de un barco que se aleja a gran velocidad y su madre solo fuera ya una figura pequeñita que le dice adiós desde la orilla—.

Tras una noche de sueños confusos, se despierta con la boca seca y los párpados pegados: no suele beber vino sin diluir, pero la noche anterior lo tomó —siente martillazos en la cabeza—. Se ha pasado los últimos días y noches esperando la llamada de Agamenón que sabe que no tardará en llegar, pero cuando al fin se oye llamar a la puerta no es la imponente figura del heraldo del rey lo que ve, sino a la esclava de Néstor, su «premio de honor», como lo llaman los griegos. Recuerda vagamente a la chica de los tiempos en que cenaba en el salón de Néstor, aunque no es capaz de acordarse de su nombre enseguida. Hecamede, eso es. Lo primero que piensa es que Néstor ha muerto —ha habido rumores sobre su salud desde que murió su hijo menor—. Y Calcas siente que su cerebro está a punto de estallar en el esfuerzo de sus cálculos sobre lo que la muerte de Néstor supondrá en el ya frágil equilibrio de poder dentro del campamento, pero un momento después comprende que no tiene sentido —la noticia de la muerte de un rey la proclaman los heraldos: no la llevan las esclavas—. Sigue luchando por despertarse del todo y liberarse de los últimos vestigios del sueño. Cuando, finalmente, la chica habla, dice de un modo llamativamente dulce y modesto:

—Hécuba querría verte.

—¿Hécuba?

Indignación súbita. ¿De veras ha descendido tanto en su estatus como para poder ser reclamado por una esclava? Porque eso es Hécuba ahora —por mucho que una vez fuera la reina de Troya—. Pero entonces empieza a recordarla como solía ser. Ella —Príamo también, por supuesto— siempre acudía al templo los días especialmente consagrados a Apolo. La primera vez que la vio él debía de tener... ¿Cuántos? ¿Catorce? ¿Quince años? Tal vez alguno más. Cuando se arrodilló para ofrecer a Príamo las primeras tajadas de carne del sacrificio, le había dirigido una mirada furtiva a ella, que llevaba una túnica bordada de oro y diamantes que relucían en sus cabellos. ¿Qué edad tendría ella? No era joven; ni siquiera tanto tiempo atrás podía haberlo sido. Y tampoco era hermosa del modo en que muchas de las concubinas de Príamo lo eran; pero poseía una voz absolutamente extraordinaria, más profunda de lo que suele ser la mayoría de las voces de mujer —y con una aspereza que podría haber sido desagradable, pero no lo era—. Había pensado en ella después, acostado en su jergón e intentando conciliar el sueño mientras todas las visiones y sonidos del día de festivo se agitaban aún en su cabeza, y su voz le había hecho pensar en las uñas de una mujer al arañar la espalda de un hombre desde la nuca hasta la hendidura del culo —pero suave, muy suavemente, sin dejar más que una leve marca en la piel—. Dieciséis años tenía. Una edad a la que verdaderamente uno no piensa más que en el sexo.

—¿Qué quiere?

—No lo sé, señor. No lo ha dicho.

—Bueno, pues dile que... —Se mordió la lengua.

La muchacha seguía allí, respirando suavemente.

—Dile que irá cuando pueda.



Ningún asunto lo retiene en el recinto de Agamenón, y, sin embargo, no puede soportar marcharse. Se pasa el día esperando en su cabaña, pero la llamada no llega; así que, por la tarde, mientras su sombra se alarga muy por delante de él sobre la playa, se encamina al recinto de Odiseo. Frustrado y de mal humor, sí, pero también curioso. Lo asombra darse cuenta de que sigue sintiendo como una leve resaca de atracción, aunque ella sea ahora

una mujer mayor, demasiado vieja como para despertar esa clase de sentimientos.

La encuentra en su jergón con la cabeza elevada sobre dos almohadones —lo que hace evidente que se ha hecho cierto esfuerzo por que esté cómoda a pesar de que la manta que la cubre está cualquier cosa menos limpia—. Cuando la hace a un lado, exhala una vaharada de enfermedad y carne vieja. Desearía haberse acordado de llevarse el medio limón lleno de clavos de olor que siempre lleva encima cuando no le queda más remedio que visitar las zonas más pestilentes del campamento.

—Hécuba.

Así, sin título. ¿De qué serviría fingir?

Ella levanta la vista y lo mira.

—Por lo que más quieras, hombre, siéntate. Siempre has sido un mierdecilla.

La misma voz oscura, cálida y áspera. Hace que salten por los aires todas sus reacciones premeditadas. Contempla a su alrededor aquella cabaña que parece más bien una perrera escuálida, se lame los labios igual que un perro confundido y entonces —inesperada, involuntariamente— se sienta. Se sorprende a sí mismo, aunque no a ella —ella ha dado por sentada su obediencia—. La mira, ve el cuello arrugado y las manchas de la edad en la piel, lo ve todo; pero nada de eso importa. Ella gira la cabeza y él vuelve a ser un niño que la mira furtivamente mientras se arrodilla a los pies de Príamo.

Le alcanza una jarra.

—Sírrete una copa. Es una porquería, pero si yo soy capaz de bebérmelo, estoy segura de que tú también.

—No, gracias, ahora no.

Se oye a sí mismo forzado, melindroso, rígido. Sus ojos se desvían hacia el pastel que hay en una bandeja junto a la cama.

—Vamos, sírrete. Yo no voy a poder con todo —dice empujando la bandeja hacia él—. Lo ha hecho Hecamede. No encontrarás nada mejoren ninguna parte.

—La he visto esta mañana.

—Pues claro: la envié yo.

Sigue tan imperiosa como siempre. La recuerda como era la primera vez que la vio: una mujer pequeña, delgada, de piel morena y pómulos elevados con la curiosa costumbre de succionar el interior de sus mejillas como si acabara de probar algo inesperadamente ácido. ¿Favorecerá quizá la edad avanzada a la mujer que no ha sido demasiado hermosa? Hécuba había sabido mantener a Príamo interesado, entretenido, irritado, frustrado y absolutamente seducido a lo largo de cincuenta años de matrimonio. Dios sabe cómo lo conseguiría —tampoco es que sus tetas fueran dignas de mención—. Y era extravagante en muchas de sus salidas. ¿Mierdecilla? ¿En serio? ¿Qué clase de lenguaje era ese en una reina? Y ya era igual de malhablada en Troya. Se acuerda perfectamente de Príamo con la cabeza entre las manos diciendo:

—¡Hécuba!

No recuerda la ocasión... Tal vez fuera en la recepción de algún embajador extranjero.

—¿Te están tratando bien? —pregunta al tiempo que usa su dedo índice para recoger un goterón de crema y hacerlo estallar contra la lengua.

—Oh, desde luego. No me falta de nada.

No está clara la intención de sus palabras. En comparación con su palacio de Troya, a este antro —porque no es posible llamarlo de otro modo —, obviamente, le faltan muchas cosas.

—Tengo comida, tengo vino, un vino de mierda, pero bueno... —Se encoge de hombros—. Odiseo quiere mantenerme con vida. Me necesita como regalo de regreso para esa esposa suya.

—Penélope tiene una excelente reputación.

Cielo santo, ha sonado tan pomposo... ¿Cómo ha podido convertirse él en esa persona?

—Creo que será buena contigo.

—Oh, sí, lo sé, lo sé. La fiel Penélope, la leal Penélope, la sabia Penélope... Yo también fui todas esas cosas... Fíjate para lo que me sirvieron.

Fiel, sí: leal, sí. Pero ¿sabía? De repente, siente impaciencia por marcharse, por volver a su cabaña a esperar la llamada real —la única que de verdad importa—: pero ella lo retiene allí, por pura fuerza de voluntad,

le parece, y él está cansando, cansado de la arrogancia de esa gente que cree que ha nacido para gobernar y luego, cuando el destino se vuelve contra ella, no puede —o no quiere— amoldarse. Tirada allí con sus sucios harapos en una cama de esclava, en su mente se sigue viendo a sí misma como una reina. En otro tiempo eso le habría parecido admirable: pero ya no. Las personas sabias saben recoger sus velas cuando cambia el viento: no navegan de cabeza hacia la tempestad. Hace un ademán de levantarse, pero entonces la mira de nuevo y reconoce en sus pómulos afilados y en sus sienes demacradas un tipo distinto de autoridad. Ve que se está muriendo y que ella sabe que se está muriendo. Y es eso, y no ninguna idea ilusoria de seguir siendo una reina, lo que le da fuerzas. Comprende que no teme a nadie porque ya no le queda nada que perder —ni siquiera su propia vida—.

—Pues sí que te ha gustado eso...

Bajando la vista a la bandeja, ve para su horror que el pastel ha desaparecido. Por completo.

—La moderación en todas las cosas... —dice Hécuba en tono piadoso—. Pero a ti nunca se te dio demasiado bien la moderación, ¿verdad que no?

Siente cómo se ruboriza bajo el maquillaje. Sabe exactamente a qué se está refiriendo Hécuba: a un particular incidente bastante desafortunado. Pero ¿por qué lo menciona? Esa es la cuestión. Aún no ha dicho lo que quiere, y ahora se pregunta si será capaz de hacerle chantaje. Aunque, si es así, no va a llegar con él a ninguna parte. Todo pasó hace demasiado tiempo; a nadie le importa —y, en cualquier caso, ¿quién va a tener en cuenta lo que diga una esclava?—. Su mente empieza a bullir, calculando automáticamente los riesgos y las probabilidades, planeando el siguiente movimiento... Ahora no hay emociones mezcladas —no puede permitírselas—, pero entonces vuelve a mirar a Hécuba; la luz le da en el rostro y él vuelve a estar en Troya. Todos los años transcurridos, los años de maquinaciones, de disimulo, de callar ante cosas que violaban todo aquello en lo que creía, todos esos años se habían esfumado dejándolo varado en la arena y tan desnudo como un cangrejo ermitaño sin su concha.

—Nos lo pasamos bien, ¿verdad? —dijo Hécuba.

—Alguna vez.

—Oh, vamos, sabes que sí.

Sí, hubo diversión. Tremenda diversión. Recuerda las calurosas noches de verano en los jardines de Príamo, aquellas noches sin luna en las que apenas veías a la persona con la que te tropezabas. Fue bueno mientras duró, pero su posición en la corte se había ido volviendo cada vez más precaria. No mucho después del desafortunado incidente, le habían insinuado con sutileza que tal vez un sacerdocio célibe no fuera su verdadera vocación. Él había captado la indirecta y había hecho su equipaje diciéndose que le vendría bien un cambio de aires, aunque, en realidad, se hallaba profundamente dolido. Quizá tenían razón —había pensado—. Y allí estaba, veinte años después, y aún célibe: aunque había que reconocer que el celibato se observaba ahora de forma más estricta.

—¿Cómo está Agamenón? —dijo Hécuba.

—¿Qué te hace pensar que yo lo sé? No lo he visto desde...

—Desde que oficiaste en la muerte de mi hija.

—Eso no fue solo cosa mía, fue...

De todos. Todos los sacerdotes del campamento habían estado allí. Él cerró los ojos cuando Pirro levantó la espada, y los mantuvo cerrados hasta que todo acabó. Pura cobardía, pero, aun así, todos sus esfuerzos por perdonarse a sí mismo habían sido en vano. Por la noche, en sueños, aún puede oír el silencio, el murmullo de la multitud al caer la espada.

—Murió con valentía. —Tiene que tragar saliva para deshacer el nudo que se le ha hecho en la garganta—. ¿Sabes que los hombres ponen flores en su tumba?

—¿Los griegos?

—Sí. Ella demostró valor, y ellos respetan eso. Y tienes que recordar que fue rápido. Cuestión de segundos. Estaba muerta antes de caer al suelo.

—Supongo que tengo que estarle agradecida a Pirro. Y tanto que sí. Buena podría haber liado... El cielo sabe que lo hizo con Príamo. No matarías ni a un perro de esa forma.

—¿Tú estabas allí?

—Sí, lo vi todo.

Echa la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello arrugado y la garganta, y un nuevo sonido sale entonces de su boca, un gimoteo como el de un

perro que está a punto de aullar. Calcas no puede soportarlo; tiene que apartar la vista. Cuando se vuelve de nuevo, ella se ha rodeado la boca con los dedos; en realidad está intentando mantener los labios juntos para detener aquel terrible sonido. Espera hasta que ella es capaz de controlarse. Al fin, lo consigue.

—Era una buena chica. Políxena. Ella habría cuidado de mí. —Deja escapar un trémulo suspiro—. Habríamos cuidado la una de la otra.

—Dicen que él se ha vuelto loco.

—¿Agamenón?

—Sí, al parecer manda llamar a Macaón todas las noches. No puede dormir. Ni con una copa hasta arriba del somnífero de Macaón consigue dormirse. Ya sabes que se supone que no se puede mezclar con vino sin diluir... ¡Pues intenta decirle eso a Agamenón! Ah, y también parece que ha empezado a tener visiones.

—¿Qué visiones?

—Ve a Aquiles.

—Oh, ya lo sabía. Por eso Políxena tuvo que morir. Había que darle una mujer para que pudiese quedarse bajo tierra.

—Está furioso con Menelao. Al parecer, no se hablan. ¿Sabes que ha vuelto a dormir con Elena?

—Sí, y no me extraña. Yo se lo advertí... Le dije: «No dejes que se te acerque. Mándala a casa en otro barco». Porque yo sabía que ella volvería arrastrándose... Lo sabía. Bueno, pues ahí lo tienes. Agarra bien la polla de un hombre y podrás llevarlo a donde quieras.

Siente el impulso de frenarla un poco al oír esto último, que parece implicar una opinión injustamente pobre sobre su sexo. Santísimo cielo, ella había estado casada con Príamo, ¿qué motivo de queja podía tener? Nada que ver con su pobre madre, atada de por vida a un hombre tan avaro con su dinero como generoso con sus golpes.

—¿Ha mandado llamar a Casandra? —le pregunta.

—Eso no puedo decírtelo.

—¿No puedes o no quieres?

—Bueno, ella predijo su muerte...

—Así que creen que prenderá fuego a la cama, ¿no? Pues ya pueden tener cuidado; lo hizo una vez. —Su voz se dulcificó—. ¿Cómo está ella?

—Más tranquila. Eso me han dicho; yo no la he visto.

—¿Y no podrías pedir que te dejaran visitarla?

—No. No sé a quién escucha Agamenón últimamente, pero desde luego no es a mí.

—¿Y a qué crees que se debe eso?

—No lo sé.

—Oh, vamos, un hombre tan listo como tú tiene que saberlo...

—Se enfrentó a Aquiles una vez, y lo que yo aconsejé a la asamblea iba en contra de su opinión.

—Así que apostaste al caballo equivocado, ¿no?

Él responde secamente:

—Solo dije la verdad.

—Quiero ver a mi Casandra. Ya he perdido una hija. No quiero perderla a ella también.

De repente, parece completamente exhausta. Es extraordinaria la rapidez con que el color desaparece de su rostro. Hasta sus labios se han vuelto blancos.

—No puedo ayudarte.

Odia decirlo, pero es la pura verdad. Las mujeres de Agamenón permanecen en un férreo confinamiento, y la influencia que él tiene en el recinto es prácticamente nula.

—Está bien, entonces —dice apartando la jarra de vino—. Márchate.

Al ser despedido, se levanta, hace una reverencia y, por la simple fuerza de la costumbre, comienza a salir de la habitación caminando hacia atrás; pero enseguida rectifica bruscamente. Ella podrá tener sus delirios de estatus, pero eso no es razón para que él los comparta. Gira sobre sus talones y echa a andar de frente hacia la puerta intentando no oír la risita que acompaña sus pasos.

En la siguiente ocasión en que fui a ver a Hécuba estaban preparando el ágora para una competición de arqueros, y me detuve un momento a observar cómo colocaban los blancos: unos rostros de guerreros troyanos burdamente pintados que habían quedado de las sesiones de adiestramiento durante la guerra. Se celebraban en el ágora todas las actividades posibles porque esta se hallaba relativamente protegida. Algunos juegos —el tiro con arco y el lanzamiento de jabalinas entre ellos— habrían resultado imposibles en la zona de entrenamiento del promontorio, donde el viento soplaba aún con más fuerza que aquí abajo. Me di la vuelta, y seguía bordeando la muchedumbre hacia la cabaña de Hécuba cuando la puerta se abrió y por ella salió Calcas. Ambos nos saludamos con una reverencia. Me sorprendió mucho que se molestara en visitar a Hécuba, pues él siempre se había volcado por completo en cultivar el trato con los hombres poderosos. Por un momento, me pareció que quería pararse a hablar, pero luego dio la impresión de pensárselo mejor y siguió su camino.

En cuanto entré en la cabaña, observé que Hécuba parecía más animada. Sus mantas estaban pulcramente dobladas al pie de la cama y ella se paseaba más bien nerviosa por el habitáculo.

—Pero, bueno —dije—. Mírate.

Sonrió de veras.

—Aun así, la verdad es que me gustaría descansar.

La ayudé a volver a la cama. Como no había querido presentarme con las manos vacías, le había llevado higos, uvas y queso blanco, y me agradó verla comer un poco aunque fuera a la fuerza. Ya tenía una jarra de vino en el suelo a su lado. Aunque ella estaba hecha a los buenos vinos de la corte

de Príamo, me di cuenta de que trasegaba aquel líquido fuerte y rústico con bastante facilidad y que este incluso le sacaba un ligero color a sus mejillas.

—¿Qué quería Calcas?

—Oh, qué es lo que quiere ese hombre nadie lo sabría decir, ¿verdad? —Parecía estar considerando si decía más o no—. Es la segunda vez que viene. Nos hemos reído bastante. Bueno, yo por lo menos. No te lo vas a creer, pero de joven era una belleza. Ya sabes, no solo tirando a guapo, sino absolutamente imponente —suspiró—. Sí, la verdad es que algunos harían bien en morir jóvenes.

Creo que me chocó bastante su frivolidad. La verdad es que me costaba seguir el ritmo de sus cambios de humor. Un día estaba en la playa aullando por Príamo; al siguiente se refería a él de pasada, como si acabara de marcharse a otra habitación. Yo contaba entonces diecinueve años. No tenía ni idea de nada. Me ha llevado casi cincuenta poder decir que entiendo a Hécuba.

Pero de lo que sí me daba cuenta era de que ella estaba pasando un buen rato: bebiendo vino, comiendo queso, cotilleando...

—Todo el mundo lo perseguía, hombres y mujeres. Y tampoco es que él huyera precisamente. —Bajó entonces la voz hasta el susurro—. Hubo una noche en que Príamo y yo volvíamos de cenar, y Príamo quiso eludir a alguien, uno de sus consejeros, no recuerdo su nombre, aunque no importa (era un buen hombre, pero vaya un pesado). Así que dimos un rodeo por los dormitorios, y ya sabes cómo se comunican unos con otros. Pues bien, la puerta de uno de ellos estaba entornada, y allí estaba Calcas a cuatro patas entre dos señores. —Soltó una risita—. Recibiendo por un lado y por el otro.

—¿Qué hicisteis?

—Bueno, alguien tuvo la suficiente presencia de ánimo como para cerrar la puerta de un golpe. Príamo se reía, pero creo que aquello fue pasarse. Se suponía que guardaba el celibato... Madre mía, qué aprieto para él... Y ahí lo tienes ahora... ¿Tú has visto alguna vez a un tío igual?

Disfrutaba de estar agasajándome con aquellos cotillees de la corte troyana. «Sagrada Ilion», solían llamar a Troya por sus numerosos templos,

pero también tenía otra cara. Yo había sido vagamente consciente de ella incluso de niña.

Hécuba y yo comimos, bebimos y reímos así, pero durante todo el tiempo sentía que había algo más, algo que se estaba guardando. Nos quedamos en silencio por un rato, y entonces dijo:

—Quiero ver a Casandra.

Tal vez porque había perdido a mi madre a una edad tan temprana, yo nunca había podido soportar la idea de que madres e hijas se separasen.

—Está bien —dije con cautela—. Pero no va a ser fácil. Dudo que tenga permitido salir de la cabaña.

No hubo respuesta. Hécuba permaneció sentada con la cabeza intencionadamente vuelta, de aquella manera mohína de ave de presa tan característica suya. Y yo recordaba la profecía que había hecho Casandra de que su matrimonio con Agamenón llevaría directamente a la muerte de este, a la caída de la casa real de Atreo y a la destrucción del reino que había aniquilado Troya.

—¿Tú la crees? Me refiero a lo de que Agamenón acabará muerto.

Hécuba se encogió de hombros:

—Ella se deja llevar por el entusiasmo. La gente siempre dice que es furor divino, pero yo nunca he conseguido verlo así. Creo que solo hace que las cosas encajen con lo que ella quiere.

Es difícil creer que tu hija profetiza cosas: la misma niñita a la que has enseñado a usar el orinal y a la que has cantado por las noches.

—Pero es muy precisa, ¿no te parece? Me refiero a que dice que su esposa le arrojará una red encima mientras está en la bañera y luego lo hará pedazos con un hacha. ¿Por qué iba ella a hacer eso?

—Él sacrificó a su hija para conseguir un viento favorable que lo llevase a Troya. Estaban allí esperando sin poder avanzar, y empezaban a pelearse entre ellos (igual que ahora). Todo se estaba arruinando... Así que la sacrificó. —Se quedó un momento mirando el vacío, pero luego se volvió y me miró fijamente—. Yo me habría cargado a ese cabrón, ¿tú no?

—Dice que ella morirá también.

—Sé lo que dice. —Su expresión se dulcificó—. Siempre le tuvo miedo a las redes cuando era niña. Solíamos poner redes sobre las camas de los

niños para impedir el paso de los insectos, pero Casandra nunca me dejó poner una en la suya; siempre se ponía a gritar y a tirar de ella y al final me rendí. Por supuesto, las picaduras la destrozaban. Al día siguiente estaba en carne viva. «Te está bien empleado», le decía yo. Incluso la puse una vez a contar sus picaduras. Cuarenta y siete. ¡Cuarenta y siete! Pero no sirvió de nada. Siguió negándose en redondo.

Qué mezcla de emociones iba pasando por su rostro: arrepentimiento, amor, culpa, exasperación... Madres e hijas libran sus batallas: lo sabía bien, aunque mi madre hubiera muerto antes de que yo alcanzara la edad difícil y yo solo tuviera recuerdos felices de ella. Pero la impresión que me iba dando Hécula era la de una relación en la que nunca se habían puesto en claro las cosas.

—Necesito verla.

¿Qué podía yo decir?

—Está bien. Haré todo lo que pueda.

La competición de arqueros ya había comenzado: nuestra conversación se veía interrumpida por las carcajadas y protestas de los hombres.

Cuando salí, me encontré con un sólido muro de espaldas. Se había hecho un tenso silencio mientras uno de los concursantes apuntaba al blanco; luego se oyó un golpe seco cuando la flecha alcanzó su objetivo, seguido de un murmullo entre los espectadores. Asomándome entre las filas de hombros, vi los blancos colocados en una hilera y aquellos rostros pintados de guerreros troyanos hechos jirones. Tanto odio que sentías que podía empapar la tierra bajo tus pies.

Me di la vuelta y eché a andar.

Mientras iba atravesando el campamento, me prometí a mí misma que no cargaría a Ritsa con mis problemas, pero al agacharme bajo la lona y quedarme parpadeando en la verde penumbra, no pude evitar acordarme de que la última vez que había estado allí llevaba a Amina conmigo —y ello reavivó la molesta inquietud que en ningún momento se había ido del todo de mi mente—. La carpa no era un lugar agradable. Pero en cuanto abracé a Ritsa y me senté en la mesa de trabajo a su lado, empecé a sentirme mejor.

—¿No traes sirvienta hoy?

—Tiene cosas que hacer —dije—. Y no es mi sirvienta.

—Solo preguntaba.

Alcancé una mano y un mortero y empecé a triturar algunas de las hierbas que había extendido delante de ella. No hizo ningún comentario, y durante algunos minutos estuvimos trabajando en silencio.

—Yo me preguntaba si podría ver a Casandra.

—No veo por qué no. Aunque quizá deberías esperar un poco. Estaba durmiendo cuando he salido.

Eché un vistazo alrededor.

—¿Tenéis más trabajo últimamente?

—Bah, niños idiotas que se arrancan los trozos los unos a los otros. Se pelean a cuenta de los juegos. Tuvimos a uno la otra noche al que casi le habían arrancado una oreja. «Te parece que tiene mala pinta, ¿verdad?», me dice. Ya sabes, un creído. «Pues tendrías que haber visto al otro». Macaón le echó una buena bronca.

Pobre Alcimo —pensé—. Hasta ahora Automedonte había estado en lo cierto. Todos los resultados eran motivo de disputas y todas las

competiciones amistosas acababan en pelea.

—¿Cómo está Casandra? —pregunté.

—Bueno, ya sabes, con sus altibajos. Las noches siguen siendo malas.

—Entonces, ¿no mejora?

—Un poco. Ahora se puede mantener una conversación con ella, mientras que antes...

—Hécuba quiere verla.

—Claro, es normal, pobre mujer; pero me temo que no hay muchas posibilidades. No tiene permitido salir de la cabaña. Ya sabes cómo es él.

—Es lo que pensaba. Y Hécuba está demasiado débil como para venir andando hasta aquí...

—Y tampoco sería bienvenida si lo hiciera. He oído decir a Casandra cosas horribles sobre su madre. No se pueden ni ver.

Llevaríamos media hora trabajando cuando se oyó jaleo en la puerta y entraron dos hombres llevando medio a rastras a un tercero entre ambos. Lo tiraron al suelo sin más ceremonia y se fueron. Nosotras nos levantamos y fuimos a ver de quién se trataba. Era Tersites. Al principio, pensé que le habían dado una paliza, pero luego me fijé en que tenía la mirada perdida o, más bien, fija en un punto a solo unos centímetros de su cara. No dejaba de hacer unos extraños movimientos en el aire como si tratara de atrapar alguna cosa solo visible para él. ¿Borracho? Le apestaba el aliento, pero no detecté olor a vino en particular, o por lo menos no con una intensidad mayor de la acostumbrada.

—Lo mejor que podemos hacer es acostarlo —dijo Ritsa—. Que la duerma.

Había varias camas de cuero ya preparadas vacantes; así que fue sobre todo cuestión de arrastrarlo hasta la más cercana y convencerlo de gatear hasta ella. Estaba cubierto de pies a cabeza de algo que parecía mierda de ganso. A saber dónde había estado.

—Habrá que lavarlo —dijo Ritsa—. Macaón se va a cabrear como vea esto.

Parecía exhausta: hasta tal punto que incluso se agarró de mi brazo mientras hablaba.

—Tú ve a sentarte. Yo me encargaré.

—Briseida, tú no puedes.

Entendí lo que quería decir: tú eres la esposa de Alcimo. Estaba muy bien que una señora se ocupase de bañar enfermos en su casa —eso era totalmente apropiado y decoroso— pero ¿realizar la misma labor servil en un hospital y elegir, elegir de verdad un trabajo de esclava? Llevaba queriendo decirlo desde que tomé la mano y el mortero.

—Vamos —dije—. Largo de aquí.

Me hice con un cubo y unos trapos y puse manos a la obra, arrancándole la apestosa túnica y el taparrabos y restregando el trapo húmedo con fuerza por su cuerpo. El agua del cubo iba cambiando rápidamente de color mientras yo trabajaba. Sobre mi cabeza, la lona aleteaba y se tensaba, pero ya me iba acostumbrando a eso: ya no temía que la carpa entera estuviese a punto de salir volando. En un par de ocasiones Tersites gritó —creo que más por la frustración de no ser capaz de atrapar aquellos objetos invisibles que tenía delante que por ningún dolor verdadero—. Tenía el cuerpo cubierto de moratones: algunos de color púrpura, otros amarillos, otros azules con el centro de un pálido color crema —que en conjunto ofrecían un testimonio visual de las últimas semanas de la vida de Tersites—. Parloteaba constantemente; las palabras sueltas que entendía eran las típicas de un hombre malhablado, agresivo, obsesionado con la mierda, la suciedad, la sangre y el pus. Era asombrosa la cantidad de sus insultos que tenía que ver con los forúnculos: forúnculos, ampollas, vesículas, lobanillos, pústulas, chancros y llagas. Me preguntaba de dónde venía aquella obsesión con la piel enferma. Pero entonces le di la vuelta. Un solo vistazo a su espalda me bastó para no tener que preguntármelo más.

Me levanté y le hice un gesto a Ritsa para que se acercara: quería saber su opinión sobre una cataplasma después de haberle limpiado los forúnculos. Limpiándose las manos en el delantal, se unió a mí a los pies de la cama.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —pregunté.

Todavía bocabajo, Tersites se giró y miró por encima de su hombro.

—¿Tú aquí? Eso es que él ya te ha echado, ¿no?

Lo ignoré mientras Ritsa y yo pensábamos en el mejor modo de acabar con los forúnculos.

—¡Eh, tú! —Arrogancia de borracho que busca pelea—. Te estoy hablando a ti. ¿Ya te ha echado?

Era una pérdida de tiempo ofenderse por cualquier cosa que pudiera decir Tersites. Odiaba a las mujeres, especialmente a las jóvenes bonitas que los reyes se reservaban para su uso particular. Y le caíamos especialmente mal las mujeres como yo —los premios de honor— por hallarnos tan fuera de su alcance como si fuéramos diosas. Pero incluso con las mujeres comunes de los fogones a menudo se había visto apartado a codazos por otros hombres más fuertes. Me preguntaba cuántos de aquellos moratones habrían sido el resultado de esos encontronazos. Cualquier compasión que hubiera podido sentir hacia él alguna vez había desaparecido hacía mucho tiempo. Añadí sal al agua y le di un buen fregado en el culo.

—¡Maldita zorra!

—Es por tu bien.

—Puto dolor... ¡No me deja tumbarme de espaldas!

—Entonces mejor tumbate bocabajo.

Cuando volví una hora después, se había hecho un ovillo de lado y estaba medio dormido, aunque se despertó bruscamente al dejar la bandeja a su lado. Ignorando la comida, se fue directo al vino solo para escupir el primer trago.

—¿Esto es lo mejor que tienes? Pipí de niña.

—Si tú no lo quieres, habrá otros muchos que sí.

Siguió protestando, pero finalmente se puso a comer. La comida era buena. Macaón insistía en eso.

El propio Macaón llegó unos minutos más tarde, examinó los forúnculos y preguntó por aquellos movimientos que parecían querer atrapar objetos en el aire.

—Cosas blancas —dijo Tersites—. Unas cositas blancas que revolotean por ahí.

Macaón se volvió hacia Ritsa, recitó de un tirón una lista de instrucciones para tratar los forúnculos y luego miró a Tersites.

—Nada de vino sin diluir.

—Ni que aquí se pudiera soñar con eso. Arpías.

—Más te vale que te comportes y cuides esa lengua.

Después de algunas instrucciones más acerca de lavados con agua salada y distintos tipos de cataplasma con los que Ritsa podría probar, me hizo una reverencia y se marchó. La reverencia me dejó asombrada. La primera vez que vi a Macaón, yo era una esclava del recinto de Agamenón a la que habían enviado al hospital porque estaba tan abarrotado que las enfermeras casi no daban abasto con la afluencia diaria de heridos. A los pocos minutos —y eso que su bienvenida había sido amable—. Macaón se había levantado la túnica despreocupadamente y se había rascado a conciencia los huevos igual que si hubiera estado solo. Porque estaba solo. Una esclava no cuenta mucho más que una cama o una silla.

Pero ahora me hizo una reverencia.

Cuando seguía a Ritsa de nuevo hasta la mesa de trabajo, pensé que quizá ya era el momento de ir a ver a Casandra.

—Sí, claro —dijo Ritsa—. Solo deja que termine con esto. —Estaba trabajando en una cataplasma de caolín—. Pronto habrás visto a todas las troyanas.

Asentí con un gesto.

—Supongo que sí.

—Incluida Elena.

—¿Quién te lo ha contado?

—Una de las chicas.

Ritsa se desvivía por ayudar a las mujeres comunes: su tarro de grasa de ganso fue de utilidad después de muchas malas noches, y no me cabe duda de que las ayudaba también de otras muchas formas. Me había dado cuenta de que el hospital guardaba grandes cantidades de poleo que se cultivaba en la tierra dura que había tras las cabañas a pesar de que, hasta donde yo sabía, carecía de cualquier utilidad en el tratamiento de las heridas de los hombres, pero, en cambio, preparado de la forma adecuada, servía para poner fin a embarazos indeseados.

—No te parece bien —dije—. Que haya ido a ver a Elena.

—No es asunto mío.

Le expliqué lo de mi hermana, y luego le hablé de los moratones de Elena.

—Ella no es tu responsabilidad —dijo Ritsa—. Que la mate; es lo que merece.

Ritsa, pura bondad, participaba aun así del odio universal hacia Elena.

—Fue amable conmigo cuando murió mi madre; cuando yo estaba en Troya y no te tenía.

Asintió con la cabeza, pero su boca siguió mostrando un gesto duro. Ninguna de las dos quería que aquel encuentro terminara con una discusión inútil sobre Elena; así que estuvimos charlando, riendo y bromeando mientras ella terminaba de preparar la cataplasma para la espalda de Tersites.

—Ya está; esto ya puede ir al horno.

Se limpió el caolín de las manos con la tela de arpillera que llevaba alrededor de la cintura.

—Dejemos que duerma primero.

—¿Qué crees que le pasa?

—Que es un degenerado.

No tuve nada que objetar. Nos aseguramos de que dormía y luego seguí a Ritsa por el pequeño patio contiguo al salón de Agamenón. En otros tiempos aquella zona había estado llena de animales atados que iban a sacrificarse. Gallinas, gansos y patos. Recordaba en particular un montón de gallinas gobernadas por un gallo blanco con una cresta color rojo sangre que despertaba a todo el recinto cada mañana una hora antes del amanecer. Las gallinas ya no estaban, y en su lugar se pavoneaban ahora media docena de cuervos cuyos ojos brillaban cuando nos acercábamos. Nosotras caminábamos rápidamente, hablando por el camino, y aun así ellos apenas se molestaban en aletear un poco para apartarse. Había cuervos por todas partes ahora, y tan arrogantes y prósperos que parecía que estuvieran tomando el control de todo.

La cabaña de Casandra era sorprendentemente grande —eso me pareció cuando Ritsa abrió la puerta y me acompañó al interior— y tenía un magnífico mobiliario. Alfombras, cojines, lámparas y, en la pared que había frente a la puerta, un tapiz muy hermoso: Artemisa, la diosa de los animales, cazando con perros. Pero ni rastro de Casandra. Miré a Ritsa, que se llevó un dedo a los labios y me guió entonces por un pasillo hasta una

habitación que había al final del mismo. Allí, en el quinto sueño, estaba Casandra con el pelo suelto extendido sobre la almohada mientras que a su lado, yaciendo con la cabeza en el pecho de ella, había un hombre muy hermoso. El corazón me dio un vuelco de estupor, pero enseguida me di cuenta de que debía de tratarse de su hermano gemelo, Eleno. El hombre que bajo tortura había revelado los detalles de las defensas interiores de Troya. Eleno era troyano y era un hombre. ¿Por qué seguía vivo? Tal vez su vida hubiera sido parte del trato con Odiseo. Esa era una posibilidad —pero quizá, simplemente, se trataba de que los griegos no lo veían como un hombre—. Aquella traición a su padre y a su ciudad no parecía pesar demasiado sobre su conciencia en aquel momento. Estaba tan profundamente dormido como Casandra, y su labio superior daba un pequeño chasquido con cada exhalación.

Ritsa me contuvo.

—Siempre anda por aquí pidiendo comida, pero ¿qué va una a hacer? No puedo echarlo; es su hermano.

Cuando volvimos al salón, me dijo:

—¿Quieres esperar? Ella no debería tardar mucho. Ya llevan horas durmiendo.

—Le daré media hora.

Bajo el tapiz de la vengativa Artemisa, nos sentamos en silencio. Pasado un rato, reparé en que Ritsa cabeceaba —la pobre mujer siempre estaba exhausta—. Mis ojos acabaron de nuevo en el tapiz. Este narraba la historia de Acteón, al que Artemisa convirtió en un ciervo cuando trató de violarla —o, según otra versión de la historia, cuando se encontró con ella accidentalmente mientras se bañaba—. Cuando la corriente de aire hacía mecerse la tela, Acteón parecía estar huyendo aterrorizado de sus propios perros, pero no había esperanza de escapar: apenas un metro lo separaba de sus babeantes fauces. Ritsa estaba roncando ligeramente con la cabeza caída sobre el pecho. Yo cerré los ojos y me arrellané en mi silla. Enseguida, tras mis párpados cerrados, aparecieron Casandra y Eleno entrelazados en la cama. Parecían amantes: quizá eso era lo que me resultaba perturbador —aunque sospecho que pocos amantes habrán logrado nunca el grado de intimidad que había entre ellos—. Todos esos meses antes de nacer,

conscientes, por vagamente que fuera, de la presencia del otro... Qué vínculo no forjarían. Y, sin embargo, como niño y niña, como hombre y mujer, el camino entero de sus vidas habría estado separándolos al uno del otro.

Unos minutos después, oí que la puerta delantera se cerraba y al poco Casandra entró en la habitación, parpadeando y bostezando con los cabellos aún enmarañados. Retrocedió un paso al verme, pero Ritsa hizo un esfuerzo para ponerse en pie y nos presentó.

—Ah, sí, claro que sé quién eres.

Casandra tenía unos ojos curiosamente brillantes y sobreexcitados y la costumbre de quedarse mirándote fijamente sin pestañear. Siempre parecía estar dándole vueltas al significado de las palabras. Y eso producía el extraño efecto de hacerla parecer estúpida, cosa que, desde luego, no era. Al fin, después de un largo silencio, continuó.

—Mi padre me habló de ti.

—¿Príamo?

—Sí, cuando volvió a Troya con el cuerpo de Héctor. Dijo que habías sido muy amable.

De nuevo me conmovió pensar que Príamo me había recordado. Por un momento, tuve que contener las lágrimas.

Nos sentamos a la mesa y Ritsa sacó pan y un poco de queso. Casandra comió muy poco. Hacía pequeñas bolitas grises de pan entre el pulgar y el índice. Me fijé en que tenía unas manos bastante masculinas: huesos prominentes y una red de venas azules levantadas como gusanos ahogados bajo la piel. Al fin, levantó la vista:

—Bueno, ¿y qué te trae por aquí?

Le dije que estaba intentando visitar a todas las mujeres que habían llegado de Troya al campamento.

—Oh, así que eres el comité de bienvenida, ¿no?

—No exactamente.

—Entonces habrás visto a mi madre, supongo.

—Sí; está muy preocupada por ti.

—Un poco tarde para eso.

—Le gustaría verte.

—Me temo que eso no es posible. No me está permitido salir... Me han enterrado viva aquí dentro.

El silencio duró demasiado; no creía que fuera a añadir nada más, pero entonces dijo:

—Lo único que quiero es que este puto viento horroroso pare.

Se llevó las manos al rostro, y me miró por entre los dedos como una niña asustada.

—¿Sabes lo que me aterra de verdad? Van a preguntarme por qué no pueden irse de aquí y no sabré qué decirles... ¡No lo sé!

—No te preguntarán a ti... Le preguntarán a Calcas.

—¿Seguro?

Hice lo posible por tranquilizarla, argumentando que Agamenón tenía sus propios sacerdotes y augures —entre los que Calcas era, con mucho, el más importante—, pero mis palabras no sirvieron de nada. Aquellos ojos que no pestañeaban seguían atravesándome sin cesar.

—Sea como sea, ¿no es obvio por qué los dioses se han enfurecido? —dijo Ritsa—. Mirad todo lo que sucedió. Templos profanados, niños asesinados, mujeres violadas...

Cassandra la ignoró. Yo dije:

—Hay quien dice que es por lo que te hicieron a ti.

—¿Y eso qué? —Su tono fue hostil ahora.

—Bueno, ¿no fue un crimen contra los dioses?

—Fue un crimen contra mí. De todos modos, no me gusta hablar del tema.

Volvió a hacer bolitas de pan. Pero solo un minuto después estallaba y lo contaba todo. Cómo volvía andando a casa desde el palacio cuando oyó el chocar de las armas en las calles y se refugió en el templo de Atenea, escondiéndose tras una enorme estatua pintada de la diosa. Cómo Áyax el Menor la encontró allí y la sacó a rastras. Cómo ella se aferró a la estatua hasta que la hizo caer al suelo junto a ella. Cómo durante todo lo que ocurrió después se quedó mirando fijamente los ojos de lechuza de la diosa, negándose a admitir que el resto de su cuerpo por debajo del cuello todavía le perteneciera. Recordé que yo había hecho lo mismo las primeras veces con Aquiles.

—¿Sabéis lo peor? —dijo—. Yo estaba menstruando. No fue impedimento; simplemente me arrancó el trapo ensangrentado y lo tiró... Habría querido que mi hermana no tuviera que verlo.

Yo me esforzaba por encontrar algo que decir en aquel momento.

Casandra respiró hondo.

—Mira, lo mismo que me pasó a mí les pasó a cientos de mujeres. En cuanto oyeron la lucha huyeron a esconderse en los templos, y los griegos sabían dónde buscarlas. No quedó sin profanar un solo templo de Troya.

A la mierda los templos —pensé—. ¿Qué hay de las mujeres?

Por el rabillo del ojo, vi que Ritsa movía la cabeza. Hice un gesto para mostrar que había entendido, pero entonces Casandra extendió las manos hacia mí y las alzó ligeramente de tal manera que sus brazaletes cayeron hacia atrás y revelaron la piel desnuda debajo.

—Me ataban a la cama. No tendrían que haberse preocupado. Yo no voy a matarlo. Es su esposa la que acabará con él. —Su voz sonó soñolienta y abstraída—. Ella le prepara un baño caliente, le ofrece una copa del mejor vino, ordena a las sirvientas que le froten la espalda con aceite y, entonces, cuando está medio dormido, levanta el hacha y CHAS CHAS CHAS CHAS...

Golpeaba la mesa con los puños cerrados.

Intenté pensar en algo que decir para calmarla, pero mi mente se había quedado en blanco y, en cualquier caso, ya era tarde. Se había puesto de pie y se paseaba de un lado a otro agitando los brazos, escupiendo, rebotando contra las paredes. Era prácticamente el mismo vociferar que ya había oído una vez en el ágora el día que las mujeres troyanas llegaron al campamento.

—Déjala —dijo Ritsa—. Seguirá así hasta agotarse.

Poco a poco, Casandra se fue calmando. Al fin, con el rostro pálido, se vino hacia mí.

—¿Has visto a mi madre?

—Está muy preocupada —repetí.

Torció la boca.

—Bah. ¿Sabes que cada vez que miro a mi madre veo que le crecen pelos en el corazón?

Y, diciendo esto, se dio la vuelta y salió de la habitación. Al tiempo que la puerta se cerraba tras ella, Ritsa se encogió de hombros e incluso esbozó

una leve sonrisa; lo que no impidió que sintiera que estaba siendo conmigo más tolerante de lo que yo merecía.

—Lo siento —dije.

—No es culpa tuya.

—Sí lo ha sido.

—Está bien, sí. —Me dio una palmadita en el hombro—. ¿Entiendes ahora por qué hago la vista gorda cuando mete a escondidas aquí a su hermano? ¿Qué otra cosa le queda?

—Solo espero que no te dé una mala noche.

No se molestó en responder. En la puerta, nos dimos un abrazo, y yo eché a andar de vuelta a casa. Cuando había llegado al otro extremo del patio, me volví a mirar, pero Ritsa ya había entrado y cerrado la puerta.

Era demasiado tarde para ir a ver a Hécuba —y, en cualquier caso, no tenía buenas noticias que llevarle—, así que volví directa a casa. En cuanto entré en el recinto supe que algo iba mal. Había grupos de hombres amontonados en el patio, y muchos de ellos miraban por encima del hombro con los ojos clavados en la puerta del salón de Pirro. ¿Qué pasa? Oí la pregunta correr de boca en boca, pero nadie parecía tener la respuesta.

Yo tampoco. Lo que sí tenía era un nudo de terror en la boca del estómago que se retorcía y se tensaba mientras me iba abriendo camino entre la multitud. Al entrar en la cabaña, encontré a Alcimo y a Automedonte, sentados en la mesa uno frente al otro. Les puse pan y aceitunas por delante y empecé a servir el vino, pero Alcimo me hizo un gesto para que me retirase: así que fui a sentarme en la cama. Ninguno de los dos decía nada; pero tuve la impresión de que habían estado hablando antes de que yo entrara en la habitación. Unos momentos después, empezaron a oírse unos fuertes golpes en la puerta. Pensando que habría alguna crisis en el barracón de las mujeres —Amina seguía muy presente en mi pensamiento—, corrí a abrir, pero Alcimo llegó primero y me apartó de un empujón. Pirro entonces apareció como un chichón en la cabaña —no hay otra manera de describirlo— y, una vez dentro, pareció hincharla, como si ocupara hasta su último centímetro de espacio.

—¡No puedo dejarlo pasar! —dijo mientras tomaba asiento.

Supe en lo más profundo de mí —en mis entretelas, como dicen las viejas esposas— a qué se refería, pero aun así permanecí escuchando ávidamente, con la necesidad de ver mis peores temores confirmados. Anoche —aunque en realidad debió de ser la noche anterior, o incluso la

noche anterior a esa—, alguien había intentado enterrar a Príamo. La verdad es que hizo un buen trabajo —la tumba, aunque poco profunda, fue suficiente para mantener apartadas a las gaviotas y a los cuervos que merodeaban—. Se había encontrado una pala abandonada en los alrededores junto con una jarra de vino y unos cuantos mendrugos de pan rancio. La jarra estaba aún a la mitad, por lo que parecía probable que los rituales funerarios se hubieran visto interrumpidos, tal vez por alguien que pasara con caballos por el camino que llevaba de las caballerizas a los pastos. Pero ¿quién podría haberlo hecho? Esa era la cuestión.

¿Quién se habría atrevido?

—Nadie de este recinto —dijo Pirro.

En realidad, se negaba a creer que ningún griego hubiera sido capaz.

Automedonte intentó argumentar que algunas personas albergaban fuertes objeciones religiosas a dejar insepultos a los muertos, negándoles así su rito de paso al otro mundo.

—Todo el mundo merece un funeral apropiado —dijo.

—¿Cómo? ¿Incluso si son enemigos?

—Sí...

—Mi padre no enterró a Héctor. —Era evidente que creía que cualquier referencia a Aquiles bastaba para zanjar una discusión—. No, ha sido un troyano; por fuerza ha tenido que ser un troyano.

Alcimo expuso pacientemente que solo quedaban dos troyanos en el campamento. Calcas era un sacerdote y augur muy respetado —aunque se pusiera maquillaje y se paseara por ahí con faldas—. ¿Podían descartarlo por completo? Podían, sí, o bueno, casi. ¿Por qué repentinamente iba a arriesgar su vida para enterrar a Príamo? No había duda de que cualquier lealtad que hubiera sentido hacia Príamo había desaparecido hacía mucho tiempo: había trabajado para Agamenón por lo menos los diez últimos años.

Alcimo parecía dudoso:

—Sí, pero no goza precisamente de su favor en este momento, ¿no? Desde hace algún tiempo.

—No puede haber sido él —dijo Automedonte—. Le falta entereza.

—Le faltan cojones —dijo Pirro.

Alcimo miró a uno y luego a otro.

—Bueno, en ese caso, solo queda Eleno.

Eleno, el hermano gemelo de Casandra, el hombre al que Odiseo había torturado para que revelara los detalles de las defensas de Troya.

—Él tampoco ha sido —dijo Pirro—. Traicionó a su padre.

—Bajo tortura —dijo Automedonte.

—¿Qué más da?

—Ninguno de nosotros sabe lo que haría bajo tortura.

—Bah —respondió Pirro, obviamente pensando que él sí lo sabía.

—¿No sería precisamente esa la razón por la que podría haberlo hecho? —preguntó Alcimo—. ¿Como una manera de redimirse?

Lo consideraron.

—Bueno, sí —dijo Pirro—. Ahora lo entiendo.

—Muy bien —dijo Automedonte—. Entonces, traigámoslo. Aunque, si tiene dos dedos de frente, ya se habrá ido cagando leches de aquí.

—¿Para ir a dónde? —dijo Alcimo—. No tiene ningún sitio a donde ir.

—Podría sobrevivir en el interior, cazando. Y hay comida de sobra en la huerta de Príamo.

—Tú sí podrías —dijo Alcimo—. Pero dudo que Eleno fuera capaz. Si casi no puede andar siquiera...

Era cierto. Yo lo había visto renquear por el campamento con trapos ensangrentados atados alrededor de los tobillos. Odiseo debió de hacerle polvo las plantas de los pies.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —siguió Alcimo—. Traemos a Eleno y... Bueno, ¿qué hacemos con Calcas? A él no podemos traerlo a rastras sin más. Es un sacerdote.

—¿Lo invitamos a cenar? —dijo Automedonte.

Pirro gruñó:

—Venga ya...

—Pero ¿estamos o no en que necesitamos acercarnos de otra manera?

—Está bien. Sí. Pero, por lo menos, no me lo sentéis al lado.

Pirro ya se había puesto de pie, obviamente ansioso por ponerse manos a la obra. Los otros lo siguieron hasta la puerta, ofreciéndose ambos a dar con Eleno, pero Pirro insistió en que tenía que ir él mismo. Al final, se

fueron los tres juntos. Oí sus voces apagarse conforme se alejaban, y entonces volvió a hacerse el silencio y solo se oyó el viento con sus golpes.

Yo me quedé con la vista perdida en el pan y las aceitunas que había sobre la mesa, devanándome los sesos por encontrar un modo de negar lo que sabía. Recordaba aquel momento junto al fuego en el que había mirado directamente a Amina y ella había bajado los ojos fingiendo ajustar las cuerdas de la lira. Me había dicho a mí misma que no significaba nada: quizá solo era que yo no le caía bien, pero aquel solo había sido un ejemplo más de una pautas evasiva. Y luego había desaparecido del círculo de las chicas que se habían congregado en torno a Hele. Al menos, estaba casi segura de que no estaba, pero no del todo. Una gran parte de mí simplemente no quería creer que ella estuviera implicada. El barracón de las mujeres estaba vigilado. Sí, pero podía haber escalado la valla trasera. Y así estuve paseando arriba y abajo por la habitación, preguntándome qué hacer, y consciente en todo momento de la creciente ira latente en la conversación que acababa de oír. ¿Que solo había dos troyanos en el campamento? Había centenares de troyanos en el campamento: pero eran mujeres, y las mujeres son invisibles. ¿Una ventaja, tal vez? Si Amina había enterrado a Príamo, su mejor baza para salir indemne era que nadie creyera que una chica fuera capaz de hacerlo. Necesitaba hablar con ella. No importaba cuántas vueltas le diera al asunto —y se las estuve dando durante más de una hora—, siempre llegaba a la misma conclusión. Necesitaba hablar con ella —y lejos del barracón, lejos del resto de las chicas—. Cualquiera que fuese la suerte de Amina, las demás no debían verse implicadas.



A la mañana siguiente, temprano, tomé cuatro cestos de mimbre del patio y me dirigí al barracón de las mujeres. Las chicas aún estaban sentadas en sus jergones, incluso Hele, que solía levantarse temprano y practicar sus ejercicios de danza en el patio. Cuando entré, Amina levantó la vista y rápidamente la apartó. Intenté adivinar si alguna de ellas sabía algo del entierro; en general, me inclinaba a pensar que no. Amina no habría querido implicar a nadie más: habría estado demasiado orgullosa de actuar en solitario. Sí, pero también tuvo que desaparecer durante horas... Por lo

menos algunas tuvieron que darse cuenta y saber —o adivinar— lo que estaba haciendo. Si es que lo había hecho, claro. Todas, incluida Amina, debían estar ajenas a cualquier cosa que pasara fuera de los límites del barracón.

Antes de hablar con Amina, recorrí el pasillo para ir hasta la habitación de Andrómaca. Estaba preocupada por ella. La encontré tan pálida, tan delgada y tan triste que se me ocurrió que podía ser una de esas —raras— personas que sencillamente dejan de comer y deciden morir. Una de las sirvientas de mi madre se dejó morir de hambre. Podía recordarla con toda nitidez; tenía un lunar en el labio superior. No había vuelto a pensar en años en aquella mujer y me pregunté por qué regresaba tan vívidamente a mi recuerdo ahora.

Andrómaca estaba en la cama, aparentemente dormida.

—¿Andrómaca? —Con el sonido de su nombre, sus párpados se movieron—. ¿Andrómaca? Despierta.

—¿Qué pasa?

—Alguien ha intentado enterrar a Príamo.

Abrió los ojos como platos.

—¿Eleno?

—Quizá. En realidad creo que puede haber sido una de las chicas.

—¿Quién? ¿Cuál de ellas?

Sonó sinceramente incrédula. Lo que quiera que hubiese ocurrido, tenía que haber sido sin su conocimiento.

—Amina.

—¿La que bailó?

—No, esa es Hele.

Por primera vez, me exasperó, me indignó incluso que se interesa tan poco por las chicas, negándose a aceptar el que debería haber sido su papel; era el suyo, no el mío. Pero enseguida me sentí avergonzada ante mí misma, porque yo no sabía lo que era que te asesinaran a un hijo; me daba miedo incluso imaginarlo. Y desde luego no tenía ningún derecho a juzgarla.

—Voy a sacarla de aquí a ver si consigo que hable conmigo.

—Vale. —Se sentó y se envolvió las rodillas con sus delgadísimos brazos—. Me alegro de que lo hayan enterrado.

—Sí, yo también..., mientras Pirro no mate a nadie por ello. Van a interrogar a Eleno, pero no se detendrán ahí...

Amina estaba doblando su manta cuando volví a la otra habitación. Invadía el aire el olor de los cuerpos jóvenes sin lavar y de su aliento agrio de primera hora de la mañana. De la manera que fuese, tenía que organizarles baños a todas. Era tan poco lo que podía hacer por ellas... Y, de repente, me sentí furiosa casi hasta el punto de ponerme a gritar ante aquel encierro en un espacio tan mínimo que nos era impuesto por la violencia del viento y del mar —y por la violencia de lejos más mortífera de nuestros captores—. Pero entonces me recordé a mí misma que ya no había un «nos». Ni un «nosotras». Yo ya no era una esclava —y tal vez por eso sospechaba que me ocultaban cosas—. Esperaba que confiaran en mí, pero ellas necesariamente habrían tenido que fijarse también en mi embarazo, en mis buenas ropas, en mi esposo griego —y preguntarse dónde estaban mis lealtades en realidad—. Casi no tenía nada que reprocharles cuando yo misma era tan consciente de todos los conflictos posibles. Madre troyana, bebé griego... ¿Cómo iría eso a funcionar?

—Amina. —Oí mi voz, que sonó más cortante de lo que había pretendido—. Voy a por a hierbas frescas. Quiero que vengas conmigo.

Le tendí dos cestos. Amina podría haberse negado, pero tal vez no lo sabía, o quizá la tentó la idea del aire fresco y de unas horas lejos del barracón.

—Está bien —dijo sin más.

Se dirigió a una de las otras chicas para preguntarle si podía apartar su manta y su cama. Yo ya había alcanzado la puerta, encantada de huir de aquella atmósfera cerrada. Incluso el viento que me arrebató la puerta de las manos y la cerró de un fuerte golpe a mi espalda fue bienvenido. Pasados unos minutos, cuando ya estaba a punto de volver a entrar a buscarla. Amina se unió a mí envuelta de pies a cabeza en su capa negra de costumbre.

—No sabía que hubiera un herbario en el campamento.

Su tono era parlanchín. Pensé que intentaba buscar la normalidad con la esperanza vana de que yo no la hubiera descubierto.

—Lo hay, uno pequeño en lo alto del otro promontorio; pero no vamos allí. Vamos a Troya.

Puso los ojos como platos. Tal vez le daba miedo volver, ¿y quién iba a culparla por ello? Aunque no tenía por qué preocuparse: yo no tenía intención de entrar en la ciudad. La huerta de Príamo, el patio de los fogones y el herbario se hallaban extramuros. La huerta había sido el coto de caza favorito de Odiseo y Diomedes para hacer prisioneros, pues las gentes no tenían más remedio que ir hasta allí arriesgando sus vidas a hacerse con víveres de subsistencia. A Eleno lo habían capturado en la huerta de su padre, y la misma suerte habían corrido varios hijos de Príamo.

Entramos a través de un hueco estrecho abierto en la trinchera. Se había excavado para defender el campamento hacía mucho tiempo, cuando aún parecía posible que los troyanos ganaran la guerra —antes de que Aquiles, queriendo vengar la muerte de Patroclo, hubiera vuelto a entrar en combate—. Ahora la trinchera estaba allí abandonada, con las carretillas y palas amontonadas a los lados. Me pregunté si la pala que utilizaron para enterrar a Príamo habría salido de allí; miré de reojo a Amina, pero ella estaba mirando fijamente hacia delante. A Troya, por supuesto. A las torres en ruinas.

Sabía que había un camino junto al río, pero teníamos que atravesar el campo de batalla para llegar hasta él. Caminamos en silencio, con Amina rezagándose tras de mí, lo que resultaba un tanto exasperante, pero logré no decir nada. El terreno era tan irregular que tenía que planear dónde poner los pies a cada paso. Hondas cicatrices surcaban el suelo, viejas heridas infligidas por las ruedas de los carros y el caminar pesado de la marcha al combate —como recuerdos esculpidos en la tierra—. Aquel llano había sido una vez tierra de labranza; la tierra dura, negra, demasiado buena para pastos, se dedicaba al cultivo de cereales. Así habría tenido que ser y así había sido durante cientos, tal vez miles de años —hasta que los barcos negros aparecieron—.

El día estaba nublado, aunque ya había dejado de esperarse lluvia. Resultaba fatigoso andar a trompicones por aquel terreno accidentado; sentía el escozor del sudor en los sobacos y me dolían la espalda y los muslos. Al fin, no tuve más remedio que hacer un alto. Amina, que venía

detrás con la mirada clavada en el suelo, como yo, chocó conmigo. Las dos permanecemos intentando recuperar el aliento y mirando a nuestro alrededor. Yo había visto aquel campo de batalla desde lo alto de las murallas de Troya cuando estaba repleto de espadas que luchaban, de hombres que forcejeaban hasta darse muerte mientras, arriba, los reyes se paseaban en sus relucientes carros. Ahora estaba vacío, desierto.

Tal vez detenerse a tomar aliento fuera un error, pues una vez que miré hacia arriba ya no pude mirar a mis pies de nuevo. Así que, cuando reanudamos la marcha, me mantuve alerta a todo. Había algo escalofriante en aquel silencio; era como el silencio que se oye en las habitaciones vacías cuando ha muerto alguien que amamos: tóxico. Los árboles se habían talado para construir el campamento griego y, sin ellos, la tierra parecía desnuda, impúdica, sin un solo jirón con que cubrir sus deformidades. En algunos sitios el agua se había filtrado a través de la tierra desde las profundidades arcillosas, llenando las pendientes y los cráteres hasta el borde. De vez en cuando, salían burbujas a la superficie de vete a saber qué clase de descomposición que se estaría produciendo allí abajo. Tuvimos que embarrarnos en varias de aquellas lagunas en miniatura antes de alcanzar el camino que discurría junto al río. Allí, al menos, se oía algún sonido —el agua burbujeaba y formaba ondas sobre las piedras—, pero eso solo servía para acentuar el silencio del campo de batalla...

Al rodear una curva del río, encontramos un cadáver que llevaría allí varias semanas, abotargado en el interior de su coraza, con las bajas regiones lastimosamente expuestas. Ni el agua ni la tierra lo habían reclamado, por lo que allí seguía, con el rostro al menos misericordiosamente vuelto. Vi que Amina se tapaba la boca con el velo como si temiera vomitar, pero cuando llegué a su altura movió la cabeza violentamente y se alejó.

Cuando estuvimos más cerca de la ciudad, se oyeron sonidos lo bastante fuertes como para romper el silencio: los estridentes chillidos de los cuervos que sobrevolaban en círculo la ciudadela que ardía sin llamas. Los cuervos son aves ferozmente inteligentes. Yo solía observarlos congregarse mientras los hombres se ponían en marcha para otro día de guerra. Tambores, flautas, trompetas, el rítmico golpear de las espadas contra los escudos... Para los

guerreros aquella música significaba honor, gloria, coraje, camaradería... Para los cuervos, siempre significaba alimento. No importaba quién ganaba o perdía: la jornada para ellos siempre acababa bien.

Nos detuvimos de nuevo a mirar las torres humeantes de la ciudad. Me preguntaba si Amina estaría pensando en hermanos o primos que yacieran muertos intramuros. Yo había perdido a cuatro hermanos cuando mi ciudad, Lirneso, cayó, y la idea de sus cadáveres sin sepultura me atormentó durante meses tras su muerte. Y aún lo hacía —en las raras ocasiones en las que me permitía a mí misma recordarlos—. Pero estaban muertos —no había nada que pudiera hacer por ellos—. Ella seguía viva.

—Vamos —dije—. No está lejos.

—Sé dónde está.

Un camino rodeaba por completo las murallas de la ciudad. Al empezar a recorrerlo, tuve un repentino recuerdo de mis tiempos en Troya, de cuando, a la sombra de los altos muros, las flores se cerraban mucho antes del anochecer. Había macizos de flores en forma de estrella a nuestro alrededor y algunas ya habían empezado a cerrarse, haciendo pucheros con sus pétalos como si fueran labios. Vi a Amina volver la vista por encima del hombro varias veces, quizá con la esperanza de ver aparecer a algún grupo de guerrilleros troyanos que hubieran sobrevivido milagrosamente a las masacres y la rescatara, pero solo era el graznido de los cuervos que seguían sobrevolando en círculo las torres negras, como si trozos de madera quemada hubieran alzado el vuelo y surcaran el aire. Al principio, sus chillidos eran lo único que se oía, pero luego llegó un demencial zumbido de moscas desde el interior de las murallas que resultó mucho peor que la llamada de los cuervos.

Me preocupaba que pudiéramos encontrar la huerta cerrada, pero no, las verjas estaban abiertas de par en par; lo que me produjo una curiosa sensación de que me esperaban. No había duda de que los jardineros habrían ido a ayudar a arrastrar el caballo por las calles, luego se habrían sumado a las celebraciones, y ya nunca habrían regresado. Una vez que franqueamos la verja, los altos muros nos protegieron y el viento, bruscamente, cesó. Las copas de los árboles del jardín se mecían; pero a ras de suelo, cuando nos alejamos de la entrada, ya no se notaba más que una

brisa suave. Tenía la sensación de que éramos observadas no por ojos humanos, sino por aquellas flores, que parecían sorprendidas de nuestra presencia. Había muchos pájaros pequeños, multicolores y temblorosos, de los que prefieren las semillas y los frutos maduros a la carroña en descomposición. Y disfrutaban de su propio festín sin jardineros que los persiguieran. Había dos perfectas hileras de jilgueros posados con descaro en los brazos de un espantapájaros —como si supieran que no tenían nada que temer—.

Avanzamos por el camino entre dos enormes parcelas de verduras hasta llegar al herbario al final de aquel. Enseguida me puse a recoger puñados de cilantro. Por el rabillo del ojo vi a Amina, que no había apartado la vista de las torres quemadas, arrodillarse y empezar a recolectar hierbas a su vez —aunque me fijé en que empezó en el otro extremo de la hilera, demasiado lejos como para permitir la conversación—. En cualquier caso, podía esperar. Sabía que ella esperaba ser interrogada, pero no tenía intención de obligarla; no, al menos, todavía.

El zumbido de las abejas, los aromas mezclados del mastranzo, el tomillo, el romero, el orégano y el laurel, el calor como una mano que me apretara la coronilla, el sudor que me escocía en los ojos... Levanté una mano para enjugármelo y me mareé —el jardín daba vueltas a mi alrededor—. Con cuidado, me puse de pie y logré llegar hasta un banco donde pude sentarme a la sombra. Aquello no era propio de mí, pero ¿no dicen que el embarazo nos hace más proclives a los desvanecimientos? Cerré los ojos y ansié beber agua.

Cuando volví a abrirlos. Amina estaba junto a mí:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

Me sentía un poco mejor, pero no debía de aparentarlo, porque ella se sentó a mi lado entonces:

—Respira hondo.

Hice lo que me decían, con la vista fija en un macizo de dedaleras, hasta que poco a poco el jardín dejó de dar vueltas. Me sentía agotada, vacía. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que todo allí —cada hierba, cada flor y cada vegetal— había sido plantado por hombres que esperaban ver la

siguiente estación, la siguiente primavera. Por todas partes, las señales de un día normal interrumpido. Una pala manchada de tierra seca yacía al final de una zanja recién abierta. En ella, una tela cuadrada de color rojo y blanco envolvía el almuerzo a medio comer de alguien: un pedazo de pan y una porción mohosa y amarillenta de queso a la que faltaba un mordisco. Quienquiera que fuese, tenía que estar justo empezando a comer cuando las puertas se abrieron y el caballo fue arrastrado hacia dentro y, con total despreocupación, sin pensarlo dos veces, allí los había dejado esperando regresar. Luego se habría perdido entre la vociferante y eufórica muchedumbre.

Nada de lo que hubiera experimentado aquel día, ni en el campo de batalla, ni al ver al soldado muerto, ni siquiera al oír el zumbido de las moscas dentro de los muros, había podido conmigo, pero esto último lo consiguió: la marca de los dientes de un desconocido en una maloliente porción de queso viejo. Me tapé la cara con las manos y lloré la destrucción de Troya, la muerte de Príamo y la ruina de su pueblo.

Solo era vagamente consciente de la presencia de Amina como un rostro difuso y unos ojos que me miraban fijamente, pero entonces sentí sus brazos al rodearme. Me abrazó y me meció dándome golpecitos en la espalda mientras yo era una fuente de lágrimas y mocos.

—Lo siento, lo siento —dije sin cesar hasta que al fin acabé entre hipos y resoplidos limpiándome la nariz con el dorso de la mano.

Después de un rato, recurrí al trozo de tela rojo y blanco y lo usé en su lugar.

—No sé qué me ha pasado —dije—. Yo no lloro. No lloro nunca.

—Ya está, ya está.

Entonces se quitó el velo y lo usó para secarme la cara, y luego fuimos a sentarnos a la sombra. El terreno que rodeaba el banco estaba perdido de manzanas marrones y blandas con una miríada de abejas que zigzagueaban ebrias sobre su festín. Ahora que había pasado la tormenta de llanto, me sentía de nuevo vacía y desolada, pero, poco a poco, empecé a recobrar los ánimos. Vi a mi alrededor todos los colores del jardín, los morados, los azules, los rojos, los verdes, los amarillos..., muchos tan brillantes que incluso sobrevivían a la inmersión en la turbia luz; pues aunque nos

hallábamos a refugio del viento, las grises nubes se habían abierto para revelar el resplandor anaranjado de costumbre. «Algún día yo tendré un jardín como este», pensé. Sentí un atisbo de esperanza casi doloroso, igual que cuando la sangre vuelve a circular por un miembro entumecido. Amina estaba en silencio junto a mí contemplando el árbol, las hojas y ramas que se movían. No había hecho otro intento de consolarme después de aquel «ya está, ya está» sin sentido, y yo le estaba agradecida por ello. Tal vez tendría que haber aprovechado para hablar entonces, pero me sentía demasiado vulnerable. Así que, pasado un rato, sin más que miramos la una a la otra, simplemente volvimos a las hierbas.

En el centro del jardín había un parterre en forma de rueda cuyos radios estaban pensados para albergar las plantas más prolíficas que, de otro modo, habrían crecido sin control ahogando a las demás. Dimos la vuelta al círculo desde direcciones opuestas. La intimidad que habíamos logrado en el banco iba menguando con rapidez, y la tensión entre nosotras creció a medida que íbamos acercándonos hasta que, al fin, nos encontramos.

—Bueno —dije—, ¿fuiste tú?

La mentira que estaba a punto de contar murió en sus labios antes de decir una palabra.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿No sería mejor que no supieras nada?

Hice caso omiso.

—La cosa es que él no va a sospechar de ninguna mujer. Ahora mismo está pensando en Calcas... Ya sabes, el sacerdote... O en Eleno, porque son los dos únicos troyanos del campamento.

—Yo soy troyana.

Eso escoció.

—Y yo también lo soy.

—Sí, pero es distinto en tu caso, ¿no crees? —Su mirada de deslizó hasta mi vientre—. Tú has hecho tu elección.

—¿Elección? ¿Qué elección te parece a ti que tuve? —Respiré hondo—. Mira, estoy tratando de ayudar. Si no llamas la atención ni haces nada estúpido, lo tienes todo a tu favor para que el asunto se olvide. Podemos salir de esta.

—¿Podemos?

—¡Sí! Nosotras.

Sonrió con suficiencia y tuve ganas de abofetearla.

—¿Sabes que ha hecho que desentierren el cuerpo de nuevo? —La estaba observando de cerca y pude ver que aquello le dolió.

—Va contando mentiras.

—¿Quién?

—Pirro. Le dijo a Andrómaca que Príamo había muerto sin dolor... Dijo que fue rápido. Y no es verdad. No matarías ni a un cerdo de la manera que él mató a Príamo. Y lo más terrible es que Hécuba lo vio. Le había suplicado a Príamo que no se pusiera la armadura, pero aun así él lo hizo; nada podría haberlo convencido de no ir a luchar.

—Hizo lo que tenía que hacer.

—Sí. Y yo también lo hice.

Lo que se iba haciendo cada vez más evidente mientras la escuchaba era su tozudez y lo mucho que le costaba atender a razones. Me recordaba a dos mujeres a las que había conocido cuando llegué al campamento. Hermanas. Todos los días, al atardecer iban a dar un breve paseo tomadas del brazo, con gruesos velos y sin mirar jamás a derecha ni izquierda, sino con la vista clavada recatadamente en sus pies. Luego, cuando habían recorrido unos doscientos metros, sin necesidad de mirarse la una a la otra, volvían sobre sus pasos y regresaban. Superficialmente, nadie podía parecerse menos a Amina que aquellas dos tímidas mujercitas. Sin embargo, encontraba en ella la misma inflexibilidad: el mismo rechazo a aceptar que la vida había cambiado. Eso la volvía imposible, pero, aun así, yo tenía que seguir intentándolo.

—Mataré a cualquiera que intente de nuevo enterrar a Príamo.

—Lo sé.

Tuve que dejarlo ahí.

—Vamos —dije—. También podemos aprovechar para recoger alguna fruta. Es una pena dejarla aquí pudriéndose.

Los frutales estaban al otro lado de la huerta, en un lugar sombrío y misterioso lleno de árboles que parecían escuchar. Los cerezos estaban cubiertos por redes que mantenían alejados a los pájaros saqueadores, pero, poniéndonos de puntillas, conseguimos alcanzar una de ellas y quitarla.

Amina trepó al árbol y me fue tirando las cerezas a mí. Recuerdo cómo me caían en cascada sobre la cara y los brazos, dejando manchas rojas como salpicaduras de sangre. Yo le rogaba que bajara, temiendo que pudiera caerse, pero ella seguía tirándome cerezas y reía, pasándoselo en grande. Las cerezas estaban maduras, más que maduras; no podíamos resistir la tentación de comérmolas y eran deliciosas. Miré a Amina y me di cuenta de que tenía dos líneas rojas en las comisuras de los labios que los perfilaban en la dirección de una sonrisa.

Casi éramos amigas.

El camino de vuelta fue arduo. Los cestos pesaban, y ahora el viento nos daba en la cara de pleno. Al mirar por delante, me di cuenta de que el viento era invisible en el campo de batalla; allí no quedaban árboles que arrancar de raíz ni plantas que arrasar. Avanzábamos a duras penas por la tierra muerta. No había calculado bien el tiempo que nos llevaría y empezó a atardecer antes de que hubiéramos llegado a la mitad del camino. Los pájaros habían empezado a posarse y a ocupar sus posiciones nocturnas. Y a la luz cada vez más débil, resultaban casi invisibles recortados contra la tierra negra hasta que al fin, de forma tardía y desganada, se movían. Solté los cestos y empecé a agitar las manos y a dar palmadas, pero nada conseguía asustarlos. Graznaban su triunfo, como conquistadores —y conquistadores eran, desde luego, con sus rebosantes cosechas de carne humana—. Los esquivamos rodeándolos como pudimos, pero fue un alivio alcanzar la trinchera y ver luces y escuchar voces. Estaba tan desesperada por sentir el calor y la seguridad del hogar que casi corrí los últimos cien metros.

La cabaña estaba a oscuras y en silencio cuando volví. Me abrí camino a tientas hasta el salón, que al principio me pareció vacío, pero luego reparé en un rectángulo de oscuridad más profunda que había junto a la cama. Con dedos temblorosos, encendí una lámpara de aceite y la sombra de Alcimo cayó sobre el suelo.

—Has estado mucho tiempo fuera.

—Se nos estaban acabando las hierbas y yo...

—Estaba preocupado.

—Lo siento. ¿Quieres que te traiga algo?

—Ponme una copa de vino, y sírvete tú otra. Tenemos que hablar.

Serví dos copas y las puse en la mesa. Nos sentamos el uno frente al otro, pero a pesar de lo que acababa de decir, no empezó a hablar enseguida. Yo sabía que no debía preguntar nada acerca del entierro de Príamo —podía ser imprudente solo el hecho de mostrar interés—, pero no pude contenerme.

—¿Encontrasteis a Eleno?

—Sí, estaba con su hermana.

Me obligué a no mostrarme impaciente.

—Miró a Pirro a la cara y dijo que ojalá hubiera sido él quien enterró a Príamo y que lo avergonzaba que otra persona hubiera tenido que hacerlo en su lugar.

—¿Lo habéis...?

Torturado, quería preguntar. Ese era mi mayor temor: que otra persona pagara un precio terrible por lo que había hecho Amina. Meforcé a decir la palabra.

Alcimo seguía sin levantar la vista de su copa.

—No, no hizo falta; es un hombre roto. Una vez que un hombre se ha roto de esa forma, lo traiciona todo y ya no hay vuelta atrás.

Silencio. Observé cómo las sombras creaban huecos en sus mejillas.

—¿De qué querías hablar conmigo?

—Ah, de Andrómaca. Pirro quiere que sirva el vino en la cena esta noche.

—No... Ella no está en condiciones.

Las palabras salieron de mi boca antes de haber podido contenerme. La petición de Pirro entraba por completo en sus derechos: ella era el premio de honor, ¿por qué no iba a poder exhibirla ante sus hombres? No hacía tanto tiempo Aquiles me había mostrado en sus cenas exactamente igual: pero yo me había acostumbrado, incluso había aprendido a valorar el acceso a información que ello me brindaba. Sin embargo. Andrómaca, en su estado... No veía cómo iba a ser capaz.

—Pensé que te gustaría hacerlo con ella —dijo Alcimo.

Siempre había mostrado gran consideración hacia Andrómaca —Automedonte y él habían enterrado a su bebé—, y me sorprendió que estuviera dispuesto a permitirlo.

—¿Te importaría?

—Ella no puede hacerlo sola. —Me levanté—. Voy a ayudarla, a no ser que haya algo más...

Alcimo dudó.

—Ten cuidado cuando estés cerca de Pirro. ¿No te he dicho antes que a Eleno no lo habían torturado? Bueno, y fue así... Pero Pirro hizo algo un poco raro. Le clavó su daga a Eleno en el estómago, no muy hondo, un simple corte; pero mojó los dedos en la sangre y creo que disfrutó con el miedo de Eleno.

Teniendo en cuenta la escala a la que la sangre se había derramado en el campamento, aquello podía parecer absurdamente trivial, pero era evidente que había perturbado a Alcimo —que era un hombre al que no se perturbaba con facilidad—.

—No había ninguna necesidad —continuó—. Eleno hacía todo lo posible por decirnos lo que sabía, que encima ¡no era nada! Esperé, pero no

dijo nada más.

—Si eso es todo...

—Sí, sí, puedes irte.

Fui primero al almacén y saqué una túnica bordada del cofre donde guardaba mis ropas, y luego a mi habitación para cepillarme el pelo. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo pese a que durante meses, cuando Aquiles vivía, había formado parte de mi rutina nocturna. Cuando terminé de vestirme y de cepillarme el pelo, abrí la boca varias veces tanto como pude, oyendo el chasquido de mis mandíbulas, y a continuación extendí los labios en un rictus de sonrisa. Todo el viejo nerviosismo, la vieja tensión, había vuelto. Salí y recorrí la corta distancia que había hasta el barracón de las mujeres. Los hombres ya habían empezado a reunirse en el salón. Un olor a carne asada salía de la puerta abierta; se me hizo la boca agua, pero sabía que no comería hasta mucho más tarde —y eso si es que llegaba a comer—. Una vez en el barracón, fui directamente hasta la habitación de Andrómaca. La encontré de pie y vestida junto a la cama, pero incapaz de hacer nada más y con el pelo aún enmarañado de acabar de levantarse. La túnica que llevaba puesta no era ni de lejos apropiada. Volví al salón, elegí a dos chicas al azar y les pedí que fueran a buscar agua caliente y ropa limpia. Bajo mi supervisión, ayudaron a Andrómaca a lavarse —un baño habría sido mejor, pero no había tiempo para eso— y le cepillaron el pelo hasta dejarlo reluciente. Para mi gran sorpresa. Amina apareció con una corona de malvas —de las muchas que crecían en aquella época del año—. Se la colocó a Andrómaca en la cabeza, la fijó con alfileres en el lugar apropiado y retrocedió unos pasos para admirar el efecto, A Andrómaca le favorecía el color, aquel morado intenso sobre su cabello oscuro, aunque al mismo tiempo acentuaba el contraste entre la frescura de las flores y su rostro marchito.

—Lo harás bien —dije enérgicamente mientras le frotaba los brazos—. Yo estaré allí. No estarás sola. Solo tienes que servir el puto vino y desear que se ahoguen con él.

Se tambaleó dos veces en el breve trayecto que había desde el barracón de las mujeres hasta el salón. Cuando cruzamos el umbral, sentí que una ráfaga de aire caliente me abría los poros de la piel. Olor a carne asada, pan

caliente, hombres sudorosos, resina de las paredes, brea de las antorchas — pero también olores más ácidos y verdes de los juncos que crujían bajo nuestros pies—. Ah, ¡y el ruido! Las canciones —irregulares al principio—, luego crecían hasta convertirse en un rugido para acabar apagándose entre risas y bromas. Los golpes de los puños en las mesas, a veces siguiendo el ritmo de la música y otras protestando cuando la comida no llegaba con la suficiente rapidez. Me llevé a Andrómaca al rincón más alejado, donde había un aparador con jarras de vino alineadas. Puse una en sus manos pidiéndole al cielo que no la derramara, luego tomé otra yo misma y me dirigí a la mesa más próxima. Andrómaca siguió mi ritmo al otro lado. Los mirmidones me saludaron con grandes muestras de afecto; un par de ellos incluso me dieron palmaditas en la tripa. Nunca habría podido imaginar que tantos hombres me tocaran por debajo de la cintura sin la más mínima intención sexual. Vi a otras dos mujeres, mujeres comunes de las que andaban alrededor de los fogones, que trataban de abrirse camino hacia la otra mesa recibiendo constantes zarpazos y agarrones en los pechos y las ingles. Casualmente, la mirada de una de ellas se cruzó con la mía, y su rostro infeliz, enmudecido y lejano no ha dejado de perseguirme hasta hoy, aunque no sea capaz ni de recordar su nombre.

Hasta que todos los hombres estuvieron comiendo y bebiendo, no tuve un momento libre para echar una ojeada a la mesa más alta, en la que se sentaban Pirro, Alcimo y Automedonte. También Calcas, con toda su pompa sacerdotal, pese a que el calor hacía que la pintura del rostro se le estuviera corriendo. ¿Se daba cuenta de que solo estaba allí para ser interrogado y de que los hombres sentados a ambos lados junto a él no eran sus amigos? Alcimo no levantaba la vista del plato. A veces, cuando vemos desde lejos a alguien que conocemos bien, nuestra percepción de esa persona se agudiza. Estaba más delgado que cuando lo conocí; más viejo. Cuando levantaba la vista, sus ojos recorrían las mesas de arriba abajo, evaluando las interacciones entre los hombres, alerta al momento en que el charloteo se hubiera convertido en verdadero insulto y los viejos rencores, saliendo a la superficie, reclamaran venganza. Eran hombres que habían estado viviendo en tensión durante años y que ahora, cuando las cosas deberían haber sido fáciles, se veían frustrados porque el deseado viaje de

vuelta a sus hogares se posponía una y otra vez. Todos los días comenzaban con esperanza y todos los días acababan en decepción. Acababan de ganar una guerra. ¿Cómo era posible que su victoria, la mayor en la historia del mundo —y lo había sido, eso era innegable—, hubiera empezado a saber a derrota?

Por eso Alcimo estaba constantemente alerta a las señales de conflicto, y al mirar a mi alrededor podía entender bien por qué. Pirro había traído consigo a un grupo de hombres jóvenes de la isla de su madre. Esciros. Estaban bebiendo sin freno, gritando, golpeando las mesas, molestando a las chicas que servían —nada de ello era exactamente inusual, pero podía ver que, a ojos de los mirmidones, su comportamiento era una falta de respeto a los hombres mayores y más experimentados que se habían llevado la peor parte de la guerra—. Entre Pirro y aquel grupo se cruzaron a gritos bastantes comentarios. Tenía el rostro encendido de rojo —aunque la verdad es que su piel pálida se enrojecía con facilidad— y obviamente permanecía como si nada. Lejos de dar ejemplo, parecía ser parte importante del problema. Nada de esto había podido verlo sentada a solas en mi cabaña mientras cardaba lana o supervisaba los preparativos de la cena esperando que Alcimo volviera a casa, pero ahora me parecía evidente. Aquel salón estaba a rebosar de leña, y una chispa sería suficiente para prenderle fuego.

El aspecto de Andrómaca era demacrado y triste, pero al menos seguía en pie, y eso ya era más de lo que yo esperaba. Le susurré que empezara a recoger las jarras; teníamos que llenarlas una vez más, colocarlas en las mesas y luego esperar la señal de retirarnos. Por lo menos eso era lo habitual cuando Aquiles vivía. Siempre me habían dejado marcharme antes de que empezaran las auténticas y serias borracheras. Colocamos las jarras en las mesas dejando el mismo espacio entre unas y otras y luego fuimos a buscar el mejor vino para la mesa principal. Andrómaca ocupó su lugar tras la silla de Pirro y este, sin mirarla siquiera, le tendió su copa. Mientras le servía, vislumbré en ella un aplomo que no le había visto antes y que me llenó de esperanza.

La mayoría de los hombres ya se había hartado de comer para entonces; ya solo pellizcaban la carne o mojaban trozos de pan en la salsa. En la mesa

principal. Pirro estaba hablando del intento de enterrar a Príamo. A quienquiera que fuese, lo habían interrumpido antes de poder acabar el trabajo —decía—. Así que habían desenterrado el cuerpo y se habían colocado guardias para que no volviera a suceder. Todos en la mesa lo sabían ya. La explicación iba dirigida a Calcas, que parecía desconcertado por el giro que estaba dando la conversación. Me había dado cuenta de que ya estaba profundamente ofendido por el recibimiento. No le habían pedido que guiara las plegarias ni que ofreciera libaciones a los dioses. Y ahora Pirro estaba pinchándolo; había una auténtica agresión en sus formas sin la menor muestra de respeto.

Llené sus copas —silenciosa, invisible— sin dejar de escuchar. Y, de repente, mirando el salón, pensé: «¡Echaba esto de menos!».

A medida que iban terminando de comer fueron comenzando las canciones. Pirro se había procurado los servicios de uno de los más notables rapsodas que había en el campamento. Cantó en solitario, pero hubo coros a los que los hombres se unieron. Todas las canciones trataban de Aquiles, su breve vida y su gloriosa muerte, su valor, su belleza, sus frecuentes y aterradores estallidos de cólera. Recuerdo que una de las canciones se titulaba «Cólera» a secas. Casualmente, yo me encontraba oculta por las sombras junto a la mesa principal, así que podía ver el rostro de Pirro. Debía ser un motivo de orgullo para él oír las hazañas de su padre ensalzadas con palabras y música —y aquellas eran algunas de las palabras y melodías más hermosas que yo hubiera oído jamás—, pero al observarlo me preguntaba si estarían actuando sobre él otras emociones más dolorosas. En algunas partes del campamento —y no solo en el recinto de los mirmidones— Aquiles era adorado como un dios. Debía haber ocasiones en las que Pirro se sintiera como un pequeño y enclenque retoño que tratara de sobrevivir a la sombra de un gran roble. ¿Dudaba de sí mismo alguna vez? A mí me parecía inevitable.

La última canción se apagó en el silencio. Los hombres se pusieron de pie aplaudiendo, golpeando las mesas y proclamando a gritos su aprobación mientras el rapsoda tomaba asiento en la mesa principal y aceptaba una copa de vino.

No mucho después, Alcimo le sugirió a Pirro que era hora de que Andrómaca y yo nos retirásemos. Pirro, por un momento, pareció desconcertado, pero luego asintió. Nos retiramos a la pequeña habitación — el «armario»— y nos sentamos en la cama a comernos unos trozos de pan y unos higos secos. Andrómaca respiraba hondo, como si hasta entonces se hubiera estado ahogando.

—Anímate —le dije cuando me levanté—. Con un poco de suerte, caerá redondo.

Crucé el patio hasta la cabaña de Alcimo, pero todavía no estaba en condiciones de irme a dormir. Así que tomé una silla y la coloqué en la parte más abrigada de la terraza. Se escuchaba jaleo en el salón. Siempre era ruidoso el final de la noche, antes de que los hombres se desperdigaran en busca de otras formas de diversión, pero no solían oírse tantas voces elevadas. Me pregunté si debía ir al barracón de las mujeres y avisar a Amina de los guardias, pero las chicas ya estarían durmiendo y, de todas formas, no creía que ella fuera asumir un riesgo tan disparatado. No por segunda vez. Todos podemos tener nuestro momento de arrojo.

Mi cabeza bullía con todo lo que había visto y oído en la cena, fragmentos de conversación que no significaban nada por sí solos, pero que juntos seguían una pauta. Pirro, los jóvenes de Esciros a los que este no podía o no quería controlar. El rostro vigilante de Alcimo mientras recorría las mesas con la vista, haciendo por Pirro exactamente lo mismo que solía hacer Patroclo por Aquiles —atajar los problemas—. Pero Patroclo había disfrutado de la absoluta confianza de Aquiles, en tanto que yo sospechaba que Pirro estaba secretamente resentido con Alcimo por haber combatido junto a su padre: por haber conocido al hombre que él nunca pudo conocer. Entendí entonces mucho mejor a qué presiones se hallaba sometido Alcimo.

El griterío era cada vez más fuerte, aunque no podía oír lo que decían. Se avecinaba una noche tumultuosa. Me levanté, y estaba a punto de entrar en la cabaña, cuando hubo un alboroto a las puertas del salón y Pirro apareció en la terraza con Calcas, ambos discutiendo sin lugar a dudas. El motivo de la discusión parecía tener que ver con Apolo y el papel que Pirro creía que había desempeñado en la muerte de Aquiles. Era evidente —decía él— que ningún mortal podría haber acabado con Aquiles —tenía que haber

sido obra de un dios, y todo el mundo sabía que Apolo odiaba a Aquiles, que había rivalizado con él en fuerza y en belleza—. Desde el punto de vista de Calcas. Pirro estaba escupiendo blasfemias. Levantó la mano, pensé que para protestar, pero tal vez Pirro vio en ello una amenaza. Fuera como fuese, agarró a Calcas por la muñeca y lo empujó violentamente hacia los escalones. No creo que quisiera hacerle daño, pero, desafortunadamente. Calcas tropezó con el dobladillo de su túnica y cayó por los escalones de cabeza al patio, donde quedó despatarrado y sin conocimiento.

Pasados unos segundos, Calcas levantó la cabeza. La sangre le chorreaba de un profundo corte en el pómulo que iba convirtiendo la pintura blanca en una mezcla de color rosa. Pirro lo miró boquiabierto, al principio horrorizado, pero a continuación se echó a reír. Podría haberlo dejado ahí —y ya la cosa habría sido lo bastante grave—, pero los jóvenes de Esciros aparecieron entonces en la puerta riendo, bromeando y metiéndose con él. Para entonces, Calcas había conseguido ponerse a cuatro patas. Con aquellas tentadoras nalgas por delante, Pirro simplemente no pudo resistirse. Bajó de un salto los escalones, plantó el pie de lleno en el culo de Calcas para derribarlo otra vez, y luego se volvió a sus seguidores aullando y dando un puñetazo al aire. Estos, por supuesto, lo recibieron dándole palmadas en la espalda, alborotándole el pelo y arrastrándolo de nuevo al salón mientras gritaban a las mujeres que trajeran más vino.

Mi primer impulso fue ir corriendo a ayudar, pero en lugar de eso me refugié aún más en las sombras mientras veía cómo Automedonte ayudaba a Calcas a levantarse y sacudirse el polvo. Con frecuencia quienes son testigos de la humillación de un hombre se granjean tanto resentimiento como la persona que se la inflige, y no tenía el menor deseo de convertir a Calcas en mi enemigo. Puede que, como todo el mundo decía, hubiera perdido el favor de Agamenón, pero seguía siendo un hombre inteligente y poderoso. Así que me quedé mirando mientras Automedonte lo ayudaba a dar unos pocos pasos renqueantes de prueba. Sabía que Automedonte era un hombre profundamente religioso y que deploraría el ultraje que acababa de presenciar. Algunos de los hombres que estaban alrededor de las hogueras se reían disimuladamente, cuando no se burlaban con descaro, al ver pasar cojeando al sacerdote. Ni siquiera era porque tuvieran nada en contra de

Calcas: no eran más que matones, dispuestos a lanzarse sobre cualquiera que percibieran como débil, igual que comadrejas que huelen la sangre. Otros, en cambio, se hallaban claramente conmocionados. Un par de ellos incluso hicieron el gesto de alejar el mal de ojo cuando Calcas, rodeando con el brazo los hombros de Automedonte, pasó arrastrando los pies lentamente hacia la verja.

Creo que Automedonte debió de ayudar al sacerdote todo el camino hasta su casa, pues me quedé en la terraza un buen rato, pero ya no lo vi regresar.

El día después de aquel incidente, Pirro ordenó a sus hombres reunirse en el patio y les habló desde los escalones de la terraza. Fue una forma poco juiciosa de actuar. Tras decir que habían intentado enterrar a Príamo —cosa que ellos ya sabían—, añadió que cualquiera que volviese a intentarlo tendría que enfrentarse a la pena de muerte. Y concluyó arengando sobre la lealtad a los mirmidones, el más inquebrantablemente fiel a sus líderes de todos los contingentes. Se oyó una aclamación final que no tuvo eco, y mientras la multitud se dispersaba pude ver que se intercambiaban miradas silenciosas.

Yo me mantenía ocupada; la cabaña nunca había estado tan limpia. Pero en cuanto me sentaba y cerraba los ojos, mi mente se llenaba de imágenes igual que la marea inunda un estanque: Amina tejiendo una corona de malvas para los cabellos de Andrómaca; el rostro ruborizado de Pirro y su risa que recordaba a un rebuzno; Calcas despatarrado en el suelo. Entonces hice algo —que quizá algunos puedan considerar una traición—. Pedí a Alcimo que los guardias vigilaran la zona que rodeaba el barracón de las mujeres. Si él se acordó de dar la orden o no, no lo sé. Aquella noche volví con Andrómaca al salón para servir el vino en la cena y la atmósfera era tensa.

De algún modo, el discurso de Pirro parecía haber acrecentado la animadversión entre los jóvenes que había traído consigo de Esciros y los mirmidones; una división que Pirro daba la impresión de alentar. No tenía la sensación de que aquellos jóvenes fuesen sus amigos —no estoy segura de que Pirro tuviera amigos siquiera—, pero parecía tener la necesidad de congraciarse con ellos. Cuando la noche tocaba a su fin, estalló una pelea

entre uno de los cabecillas de Esciros y un mirmidón de más edad. No era tenido por alguien pendenciero; simplemente, había llegado al límite de su paciencia. Alcimo intervino seguido de Automedonte, pero Pirro no ayudó en absoluto. Si acaso, lo que hizo fue minar su autoridad aun cuando su propia posición dependía de su habilidad para controlar a sus hombres. La cena terminó con los chicos de Esciros saltando sobre las mesas en lo que pareció una danza de la victoria que Pirro aplaudió ruidosamente. Tuve que recordarme otra vez que solo tenía dieciséis años.

Aquella noche dormí mal, me desperté bruscamente mucho antes del amanecer y me quedé mirando la oscuridad a sabiendas de que un nuevo sonido me había despertado. Cribé los distintos ruidos que hacía el viento, que recorría su repertorio habitual de gemidos, quejidos, sollozos y silbidos. La cuna al pie de la cama crujió. Nada nuevo hasta ahí, pero entonces volvió a oírse: un siseo urgente al otro lado del muro. Alguien decidido a despertarme, pero que no quería atraer la atención llamando a la puerta. Acerqué los labios a un hueco entre los tablones y pregunté:

—¿Quién es?

—Maire.

Yo estaba tan borracha de sueño que me llevó un momento traer su rostro a mi memoria. Era la chica gruesa, torpona y cejijunta que siempre iba envuelta en una túnica suelta de color negro —incluso dentro de la cabaña—. Excesivamente recatada; ni siquiera Amina llegaba tan lejos.

—¿Qué pasa?

—Amina se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Qué quieres decir con que se ha ido?

Pero yo sabía lo que quería decir. Sin esperar una respuesta, me eché encima el manto y avancé a tientas por el pasillo. Ella volvía la esquina de la cabaña cuando abrí la puerta y su pálida cara de luna surgió de la oscuridad.

—Vuelve —le dije—. Yo iré a buscarla.

Ella asintió y estaba a punto de marcharse, pero entonces yo la agarré del brazo.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—No lo sé. Todas estábamos durmiendo.

—Está bien; vuelve ahora. Diles que no se preocupen.

¿Cuánto sabían las demás? Uno de mis temores era que Amina fuese capaz de arrastrar a las otras chicas a su insensata cruzada, aunque no creía que lo hiciera. Estaba demasiado orgullosa de su aislamiento en su solitaria y taciturna rectitud. No habría tenido prisa alguna por compartir el mérito del riesgo que estaba asumiendo; pero, mientras salía de la cabaña, una parte de mí seguía pensando: «No, no habrá sido capaz». No ahora, no con los guardias apostados cerca del cuerpo y con Pirro empeñado en encontrar al culpable. Pero había otra posibilidad, y es que simplemente se hubiera fugado. Tal vez incluso yo misma —sin darme cuenta— podía haberla alentado a ello. Había visto cuánta comida había en aquellos huertos abandonados. Quizá pensó que podía esconderse allí, pero ¿qué futuro podía esperar al hacerlo? ¿Con los cuervos merodeando, las moscas celebrando su festín, las casas quemadas, los templos en ruinas y el invierno a punto de llegar? Durante meses, con suerte, tendría que enfrentarse a una soledad absoluta —y al final las verduras se pudrirían en el suelo y las frutas en los árboles—. Las provisiones que ahora parecían tan abundantes rápidamente se agotarían.

La imaginé corriendo por el campo de batalla, no porque pensara que era lo que había hecho, sino porque sabía que no, y la alternativa era hasta tal punto peor que ni siquiera soportaba considerarla. Lo que en verdad era evidente por el movimiento de mis pies, que me llevaban hasta el patio de las caballerizas. Mi manto estaba hecho de lana azul, un azul tan oscuro que podía tomarse por negro, y me lo apreté con fuerza alrededor de la cabeza de manera que solo los ojos quedaran al descubierto. Me deslicé por el costado de una de cabaña, esperé hasta que estuve segura de que nadie me observaba, y entonces crucé a toda prisa el espacio abierto que la separaba de la sombra de la siguiente. A través de aquellos muros de madera me llegaban gemidos, murmullos, y de vez en cuando algún grito. Pocos hombres del campamento dormían bien. Por las noches, a oscuras, los recuerdos de lo que había sucedido dentro de Troya no se borraban con facilidad. Yo miraba hacia adelante. O mis ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad o esta empezaba a iluminarse. No quedaba mucho tiempo.

Las antorchas ardían en el patio de las caballerizas y su luz temblaba como siempre en las noches de fuerte viento. Tenía que ser cuidadosa, porque sabía que un mozo de cuadra dormía en el almacén de aperos al otro lado, desde donde a veces salía, con la boca floja y briznas de paja en el pelo. Yo vacilé y los caballos, al sentir la presencia de un intruso, empezaron a moverse de un lado a otro. Estaban siempre, como poco, inquietos, porque odiaban el viento. Uno de ellos resopló y pateó la puerta; otro respondió con un bufido. Me quedé quieta, pero ninguno volvió a hacer ruido, así que abandoné las sombras y crucé el patio.

Pronto me hallé en el camino de ceniza que llevaba, a través de los matorrales, hasta la zona de pastos de los caballos. Allí me sentí más expuesta al no tener muros que me guarecieran, y a lo lejos alcancé a oír las voces de unos hombres. Unas nubes negras y densas surcaban el cielo, pero yo sabía que tras ellas había una luna que podía emerger en cualquier instante. Me agaché mientras intentaba localizar a los guardias, forzando mis ojos hasta que las siluetas de árboles y arbustos comenzaron a moverse. Finalmente, di con ellos, a unos doscientos metros por delante. Habían encendido un pequeño fuego y se habían reunido a su alrededor; sus sombras temblaban sobre la gruesa hierba. Conté tres, pero luego uno de ellos se inclinó hacia adelante para echar un tronco al fuego y entonces vi a un cuarto hombre detrás. Vislumbré unos rostros barbudos iluminados por el fuego bajo capas con capucha; se habían abrigado bien porque la temperatura estaba empezando a bajar. Se habían situado a sotavento del cadáver, lo más lejos posible de él que les permitiera decir sin faltar a la verdad que lo estaban vigilando. Yo no tuve tanta suerte. Ya había empezado a notar un leve tufo en el aire.

El terreno que tenía por delante de repente se volvió más claro. El viento había abierto un agujero en la nube y la luna asomaba por él —una luna vieja, demacrada, vacía de todo menos de pena—. Pensé en Hécuba y me estremecí, pero en realidad no había espacio en mi mente para nadie salvo Amina. ¿Dónde estaba? No oía sonido alguno ni detectaba ningún movimiento —llegué a concederme la esperanza de que las voces de los guardias la hubieran hecho asustarse y cambiar de opinión—. Estaría en la playa —pensé—, paseando de un lado a otro como solía, aprendiendo a

aceptar lo inaceptable. Si regresaba por ese camino, tal vez pudiera alcanzarla. Empecé a caminar entre las dunas, moviéndome rápida y silenciosamente y agachándome cada pocos pasos para no convertirme en blanco fácil del viento. Sobre mí, las hojas de barrón brillaban como si fueran de plata a la luz de la luna. Me dije a mí misma que podría pasar rápidamente junto al cuerpo, comprobar que ella no estaba allí y luego deslizarme por las dunas hasta la playa y volver a casa sin peligro. Pero entonces recordé inmediatamente que no podía regresar por ese camino porque la entrada al recinto estaba vigilada y, aunque los guardias me reconocerían, iba a resultar más bien difícil explicar qué hacía yo vagando por ahí en mitad de la noche. «Preocúpate de eso más tarde». Me arrodillé y empecé a avanzar a gatas en la dirección del olor, intentando al mismo tiempo mantener mi manto sobre la nariz y la boca —lo que producía un curioso gatear tullido sobre tres patas a través de la arena suelta—. Me detenía una y otra vez esforzándome por oír a los guardias, pero o bien el viento había ahogado sus voces o bien se habían callado. ¿Dormirían? Era probable. No podía imaginar un trabajo más aburrido.

Entonces oí algo: una respiración rápida y poco profunda. Pensé en todos los animales depredadores que el cuerpo podía atraer de noche. Pero no podía gritar para ahuyentar a lo que quiera que fuese porque eso habría llamado la atención de los guardias, así que tuve que seguir avanzando. El camino seguía volviéndose más claro; el blanco de la duna que tenía frente a mí resplandecía. En cualquier momento los mozos de cuadra, que siempre se levantaban antes del alba, llevarían los caballos a pastar. Un vistazo rápido —me decía a mí misma—, y luego a casa. A medida que me acercaba, la respiración se hacía más ruidosa y el olor más indescriptiblemente espantoso... Y entonces la vi, una forma negra acurrucada que estaba escarbando con las dos manos.

—Amina.

Se giró con el rostro desencajado de terror, vio que era yo y me susurró:

—Vete.

Seguí avanzando a gatas. El terreno alrededor del cuerpo estaba hollado. Había huellas de los dedos de Amina por todas partes como si fueran las garras de un animal. Cuando pude observar más de cerca, vi que el cuerpo

estaba cubierto casi completamente, pero un brazo esqueletizado seguía expuesto. La mano parecía extenderse hacia mí. La recordé con aquella moneda de plata reluciendo sobre su palma —solo que ahora no quedaba en ella palma ni carne en absoluto—. Los blancos huesos parecían implorarme que los cubriera. Sin ni siquiera decidirlo de manera consciente, me vi entonces escarbando yo misma en la arena exactamente igual que Amina. No nos miramos —no cruzamos ni una palabra—, pero trabajando juntas conseguiríamos acabar el trabajo rápidamente. Me limpié las manos en la túnica y empecé a ponerme de pie. Pero, entonces, para mi horror, ella comenzó a recitar las plegarias por el muerto. Luz perpetua, descanso eterno...

—¡Amina! —dije esforzándome por no levantar la voz.

Me parecía tener algo bloqueándome el pecho y cortándome la respiración —no uno de esos pequeños molestos impedimentos, como cuando se te inflama la garganta o te resfrías, sino algo grande como el puño apretado de un hombre—.

—Oye, ya has hecho lo que habías venido a hacer. Tenemos que irnos ya.

Ella movió la cabeza.

—No hasta que haya acabado las plegarias.

—Puedes hacerlo en la cabaña. —Vi algo en el suelo junto a ella, un trozo de pan y una jarra de vino, ambas cosas necesarias para completar el ritual—. Ya lo has hecho una vez.

—No, no lo hice. Pasó alguien y tuve que parar. Tengo que hacerlo bien esta vez.

—¿Tú crees que eso a los dioses les importa? Ya has hecho suficiente.

Pero no escuchaba. Y yo no podía dejarla allí. Así que nos arrodillamos, recitamos las plegarias por el muerto: una buena travesía, un mar en calma, la paz definitiva... Todas esas esperanzas a las que nos aferramos al lanzar esas frágiles naves a la oscuridad. Jamás en toda mi vida había oído decir las plegarias fúnebres tan rápido como nosotras las dijimos aquella noche —y eso que en su día había presenciado más de un funeral indiferente—. Cuando terminamos. Amina partió un pedazo de pan y me tendió la jarra. El mendrugo estaba duro, el vino agrio —para cuando logré tragármelo había

lágrimas resbalando por mis mejillas, y no eran lágrimas de duelo—. Amina logró tragarse el suyo, aunque casi se ahogó, y a continuación derramó el resto del vino en la arena como libación ofrecida a los dioses. El suelo estaba tan seco que las gotas rebotaban antes de arrugar la superficie y hundirse en ella. Me fijé en que Amina tenía una mancha roja en las comisuras de la boca y, al hacerlo, me di cuenta de la luz que había ya.

De repente, estaba furiosa.

—Nos vamos ya —dije agarrándola de los delgados brazos y llevándomela a rastras.

Ella me miraba fijamente. No entendía por qué no se movía ni hablaba, pero entonces me di cuenta de que no me miraba a mí, sino algo que había a mi espalda. En ese mismo momento, una mano me agarró por la nuca. Sentí que una sacudida recorría todo mi cuerpo; el bebé dio una patada. El resto de los guardias venía detrás. Me giré con la intención de que vieran quién era yo, pues sabía que los mirmidones no me harían daño. Pero al ir de un rostro a otro no hallé sonrisas ni señal alguna de que me reconocieran. Eran los jóvenes guerreros de Esciros, los hombres de Pirro —y sabía que yo no tenía influencia alguna sobre ellos—. Retorciéndonos sin miramientos los brazos por detrás de la espalda, nos obligaron a ir por delante de ellos todo el camino hasta el campamento.

Nos alejaron de la tumba y atravesamos el patio de las caballerizas. Para entonces el sol ya estaba bastante alto en el horizonte y derramaba una luz intensa sobre los rostros de los mozos de cuadra, que se volvían a mirarnos a nuestro paso. En el patio de las caballerizas y a la entrada del salón de Pirro había más guardias, mirmidones esta vez, que me reconocieron como la esposa de Alcimo.

—Hay que ir a buscar a Alcimo —dijo uno de ellos.

—No —dijo el guardia que me retenía—. Pirro fue muy claro. Hay que llevárselas directamente a él.

Y de ese modo nos hicieron subir a empujones los escalones de la terraza y llamaron a la puerta —y siguieron llamando durante un buen rato antes de que el propio Pirro saliera a abrir—. Llevaba la colcha púrpura y plateada de su cama por encima de los hombros, pero iba por lo demás desnudo. Escrutó un rostro tras otro con ojos soñolientos, malhumorado y desconcertado por la repentina intrusión.

—¿Qué pasa?

—Las hemos encontrado enterrando a Príamo.

Pirro se hizo a un lado y los guardias nos empujaron hacia el interior del salón.

—¿Mujeres? —dijo Pirro mirándonos con incredulidad—. ¿Estáis seguros?

—Todos las hemos visto, señor..., y oído. Estaban recitando las plegarias por el muerto.

Muchos mirmidones nos habían seguido hasta el salón. Uno de ellos tosió y me señaló:

—Es la esposa de Alcimo.

—¿Ah, sí?

Pirro no tenía ninguna razón para saber que yo estaba casada con Alcimo. Aun cuando se hubiera fijado en mí en sus raras visitas a la cabaña, probablemente habría dado por hecho que yo no era más que otra esclava.

—¿Ella estaba allí?

Los jóvenes se miraron unos a otros, inquietos ahora, pero entonces el que me estaba sujetando asintió con la cabeza.

—Bueno, supongo que lo mejor será entonces que busques a Alcimo.

Pirro respiró hondo, obviamente pensando que tenía que tomar el control, y señaló con el dedo a uno de sus guardias:

—Tú, quédate aquí. El resto volved allí y DESENTERRAD ESA MIERDA.

Vi a Amina estremecerse, pero cuando Pirro la miró directamente ella le devolvió la mirada desafiante. Yo clavé los ojos en el suelo temiendo el momento en que apareciera Alcimo.

—Voy a vestirme —dijo Pirro—. Vigílalas.

Salió enérgicamente de la habitación. Sintiéndome mareada de repente, miraba anhelante el banco que había junto a la mesa. Sabía que era inútil apelar a los mirmidones: no tenían poder contra Pirro. Ellos se limitaban a mirarme embobados y estupefactos. Imposible saber cuánto tardarían en encontrar a Alcimo: podía estar en cualquier lugar del campamento, de fiesta, borracho... O en la cama de otra mujer. Así que simplemente me quedé mirando el salón, que, como siempre, tras el banquete de la noche anterior presentaba un aspecto desolado y casi demencial. Olor a grasa rancia, a resina de las paredes, a humo de las lámparas de aceite —los juncos, aunque recién echados el día anterior, estaban ya demasiado agotados como para suavizar el ambiente—. Los mareos me hicieron acercarme al borde del banco, pero en aquel momento Pirro volvió a la habitación con el rostro hinchado de cólera.

—¿Porqué? —dijo.

Amina lo miró a la cara.

—He enterrado a mi rey. Creo que no necesito explicar eso.

Acto seguido —sin tiempo de pensarlo—, le pegó. El sonido de la bofetada resonó en la habitación.

—¿Sabías que yo había dicho que el cuerpo no debía ser enterrado?

—Sí, lo sabía. Pero es que tú no puedes hacer eso. No puedes ir contra las leyes de los dioses. Nadie puede. No me importa lo poderoso que seas.

Pensé que iba a pegarle de nuevo, pero se oyeron pasos en la terraza y eso lo distrajo. Alcimo entró en la habitación despeinado y con la túnica manchada de vino. Hizo una reverencia a Pirro, aunque su mirada estaba fija únicamente en mí.

—¿En qué demonios estabas pensando?

Habló en voz baja, urgente, casi susurrando, pero Amina lo oyó.

—Ella no ha hecho nada.

Pirro intervino:

—Los guardias las sorprendieron. A las dos.

—Sí, pero ella no estaba enterrándolo. Ella estaba intentando detenerme.

Aquello era verdadero y falso a la vez. Cerré los ojos queriendo que todo desapareciera y vi la mano esqueletizada de Príamo en el suelo extendiéndose hacia mí. Yo había ayudado a enterrarlo no por obediencia a los dioses, sino como simple acto de respeto hacia un anciano que había sido amable conmigo cuando yo era una niña desesperadamente necesitada de amabilidad. Por un momento, tuve la tentación de aceptar la salida que Amina me ofrecía, pero entonces dije —me oí a mí misma decir—:

—Eso no es verdad. Yo la ayudé a enterrarlo.

Amina se giró:

—¡Tú no!

En aquel momento comprendí hasta qué punto era orgullosa. Allí estaba, blanca como la pared, con las huellas rojas de los dedos de Pirro en la mejilla, resplandeciente de orgullo. No trataba de salvarme: quería que creyeran que había actuado sola. Quizá a esas alturas ya se había convencido a sí misma de ello.

En silencio, extendí las manos hacia Pirro. Estaban llenas de suciedad y tenía negras todas las uñas.

Pirro miró a Alcimo.

—No puedo pasar esto por alto. No me importa de quién sea esposa.

—Yo no lo sabía —dijo Alcimo.

—Ella no ayudó —insistió Amina—. Estaba intentando arrastrarme de vuelta a la cabaña.

Alcimo la ignoró.

—Yo me ocuparé de mi esposa.

—Por supuesto que no —dijo Pirro—. Estaban juntas en esto. ¡No tienes más que verle las manos!

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé... Encerrarlas, supongo. —Pirro movía la cabeza como un novillo asombrado—. Tiene que haber alguien más detrás. No pueden ser solo mujeres.

Amina lo interrumpió.

—Te estoy diciendo que no hay nadie más.

De repente, me di cuenta de que Amina en realidad quería morir. Y que probablemente iba a conseguirlo —y yo con ella—.

Alcimo dijo:

—Bueno, está el barracón de la lavandería, que tiene cerradura. Y la armería. No creo que debas encerrarlas juntas.

No era capaz de mirarlo; estaba traicionándome —a mí, pero también a Aquiles—. Aquello sí que no me lo esperaba.

—Está bien —dijo Pirro—. Podemos decidir qué hacer con ellas más tarde.

Hizo una señal a los guardias, que se pusieron en marcha para llevarse a Amina del salón. Uno de ellos la agarró por el cogote y la empujó hacia adelante.

—Oye, eso no es necesario —dijo Alcimo.

Una mano se cerró sobre mi brazo. Amina y los guardias casi habían alcanzado la puerta cuando se oyó un ruido fuera y los guardias que habían sido enviados a descubrir el cuerpo —«cavar» no habría hecho falta, pues aquella era la más superficial de las tumbas— irrumpieron en la habitación. A uno de ellos, un joven escuálido con la mirada perdida que hacía unos movimientos extraños y desencajados, lo empujaron para que se pusiera delante. Lo reconocí. Cuando no lo requerían para vigilar cadáveres trabajaba en los establos y solía ser el blanco de las bromas del resto de los

hombres, una especie de bobo de aldea, a pesar de que era capaz de calmar como nadie a un caballo nervioso.

—Vamos —dijeron los otros guardias empujándolo hacia adelante—. Vamos, enséñaselo.

El pobre muchacho, vagamente consciente de que lo habían elegido para llevarse el golpe, permanecía en el centro del grupo y miraba desesperadamente a un rostro tras otro, pero Pirro fue sorprendentemente paciente con él. Por supuesto, conocía a aquel chico de las largas horas que solía pasar en el patio de las caballerizas haciendo —eso, al menos, se comentaba— trabajos de baja categoría como limpiar el sudor a los caballos, arreglar los arreos o incluso arreglar los pesebres... Trabajos que hombres de su rango sencillamente no hacían. Entonces se acercó y le preguntó cortésmente:

—¿Qué es eso que traes?

Reticente, el chico abrió la mano y allí, atrapando la luz, mostró un anillo de pulgar masculino —el mismo que yo había visto por última vez colgando del cuello de Andrómaca—. Alcimo y los guardias no tenían ni idea de a quién pertenecía ni cuál era su importancia. Instintivamente, yo me volví para ocultar mi rostro —no sé muy bien por qué—, casi como si sintiera que mi reconocimiento del anillo podía transferirse a ellos.

Pero Pirro ya lo había reconocido.

—Yo le di eso a Andrómaca.

—Y yo se lo robé —dijo Amina rápidamente—. Iba a darse un baño y se lo quitó y..., yo aproveché para robárselo. Se quedó tan desconsolada que lo buscó por todas partes y casi nos obligó a levantar una por una las tablas del suelo...

Estaba hablando demasiado. Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que se callara.

—¿Por qué? —preguntó Alcimo.

—¿Que por qué lo robe? Para pagar al barquero.

Normalmente, cuando se termina de preparar un cadáver se colocan monedas sobre sus ojos. Mantienen los párpados cerrados, pero los devotos creen que sirven también para pagar al barquero que conduce a los espíritus a través de la laguna Estigia hasta el Hades, el mundo de los muertos.

Amina no tenía monedas, ni joyas, ni ningún objeto de valor; ninguna de las mujeres tenía. Solo Andrómaca, que poseía el anillo de Príamo. ¿Decía Amina la verdad? Cuando Andrómaca se bañó en mi cabaña no se había quitado el anillo, pero eso no significaba que no lo hiciera nunca. Era posible que Amina hubiera aprovechado la oportunidad para robarlo. Más o menos.

El silencio se alargó. Pirro miraba a su alrededor y me daba cuenta de que empezaba a vernos a todos de otra manera. A Alcimo, a mí, a Amina, a Andrómaca... Todo empezaba a parecerle una conspiración. De repente, sin apartar la vista de nosotros, gritó:

—¡Andrómaca!

Apareció tan inmediatamente que tenía que estar escuchando detrás de la puerta. Mientras caminaba hacia él, me fijé en que su boca mostraba un rictus de miedo.

Pirro le mostró el anillo.

—¿Se lo diste tú?

Andrómaca llevó la vista de su rostro a sus manos y de nuevo a su rostro y no dijo nada, como un conejo paralizado por la fascinación ante un armiño.

—¡Yo se lo robé! —gritó Amina.

Pirro se volvió y la golpeó de nuevo. Esta vez ella se llevó la mano a la boca y la apartó cubierta de sangre.

Dirigiéndose de nuevo a Andrómaca, Pirro preguntó otra vez:

—Bueno, ¿se lo diste o no?

—No sé lo que pasó. Lo tenía por la mañana, y por la noche había desaparecido. Lo siento. —Estaba hablando entre sollozos—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Andrómaca estaba mirando a Pirro al hablar, pero yo tuve la impresión de que sus palabras iban dirigidas a Amina.

Amina dijo:

—Ella no me dio el anillo. Yo se lo robé. —La nariz no dejaba de sangrarle y miraba directamente a Pirro—. Ninguna de ellas ayudó. Yo lo hice... Y no me arrepiento lo más mínimo.

Se alejó de él entonces y, por decisión propia, caminó hacia la puerta mientras los guardias la seguían transformados en una escolta real. Se hizo el silencio cuando la puerta se cerró tras ella.

Alcimo cogió una de las lámparas de aceite y me la tendió.

—Asegúrate de que se la dejan.

El guardia, un mirmidón, asintió.

—Está bien. —Pirro se dirigió a Alcimo—: Hablaremos más tarde. Y tú —dijo pinchando con el dedo a Andrómaca—, ¡FUERA DE AQUÍ!

Al llegar a la cabaña de la armería, el guardia se detuvo y empezó a abrir la puerta. Tres cerraduras eran una señal del valor de las armas que almacenaba. Cuando terminó, se apartó y cortésmente me hizo un gesto para que entrara. Reconocí en él a uno de los hombres que me habían tocado la tripa mientras servía el vino en el salón, un gesto de lealtad al linaje de Aquiles. Pero esa clase de gestos no iba a serme ahora de ninguna ayuda. Y era el hijo de Aquiles el que me enviaba allí.

Entré. El guardia cerró la puerta y aseguró los candados. En realidad no los necesitaban en absoluto. ¿A dónde iba a ir? La lámpara proyectaba un círculo de pálida luz en la cabaña y me fijé en el brillo del bronce pulido. Al principio, me agaché junto a la lámpara y observé la delgada línea de luz bajo la puerta. Las manos me temblaban; me las metí dentro de las mangas para calentármelas, pero ni aun así conseguí que me dejaran de temblar. A mi alrededor todo era el frío y denso olor del metal y la tela engrasada que parecía meterse dentro de mi estómago y quedarse allí como una piedra. Creo que en ese momento comprendí la auténtica fragilidad de mi situación. Como esposa de Alcimo, había empezado a sentirme segura, pero en aquel almacén con una puerta cerrada a mi espalda sabía que nunca había llegado a alejarme ni un ápice de la esclavitud.

Mi vida entera en años, días, semanas y horas me había conducido hasta aquel momento y a aquel lugar. Y un día en particular: el día en que había caído mi ciudad, Lirneso. Yo había subido a lo más alto de la ciudadela y había visto la furiosa batalla allí abajo a lo lejos. Había visto a Aquiles matar a mi hermano menor atravesándole la garganta con su lanza. Antes de sacarla, había alzado la vista. Yo sabía que tenía el sol en contra y que no

podía verme —o que, al menos, solo podría ver una mancha oscura que miraba hacia abajo—, y sin embargo había sentido que me miraba a mí. Poco a poco, de dos en dos y de tres en tres, las otras mujeres habían ido subiendo y juntas habíamos esperado a que todo acabara. Cuando los griegos subían ruidosamente por las escaleras, Arianna, mi prima por parte de madre, me había agarrado del brazo para decirme sin necesidad de palabras: «Ven». Luego se había subido al parapeto y, en el momento exacto en el que los griegos irrumpieron, había saltado en busca de la muerte, con sus blancas ropas aleteando a su alrededor al caer igual que una polilla chamuscada. Aunque solo pudieron ser unos segundos, había parecido una eternidad el tiempo que tardó en llegar al suelo. Su grito se había desvanecido en un doloroso silencio en medio del cual, lentamente, poniéndome por delante de las otras mujeres, yo me enfrenté a los hombres que habían entrado.

Arianna dijo: «Ven»...

Pero yo elegí quedarme, y todo lo demás, todo lo que había ocurrido desde entonces había sido consecuencia de aquella elección. Desde mis primeras horas en el campamento, yo había estado recelosa, alerta, centrada en la supervivencia tan solo; pero eso fue justo hasta el momento en que vi la mano de Príamo yaciendo deshonrada sobre la arena sucia. ¿Me arrepentía de haber ayudado a enterrarlo? Sí. ¡Claro que sí!

Y no.

Allí agachada junto a la puerta de la cabaña que guardaba las armas, me parecía que simplemente había caído en una trampa. Yo había ido a intentar detener a Amina, había intentado persuadirla de volver dejando el trabajo incompleto, pero entonces había visto la mano de Príamo, y de repente estaba escarbando como un perro en la arena. Había dicho las oraciones, había bebido el vino, me había obligado a pasar el pan rancio por la garganta... Había enterrado a Príamo —y menos de veinticuatro horas después de oír decir a Pirro que el castigo por hacerlo sería la pena de muerte—. Había dilapidado todo lo conseguido a lo largo de aquel terrible año. La verdad es que no me parecía imposible que Pirro me matara o me mandara matar. Amina seguiría mintiendo para salvarme —o para salvar su concepto de sí misma como la única persona lo bastante valiente para

desafiar a Pirro y obedecer a los dioses—. Pero no pensaba que ellos fueran a creerla. ¿Por qué iban a hacerlo? Cuando yo misma le había enseñado a Pirro mis uñas sucias.

Cerré los ojos y, poco a poco —fue un lento proceso—, sentí crecer una presencia en la oscuridad a mi espalda «Presencia» no es exactamente la palabra adecuada, pero no sé cuál sería la correcta. Al abrir los ojos, me obligué a levantar la lámpara sobre mi cabeza, y entonces grité de pura conmoción. Pues allí, alineados en la pared más alejada, estaban Príamo, Héctor, Patroclo y Aquiles. El grito murió en mis labios porque, por supuesto, ellos no estaban allí. Por supuesto que no. Lo que estaba viendo eran armaduras, no amontonadas en los rincones, como pensé que estarían, sino fijadas a la pared, cada pieza en su lugar, de tal manera que formaban siluetas de hombres. Hombres inmediatamente reconocibles. Allí estaba la armadura de Príamo, la que Hécuba le había suplicado que no se pusiera. Cubierta de sangre por todas partes —nunca se limpia la sangre de un enemigo—. Junto a ella, la armadura de Héctor, con su famoso casco emplumado que brillaba al sol —pero sin escudo—. Andrómaca había suplicado a Pirro que la dejara enterrar a su hijo en el escudo de su padre y este había accedido, aunque más tarde se hubiera arrepentido de su generosidad. No me era difícil imaginar lo furioso que se pondría cada vez que viera aquel espacio vacío. Y, por último, la armadura de Aquiles. A esta también le faltaba el escudo, pero solo era porque Pirro lo mantenía cerca de él en el salón y lo pulía de forma obsesiva, como acostumbraba a hacer el propio Aquiles.

Levantando más la lámpara, examiné el casco. Cada vez que movía mi mano, la luz y la oscuridad se perseguían mutuamente por el metal creando —o revelando— movimiento tras los ojos de la máscara. Oí a dos personas respirando donde antes solo respiraba una. No mediaron palabras; no eran necesarias. No sé si aquel encuentro —lo sentí como un encuentro— duraría minutos u horas, pero lo cierto es que me cambió. El día que murió Políxena, junto a la pira funeraria de Aquiles me dije a mí misma que la historia de Aquiles acababa en su tumba y la mía estaba a punto de comenzar. Pero ¿la verdad? La historia de Aquiles no termina nunca:

dondequiera que los hombres luchan y mueran lo encontraréis. Y, en cuanto a mí, mi historia y la suya ya estaban inextricablemente unidas.

Oí a alguien fuera junto a la puerta. Esta se abrió y un creciente arco de luz diurna seccionó una rebanada de oscuridad. La luz me golpeó como si fuera agua fría, sacándome de mi estado de trance. Alcimo dijo:

—¡Briseida!

Y cuando fui hacia él se hizo a un lado para dejarme salir. Todo el camino a través del patio lo sentí caminar detrás, rígido y furioso. Evidentemente, había llegado la hora del ajuste de cuentas para mí, y me lo confirmó, al entrar en el comedor, encontrar allí esperando a Automedonte.

Alcimo se sentó a la mesa.

—Muy bien. Empecemos por el principio.

Señaló una silla y me senté. La luz era débil, así que encendió una vela y la colocó junto a mí, lo bastante cerca como para sentir su calor en mi piel. Automedonte se arrellanó en la silla que presidía la mesa —y recuerdo haber pensado que era extraño, porque Alcimo siempre se sentaba allí—. Hasta ese momento, Automedonte ni siquiera me había mirado. Me molestaba su presencia al mismo tiempo que sabía que no tenía derecho alguno a que nada me molestase. Pero tenía la sensación de que no podría tener una conversación apropiada con Alcimo con él sentado allí. Me pregunté por primera vez —lo que, lo sé, es estúpido— si Aquiles habría dudado acerca de a cuál de los dos entregarme —y cuánto tiempo le habría llevado decidir—. Yo sabía lo que pensaba de ellos; nunca lo había ocultado. Alcimo era un hombre decente, de buen corazón, un buen soldado joven para su experiencia y un poco idiota. A Automedonte podías confiarle la vida —totalmente honrado, carecía de sentido del humor y era un mojigato pedante e intransigente—. Pero ambos eran valerosos y ambos eran leales, y absolutos devotos de él.

Alcimo se aclaró la garganta.

—Hay algo que debo decir antes de empezar. Le he contado a Pirro que estás esperando un hijo de Aquiles.

—¿Qué ha dicho él?

—No mucho.

—Eso no te será necesariamente de ayuda —dijo Automedonte, y sentí que disfrutaba al decirlo—. Creo que está bastante apegado a la idea de ser el único hijo del gran Aquiles. Es difícil saber cómo reaccionará.

—No hay duda de que ya lo veremos.

Vi que intercambiaban miradas. Quizá yo no estaba reaccionando tampoco del modo que ellos habían esperado.

—Bien —dijo Alcimo—. Empecemos por el principio. ¿Dónde estabas cuando los hombres te encontraron?

—Junto a la tumba.

—¿De pie?

—No, arrodillada. Yo...

—¿Y tenías tierra en las manos?

Asentí. Él tomó mis muñecas y las acercó a la vela. Tenía tierra bajo las uñas y arenilla en las palmas de las manos. Alcimo miró a Automedonte y la atmósfera en la habitación cambió sutilmente. Sentí una corriente de aire frío por mi piel a pesar de que la habitación no tenía ventilación y el ambiente estaba cargado del olor de la cera.

Automedonte se inclinó hacia delante.

—¿Qué hay de la primera vez? ¿Estabas allí entonces?

—No.

—¿Ella no ha dicho nada?

Vacilé al percibir cierto brillo en su mirada. Aquello era un interrogatorio. Miré a Alcimo en busca de algún calor, algún reconocimiento de la relación que había entre nosotros, pero no obtuve nada. Si hubiéramos estado solos, habría intentado ser sincera con él sobre la confusión de mi mente y aquel involuntario cambio que supuso pasar de intentar detener a Amina a ayudarla. Yo le había contado que conocí a Príamo en las almenas y lo amable que había sido conmigo. Pero allí estaban los dos, y no me parecía que Automedonte hubiera estado confuso ni una sola vez en toda su vida.

Seguía esperando que yo hablara.

—Solo que la horrorizaba que Príamo no hubiera sido enterrado.

—¿Te dijo lo que tenía intención de hacer?

—No.

Alcimo preguntó:

—Entonces, cuando descubriste que lo habían enterrado, ¿qué pensaste que había ocurrido?

—No lo sabía.

Se acercaba cada vez más. La mesa nos separaba, pero no lo parecía: tenía la impresión de que me respiraba en la cara. Y su aspecto era diferente: más viejo, más delgado, más concentrado. El muchacho encaprichado —yo seguía pensando que una vez había estado encaprichado de mí— había desaparecido, y en su lugar había alguien definitivamente más imponente. Era el hombre que había participado en el asalto final sobre Troya y había cometido actos innombrables dentro de sus muros. Ya no era «joven para su experiencia» ni «un poco idiota». Tenía la sensación de que lo estaba viendo por primera vez.

Después de una pausa, respondí:

—Bueno, vosotros decíais que debía de haber sido Eleno o Calcas, así que supongo que pensé que fue uno de ellos.

Automedonte dio un golpe en la mesa.

—¡No, eso no es cierto! Tú sabías quién fue.

—Ella lo único que dijo es que Príamo merecía un funeral digno. Lo mismo que habría dicho cualquier troyano.

—Cualquier soldado troyano.

—¿Creéis que las mujeres no tenemos opiniones? ¿Ni lealtades?

—La lealtad de una mujer es hacia su esposo.

Alcimo se levantó y fue a por una jarra de vino del aparador. Sirvió dos copas y luego, tras un ínfimo instante de vacilación, una tercera para mí.

—Está bien —dijo—. Anoche, ¿sabías lo que se disponía a hacer?

—No tenía la menor idea.

No era una mentira absoluta, pero tampoco era exactamente la verdad. Ellos permanecieron en silencio, mirándome. Unidos. En ese momento, sentía que había perdido a mi esposo, al mismo tiempo que sospechaba que nunca había tenido uno en realidad. Quería preguntarle qué pensaba que iba a hacer Pirro, pero no me atreví; me daba demasiado miedo la respuesta.

Automedonte:

—Entonces, ¿cuándo lo averiguaste?

—Una de las chicas llamó a mi puerta. No me preguntéis cuál. No me sé todos sus nombres. Algunas aún no son capaces de hablar.

«Cuidado. No muestres tu ira».

—Bueno, es evidente que esta sí. ¿Qué dijo?

—Que Amina no estaba en la cabaña. Que se había ido.

—¿Y qué pensaste que había pasado?

—Creí que había huido. Desde luego no se me ocurrió que estuviera enterrando a Príamo.

Automedonte estaba moviendo la cabeza.

—Acabábamos de visitar la huerta. Allí hay refugio, comida en abundancia. Pensé que podía haber ido allí...

—Pero no fue allí adonde fuiste a buscarla, ¿no? Fuiste adonde sabías que estaba.

No podía negarlo. Y, volviendo la vista atrás, la verdad era que la idea de que Amina hubiera podido huir no había sido más que un pensamiento pasajero. Amina jamás habría huido de nada.

Alcimo:

—¿Qué encontraste al llegar allí?

—Ella casi había terminado. Yo solo quería que acabara y que volviera a la cabaña. A salvo.

—¿Así que la ayudaste a enterrar a Príamo? —Alcimo soltó una carcajada destemplada—. Hostia puta, mujer.

Ya era demasiado tarde para otra cosa que no fuera decir la verdad.

—Mirad, yo estaba intentando salvar a Amina. Pero ¿sabéis qué? Tenéis toda la razón. Enterré a Príamo. Porque lo respetaba. Porque era una vergüenza dejarlo allí. Los dos lo conocisteis... Cuando vino a ver a Aquiles lo conocisteis. Sabéis lo que ocurrió aquella noche. Aquiles lo recibió, le ofreció comida y una cama y lo trató con respeto; incluso le prestó su propio cuchillo para que comiera con él. ¿Creéis que él habría querido esto?

Ambos se miraron. Pude verlos leer la verdad en el rostro del otro, pero ninguno de los dos iba a admitirlo.

—Vosotros lo sabéis —dije—. Los dos. Sabéis que Aquiles habría querido que Príamo fuera enterrado.

Alcimo respondió con gravedad:

—Tu deber primordial es hacia mí. —Respiró hondo—. Igual que el mío es hacia ti.

Me eché a reír; no puede evitarlo.

—No, Alcimo, los dos sabemos que tu deber primordial es hacia esto. Tiré de la tela suelta de mi túnica para apretarla contra mi vientre.

—¿Es que no debería ser ese también el tuyo?

Me sentí avergonzada ante él en ese momento: su firme compromiso con un hijo que no era suyo contrastaba tanto con mis dudas y mis sentimientos encontrados...

Automedonte había guardado silencio durante toda esta parte de la conversación, mientras garabateaba sobre la mesa con una mancha de vino a la que estaba convirtiendo en araña añadiéndole patas.

—Creo que podemos encontrar la forma de salir de esta —dijo al fin—. La chica dice que actuó por su cuenta. Bien, pues que lo siga diciendo. Todo lo que Briseida tiene que hacer es decir que ella intentaba detenerla. Creo que ella puede librarse. A lo mejor.

«Ella». Esa era la versión más serena y fría de Automedonte.

—¿No te olvidas de los guardias? —respondí—. Ellos saben que yo estuve enterrando el cuerpo... Me vieron.

—Deja que nosotros nos ocupemos de los guardias —dijo Automedonte—. Si les decimos que te vieron llevándote a rastras a la chica, esa será su versión. Mientras ella no cambie la historia...

—No lo hará —dije.

No. Amina acabaría donde siempre había querido estar: en medio de un círculo de antorchas encendidas con todos los ojos pendientes de ella, y nada más que de ella. Quizá debiera haberme sentido aliviada, pero no era así.

—¿Qué le pasará?

Alcimo se encogió de hombros.

—No es asunto de nadie lo que él haga con ella. Es su esclava.

—Pero ¿qué crees que hará?

—No lo sé. Supongo que si tiene suerte la venderá. Sea lo que sea, nada tiene que ver contigo. Cuanto menos pienses en ella, mejor.

Y, diciendo esto, se levantó, dando el interrogatorio por acabado.

—Una pregunta más —dijo Automedonte—. ¿Has hablado con Calcas?
¿O con Eleno?

Negué con la cabeza en silencio.

—Bien, eso es un motivo de tranquilidad. ¿Y ella?

—No. ¿Cómo iba a poder? No tienen permitido salir del barracón.

En la puerta. Alcimo se volvió.

—Escucha, mientras yo no esté, no abras la puerta a nadie, ¿de acuerdo?
Di que estás enferma o cualquier cosa. No dejes entrar a nadie.

Alcimo salió primero —no pude evitar pensar que estaba deseando salir—, pero Automedonte se quedó. Cuando estuvo seguro de que Alcimo no podía oírlo, dijo:

—Ten cuidado. Briseida. Puede que salgas airosa esta vez apelando a lo que llevas en tu vientre, pero no siempre serás tan afortunada.

Fue como si me hubiera dado un puñetazo. Pensé en todas las mujeres de Troya a las que habían apuñalado en el estómago o a las que habían clavado una lanza entre las piernas por una posibilidad del cincuenta por ciento de que el bebé que esperaban fuese un varón. A ninguna le habría servido de nada «apelar a su vientre». Por supuesto, no me atrevía a decirlo. Lo que sucedió en Troya se había convertido ya en un sumidero de silencio.

Pero no iba a dejarlo pasar por completo.

—No he sido yo quien ha apelado a mi vientre —dije—. Ha sido Alcimo. Y ¿sabes qué. Automedonte? Si hubieras estado allí tú habrías hecho exactamente lo mismo que yo.

Entonces me marché, sin esperar respuesta.

Pasé el resto del día sola. Hubo un momento en que me senté en la terraza, pero me pareció que un par de soldados que pasaron se quedaron mirándome y volví a entrar. Cociné, cambié las camas, barrí el suelo. No me permití descanso hasta bien entrada la tarde, y entonces creo que debí de quedarme dormida, porque lo siguiente que recuerdo es que estaban llamando a la puerta. Alcimo me había dicho que no dejara entrar a nadie, pero la puerta se abrió de un empujón antes siquiera de que yo hubiera tenido tiempo de levantarme de la silla. No pude ver nada con claridad más que una silueta corpulenta y el brillo de unos ojos claros. Pirro. Me puse de pie acordándome justo en el último momento de hacer una reverencia.

Él avanzó un poco más hacia dentro.

—Me temo que Alcimo no está —dije.

—No, sé que ha ido a ver a Menelao. Supongo que yo también tendría que haber ido, pero no tenía ganas.

Retiré una silla de la mesa y lo invité a sentarse.

—Por favor...

Sin necesidad de que me lo pidiera, fui hasta el aparador y serví una copa del mejor vino, dándome cuenta al ofrecérselo de que era la primera vez que veía a Pirro sobrio. Dejaba pequeñísima la silla con sus gruesos, macizos muslos separados, pero había en él un desgarbo adolescente que sugería que aún no había alcanzado toda su fuerza —gracias al cielo—. Recordé a mis hermanos a esa edad y su torpeza: apenas eran capaces de cruzar una habitación sin golpearse con los muebles. Levantó la vista al aceptar la copa, y sonrió. No encontré aquella sonrisa tranquilizadora. Se

me ocurrió que cuando Alcimo me advirtió de no dejar entrar a nadie podía estar pensando en Pirro, pero no había sido capaz de decirlo a las claras.

La visita era, cuando menos, poco convencional —los hombres no suelen visitar a la mujeres cuando saben que su esposo no está en casa—, pero Pirro no parecía creer que ello tuviera nada de extraño. Decir que era retrasado daría una impresión inexacta, pero, aun así, algo le faltaba. No parecía saber cómo se comportaba la gente normalmente, cómo funcionaban las relaciones, y esa era la razón por la que siempre estaba rompiendo las normas: no porque se rebelase contra ellas, sino sencillamente porque desconocía su existencia. O porque tal vez pensara que no se aplicaban a él.

—¿No quieres acompañarme? —dijo.

Así que me serví una copa —todavía en silencio— y me senté frente a él. Estaba demasiado recelosa como para hablar. —Alcimo dice que estás esperando un hijo de Aquiles.

—Sí, pensé que ya lo sabías.

Movió la cabeza.

—El ejército griego me entregó a Aquiles como premio de honor después de saquear Lirneso, y luego, cuando supo que iba a morir, él me entregó a Alcimo. Pensó que Alcimo sería un buen protector para el niño.

—Acertó. Buena elección.

Me di cuenta de que no había ido a hablar del entierro de Príamo, y creo que el alivio que ello me supuso me hizo perder un poco el aplomo. En cualquier caso, me había bebido media copa de vino demasiado rápido, y cuando volví a levantar la vista vi que me estaba tendiendo la mano.

—Mira.

Me incliné hacia adelante. Dándose cuenta de que aun así yo no podía ver, se levantó y vino hacia mí, con su enorme mole tapándome la luz. Sentí que me puso algo en la mano y luego se apartó para que la luz de la lámpara lo iluminase. Era el anillo de Príamo.

—¿Sabes lo que es?

—Sí, es el anillo de Príamo. —Intenté devolvérselo.

—¿Estás segura de que es de Príamo? ¿No de Héctor?

—No, es de Príamo. Lo llevaba siempre. Creo que fue el regalo de Hécuba el día de su boda.

—Pero has vuelto a verlo después, ¿no?

—Sí, Andrómaca me lo enseñó; me dijo que tú se lo habías dado y lo amable que fue por tu parte.

—¿Ah, sí?

Volvió a su silla. Por un momento, pensé que eso era todo, pero entonces añadió:

—A veces creo que la gente confunde amabilidad con debilidad.

—Estoy segura de que alguna gente sí, pero no Andrómaca. Ella no es de esa forma.

—Le ofrecí una bandeja entera de joyas con brazaletes, collares... Todas dignas de una reina. ¿Y ella elige un anillo de hombre?

—Bueno, lo llevaba colgado del cuello.

No se me ocurría ninguna buena razón por la que él pudiera estar dándole vueltas a aquello. Me estaban pidiendo que implicara a Andrómaca en el funeral de Príamo.

—¿Crees de verdad que esa chica lo robó?

Esa chica. Pobre Amina: no tenía ni siquiera un nombre. Para retrasar mi respuesta, tomé un sorbo de vino e intenté pensar. Cualquier mentira que dijera para ayudar a Andrómaca empeoraría las cosas para Amina, pero tampoco es que hubiera ya mucho que empeorar. ¿No debía intentar salvar a la única persona que aún podía salvarse?

—Lo único que sé es que Andrómaca se volvió loca cuando lo perdió. Estaba muy disgustada, muchísimo.

—Eres una amiga leal.

¿Leal? Era lo último que me sentía en ese momento.

—¿Has hablado con Andrómaca?

—No, primero quería sacarle a la chica la verdad.

Intenté no dejar sitio en mi mente para lo que quiera que «sacarle a la chica la verdad» pudiese implicar. Sus manos enormes descansaban sobre sus muslos a la luz de la lámpara. Si nada más había heredado de Aquiles, al menos sí que había heredado sus manos. Me resultó difícil apartar la mirada.

—Bueno —se palmeó las rodillas y a continuación se levantó—, dile a Alcimo que está bien.

¿Está bien?

—Se lo diré, descuida.

Lo acompañé hasta la puerta, aliviada de que aquella entrevista extraña y desconcertante hubiese terminado, pero entonces, cuando estaba a punto de salir, me tendió el anillo de Príamo como si me lo estuviera ofreciendo. Yo di un paso hacia atrás.

—No, vamos, me gustaría que te lo quedaras. Para... Ya sabes... — Señaló a mi estómago.

—No podría aceptarlo —respondí con firmeza.

Recordé cómo le había entregado el escudo de Héctor a Andrómaca y lo mucho que después se había arrepentido de ello. Era un hombre que no podía responder de sí mismo durante dos horas seguidas.

—No, tú lo tomaste de la mano de Príamo el día que lo mataste. Ahora te pertenece a ti.

Intentó meterlo dentro de mi mano, pero de nuevo yo retrocedí. Al fin logré convencerlo de que no iba a aceptarlo. De inmediato se lo puso en el pulgar, y me pareció ver alivio en su semblante. El ofrecimiento nunca había sido real. Siempre estaba escenificando alguna idea de sí mismo, como si se pasara la vida entera delante de un espejo.

Recuerdo que dije:

—Gracias. Y, por favor, no pienses que no te estoy agradecida; no puede ser más generoso por tu parte. Simplemente no creo que estuviera bien aceptarlo.

Al hablar, sentí que una oleada de sangre me subía al rostro. Solo quería que se fuera y, tras unas cuantas palabras incómodas más, finalmente se fue. Lo vi caminar por el patio hasta el salón. Por el camino, se paró a saludar a alguien —uno de los jóvenes de Esciros— y estuvieron hablando durante un rato. Unas carcajadas, unas palmadas en la espalda y luego Pirro subió corriendo las escaleras para entrar en el salón y lo engulló la oscuridad.

Automáticamente, retiré la copa de Pirro y la llevé al aparador, aunque era por completo ajena a lo que me rodeaba. De nuevo vi a Pirro ponerse el anillo de Príamo en el pulgar: la destrucción de Troya resumida en una sola acción sin importancia. Pero algo extraño parecía ocurrir: me di cuenta de que podía seguir sintiendo el anillo en la palma de mi mano —lo había sostenido por un instante—, como si de algún modo aquel contacto efímero hubiera dejado una huella permanente. Sé que suena trivial, pero no lo era. No para mí. Fue uno de esos momentos que creo que todo el mundo experimenta —y no tienen por qué ser dramáticos— en los que las cosas empiezan a cambiar, y ya sabemos que es inútil darles vueltas, pues pensar no va a ayudarnos a entender. Aún no estamos preparados para entenderlo; solo hay que seguir adelante para descubrir su significado.

Encendí algunas lámparas más y luego me paré en medio de la habitación, consciente de que estaba proyectando múltiples sombras. Debía de ser media tarde —no mucho más—, y Pirro me había dicho todo lo que necesitaba saber: que Alcimo había ido a ver a Menelao. Menelao era conocido por su amor a las viandas y al vino, y sus cenas solían prolongarse hasta altas horas de la noche. Así que era libre para salir de la cabaña e ir a ver a Amina. Me llevé comida y vino y también, tras pensarlo un momento, una lámpara, pues no estaba segura de que tuviera luz en la cabaña de la lavandería. Probablemente no debía hacerlo —Alcimo había dicho que cuanto menos tuviera que ver con Amina, mejor— pero ella estaría asustada y sola. Tenía que ir.

Trepar por la valla no fue difícil. A esas alturas de mi embarazo seguía razonablemente ágil, y había un barril al otro lado para ayudarme a bajar.

Transportar la comida fue fácil —simplemente me la sujeté a la cintura con el ceñidor—, pero tuve que abandonar la lámpara y el vino. Rápidamente, atravesé el patio. Los hombres rara vez iban a la lavandería, puesto que lavar la ropa y preparar a los muertos eran ambos trabajos de mujeres. La mayoría de los soldados ni siquiera sabía que el patio trasero existía. Intenté abrir la puerta, pero ni siquiera empujando con el hombro y la cadera conseguí hacerla ceder. Sintiendo mareos de pura decepción, retrocedí. Estaba convencida de que funcionaría y conseguiría entrar; pero había un candado que era evidente que habían utilizado. O eso o la puerta estaba irremediabilmente atascada.

Oí un movimiento al otro lado de la pared y acerqué los labios a una ranura entre dos tablones.

—¿Amina?

—¿Briseida? No deberías estar aquí.

—Te he traído algo de comer.

—Bueno, gracias por la intención, pero...

—No, escucha, si sigues la pared a tu derecha, a unos cinco pasos...

Estaba tratando de visualizar la habitación mientras hablaba.

—Tendría que haber un hueco. ¿Lo ves? Como a la altura de tu hombro.

Oí sus dedos tanteando la pared.

—Sí, ya lo veo.

—Te pasaré algo.

Eran lonchas de fiambre y pan. También había llevado manzanas, pero no hubo manera de hacerlas pasar por el hueco. —¿Tienes suficiente agua?

—Galones. Hay para empaparse, descuida.

—¿Ha venido alguien a verte?

—Sí, todos me han estado haciendo preguntas.

—Pero ¿te han hecho daño?

—Hasta ahora no. Creo que Pirro podría venir.

—Bueno, escucha, si viene, solo sé sincera con él...

—¿Por qué no iba a serlo? Yo no tengo nada de lo que avergonzarme.

—Podrías decir... Ay, no lo sé. Di que conocías a Príamo, que era amable y...

—No me importa decir eso: es verdad. Pero si jamás hubiera visto a Príamo también lo habría enterrado.

—Y luego... Lo siento, Amina, sé que no te va a gustar... Pero suplícale, ponte de rodillas, arrástrate si es necesario. Lo que haga falta.

—¿Eso es lo que tú harías?

—Sí, si no tuviera más remedio.

—¿De verdad crees que tendrá piedad conmigo?

—No, pero es un hombre vanidoso, y le gustará la idea de ser magnánimo... Puedes aprovecharte de eso.

—Tú podrías —suspiró—. Vuelve con tu esposo. Briseida. Vive. Sé feliz.

—No podré soportarlo si mueres.

—¡Venga ya, si ni siquiera te caigo bien!

(Eso también era verdad).

—Por lo menos intenta vivir.

Me habría gustado poder haber visto su rostro, tomarla de la mano. Pero solo eran nuestras voces susurrando en la oscuridad a través de una rendija en una pared. No era suficiente. La sentía alejarse de mí, escaparse de mis dedos como si fuera niebla.

—¿Por qué quieres morir?

—¡No quiero morir! Que digas eso es estúpido...

Desde fuera del patio se oyeron unas carcajadas. Un grupo de soldados que pasaba en ese momento.

—Porque no puedo soportar la idea de que él me toque.

—No ha mostrado muchas señales de que esa sea su intención...

—No, pero podría. En cualquier momento... Y no estaría en mi mano detenerlo. No todo el mundo es igual, Briseida. Andrómaca puede soportarlo. No sé cómo, pero puede. Yo sé que no.

Más gritos, más risotadas. Los soldados se estaban reuniendo alrededor de los fogones, acomodándose para pasar una noche de buenas borracheras. No podía arriesgarme a ser vista.

—Tengo que irme.

Retorcí la mano para meterla entre los tablones hasta donde pude y sentí que las yemas de sus dedos tocaban las mías.

—Intentaré traerte algo de comer mañana —dije.

Luego regresé a mi cabaña, preguntándome si la volvería a ver alguna vez.

Al salir de la oscuridad, siempre hay un momento en el que recuerda la habitación tal como la vio la primera vez al llegar al campamento. Hace cinco meses, casi seis. Entonces le había parecido opulenta, brillante, acogedora, llena de la presencia de su padre, a pesar de que Aquiles llevaba muerto diez días: sus juegos fúnebres habían terminado, su cuerpo se había incinerado y había terminado de levantarse el túmulo. Ahora las estancias parecen sencillamente lóbregas —tan lóbregas que Pirro está tentado de volver a marcharse—. Ya serán varios los banquetes en marcha. Podría irse al recinto de Menelao —seguro que allí sería bien recibido— o a cualquier otro sitio del campamento, en realidad. Es el héroe de Troya y su reputación le garantiza la bienvenida adondequiera que vaya Salvo en esta habitación. Salvo en esta habitación.

¿Qué más tengo que hacer? Lucha por ahogar la pregunta, pero esta vuelve a salir a la superficie. ¿Qué más quieres?

No hay nada que esperar, ese es el problema. No hay más batallas que librar ni más gloria que obtener. Si los juegos salen adelante, cree que podría ganar la carrera de cuadrigas y eso le produce una momentánea explosión de emoción, pero solo es momentánea. Distraídamente, toma un trozo de tela y empieza a pulir el escudo de Aquiles. No todo el mundo puede levantarlo, pero él lo levanta —con facilidad—. Lo apoya contra la pared, coloca una lámpara a cada lado, y siente el calor de las llamas en sus muslos desnudos. A estas alturas, el dibujo le es tan familiar como las líneas de las palmas de sus manos, pero al mismo tiempo le resulta tan complejo que siempre encuentra algo que no había visto antes. Rodeada por el Océano, toda la vida humana se despliega ante él: dos hombres que dirimen

una reyerta familiar, un pleito, una guerra, una ciudad próspera, una ciudad en llamas, un rebaño que pasta junto a un río, una muchedumbre con antorchas de camino a una boda, muchachos y muchachas danzando con la cabeza adornada por guirnaldas de flores...

Un escudo forjado por una diosa. No puede ponerse precio —porque no existe en el mundo nada igual, nada con lo que pueda compararse—, y le pertenece a él; cada centímetro es suyo, todo suyo. Salvo su significado. Aunque no es el escudo lo que necesita entender, sino al hombre que una vez se arrodilló ante él como él se arrodilla ahora para pulir el metal hasta que las llamas de las lámparas encuentran otras llamas ocultas en lo más profundo del bronce. Una vez había sido el aliento de Aquiles el que había empañado aquel escudo como el suyo lo empañaba ahora, y otra mano, ya hacía tiempo reducida a fragmentos de hueso quemado, había limpiado aquel vaho.

Después de un rato, la pura monotonía de pulir libera la mente. ¿Le serviría a Aquiles para eso? Lo que él tiene que decidir —y la verdad es que ya no puede seguir posponiéndolo— es trivial en comparación. Qué hacer con esa jodida chica. Sigue sin poder creer que fuera ella sola —tenía que haber alguien detrás—. No había sido Eleno; eso fue obvio desde el momento en que entró renqueando en la habitación. Calcas, entonces —ahora podría haberlo hecho fácilmente—. Aunque, como había dicho Automedonte, ¿por qué iba a empezar a ser leal precisamente ahora que la troyana era una causa perdida? Ese era un buen argumento —pero aun así siente que ha tenido que ser Calcas—. Un ser repugnante, repugnante. Pero parece que va a irse de rositas. Es la chica la que se ha quedado para afrontar las consecuencias.

Lo que lo devuelve a la cuestión original: ¿cuáles van a ser las consecuencias? Es solo decisión suya; es su esclava, y puede hacer lo que quiera con ella. No tiene estómago para matarla. Y no es que piense que serían demasiadas muertes —todo lo contrario, casi no habían sido suficientes—. Es que no siente segura su reputación. Luchó valerosamente en Troya —sin ninguna jactancia, sabe que así fue—. En las puertas, y luego, en las escaleras del palacio, se enfrentó a docenas de guerreros troyanos: no jóvenes inexpertos que apenas distinguían un extremo de la

lanza del otro, no, sino guerreros veteranos, curtidos en la batalla, que vaya si sabían que estaban luchando por sus vidas. Él los había combatido y había vencido, pero nadie parecía acordarse de eso. Recordaban que había matado a Príamo, y él recuerda también irrumpir en la sala del trono y ver a Príamo en los escalones del altar sosteniendo una lanza que apenas podía levantar.

Y ahí está el problema. Justo ahí. Ese es. Es famoso por haber matado a Príamo, y al pequeño nieto de Príamo, y a Políxena, la hija más joven de Príamo, a la que sacrificó en la tumba de Aquiles. Un anciano, un bebé y una niña. Las muertes fueron necesarias: no se arrepiente de ellas. Solo que a veces siente las piernecitas regordetas de un niño golpeándole el pecho, y lucha hasta que al fin consigue despertar aliviado al descubrir que no son más que los latidos de su propio corazón. Hazañas heroicas, atrocidades... ¿Quién puede decir dónde trazar la línea que las separa?

Pero no es justo. Si pudiera agitar una varita mágica y transformar a Príamo en un hombre joven y fuerte, el mejor guerrero de su generación, no lo dudaría ni un segundo. Habría preferido que fuera así.

Así que no —volviendo al momento presente—, no quiere matar a la chica, pero aun así tiene que dar escarmiento con ella. Si uno empieza a tolerar la desobediencia de los esclavos, ya se puede despedir. El látigo, esa es la solución evidente —y asegurarse de que las otras mujeres oyen los gritos—. O..., venderla a los mercaderes de esclavos para ahorrarse la molestia. En realidad, esa no es mala idea. Hay un grupo de mercaderes de esclavos en el campamento ya, abriéndose camino en el recinto y regateando por las esclavas que no son necesarias para el viaje de regreso. Es joven, cierto es que no muy guapa, pero sí fuerte y, probablemente, fértil; alcanzaría un buen precio. Y así se desharía de ella definitivamente y no tendría que volver a verla jamás.

Pero primero necesita un trago. El vino era lo único que ahogaba el terrible silencio en aquella habitación. Tras soltar el trozo de tela, se dirige a la mesa y se sirve una copa generosa. Al cruzar la estancia, tiene cuidado de no verse reflejado en el espejo porque en los últimos tiempos este no se ha estado comportando como debería. En un par de ocasiones su reflejo ha seguido moviéndose cuando él se había detenido. Una copa de un trago

hasta el fondo; otra más lenta —duda sobre una tercera, pero, finalmente, decide que no—. Mejor acabar con el asunto de la chica primero para luego poder relajarse.

Unos minutos después enfila el camino que lleva hasta la cabaña de la lavandería. Es el lugar donde los soldados muertos solían prepararse para la incineración. Los llevaban allí, los soltaban sobre la plancha de mármol junto con rompa limpia y monedas para colocarles en los párpados y luego salían de la habitación dejando que las mujeres de la lavandería, con sus rostros pálidos, húmedos y fungosos, pusieran manos a la obra. Fuera de la lavandería solía haber una fila de hoyos rebosantes de orina. Se podía ver a las mujeres, con las faldas remangadas hasta la cintura, caminando por las camisas de batalla manchadas de sangre. Al parecer la orina sirve mejor que nada para limpiar la sangre. A veces se veía a hombres pararse a mear en los hoyos, y no faltaba el que apuntaba con el chorro a las mujeres, que gritaban y trataban de esquivarlo. Todo amistosa diversión, por supuesto — los mirmidones son buenos chicos—. No hay camisas manchadas de sangre en los hoyos ahora, pero permanece el olor: el hedor ferruginoso de la sangre, el dulzor empalagoso de la orina rancia. Y algo más. ¿Tierra de batán? ¿Se llama así? Como se llame, eso que usan para blanquear las sábanas.

En el umbral se para a mirar alrededor. Los hoyos están vacíos. Troya cayó y el trabajo en la lavandería debe de haberse vuelto mucho más fácil: sin camisas ni vendas manchadas de sangre. A saber qué estarán haciendo ahora para ganarse el sustento...

Porque Troya cayó... Esas palabras aún seguían asombrando. Aquella noche, encerrado dentro del caballo, se había dicho a sí mismo que las cosas tenían que cambiar —y habían cambiado, desde luego—. Éxito absoluto, desde su punto de vista. Él podía dudar a veces, pero nadie dudaba de él. Odiseo le había entregado la armadura de Aquiles; no era más que lo que le correspondía, pero estaba bien tenerla, y casi con toda seguridad Menelao estaba a punto de ofrecerle a su hija en matrimonio —y qué brillante pareja harían la hija de Elena y el hijo de Aquiles—. Lo único que espera es que ella no se parezca al padre... En todas partes lo escuchan y le piden

opinión; se sienta a cenar con todos los reyes como si fuera un igual. Nadie en el campamento se atreve ahora a desafiarlo.

Salvo esa chica. La esclava.

Tomando una antorcha de la pared, sube a la terraza y abre la puerta interior de una patada. Siente una bocanada de olor a hierba fresca no lo bastante intensa como para tapar la peste a lana mojada. En algún lugar en las sombras oye un sonido de fricción, el mismo que haría una rata, pero no es una rata, es la chica. Al levantar la antorcha por encima de su cabeza pone en fuga un tumulto de sombras en la pared, pero justo en el medio de ese caos de luz y oscuridad hay un rostro pequeño y pálido.

Ignorándola de momento, echa un vistazo por la habitación. En el centro está la larga plancha de mármol donde los cadáveres se lavaban y preparaban para la incineración. Sobre ella, crujiendo y meciéndose por efecto del viento, hay dos enormes tendederos en los que las camisas se ponen a secar. Varias cuelgan en ese momento, proyectando sombras de hombres a un lado y a otro cuando se mueven, lo que resulta una experiencia extrañamente desconcertante, porque la habitación parece llena de soldados, pero aun así permanece silenciosa. Colocadas en fila en las tarimas que recorren las paredes, hay docenas de velas, todas consumidas en distinto grado y con cera derramada por los lados en forma de lágrimas.

—Encendamos aquí, ¿no te parece?

No hay respuesta, aunque tampoco es que estuviera esperando una respuesta exactamente. Alinea las velas tomándose su tiempo —sin saber por qué se lo está tomando— y las enciende una a una. Siente que los ojos de la chica lo siguen de una llama a otra. No todas las velas sobreviven. Algunas parpadean y vuelven a la vida, pero enseguida se consumen y mueren. Aun así, cuando termina, las tarimas están repletas de pequeñas luces. La habitación ya no es un agujero sórdido y maloliente donde criaturas apenas identificables como humanas llevan una vida de miseria... No, es un palacio, un dormitorio regio decorado para una noche de bodas.

Al encender la última vela, espera a ver si arde y entonces se vuelve a la chica. Un rostro sin gracia y ligeramente masculino, pero llamativo. Tuvo que haberla elegido él mismo, aunque ahora no sería capaz de imaginar por qué ni aunque en ello le fuera la vida. ¿Quizá no lo hizo? Tal vez fuera una

de las mujeres que le tocaron en suerte. Gruesas cejas, ojos saltones, mandíbula cuadrada: nada allí que estimule. Desde luego, nada que ver con Hele, la chica a la que vio bailando alrededor del fuego.

Por un momento, no recuerda su nombre, pero luego le vuelve a la memoria.

—Amina.

No hay respuesta. Lo mismo que si hubiera estado hecha de madera. Se acerca a ella; con la plancha de mármol detrás, no puede retroceder. Extendidos sobre su superficie hay hierbas frescas, bloques de sal, cepillos de fregar y barreños llenos de ropa en remojo cuyos pliegues empapados sobresalen del agua como rocas expuestas con la marea baja. Hay tantos puntos de luz en la habitación ahora... Y cada uno de ellos arroja una sombra. Pero al menos pueden verse mutuamente con claridad. Volviendo a la puerta, introduce la antorcha en el candelero de la pared, y luego regresa lentamente hasta la plancha de mármol, recreándose en el crujir de los tablones del suelo bajo su paso medido.

—Ya lo sabes —dice al fin, y su voz suena extraña tras el largo silencio—, esto no tiene por qué ser un problema en realidad. Si le digo a los guardias que no se lo cuenten a nadie, no lo harán; así de sencillo. Todos podemos olvidarnos del asunto. Pero, verás, eso depende en gran parte de cuánta otra gente lo sepa. ¿Te encontraste allí a alguien más?

—Solo a Briseida. Y ella solo estaba intentando detenerme.

—Así que te mantienes en eso. ¿Y qué hay de las otras chicas? ¿Estaban al tanto?

—No.

—Oh, vamos, algo tuviste que decir. Me refiero a que dejaste la cabaña en mitad de la noche... ¿A dónde pensaron ellas que ibas?

—Solo les dije que tenía que salir. Era verdad. No soporto estar encerrada.

—Esto tiene que ser una pesadilla, ¿no? —La ve mirar a un lado y a otro, tan inquieta por las sombras oscilantes como él mismo—. ¿Así que no se lo dijiste a Andrómaca?

—No.

—¿Ella no te dio el anillo?

—Yo lo robé.

Solo ahora, al oírse a sí mismo haciendo las preguntas, comprende cuál es el problema. No soporta la idea de que la gente conspire a sus espaldas —y todavía sigue sin estar convencido de que no lo hicieran—. Las sombras empiezan a crisparlo. Sombras y silencio. Sus voces —incluso la voz de la chica, que es mucho más serena que la suya— producen eco en las paredes y aun así parecen no hacer ruido alguno. Está el aullido del viento, pero le resulta ya tan familiar que casi no lo nota más que el sonido de su propia respiración. Es como si todo fuera de aquella habitación —el campamento, los fogones, las cabañas hacinadas— hubiera dejado de existir y solo quedara aquel momento, a solas en la habitación con aquella chica.

—¿Pero sabías de quién era el anillo?

—De Príamo.

—¿No de Héctor? —Esa posibilidad aún le escuece.

—No, sabía que era de Príamo. Formaba parte de la dote de Hécuba. Ella se lo dio el día de su boda y él lo llevó durante cincuenta años. Odiaba robarlo, pero entonces pensé: «Bueno, le pertenece a él en realidad». Y en cualquier caso necesitaba algo con que pagar al barquero.

—¿Pagar al barquero? Escúchate. ¿De verdad crees que las almas vagan por toda la eternidad simplemente porque no puedan pagar a un puto barquero que de todas formas no existe? Eso no es más que un cuento. No es real.

—Yo sé en qué creo —dijo mirándolo a la cara—. ¿Y tú?

Demasiada audacia para una esclava: a las esclavas se las enseña a no mirarte: se las enseña a volverse de cara a la pared cuando pasas. No tiene el control de la situación tan firme que debería tener. Estaba aterrorizada cuando él entró en la habitación. Podía olerlo en ella. Pero ahora no tiene miedo. Es hora de agitar su jaula un poco.

—Briseida dice que te ayudó.

—Está mintiendo.

—¿Por qué iba a mentir sobre eso?

—Ella no me ayudó. No me ayudó nadie.

Ahora está furiosa. Viendo llamear sus ojos así, es como si la viera por primera vez; salvo que no es la primera vez. Algo que ha estado royendo su

mente desde que los guardias la hicieron entrar a empujones en el salón sale a la luz al final. Ella era una de las mujeres que rodeaban a Hécuba en la habitación del trono. Cuanto más la mira más convencido está. Los ojos saltones, la boca de rana... No, no hay duda, es un rostro que nunca olvidarías. Seguro que es ella. Es la única que se quedó y lo miró cuando todas las demás huyeron. Tarda un momento en caer en la cuenta de las implicaciones. Ella lo ha visto todo: su desesperación, su torpeza, sus repetidos e inútiles intentos de acabar con un anciano al que habría debido ser tan fácil matar como a un conejo. Ella lo ha visto todo.

—Estabas allí, ¿verdad?

—Sí.

No necesita decir nada más: él lee el desprecio en sus ojos. Y ahora nada puede detener el torrente de recuerdos: el tacto resbaladizo del cabello de Príamo, la vergonzosa carnicería en aquel cuello viejo y escuálido, la tozudez de Príamo, su obstinado negarse a morir. ¿Por qué no quería morir? ¿A qué distancia estaban las mujeres? No se acuerda. En realidad no se había fijado en ellas hasta que todo acabó y sus gritos empezaron a ponerlo nervioso. Las había visto entonces, por supuesto, y no es que hubiera olvidado que estaban allí; siempre lo había sabido. Es que nunca había pensado en ellas como testigos, no de la misma manera que si hubieran sido guerreros griegos. A ellas nadie las escucharía... Pero eso no es lo que importa. Ellas lo saben.

—¿Oíste lo que dijo?

Ella sonríe. Sonríe de verdad.

—Por supuesto. Dijo: «¿Tú el hijo de Aquiles? No te pareces en nada a él».

La golpea —sin duda y sin elección—. Su cabeza rebota y ahora la tiene agarrada por la garganta —los ojos de rana a punto de salirse de las órbitas—. Quiere que ella vea su rostro; quiere que sea su rostro lo último que vea. Ella tiene las manos a la espalda y busca algo en la plancha de mármol —no ve el cuchillo, pero siente la descarga de dolor que desde el hombro le recorre todo el brazo—. Está a un segundo de soltarla. El blanco de los ojos se le inyecta de sangre. Aprieta por última vez, retuerce, y al fin la lucha termina.

La deja caer. Se incorpora, se limpia la boca y siente el fluir del silencio en su interior, fresco como el agua. Está muerta. ¿Lo está? Aún se retuerce, pero no, está muerta. Qué pequeña es. Mira a su alrededor las velas que han seguido ardiendo, como si nada hubiera pasado. Bueno, tampoco es que haya pasado gran cosa. Se mira el hombro —solo un rasguño— y luego mira de nuevo las velas, solo que ahora se han convertido en ojos, docenas de ojos que lo observan vigilantes. No quiere dejarla en el suelo de esa forma. Después de limpiar la basura que había encima, la levanta y la tiende sobre el mármol blanco. Aún se retuerce un poco —tiene el cuello torcido, pero no quiere colocárselo bien, ni siquiera le gusta sentir su tacto, con los afilados huesos bajo la piel—. Tras dirigirse a la puerta, toma la antorcha del candelero y se vuelve a mirar.

Las velas lo observan. ¿Cuántas mujeres había en la sala del trono cuando mató a Príamo? ¿Cuántos pares de ojos lo vieron hacer aquella chapuza? ¿Cuántos oídos escucharon lo que dijo Príamo al morir? ¿Treinta? ¿Cuarenta? Aquellas mujeres estarían desperdigadas por todo el campamento. ¿Se habla de ello por las noches en las cabañas de las mujeres? Tiene que controlar sus pensamientos. ¿Qué importa lo que piensen o digan unas esclavas? Sus cuchicheos no pueden hacerle daño. Ay, pero se lo hacen. Desde ahora los oirá a dondequiera que vaya, pequeños gusanos de ruido resbalando por todas las superficies, cada cosa que toque. Mira a la chica que yace sobre la plancha de mármol rodeada de llamas que se han convertido en ojos y solo quiere huir, él, que jamás en toda su vida ha huido de nada. «Está muerta», se dice, mirando sin ver alrededor de la habitación. «Ya no puede hacerme daño».

Después de otra noche de vueltas en la cama y sueños agitados, Calcas se despierta con unos perentorios golpes en la puerta. Aun aturdido, se arrastra para responder y encuentra en el umbral, flanqueado por guardias, a uno de los heraldos de Agamenón.

—Pasa —dice ansiosamente, pero, al tiempo de hablar, se acuerda del cubo en el rincón—. No, no, espera, yo saldré.

Con los dedos temblorosos, alcanza su mejor capa y se envuelve en ella, sintiendo un momento de aplomo, incluso en aquel estado de agitación, cuando la lana de buena calidad se asienta sobre sus hombros. Después de todo, es un sacerdote —un alto sacerdote al que convoca un rey—. Sí, un rey poderoso y fuerte —sí, sí, todo eso—. Pero los sacerdotes poseen su propia autoridad —o, al menos, eso dicen— incluso en presencia de reyes.

Esa explosión de confianza lo acompaña durante todo el camino hasta los escalones del salón de Agamenón. El interior es sombrío —solo un par de lámparas lo iluminan—: sus pies, al arrastrarse por los juncos, levantan una nube de pequeños insectos inofensivos. Al llegar al umbral de las habitaciones privadas de Agamenón, el heraldo alza una mano y Calcas se ve obligado a detenerse. Un pelagatos ascendido. Un tipo sin ninguna habilidad —hay peces con más cerebro— al que únicamente le han dado el puesto por su imponente presencia y noble cuna. Ah, y claro está, por tener el acento adecuado. ¡No lo olvidemos! Y, a pesar de todo, su posición le da acceso diario a Agamenón, un acceso que, durante semanas ya, le ha estado negado a Calcas. Sintiéndose quejumbroso y enfermo, intenta penetrar la oscuridad por encima del hombro del heraldo, pero no logra ver nada. No se ve luz por debajo de la puerta de Agamenón —ni se oyen voces tampoco—.

Se esfuerza por oír, pero el único sonido que escucha es un crujido de juncos tras él. Cuando se vuelve, ve a otro heraldo y, con los ojos enrojecidos y malhumorado, a Odiseo. Calcas hace una profunda reverencia, pero a cambio solo recibe un gruñido.

¿Qué está haciendo aquí Odiseo? Obviamente, posee una gran influencia —es el hombre que llevó aquella guerra interminable a un final victorioso—, y si se da crédito a los rumores, es más poderoso ahora que nunca. Con Néstor enfermo —algunos dicen que muy enfermo— y enemistado con su hermano, lo más probable era que Agamenón estuviera apoyándose cada vez más en los pocos consejeros que le quedaban. ¿Se trataba entonces de una reunión más que de una consulta? ¿De un examen de lo que había salido mal y por qué?

Allí están, cada uno desesperado por saber por qué habían convocado al otro, pero a la vez reacio a preguntar. Es peligroso reconocer la ignorancia —aunque también pueda serlo aparentar un conocimiento que no se tiene—. Normalmente, en tales circunstancias la conversación gira en torno al tiempo, pero esa opción difícilmente sirve aquí, pues «el tiempo» es precisamente la cuestión que está sobre la mesa. Así que Calcas sonrío vagamente sin ninguna razón en particular, mientras que Odiseo se pasea de un lado a otro y canturrea en voz baja de manera exasperante.

Al fin, algo se mueve en la oscuridad. La puerta de Agamenón se abre para revelar un círculo de luz de lámpara y allí, a contraluz, con el rostro oculto por la sombra pero inmediatamente reconocible por su apariencia perfectamente equilibrada, está Macaón, el médico del rey. El corazón de Calcas da un vuelco. ¿Está enfermo Agamenón? ¿Es esa la razón por la que los han convocado? Si es así, se trata de una crisis incluso peor que el vendaval. Haciéndose a un lado, se inclina ante Odiseo para mostrarle que tiene preferencia: siempre hay que ceder el paso a los enemigos cuando se va hacia un problema y, en cualquier caso, ser el último en entrar en la habitación puede darle unos preciosos minutos para evaluar la situación antes de que le pidan pronunciarse sobre ella.

Agamenón parece enfermo, gravemente enfermo. Esa es su primera impresión, pero eso es lo que la presencia de Macaón lo ha predisposto a esperar. Profundas sombras bajos los ojos, tres líneas de bolsas —parece

que llevara años sin dormir—, y su piel presenta ese color amarillo crema del marfil viejo. Pero, desde luego, lejos de mostrarse como un inválido. Está completamente vestido, lleva una torques de oro alrededor del cuello y ocupa la silla que le sirve de trono. Tras su cabeza, la opulenta taracea de oro y marfil resplandece a la luz de la lámpara. Es evidente que se trata de una audiencia formal. Solo Macaón, que está encendiendo más lámparas, parece relajado, pero también es cierto que, según cuentan, pasa mucho tiempo en esta habitación. Se puede decir que últimamente tiene más acceso a Agamenón que cualquiera de los reyes.

Odiseo se lleva la mano al corazón y hace una profunda reverencia. Calcas se arrodilla para tocar los pies de Agamenón. Siente que los dedos de los pies del gran hombre se encogen, y sabe que a su espalda Odiseo y Macaón estarán intercambiando miradas, despreciando la manera troyana de honrar a los superiores. A los griegos no les gusta, pues piensan que es una señal de servidumbre y que su propia estatura los afirma como hombres espléndidos, dignos, independientes y viriles. Qué estúpidos. Retrocede hacia las sombras y se sienta a escuchar. Está deseando oír lo que Odiseo tiene que decir, pero nadie puede decir nada hasta que Agamenón hable.

Mientras esperan, Calcas echa un vistazo alrededor de la habitación humedeciéndose los labios con una lengua temblorosa. Se fija en que el espejo de bronce, que ha sido empujado contra la pared, está cubierto de negro, como suelen estar los espejos tras una muerte reciente. La costumbre procede de la superstición de que los espejos son una puerta a través de la cual los muertos pueden regresar al mundo de los vivos. ¿Acaso Agamenón teme a los muertos? Bueno, no son pocos los que ha de temer —los hombres jóvenes con la vida por delante no van al inframundo satisfechos—. ¿Es eso lo que teme: la cólera de los jóvenes defraudados? No, probablemente no. Es más probable que la causa de su temor sea un único hombre.

—Habría sido mejor morir en Troya —dice Agamenón— que vivir como vivo. Príamo duerme mejor que yo.

—Pero tampoco creo que quisieras unirme a él, ¿no?

Las palabras de Odiseo suenan estremecedoramente alegres, desdeñosas de la evidente aflicción de Agamenón. «Cuidado», piensa Calcas.

—Tengo pesadillas —continúa Agamenón dirigiéndose ahora a Calcas directamente, como si fuera la única persona en la habitación, y aunque resulta halagador ser el centro de la atención del rey, también es peligroso.

Calcas dice, vacilante:

—Parece que mucha gente está teniendo noches agitadas. Creo que tal vez todos nos estamos preguntando qué hemos hecho para ofender a los dioses...

«Hemos», dice, aunque no está seguro de que nadie en la habitación lo considere como «uno de los suyos». Ya una vez había enfurecido a Agamenón, y entonces había tenido la protección de Aquiles. Nadie entonces se habría atrevido a tocarlo, ni siquiera los reyes, ni el mismísimo Agamenón. Pero ahora Aquiles yace bajo tierra y Calcas está solo. Nervioso, empieza a hablar a Agamenón del águila marina atrapada por una ola gigante, incapaz de alzar el vuelo con su presa: pero le cuenta la historia mal, pues su miedo lo hace atascarse con las palabras, y mucho antes de que haya terminado de especular —cautelosamente— sobre lo que puede querer decir la señal, Agamenón lo está rechazando con la mano.

—¡Pero todo eso ya lo sabemos! Sabemos que no podemos irnos. Hostia puta, hombre, dime algo que no sepa.

—Bueno —responde Calcas—, se me ocurren un par de cosas, pero van a llevar tiempo y... —«Deja ya de decir gilipolleces»—. ¿No tienes tú alguna idea? A veces los hombres le hablan directamente a un rey.

—Uf, he tenido tiempo de sobra para pensar aquí tumbado una noche tras otra... Y lo primero que pensé fue: es él.

Hace un gesto hacia Macaón, que parece alarmado —y no es para menos—, pero los ojos de Agamenón miran al espejo velado que tiene detrás.

—La tela no sirve de una mierda —dice Agamenón—. Hace falta más que una tela para que él no salga.

—¿A quién te refieres? —pregunta Odiseo.

—A Aquiles, por supuesto.

Agamenón pronuncia el nombre con reticencias, y la verdad es que en ese momento Calcas siente que un escalofrío recorre la habitación: el temor a lo sobrenatural, a lo insólito... ¿o es quizá el temor a la locura?

—¿Lo sigues viendo? —pregunta Macaón.

Pero, al igual que Odiseo antes que él, emplea el tono equivocado: es la voz de condescendencia con que el médico experimentado anima al paciente. A modo de respuesta. Agamenón simplemente se queda mirándolo fijamente hasta que Macaón se alegra de poder esquivar su mirada.

El miedo se hace denso en la habitación ahora, tan inequívoco como el hedor a grasa rancia.

—¿Con qué frecuencia aparece? —pregunta Calcas, pero respetuosamente: es un pájaro demasiado astuto como para cometer el error de Macaón y, en cualquier caso, él tampoco descarta la posibilidad de que Aquiles de verdad se aparezca.

—Todas las noches. —Un dedo afilado define el preciso lugar—. Ahí.

—¿Dice algo?

Agamenón niega con la cabeza.

—¿Por qué crees que no puede descansar?

—Bueno, nunca se le dio muy bien el descanso, ¿no? —dice Odiseo rozando la burla.

De nuevo se equivoca en el tono empleado... Odiseo, el que nunca se equivoca en el tono empleado. Hay algo casi imprudente en él hoy —como si después de diez largos años de navegar las arenas movedizas de los caprichos de Agamenón, sencillamente, no pudiera más—. Pero sería mejor que empezara a tomárselo en serio, pues por ilusorias que sean las apariciones de Aquiles, no hay nada ilusorio en el poder de Agamenón.

—¿No es obvio? —dice Agamenón—. Yo le prometí las veinte mujeres más hermosas de Troya, ¿no es verdad? —Se queda mirando fijamente a Odiseo, que asiente de mala gana—. Bueno, hasta donde yo cuento, solo ha tenido una. Y el viento cambió una hora después de que Políxena fuera sacrificada. No había pasado ni una hora...

—Sí —asintió Odiseo—. Yo acababa de embarcar.

—Bien, ¿y no pensáis que fue Aquiles preguntando: «Dónde están las otras diecinueve»?

Agamenón se arrellana en su asiento y cierra los ojos. Durante un momento horrible parece estar dando una cabezada. Quizá esté enfermo de

verdad. Desde luego no habla con nada parecido a su autoridad acostumbrada; ni siquiera está proyectando adecuadamente la voz. Desde donde se encuentra Calcas, al fondo de la habitación, resulta difícil entender algunas palabras. Es el resultado de tantas horas de insomnio y soledad, siguiendo el hilo de un pensamiento a través de un laberinto de miedo. Por supuesto, es absurdo —peor que absurdo, blasfemo—. Como si algún mortal —incluso el gran Aquiles— pudiera producir semejantes perturbaciones en la naturaleza. No puede ser más obvio que se trata de la obra de un dios. Pero ¿cómo decirlo sin que parezca que está llevando la contraria a Agamenón, que, en cualquier momento, va a salir de su estupor narcótico y empezar a insistir en que hay que sacrificar a más chicas en el túmulo de Aquiles, pues solo cumpliendo al pie de la letra sus promesas puede esperar apaciguar al voraz fantasma? ¿Cómo detenerlo? Calcas sabe que no obtendrá ayuda de los otros dos. Odiseo solo piensa en su propio interés y Macaón no puede reivindicar su fe para oponerse a esa locura, pues Macaón no tiene fe. Los dos son hombres racionales —deplorarán la necesidad de nuevos sacrificios humanos, pero los aceptarán—.

Empujando a un lado a Macaón, Calcas se arrodilla y coloca sus manos en forma de cuenco sobre las rodillas de Agamenón en la postura de un suplicante.

—Lo que nos has dicho es profundamente preocupante, señor. Quizá pudiera permitirme tomarme un par de días para reflexionar sobre ello y rezar. Necesito estudiar las señales. Pudiera ser que algún dios estuviera actuando a través del espíritu de Aquiles. Si pudiera contar con algo más de tiempo...

—Sí, sí —dice Agamenón haciendo un gesto amplio con las manos—. Tómame el tiempo que quieras. De todas formas no estoy seguro de que sea Aquiles. Decía que ese había sido mi primer pensamiento. Creo que todos sabemos lo que de verdad está pasando aquí. Mi hermano ha aceptado que vuelva esa puta. Miles de hombres excelentes han muerto y en todo lo que puede pensar es en follarse a esa zorra. ¿Sabes que le ha ofrecido a Pirro la mano de su hija? Esa chica le estaba destinada a mi hijo. Desde su nacimiento.

—Pirro no aceptará —dice Odiseo.

—Por mis cojones que sí; no podrá resistirse. Pedazo de mierda ingrata.

Desconcertado, Calcas se pone de pie y retrocede, deseando atreverse a dirigir una mirada a Odiseo, pero no debe haber sospecha de complot. Los ojos de Agamenón van con rapidez de un rostro a otro en ese estado de ánimo en el que los hombres rápidamente empiezan a imaginar conspiraciones que no existen. Estaba tan seguro de que Agamenón culpaba a Aquiles... Ahora no tiene ni idea de cuál es la situación.

Bruscamente, Agamenón se incorpora.

—De todas formas, la otra razón por la que te he hecho venir —esto de nuevo iba dirigido a Calcas— es para que me cases. —¿Casarte?

—Hostia puta, hombre, ¿es que tu madre era un loro? Sí, casarme. Y os necesito también a vosotros dos —hace un gesto a Odiseo y Macaón— para ser mis testigos. ¿De acuerdo? —Mira a un rostro y luego a otro—. ¡A celebrar todo el mundo! Se supone que es una ocasión de alegría.

—Sí —se apresura a responder Odiseo—. De verdadera alegría.

Se oye un crujido en la habitación contigua. Un momento después, la puerta se abre y Casandra entra. Lleva una larga túnica azul y cintas de plata en el pelo. Tras ella aparece una mujercita regordeta con el pelo de color pajizo que evidentemente es su sirvienta. Casandra mira aturdida. La sacerdotisa de Apolo violada en el templo de Atenea... Y los griegos siguen preguntándose a qué dios habrán ofendido. Ahí tienen a dos, para empezar.

—¡Vamos! —dice Agamenón—. Cásanos.

Habiéndose quedado sin palabras, Calcas se quita la banda escarlata de la cabeza y rodea con ella las muñecas de ambos, recitando las oraciones familiares de memoria, sin tener que pensarlas —y al mismo tiempo porque su mente se ha quedado en blanco por completo—. Al hacer el nudo, advierte que la chica tiene moratones alrededor de las muñecas —brazales azules— y piensa, estúpidamente, que hacen juego con su túnica. Se intercambian los votos. Ella se atasca con los suyos; Agamenón los pronuncia en voz alta y clara, con total convicción, aunque debe saber que el matrimonio no es válido. Ya tiene una esposa y, aunque los reyes tienen permitido cualquier número de concubinas, la costumbre es tener una sola esposa. Al margen del resto de consideraciones, eso establece una clara línea de sucesión, pues el heredero es siempre el hijo mayor de la reina. Se

sirve un pastel junto con una fuente de vino sin diluir. Todos toman trozos de pastel que humedecen en el vino y comen, aunque a Calcas su porción se le hace un engrudo y se le queda atascada en la garganta. Odiseo traga el suyo con facilidad, pero también es cierto que se tragaría cualquier cosa que Agamenón le ofreciera. Y así acaba la breve e indecorosamente informal ceremonia.

Mientras Calcas desenrolla la cinta de sus muñecas, hace lo que se había prometido que no haría: mirar directamente a la chica. Le devuelven la mirada los ojos de una cabra: el mismo amarillo brillante, la misma expresión aturdida del sacrificio..., pero solo un instante después vuelve a ser una chica, una chica con moratones alrededor de las muñecas. Ahora la mira más de cerca y advierte marcas rojas a ambos lados de la boca, como si hubiera sido amordazada también. Pobre Casandra, toda su vida amordazada de una manera o de otra, y sobre todo por el descreimiento de los demás. Ningún bien saldrá de esa unión impía e ilícita. Solo espera que la maldición que acarreará no lo incluya a él mismo. Él solo ha cumplido órdenes, después de todo.

Odiseo propone un brindis. Agamenón le da las gracias, y luego le toca a Macaón. Se alzan las copas, se ofrecen y se aceptan las felicitaciones.

—Y ahora salís cagando leches de aquí todos —dice Agamenón señalándoles la puerta.

Cuando se vuelven, lo ven tomar a Casandra de la mano y llevársela a la habitación contigua.



En el salón, Macaón deja de contener la respiración con un audible resoplido.

—Bueno, ¿qué pensáis de eso?

—¿Qué lleva eso que le estás dando? —pregunta Odiseo—. Estaba medio dormido.

—No hay nada malo en mis somníferos. Se supone que no debes mezclarlos con vino sin diluir.

—¡Sí, como si él fuera a dejar de bebérselo!

—Por un momento, pensé ahí que iba a hablar de nuevos sacrificios. Chicas —dice Macaón.

—Y también lo ha hecho —dice Odiseo.

Calcas se siente alarmado y exasperado en igual medida. Nadie parece preguntarse por qué Aquiles, que en vida detestaba a Agamenón, que jamás por propia voluntad habría pasado ni una hora en su compañía, iba a escoger ahora pasarse la vida de ultratumba al pie de su cama.

—¿Tú has llegado a alguna conclusión? —pregunta Macaón.

Calcas mueve la cabeza.

—¿Qué hay de Áyax el Menor? —dice Macaón—. Violar a una sacerdotisa virgen en el templo de una diosa virgen... ¿No es como para encabezar la lista?

—No, es demasiado útil —dice Odiseo—. Si llega la guerra con Menelao, vamos a necesitar a todos los aliados que podamos conseguir.

¿Guerra? Calcas aún no ha hablado y cada vez está más convencido de que el silencio es su mejor opción. A veces, por las noches, permanece en vela y duda de su fe. En sus momentos más oscuros, le parece que todas las agónicas vueltas que da a la voluntad de los dioses no son más que autoengaño. Pero ahora, al escuchar hablar de «cabezas de lista» y de la necesidad de alianzas, sabe que no es verdad. Sin vanidad, se sabe otra clase de hombre. No mejor. No afirmaría eso. Pero sí diferente. En alguna parte de todo este asunto piensa que hay una auténtica verdad oculta y que no podrá descansar hasta encontrarla.

—En ese caso —dice sin molestarse en ocultar ahora su sarcasmo—, ¿quién sería mi mejor apuesta? ¿A quién creéis vosotros que debería culpar?

—Yo en tu lugar me quedaría con Aquiles —dice Macaón—. Al menos él está muerto.

Odiseo hace una mueca.

—No, yo iría a por «el ingrato pedazo de mierda».

—¿Pirro?

—¿Por qué no? A menos que disfrutaras con su pie en el culo.

Se marchan juntos, riendo. Calcas los sigue más lentamente, preparándose para otro forcejeo con el viento. El leve momento de calma

que a menudo llega en las horas previas al amanecer ya ha pasado. Cuando sale a la terraza, unas violentas pequeñas ráfagas le lanzan arenilla a la cara.

«Yo iría a por el ingrato pedazo de mierda. A menos que disfrutaras con su pie en el culo».

Después de aquel episodio, se había consolado con la idea de que muy pocas personas lo habían presenciado. Con suerte —pensó—, los comentarios no saldrían del recinto de Pirro —e incluso allí podría no ser más que una novelería pasajera—. La verdad es que tras tantos años en el campamento debería conocerlo mejor. El hecho de que nadie se lo hubiera mencionado no significaba nada; todo el mundo había estado comentándolo a sus espaldas. «Ignóralo». Pero no puede ignorarlo; lo corroe una noche tras otra, como una rata en sus intestinos. El daño a su reputación es real, y en este campamento los hombres viven —y mueren— por la reputación. La reputación es lo más importante. Si la gente empieza a creer que puede tratarlo con desprecio, es peligroso; y no solo lo devalúa a él, sino que también es una ofensa al dios al que sirve.

Calcas alza la vista a las estrellas. El viento hace cosas disparatadas, obligándolas a revolotear y danzar como si fueran luciérnagas. Después de unos segundos está tan mareado que siente alivio al mirar de nuevo al suelo. Desearía poder hablar con alguien, pero no hay nadie en quien pueda confiar. ¿Hécuba? Sí, tal vez, aunque en realidad un sacerdote debería obtener consuelo solamente de su dios: eso es lo que le enseñaron en el templo de Apolo, en Troya. Pero eso a él nunca le ha funcionado, ni siquiera entonces. Él siempre había encontrado el consuelo en los brazos de extraños, de noche en los jardines de Príamo, a la sombra de los árboles. Lo que daría ahora por volver allí, aunque solo fuera una vez antes de morir.

Como por algún impulso primitivo, intenta rezar, pedir misericordia —aunque sabe que los dioses no la tienen, y menos que ninguno el dios al que sirve él—.

Señor de la luz, escúchame.

Hijo de un dios, escúchame.

Verdugo de la oscuridad, escúchame...

Pero la larga letanía familiar no consigue calmarlo. Sigue caminando, con el deseo de cansarse antes de volver a la cabaña en la que come y duerme solo. Está amaneciendo y las estrellas empiezan a palidecer hasta que al final, de la jadeante masa grisácea del mar, el sol se alza tan pequeño, duro y frío como una piedra.

La muerte de Amina lo cambió todo. Lo digo y pienso de inmediato: «Ridículo». No, no es cierto —no cambió nada en absoluto—. Sobre todo los primeros días pareció que se la hubieran tragado las olas sin que nadie lo advirtiera, sin dejar ni una sola burbuja detrás. Seguí yendo al barracón de las mujeres como de costumbre, pero era consciente todo el tiempo de que aquel delgado fantasma merodeaba alrededor de nosotras. Por las noches nos seguíamos sentando al aire libre, pero eran reuniones deprimentes. Una noche, alrededor de una semana después de la muerte de Amina. Hele pidió música. Como siempre, las chicas cantaron sus favoritas, pero esa noche muchas pidieron la canción que Amina solía cantar. No sé por qué es tan triste esa canción, porque habla de una chica enamorada de un chico, una celebración del amor sin sombra de despedida. Y, sin embargo, no puede ser más triste. Cuando la música se apagó, nos quedamos en silencio por un rato, pensando en ella. Un par de chicas empezaron a llorar sin tapujos e incluso a Hele le brillaron sospechosamente los ojos.



Yo dormía mal. Después de una noche especialmente agitada, me levanté y salí la terraza en camión de dormir, con solo una manta sobre los hombros. Varios soldados se quedaron mirándome con curiosidad cuando pasaban de camino al campo de entrenamiento. Los juegos ya estaban en marcha, la atmósfera en el recinto era tensa, de agitación casi febril. Volví al interior de la cabaña y coloqué el desayuno de Alcimo sobre la mesa. La cama estaba vacía, pero las mantas se habían retirado, por lo que sabía que había

dormido allí. Debía de haberse marchado al campo de entrenamiento antes del amanecer, como hacía últimamente a menudo. Cuando, solo unos minutos después, entró, vi que llevaba empapado en sudor el pelo. Después de comer en silencio durante un rato, levantó la vista:

—Tienes que sentirte sola aquí.

—¿Sola?

—Bueno, sin nadie...

—Esto es silencioso, pero estoy bien. No me importa.

—Solo me preguntaba si serías más feliz viviendo con las otras mujeres.

«Sí», pensé. «Y entonces tú tendrías a otra mujer esperándote en la habitación del final del pasillo». Porque sabía que tenía otras mujeres, como todos los griegos. Y como todos los troyanos, para ser justos.

—Me iré, si es lo que quieres. —Me daba miedo levantar los ojos—. Pero están hacinadas allí.

—¿Ah, sí? —Por supuesto, él no lo sabía. Solo Pirro podía entrar en el barracón de las mujeres—. No querría que estuvieras incómoda.

Me miró a la barriga, donde, como en respuesta a la atención que estaba recibiendo, un pequeño pie se movió.

—¿Cómo van los juegos?

Su rostro se iluminó de inmediato. Los juegos eran para aquellos soldados el sucedáneo de la guerra, y el entrenamiento iba bien, verdaderamente bien, aunque los hombres a veces se dejaban llevar por el entusiasmo. Un joven idiota acababa de dislocarle el hombro a su mejor luchador ¡y en un entrenamiento! Pero al menos todo el mundo parecía comprender que, si querían que los juegos continuaran, tendrían que dejar de pelearse cada vez que perdían.

Escuché, admiré y simpatiqué, y cuando terminó de comer parecía contento. Lo vi marcharse a entrenar, y entonces me quedé con la espalda apoyada en la puerta y los ojos cerrados. Pasaba demasiado tiempo sola — en eso Alcimo llevaba razón— y las visitas al barracón de las mujeres no ayudaban en absoluto porque todo el mundo allí se apoyaba en mí. Tenía que vigilar cada palabra y cada cambio en la expresión porque nunca debía parecer deprimida o asustada. No me importaba: lo asumía. Pero ello significaba que nunca podía ser yo misma.

«Ritsa», pensé. Necesitaba ver a Ritsa. Pero antes de ir a verla tenía otra visita —atrasada— que hacer.



Hécuba permaneció en silencio un buen rato cuando le conté la muerte de Amina. No era uno de sus mejores días. Pensé que parecía una vieja araña moteada allí sentada.

—¿Suicidio?

—Hay quien parece pensar que fue eso.

—Pero ¿tú no?

—Yo intento no darle vueltas.

Se mecía levemente de lado a lado, más afectada por la noticia de lo que esperaba.

—¿Sabías que era amiga de Políxena?

—No, no lo sabía.

—Solo se llevaban dos meses. —Sus manos no dejaban de plegar y alisar el dobladillo de su túnica—. En fin. Triste final para una vida joven.

Pobre mujer. Había conocido tantos finales tristes de tantas vidas jóvenes... Era incapaz de imaginar cómo se podía sobrevivir a hijos y a nietos —y cuando pensabas que ya nada peor podía suceder, perder también a tu hija menor—. ¿Qué le quedaba ya en realidad más que el dolor, la ira y la sed de venganza? Una sed que no tenía la más mínima esperanza de saciar alguna vez.

Me miró, y su mirada era más penetrante que nunca.

—¿Qué crees tú que pasó?

—Creo que Pirro la mató. Aunque no sé por qué; no tenía que hacerlo.

—Otra cosa más que tenemos que agradecerle.

No supe qué decir a eso porque es evidente: Pirro, el hijo de Aquiles y el hermanastro de mi hijo. El enemigo. La cosa no puede ser más cruda.

Tras una pausa, Hécuba dijo:

—Calcas ha venido a verme. Acababa de irse cuando has llegado.

—¿Qué quería?

—Esa es una pregunta muy cínica.

Las dos nos sonreímos.

—No, vino a contarme que Casandra se ha casado.

Me acordé de Casandra el día que llegó al campamento; su aire triunfal cuando bailaba alrededor de la cabaña atestada agitando las antorchas sobre su cabeza e invitando a su madre y sus hermanas a bailar en su boda. Era absoluta su convicción de que su matrimonio con Agamenón conduciría directamente a la muerte de este.

Hécuba movió la cabeza.

—Nunca pensé que lo haría. Claro que me daba cuenta de que él estaba colado por ella, pero no pensaba que se casaría con ella de verdad. ¡Ya tiene una esposa!

—Obviamente no cree en sus profecías.

—¡Obviamente!

—¿Y tú?

Se movió, inquieta.

—Creo que el destino es completamente azaroso. La gente solía decir que Apolo hablaba a través de ella. A mí nunca me lo pareció, creo que ella simplemente se inventaba las cosas como mejor le venían. En cualquier caso, da igual lo que yo piense. Necesito verla.

—Bueno, eso no es fácil —dije—. Yo viví un tiempo en el recinto de Agamenón, y apenas te dejaban salir de la cabaña.

—Sí, pero eso es porque erais esclavas. Ella está casada ahora. No puede mantener encerrada a su esposa.

Pensé que probablemente sí; pero me daba cuenta de lo mucho que significaba para ella la esperanza de ver a Casandra, así que por supuesto le dije:

—Lo intentaré.

Ella hizo intención de decir algo, pero se ahogó, y en lugar de eso tuvo que apretarme la mano.

—¿Era eso todo lo que quería? ¿Contarte lo de Casandra?

Sentía curiosidad por aquellas visitas. No entendía cuál podía ser el interés de Calcas. Al fin, tras una pausa, dijo:

—No, me estuvo preguntando por cuando Príamo vino a ver a Aquiles.

—¿Por qué le interesará?

—Bueno, él sabrá por qué. —Se había sumido en sus pensamientos y recuerdos—. Yo no quería que Príamo viniera. Le supliqué que no lo hiciera; estaba segura de que Aquiles lo mataría (sinceramente, no creía que durara ni cinco minutos una vez que cruzara las puertas), pero lo único que él dijo fue: «Tengo que intentarlo. No es un lobo; es un hombre. Y, si es un hombre, podemos hablar». ¿Hablar? ¿Hablar? Yo no habría hablado con él. Yo le habría abierto la garganta con los dientes antes de hablar con él. Mató a mi hijo. Y no fue suficiente, no, tuvo que arrastrarlo alrededor de las murallas, hacerlo pedazos delante de todo el mundo... Matarlo no fue suficiente.

—Espero que tú no lo vieras.

—No, Príamo mandó que me apartaran. Pero él sí lo vio; lo vio todo... Y aun así fue a hablar con él. No hubo nada que pudiera decir para hacerlo cambiar de idea.

Sus dedos volvían a estar ocupados con el dobladillo de su túnica. Yo miraba sus manos porque no podía soportar mirarla a la cara.

—Lo seguí hasta el vestidor. A la luz de las antorchas, solo estábamos él y yo, sin ninguno de sus parásitos, por lo que podía decir lo que realmente pensaba. Estaba sosteniendo la copa tracia. Le encantaba esa copa, que es un objeto hermoso, sí que lo es, pero no le importó, y fue a rescatar a Héctor. Yo le dije que era un estúpido; le dije que Aquiles no mostraría más compasión que un perro rabioso, pero no quiso escuchar. Al final tuve que rendirme. Quería que tuviera una despedida apropiada porque pensaba que nunca más volvería a verlo. Le llevé una copa de despedida. —Sonrió—. Estaba sentado en una carreta de campesino con una túnica andrajosa y vieja, y pensé que nunca me había parecido más un rey. Así que imploré a Zeus que lo protegiera. Él me besó, y estaba a punto de partir cuando dijo: «¡Mira!». Había dos águilas volando sobre el palacio. Dos águilas juntas, algo que nunca se ve. Dijo que era un buen augurio y, por supuesto, yo le seguí la corriente. A mí no me lo parecía. Pero, ya ves, me equivocaba. Trajo de vuelta el cuerpo de Héctor, y fue un milagro. Todas aquellas terribles heridas habían desaparecido. Parecía dormir.

Permaneció un rato en silencio, recordando.

—¿Y sabes que cuando desenvolvimos el cuerpo llevaba dentro hierbas frescas? Alguien se las habría puesto.

—Fui yo.

—¿Tú? —Sonrió—. Lo había pensado.

Volvimos a quedarnos en silencio tras esto. La convencí de beber un poco de vino.

—Calcas quería saber lo que Príamo dijo cuando volvió. Le he dicho que le pregunte a Casandra. Ella salió corriendo a recibirlo. Yo estaba demasiado ocupada llorando a mi hijo.

Cuánta amargura, y tal vez celos también, en aquellas palabras. Casandra obviamente había tenido una relación muy estrecha con Príamo. Le di una palmadita en el brazo a Hécuba y me levanté.

—Iré a veda en cuanto pueda.

Fuera, acababa de comenzar un combate de lucha. Una gran muchedumbre, por el momento silenciosa, observaba en el ágora a dos hombres que se movían en círculo midiéndose mutuamente. Sus cuerpos embadurnados de aceite resplandecían bajo la luz de bronce. Todo el mundo esperaba en tensión a que empezara el combate, pero ellos seguían dando vueltas y vueltas.

—¡Hostia, haced algo ya de una vez! —gritó alguien.

Los hombres sentados a su alrededor rieron, pero otros protestaron:

—¡Cierra la puta boca!

En la arena, en su burbuja de silencio, los luchadores empezaron a forcejear hasta derribarse mutuamente.

Cassandra y yo empezamos con mal pie, y no fue ni por su culpa ni por la mía.

Una sirvienta abrió la puerta y me condujo hasta el salón, donde encontré a Cassandra sentada en un sillón tallado hilando lana. Cuando se levantó y se volvió hacia mí para recibirme, me fijé en su collar: ópalos de fuego engastados en plata. Y me quedé tan conmovida que no pude articular palabra —aunque no creo que dejara traslucir lo más mínimo—. Aquel collar había pertenecido a mi madre: mi padre se lo había regalado el día de su boda. Cuando Liserno cayó, le había correspondido a Agamenón como parte de su botín. Ahora —supuse—, se lo habría dado él a Cassandra como regalo en el día de su boda. Cuando movía la cabeza, en el interior de las piedras lechosas se iluminaban venas de fuego. No podía apartar los ojos de ellas. Cassandra se llevó la mano al collar, pero pareció malinterpretar la dirección de mi mirada.

—Sí, lo sé. Tiene mal aspecto, ¿verdad?

Me quedé desconcertada hasta que comprendí que se estaba refiriendo a las quemaduras de cuerdas en sus muñecas.

—La gente parece creer que fui arrastrada entre patadas y gritos hasta la cama de Agamenón, pero en absoluto fue así. —Clavó en mí sus inquietantes ojos amarillos—. Fui de buena gana. Pues sabía que cuanto antes sucediera antes estaría muerto.

—¿Se lo dijiste a él?

—No, no pude; me amordazaron. Aunque no habría hecho ninguna falta. Nadie me cree nunca.

Sus manos estaban ocupadas colocando dulces sobre una bandeja. Cuando terminó de colocarlos a su gusto, levantó la vista.

—Su esposa nos matará, ya lo sabes.

—¿Y no te importa?

—Bueno, no le faltan razones... No puedes culparla. ¿Sabes lo que hizo él?

Empecé a responder que sí, pero Casandra me ignoró y siguió hablando.

—Sacrificó a su hija. Fue una trampa. Le dijo a la madre que la chica iba a casarse con Aquiles y ya te puedes imaginar qué brillante casamiento habría sido: así que todo el mundo se puso a coser vestidos a toda prisa y luego se dirigieron al campamento. La sacrificaron en el altar de Artemisa para propiciar un viento favorable que llevase a la flota hasta Troya. — Sonrió, y por un momento le vi parecido con Hécuba—. Yo me cargaría a ese cabrón, ¿tú no?

—Sí.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Sabía que lo estaríamos.

Nunca había conocido a nadie como Casandra, con esa curiosa mezcla de infantilismo —casi de retraso, se diría a veces— y frialdad. No estaba segura de cómo responder.

Me ofreció la bandeja de dulces.

—Prueba uno de estos; están buenos de verdad.

Tomé uno y nos arrellanamos en nuestras sillas con la boca llena de una masa pegajosa que hacía hablar casi imposible. Cuando finalmente logró liberar su mandíbula, dijo:

—Creo que mi familia tiene razones para estarte agradecida.

Moví la cabeza.

—¿Intentaste enterrar a mi padre?

—No fui yo, sino Amina —dije sin dudar—. Y fue ella quien pagó el precio también.

No quería que me dieran las gracias por una acción en la que había participado por un puro error.

Seguimos charlando mientras ella mezclaba el vino. Había algo extraño en aquella situación y me llevó un rato averiguar qué era. Casandra parecía no acordarse de nuestro encuentro anterior. Tal vez formara parte de la

naturaleza de su furor que no recordara nada de lo que había dicho o hecho durante cualquiera de sus «episodios», o tal vez lo recordara perfectamente, pero había elegido no mencionarlos.

Me ofreció una copa de vino.

—Supongo que habrás ido a ver a mi madre.

—Sí, varias veces. —Habría resultado natural en ese momento que hubiera preguntado cómo estaba su madre, pero no lo hizo, y yo añadí, dubitativa—: Seguro que le encantaría verte.

—Seguro que sí.

—Bueno, entonces, ¿porqué...?

—No quiero. Iré, no dejaré que se vaya sin despedirme... Pero todavía no.

—¿Por qué es tan difícil?

No esperaba que me respondiera —en realidad, me arrepentí de haber hecho la pregunta casi antes de que las palabras hubieran terminado de salir de mi boca—, así que me sorprendió cuando se lanzó sin dudarle:

—No lo era al principio. No hasta Elena... Ahí es cuando todo se torció en realidad. Ya sabes, los vi entrar por las puertas de la ciudad, a París y a Elena. Vi a mi padre darle la bienvenida y supe, supe allí mismo lo que iba a pasar. No fue una vaga premonición ni nada por el estilo. Vi Troya en llamas. Por eso le arañé la cara. Pensé que si dejaba de ser hermosa, aunque solo fuera por unos días, París entraría en razón (al igual que mi padre y que todos los demás) y la enviarían de vuelta con su esposo al lugar al que pertenecía. En lugar de eso, me echaron a mí (ahí es cuando todo empezó). Al parecer, yo atacaba a todo el que se me acercara: mi madre vino a intentar calmarme y la atacé a ella también. Así que me encerraron. Tuvieron que obligarme a comer porque yo no quería, no quería que me crecieran tetas gordas y flácidas como las de Elena. Tenía mujeres que cuidaban de mí (guardianas, en realidad), pero no les estaba permitido pegarme. Aunque no lo necesitaban, de eso ya se encargaba Hécuba, con un cepillo del pelo. Solía pensar que me odiaba porque yo era la única mancha en su perfecta familia.

»Me puse mejor, pero cuando volví a casa todo, todo giraba en torno a Elena. París estaba loco por ella, a Héctor no le faltaba mucho para estar

como él, ¡y hasta mi padre! Hacía con él lo que quería. Se habló de casarme; creo que hasta tenían elegido a algún pobre gilipollas, pero entonces volvió a suceder. Y luego otra vez. Y para entonces ya era obvio que nadie iba a casarse conmigo. Ni siquiera ser el yerno del rey Príamo podía compensar la tacha de la locura. ¿Quién quiere eso en la familia? Así que Hécuba decidió que yo sería sacerdotisa (una sacerdotisa virgen). Príamo estuvo de acuerdo (estaba de acuerdo con casi todo lo que ella decía), y a mí me mandaron al templo.

—¿Qué edad tenías?

—Catorce.

—Tuviste que echar de menos a tu familia.

—En realidad, no. ¡No echaba en falta a mi madre, desde luego! Sí eché de menos a mi padre, y a Eleno. Pero, por supuesto, desde el punto de vista de Hécuba, el problema estaba resuelto. Ahora, cuando sufría ataques de locura, ella podía decir que se trataba del furor enviado por un dios. Era mucho más respetable. Si yo hubiera sido religiosa, habría hecho las cosas más fáciles, pero no lo era (entonces no lo era en absoluto). Supongo que conoces la historia. Que Apolo me besó y me concedió el don de la profecía, y que cuando me negué a acostarme con él, me escupió en la boca para asegurarse de que nadie me creyera jamás.

—He oído la historia. ¿Es verdad?

—Por supuesto que sí.

Empezaba a rebelarme contra el hecho de ser el público de un infinito monólogo de autoexculpación.

—Ni siquiera estoy segura de saber lo que es la profecía.

—Bueno, pongamos un ejemplo trivial... Yo no me he movido de esta silla desde que me levanté, y tampoco me he asomado a la puerta, pero te vi caminando por la playa y supe que venías hacia aquí.

—Ajá.

—No pareces convencida.

—Bueno... Yo venía a hacerte una pregunta y ya sabía cuál sería la respuesta antes de llegar. ¿Es eso una profecía?

—No, eso no es más que inteligencia. —Me miraba fijamente; pensé que como si me viera, en realidad, por primera vez—. Observas a la gente,

¿verdad?

—Mira, es tu madre. Acabas de casarte. ¿Tanto te costaría dar un simple paseo?

—No imaginas cuánto.

Empezaba a vislumbrar la verdad sobre Casandra. Como Atenea, que brotó armada de pies a cabeza de la cabeza de Zeus, ella tampoco debía su vida a nada que hubiera sucedido entre las piernas de una mujer. Así que Hécula podía ser apartada a un lado como algo irrelevante. Era —al menos en ese sentido— todo lo contrario que yo.

En todo caso, ya tenía la respuesta que había ido a buscar. Solté mi copa —apenas había tocado el vino—, y estaba a punto de ponerme de pie cuando se oyó llamar a la puerta.

Casandra puso una mano disuasoria en mi brazo.

—No te vayas aún. Ese debe de ser Calcas y tendrá tantas ganas como yo de hablar contigo.

Oí a la sirvienta en la puerta, invitándolo a pasar.

—No se me ocurre de qué puede querer hablar conmigo.

—¿Ah, no? ¿Una chica tan lista como tú? Habría pensado que era obvio a estas alturas.

Cuando Calcas entró en la habitación, olí el aire salado en su piel junto con el olor bastante menos agradable de la pasta blanca con que se había enlucido la cara. Vestía todas sus galas sacerdotales con el báculo y las ínfulas rojas. ¿Un reconocimiento del nuevo papel de Casandra como esposa de Agamenón? ¿O quizá un recordatorio visible del sacerdocio compartido? Ambos se habían formado en el mismo templo; incluso habían dormido en la misma habitación, si bien con muchos años de diferencia —Calcas fácilmente podía llevarle quince años—. Sin embargo, tenían esa experiencia en común. Después de sentarse y que le ofrecieran vino, empezaron a recordar al sacerdote que los había instruido a ambos y luego —pensé que con bastante más afecto— los cuervos que había en las tierras del templo, que no podían volar porque les habían cortado las alas. Aquellos pájaros habían sido los compañeros de su infancia, sus amigos —los mismos individuos en ambos casos, pues los cuervos viven largo tiempo en cautividad—. Todos tenían un nombre, una personalidad, unos pequeños

trucos que sabían hacer. Mientras los escuchaba, se dibujó en mi mente la imagen de dos niños muy solos, ambos apartados de su hogar mucho antes de estar preparados para dejarlo. Había algo extraordinariamente conmovedor en aquello y me hizo cambiar de actitud hacia ambos, pero sobre todo hacia Calcas, que siempre me había parecido un fraude. Ya no estaba tan segura de eso.

Tras una breve pausa —Calcas estuvo centrando su atención en los dulces, dando cuenta de ellos a un ritmo sorprendente—, empezó a hablar de la visita de Príamo a Aquiles la noche que entró en el campamento griego para suplicar que le devolviesen el cuerpo de Héctor.

—Creo que fuiste tú —dijo dirigiéndose a Casandra— quien habló con él en cuanto llegó.

—Sí —respondió Casandra—. Yo había pasado toda la noche en las almenas. No podía ver nada; ni siquiera cuando empezó a amanecer podía ver nada, porque la niebla era densa, pero entonces, de repente, allí estaba, conduciendo aquella vieja y desvencijada carreta de campesino. Corrí a su encuentro, hice que abrieran las puertas y entonces trepé a la carreta y me senté a su lado, y ambos entramos juntos en la ciudad.

—Triunfalmente —dijo Calcas.

—No mucho —respondió cortante Casandra—. Llevábamos el cadáver de mi hermano detrás.

Calcas se inclinó ligeramente, tal vez a modo de disculpa por su falta de tacto.

—¿Príamo habló de Aquiles? Me refiero a si contó cómo Aquiles lo había recibido.

—Se deshizo en elogios. Contó que Aquiles lo acompañó a pie hasta verlo salir sano y salvo del campamento en la carreta. Al parecer, lo último que le dijo fue: «Cuando Troya caiga, intenta hacerme llegar un mensaje e iré, si puedo». Y Príamo le respondió: «Cuando Troya caiga, tú ya estarás en el Hades». Aquiles se echó a reír y respondió: «Bueno, entonces supongo que no podré ir, ¿no? Por muchos mensajes que mandes».

Yo no había sabido hasta entonces de esa conversación, pero pude escuchar a Aquiles —y su risa—.

Calcas se volvió hacia mí:

—Hécuba dice que tú estuviste allí aquella noche.

—Sí, estuve allí. Pero antes de responder a ninguna pregunta, me gustaría saber a dónde va esto.

¿Pareció ligeramente tomado por sorpresa? Resultaba difícil leer sus expresiones tras la máscara de pintura.

—He hablado con Hécuba —dijo—. Y ella me contó cómo murió Príamo. Estaba allí, ¿lo sabías? Lo vio todo. Dijo que nadie mataría ni a un cerdo como Pirro mató a Príamo.

—Lo sé. Pero ¿puedo decir únicamente en defensa de Pirro que Príamo estaba armado y listo para luchar y que habría preferido morir así antes que verse obligado a arrodillarse ante Agamenón?

—Sí, es cierto, pero eso no me hace sentir menos furia. Estaba viejo, apenas era capaz de tenerse en pie con la armadura puesta, sufrió una carnicería, y el hombre que lo hizo fue celebrado como un héroe. No es un héroe: es un pequeño patán rabioso. Y se podrán decir muchas cosas de Aquiles, pero él nunca fue eso.

Veía su ira. Casi no podía evitar verla resquebrajar, literalmente, la pintura de su rostro —y en ese momento olvidé, o al menos hice a un lado, mi instintiva antipatía hacia Casandra y mis sospechas de que Calcas cortaba sus profecías a la medida de sus intereses—. No éramos más que tres troyanos hablando en una habitación en el corazón del campamento enemigo.

—Escuchad —dijo Calcas—. La cuestión que tenemos que aclarar es la siguiente: ¿Cuál fue la naturaleza de la relación entre Aquiles y Príamo? Porque ya lo sabéis, es perfectamente posible que hicieran un trato. «Aquí tienes tu rescate, compruébalo». «Muy bien, aquí tienes el cadáver». Y eso habría sido todo. Pero si hubo más que eso, si Aquiles recibió a Príamo como su invitado, entonces es que se forjó un vínculo entre ellos. La hospitalidad. Y esa es una cuestión muy diferente. Porque no hay modo legítimo de matar a alguien a quien se está unido por ese vínculo. Aun cuando se pertenezca a bandos enfrentados en una guerra y se produzca un encuentro en el campo de batalla. Ese vínculo se transmite de padres a hijos —es hereditario—. Así que si existía entre Aquiles y Príamo también existiría entre Pirro y Príamo, y eso convierte la muerte de Príamo...

—En asesinato —respondió Casandra.

Levanté la vista y la encontré mirándome con aquellos ojos brillantes y amarillos.

—¿Entiendes ahora por qué es tan importante responder a las preguntas de Calcas?

Asentí, me tomé un momento para organizar mis ideas y empecé a contar lo que pasó aquella noche. Pero mientras hablaba, otra historia mucho más compleja empezó a salir a la superficie en mi mente. Aquella fue la noche más importante de mi vida, el momento en que todo cambió. Primero fue la conmoción de ver a Príamo, solo e indefenso, en medio de sus enemigos. Luego siguió la vertiginosa sensación de la posibilidad. Supliqué a Príamo que me llevara con él cuando se marchara, imploré, pero él se negó rotundamente. Dijo que la guerra había empezado cuando su hijo, París, incumpliendo las leyes de la hospitalidad, había seducido (algunos decían que violado) a la esposa de Menelao, Elena. Por lo que él no insultaría la hospitalidad de Aquiles robándole a su mujer. Esa fue la respuesta que recibí, pero yo había sido incapaz de aceptarla. Me escondí junto al cadáver de Héctor en la carreta mientras esta avanzaba con dificultad hacia las puertas del campamento, a sabiendas de que Aquiles caminaba a nuestro lado a menos de dos metros. Y entonces...

Y entonces lo pensé mejor. ¿De verdad tenía sentido ir a Troya cuando todo el mundo, incluido Príamo, sabía que la guerra estaba perdida? ¿Tenía sentido soportar el saqueo de otra ciudad y una segunda esclavitud? Esas fueron las razones que me di a mí misma para no escapar, para volver al salón y a la cama de Aquiles. Y creo —aunque eso es algo de lo que ninguna mujer puede estar segura— que mi hijo fue concebido esa noche.

Calcas no necesitaba saber nada de eso. Yo no le interesaba más que como testigo. Y como testigo le di exactamente lo que necesitaba, ni más ni menos.

—Estábamos terminando de cenar cuando la puerta se abrió y entró alguien. Levanté la vista y vi que era Príamo. Iba vestido como un campesino, pero lo reconocí de inmediato. Aquiles no, porque nunca se había encontrado con él, pero cuando se dio cuenta de quién era, se puso furioso. «¿Cómo cojones has entrado aquí?», le dijo. Príamo respondió:

«Me ha guiado un dios» o algo así, y eso hizo que Aquiles se enfureciera aún más. Acusó a Príamo de haber sobornado a los guardias. Y para entonces otras personas ya habían descubierto quién era. Se amontonaron alrededor, y Aquiles tuvo que decirles que se apartaran. Príamo se arrodilló entonces a los pies de Aquiles agarrándole las rodillas. «Hago lo que ningún hombre ha hecho antes», dijo. «Beso las manos del hombre que mató a mi hijo».

Miré a Calcas y a Casandra, preguntándome si alguno de los dos captaba la conmoción y la fuerza de aquel momento.

—Aquiles podría haber matado a Príamo en ese instante, pero eligió no hacerlo. En lugar de eso, lo invitó a pasar a sus habitaciones privadas. Ah, y recuerdo que se cambió de túnica para ponerse una sobria, puesto que obviamente Príamo iba vestido como un campesino. Luego se sentaron y comieron juntos. Príamo ni siquiera llevaba un cuchillo, así que Aquiles limpió el suyo y se lo ofreció desde el otro lado de la mesa. No tuve que encargarme de servir nada. Aquiles fue quien vertió el vino en las copas (yo me limité a dejarlo sobre la mesa). Y era el mejor vino que tenía. Cortó la carne para Príamo; incluso le sostuvo el cuenco para que se lavara las manos. Y luego, bueno, era evidente que Príamo estaba exhausto, así que Aquiles me pidió que le preparase una cama. Recuerdo que dijo: «Utiliza las pieles de mi cama si te hacen falta. No quiero que tenga frío». Y a la mañana siguiente (yo le había llevado agua a Príamo para lavarse) Aquiles se había levantado pronto y se había puesto la armadura completa. Le advirtió a Príamo que cuanto antes se marchara del campamento, mejor. Le dijo que no quería que Agamenón lo encontrara allí, y Príamo le preguntó algo así como: «¿Pero lucharías por mí?». A lo que Aquiles respondió: «Por supuesto que lucharía. No necesito que un troyano me enseñe mis deberes como anfitrión».

Calcas se echó hacia adelante.

—¿Estás segura de que dijo «deberes como anfitrión»?

—Fueron las palabras exactas.

—¿Las oyó alguien más?

—No lo sé. Alcimo y Automedonte estaban en la terraza justo detrás de él, aunque no sé decir si lo oyeron o no. Pero sí podrían confirmar que

acompañó a pie a Príamo hasta las puertas del campamento para asegurarse de que salía sano y salvo.

Cuando terminé, Calcas dejó escapar un ruidoso suspiro y se arrellanó en la silla mirando a Casandra y luego a mí.

—Entonces —dije—, ¿estás diciendo que la muerte de Príamo fue un asesinato? ¿De verdad crees que los griegos lo aceptarán?

—Creo que es posible. Ya sabes, la gente siempre dice que quiere una explicación, pero en realidad no es cierto. Lo que quieren es alguien a quien echar la culpa.

—A mí me parece que antes culparían a Menelao.

—Oh, por supuesto que sí. Quieren ver morir a Elena a pedradas. Pero eso implicaría la guerra.

—Así que, en lugar de eso, ¿vas a por Pirro? ¿El héroe de Troya? ¿El hijo de Aquiles?

—He dicho que era posible. No he dicho que fuera fácil.

Calcas se sumió en el silencio, obviamente sin dejar de cavilar. Era un hombre extraño, difícil, complejo y resuelto —y, sin embargo, sentía que su lealtad a Príamo era genuina—. Y, a pesar de todas sus excentricidades, imponía. Aunque ni por un momento pensé que fuera a salirse con la suya. Pirro tenía demasiado poder, demasiado prestigio. El héroe de Troya. No había forma de sortear eso. Y había un defecto fundamental en el caso que Calcas estaba construyendo. Contaba con el testimonio de Casandra sobre el regreso a Troya de Príamo y con mis recuerdos de lo que Aquiles había dicho y hecho aquella noche, pero las dos éramos mujeres —y el testimonio de una mujer no se considera igual al de un hombre—. Ante un tribunal, si hay discordancia entre la versión de un hombre y una mujer, es invariablemente la de este la aceptada. Y si eso sucede en la sala de un tribunal, mucho más en este campamento donde todas las mujeres son esclavas troyanas y la única verdadera ley es la fuerza. Calcas necesitaría que Automedonte o Alcimo confirmaran todo lo que yo había dicho, pero la mayoría del tiempo yo había estado sola con Príamo y Aquiles, pues Aquiles pensó que Príamo se hallaría más cómodo en compañía de una chica troyana que de unos soldados griegos armados hasta los dientes. Confiaba en que, al menos, Alcimo y Automedonte dirían la verdad de lo

que sabían, pero sospechaba que su lealtad a Pirro, el hijo de Aquiles, podía anteponerse a todo lo demás.

Cassandra interrumpió mis pensamientos.

—Quiero ver enterrado a mi padre —dijo—. Quiero ver a Pirro arrastrarse a cuatro patas por el fango.

De repente, quise huir del aire viciado de aquella habitación. Bruscamente, me levanté, y esta vez Cassandra no intentó detenerme, aunque me vio dirigirme a la puerta.

—Iré a ver mi madre —dijo—. Pero todavía no.

Tuve la sensación de que la promesa era una recompensa, una palmadita en la cabeza por haber sido una buena chica. Zorra condescendiente. Se veía a sí misma en el centro de la red que se estaba tejiendo alrededor de Pirro, pero pensé que se engañaba en eso. Cassandra era tan absolutamente hija de su padre y estaba tan alejada de las actitudes y experiencias de casi todas las demás mujeres que era incapaz de apreciar en toda su magnitud el poder de Hécuba. Calcas sí lo veía. Había algo en su voz cada vez que mencionaba a Hécuba, una suavidad que desde luego no estaba allí el resto del tiempo. Tal vez de joven hubiera estado enamorado de ella, y tal vez en algún lugar bajo la pintura del rostro, el cinismo y la intriga, lo estuviera todavía.

Aquella noche, como ya era costumbre. Andrómaca y yo servimos el vino en la cena. Llegamos con tiempo y empezamos a servir las primeras copas. Las antorchas estaban encendidas, los juncos frescos esparcidos y la bandeja de oro resplandecía sobre la mesa de Pirro. Me fijé en que estaba bebiendo en la copa tracia. La había visto antes, por supuesto, cuando Aquiles vivía, en los diez días anteriores a su muerte, pero ahora la vi con ojos nuevos, porque sabía que Príamo la estaba sosteniendo cuando Hécuba intentó persuadirlo de no ir al campamento griego a arrojarse a la inexistente misericordia de Aquiles.

Mientras los hombres comían y bebían, mientras las antorchas ardían y la temperatura iba subiendo, observaba a Andrómaca entre las mesas. Parecía muy delgada y muy pálida —pensaba que había empeorado desde la muerte de Amina—, pero daba la impresión de arreglárselas a pesar de que notaba que seguía evitando mirar a los hombres a los que servía. Ellos hablaban de los juegos: qué árbitro estaba ciego (todos lo estaban), qué equipo era una mierda, quién era el favorito para ganar la carrera de cuadrigas... Los juegos parecían estar yendo bien. Había habido una batalla campal después de un combate de lucha que dejó lisiado para siempre a uno de los participantes, pero ningún otro verdadero disturbio. Me alegraba por Alcimo, que parecía estar ganando confianza día tras día.

Cuando llegó la hora de retirarse, a Andrómaca le dijeron que esperara detrás. La vi lanzar una mirada de desesperación sobre su hombro al tiempo de entrar en los dormitorios. Cuando regresé al barracón de las mujeres, las chicas ya tenían la comida preparada: pollo con limón y ajo, un plato muy sencillo pero delicioso —se les estaba empezando a dar bastante bien

cocinar—. Nos sentamos fuera a comer. Una de las chicas que aún me preocupaba era Maire: seguía siendo aquel bulto silencioso y triste. Inevitablemente, las mujeres tendíamos a vernos las unas a las otras a través de los ojos de nuestros captores, y me temo que yo era tan culpable de eso como cualquiera. ¿Por qué demonios la habría elegido Pirro a ella? Estaba inmensamente gorda, tan gorda que andaba como un pato —y era evidente que su cuerpo la avergonzaba, porque había andado por ahí con la misma túnica negra y sin forma desde el día que llegó—. A su lado, Hele era esbelta, fuerte, firme, elegante, resplandecía de salud, y, sin embargo, pese al violento contraste, parecían haberse hecho amigas. Al menos Maire le hablaba a Hele de vez en cuando, lo que ya era más de lo que hacía con todas las demás.

Al fin se retiraron los platos, se avivó el fuego y se sacaron los tambores y las flautas. La lira de Alcimo había sido devuelta en perfecto estado —me había asegurado de ello—, pero con gran generosidad por su parte había encontrado otro instrumento menos imponente para que lo usaran las chicas. Una de las más calladas levantó la mano y dijo que podía tocar un poco, «aunque no tan bien como Amina». Una sombra —casi pude verla— pasó por entre nosotras con la mención de su nombre.

Al momento Hele estaba de pie, dando palmadas para llamar la atención y anunciando que todas iban a aprender una canción nueva. Una canción de borrachos. Se miraron todas entre sí: las mujeres no cantan canciones de borrachos. Pero Hele siguió, y todas tuvieron que alzar la copa y echar un buen trago para empezar.

Y era —desde luego— una canción de borrachos; al estilo de las que los marineros solían cantar en las tabernas y los burdeles del puerto de Lirneso:

*Cuando un hombre envejece y se le enfrían los huevos
y la punta del nabo azul ya se le ha puesto
y no le hace caso si quiere mear,
tendrá un par de historias para contar,
TENDRÁ UN PAR DE HISTORIAS PARA CONTAR*

Las chicas se rieron: algunas parecieron escandalizarse, pero todas dieron la impresión de estar dispuestas a aprenderse la canción de muy buen

grado. Se podían oír distintas versiones de ella por todo el campamento, sin que hubiera dos exactamente iguales, aunque todas trataban de una mujer con un apetito sexual gigantesco. Una mujer insaciable que para correrse necesitaba que alguien le metiera una lanza en la vagina. No hace falta decir que su nombre era Elena.

Esperaba que Hele tuviera el buen juicio de detenerse antes de llegar a la última estrofa. Hubo muchas mujeres en Troya que murieron así —y yo sabía que una de las chicas había visto cómo a su cuñada embarazada la sacaban a rastras de su escondite y la atravesaban—. Pero nunca llegué a saber lo que habría hecho Hele..., porque iba por la tercera estrofa cuando Maire vomitó. Todo el mundo se volvió a mirarla.

Yo me arrodillé a su lado y le toqué la frente: estaba sudando un poco, pero no estaba demasiado caliente. Le palpé la base de la mandíbula: no había hinchazón.

—Vamos —dije—. Entremos.

Las camas ya estaban preparadas. La hice tumbarse y la cubrí con una manta. Reparé entonces en que Hele andaba en la puerta.

—Se pondrá bien —dije.

No estaba preocupada en absoluto: pensé que tendría algún problema de estómago, algo que era muy frecuente en el campamento.

—¿Maire? Intenta dormir.

No tenía especial interés en volver con el grupo alrededor del fuego. Estaba cansada después de haber estado sirviendo en el salón; se me habían empezado a hinchar los tobillos: necesitaba mi cama. Las canciones habían empezado de nuevo —esta vez me alegró oír una canción más apropiada—, así que pensé que podía escabullirme.

Pero solo había tenido tiempo de llegar hasta la terraza cuando Hele apareció de pronto en la puerta tras de mí:

—¡No puedes IRTE! ¡Yo no sé qué hacer!

—Se pondrá bien. Déjale una palangana cerca de la cama por si vuelve a tener ganas de vomitar.

Se quedó mirándome.

—¿No lo sabes, verdad? ¿Cómo es posible que tú no lo sepas?

Y, de repente, como si me hubieran echado encima un cubo de agua fría, lo supe. Por supuesto que todos lo habréis adivinado antes que yo, ¿verdad? ¿Puedo decir tan solo en mi defensa que el embarazo de una mujer gorda, un primer embarazo, especialmente cuando la mujer está intentando ocultarlo, no es tan fácil de detectar como pensaríais? Pero, aun así... Yo también estaba embarazada. ¿Cómo no lo había visto?

—Claro que me quedaré. Vuelve con las demás. Mantenías alejadas todo el tiempo que puedas.

Volví a la cabaña y me agaché junto a Maire. Ahora estaba sudando de verdad: su rostro era una luna llena brillante bajo las luces intermitentes que había entre las camas.

—¿Aún tienes náuseas?

Movió la cabeza. Sus labios se movieron; pero tuve que inclinarme para escuchar las palabras.

—Sé cómo acaba.

¿El embarazo? Bueno, no tiene gran mérito... Pero entonces me di cuenta: se refería a la canción.

—¡Eso no va a pasarte a ti!

Pero al tiempo que decía las palabras, pensaba: «¿Por qué no? ¿Qué ha cambiado?».

—No te pasará nada —dije dándole una palmadita en la pierna.

Necesitaba a Ritsa. Más que nunca necesitaba a Ritsa, pero podía oír a los grupos de soldados borrachos que pasaban —y había muchos otros en todos los recintos, por todo el campamento—. No podía llegar hasta ella, y desde luego no iba a enviar a ninguna de las chicas a buscarla. De alguna forma nos las tendríamos que arreglar. Miles de mujeres dan a luz cada año, algunas sin más ayuda que una perra. ¿Tan difícil podía ser?

Me arrodillé junto a Maire y le pregunté si tenía dolores regulares. Asintió. «¿Cuándo habían empezado?», pregunté.

—Esta tarde.

Así que ya llevaba varias horas de parto y no se lo había dicho a nadie. Cuanto más intentaba comprender su comportamiento, más insensato me parecía. Aunque no creo que estuviese pensando con claridad, la pobre mujer.

Cuatro o cinco chicas entraron en busca de sus mantas mirando de reojo a Maire de un modo tímido, curioso y ligeramente avergonzado. Podía oírlas chacharear cuando volvían al fuego. Estaban tan emocionadas por trasnochar, beber vino bajo las estrellas... En realidad eran niñas.

Maire estaba inquieta. Me senté a su lado observando cómo el dolor se apoderaba de ella, alcanzaba un pico y luego cedía. Arqueaba la espalda cuando el dolor empeoraba y gruñía, pero no hacía ningún otro sonido. Necesitaría algo para morder más tarde. No podíamos arriesgarnos a que el recinto se despertara con los inequívocos gritos de una mujer de parto. En los intervalos del dolor, hablaba —más de lo que había hablado nunca hasta entonces, por lo menos conmigo—. Había sido esclava en la cocina de una casa importante: nacida en esclavitud. Di por hecho que el padre sería su amo —las esclavas, incluso aquellas menos atractivas, solían ser usadas como desahogo sexual—, pero me equivocaba. El padre era un compañero de esclavitud, un hombre que trabajaba en la granja y regularmente llevaba suministros de hortalizas y fruta hasta la puerta de la cocina.

—Y un día —dijo Maire— me trajo flores.

Se podía ver el asombro de aquel momento en su rostro. Solía escaparse para verlo todas las veces que podía. En el huerto, en el granero, incluso en los campos...

¿Sabéis que la envidié de verdad? Yo había estado casada dos veces, había sido el premio de honor de Aquiles, pero ningún hombre me había traído flores a mí.

Mientras hablaba, empecé a entender por qué ella y Hele se habían hecho amigas. No podía haber dos mujeres más distintas, pero ambas compartían la experiencia de la esclavitud. Para ninguna de las dos la caída de Troya había supuesto un descenso de la libertad al cautiverio. Habían cambiado una servidumbre por otra; eso era todo.

Pasado un rato, las chicas empezaron a volver trayendo consigo el olor a humo. Hablando entre susurros se desvistieron y se prepararon para pasar la noche. Una a una las luces se extinguieron hasta que solo quedó encendida la lámpara junto a la cama de Maire. A pesar de la excitación, la mayoría de las chicas se quedaron dormidas enseguida. La comida caliente, el vino y el aire fresco las habían dejado fuera de combate. Aunque no a todas. Al mirar

alrededor de la habitación, vi brillar en la oscuridad más de un blanco de ojos.



Así fue pasando la interminable noche. Si acaso, los dolores de Maire fueron haciéndose más débiles y espaciándose: incluso logró dar una cabezada entre uno y otro. Creo que yo misma debí de quedarme dormida un momento porque me sobresalté cuando Maire me agarró la mano:

—Tengo que mear.

El cubo estaba en la otra punta de la habitación. ¿Cómo demonios...? Pero, bueno, había que hacerlo. Entre Hele y yo levantamos a Maire hasta sentarla y luego ponerla de pie. Aproveché la oportunidad para quitarle la túnica negra. Debajo solo llevaba un fino camisón blanco. ¡Y qué mole! De algún modo logramos arrastrarla entre dos filas de camas —Hele tirando de ella y yo empujando por detrás— y en el proceso despertamos a todo el mundo. Sujetamos a Maire mientras se agachaba encima del cubo. Hele tenía el rostro desencajado por el esfuerzo —y Hele era mucho más fuerte que yo—.

Lo que salió de Maire no fue ningún chorrito discreto de dama, sino un auténtico torrente de yegua. Por un instante, no daba crédito, pero entonces me di cuenta de que había roto aguas. Es lo único que sabe todo el mundo del parto, ¿no? Que se rompe aguas. Hele y yo nos miramos la una a la otra y luego miramos el largo camino de vuelta hasta la cama de Maire —solo unos metros, sí, pero un largo, larguísimo camino—, y entonces Hele se dirigió a la chica que estaba más cerca:

—Lo siento, bonita, necesitamos tu cama.

La chica pareció sorprendida —la pobre criatura acababa de despertarse—, pero se levantó enseguida y se echó en el suelo muy cerca. Para entonces todas las demás se habían despertado: no creo que nadie volviera a dormir aquella noche.

Después de aquello los dolores se hicieron mucho más fuertes. Maire empezó a gritar; hice un nudo con mi velo y se lo di para que lo mordiera, pero tenía la boca seca y lo escupía una y otra vez.

—Tienes que estar callada —susurré.

No necesité decir más; Maire sabía muy bien por qué, pero con cada contracción se hacía más difícil. Las chicas encendieron sus lámparas y todas nos pusimos a esperar. Cada vez que empezaba una contracción, Maire mordía el nudo. Se la podía ver luchando por encaramarse a la cresta de cada oleada y luego descender al otro lado. Unos momentos de paz, y la tensión comenzada de nuevo. Hele no dejaba de darle sorbitos de agua, pero no podía retenerla, así que nos limitábamos a humedecerle los labios agrietados. Todo esto delante de un público de chicas asombradas que no podían ayudar ni hacer nada. Salvo estar allí.

No sé cómo Maire consiguió no gritar, pero lo hizo —aunque terribles sonidos como gruñidos salían de detrás del velo—. Y entonces algo nuevo empezó a suceder. Primero lo vi en el rostro de Maire; parecía desconcertada. Luego miré a Hele en busca de confirmación, pero ella tan solo movió la cabeza. Maire, que se había mostrado tan agradecida por todo lo que hacíamos, de repente empezó a mostrarse malhumorada e irascible. Nada de lo que decíamos o hacíamos le parecía bien. En la siguiente ocasión que Hele trató de mojarle los labios, apartó la copa tan violentamente que cayó al suelo.

—¿Qué quieres? —pregunté.

No sabía lo que quería. Y entonces, con la siguiente contracción, empezó a empujar. Pensé que pronto habría terminado, que solo quedaban unos minutos. Cada bocanada de aire inhalada era expulsada con un aullido de esfuerzo.

—Shhh —seguía diciéndole mientras miraba nerviosamente a la puerta, pero los aullidos ya estaban fuera del control de Maire.

Hele se puso de pie.

—¡Cantad! —susurró a las chicas—. Vamos, no os quedéis ahí sentadas. ¡Poneos a cantar de una puta vez!

Y a cantar se pusieron. Creo que cantaron hasta la última canción que se sabían, incluso el viejo al que la punta del nabo ya no le hace caso salió a relucir por segunda vez.

—¡Más alto! —gritó Hele.

Seguro que los soldados que seguían bebiendo alrededor del fuego oyeron las canciones y pensaron: «Esas se lo están pasando bien». Al

amparo del ruido, Hele y yo seguíamos mirándonos, aterrorizadas ante la magnitud de nuestra ignorancia. Así aguantamos en vilo de una contracción a otra hasta que al fin fuimos recompensadas con el sonido de los pasos de Andrómaca en la terraza.

Entró con la cabeza baja y la mandíbula en tensión sin ver nada ni a nadie. Cuando al fin levantó la vista y vio que todas estaban despiertas y había una mujer en el suelo gimiendo, pareció desconcertada.

—¿Qué pasa?

Hele respondió:

—Está de parto.

—¿De parto?

Andrómaca miró a Maire y movió la cabeza con un gesto que parecía decir: «¿Y a mí qué?».

—Tengo que lavarme.

Y pasó por entre las aterrorizadas chicas y salió al patio. Un murmullo recorrió la habitación. Hele y yo nos miramos y entonces yo salí a la noche tras Andrómaca. El fuego aún ardía: había una caldera de agua caliente junto a él. Agachada, con las piernas abiertas, Andrómaca se restregaba con saña con un trozo de tela doblado en forma de almohadilla. Instintivamente, aparté la vista, aunque a ella no pareció importarle mi presencia allí. Ya no necesitaba privacidad ahora que su cuerpo había dejado de pertenecerle. Conocía esa sensación, y las palabras de enfado que estaba a punto de pronunciar murieron en mis labios. Apartando la mirada, esperé a que estuviera lista.

—Bueno —dijo tirando la almohadilla en la caldera—, veamos qué podemos hacer.

La seguí al interior de la cabaña, mareándome de nuevo en medio del hacinamiento, los olores, el calor de todos aquellos cuerpos. Andrómaca se arrodilló a los pies de Maire, esperó hasta la siguiente contracción y entonces, inmediatamente, hizo lo que yo no me había sentido capaz de hacer: subirle el camisón a Maire hasta la cintura e intentar ver lo que estaba pasando. Me alegré de no haberlo hecho, porque la visión solo me habría causado pánico. Lo que tenía delante me parecía sencillamente

imposible. El dolor se retiraba: Maire lanzó un largo grito insoportable y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—No lo estás intentando —dijo Andrómaca—. ¡Tienes que empujar!

—¡ESTOY EMPUJANDO!

—No lo suficiente.

Sus palabras fueron ásperas; pero aquella severidad pareció sacar a Maire de su letargo y —coincidencia o no— la siguiente contracción fue más fuerte. Andrómaca me susurró:

—Debajo de todo ese tamaño es muy estrecha, en realidad. —Parecía preocupada. Y si ella estaba preocupada, yo estaba frenética.

—Vamos, Maire —dije—. Puedes hacerlo.

Maire movió la cabeza. Andrómaca le dio una bofetada, suave, pero cualquier bofetada en ese momento era brutal. —Mírame, Maire. Mírame. Lo hemos perdido todo: nuestras casas, nuestras familias, todo. Pero no vamos a perderte a ti. Pobre Maire. Debíamos sonar como demonios alentándola a hacer lo imposible. Se volvió hacia Hele, que la tomó de la mano y le dijo:

—Vamos. —Y luego, medio riendo, intentando hacer una broma, añadió—: ¿Qué iba a hacer yo sin ti?

Maire movió la cabeza: ya había empezado la siguiente contracción.

—¡Bien! —dijo Andrómaca—. Puedo verle la cabeza, tiene un pelo negro y largo precioso, como el tuyo.

Lo único que yo podía ver era una bola sanguinolenta, pero aquellas palabras parecieron animar a Maire.

—Vamos, pronto habrá acabado —dijo Andrómaca.

Todas animábamos a Maire, reteniendo y bloqueando nuestra respiración sin darnos cuenta y acompasándola al ritmo de la suya. Nadie oía ahora los gritos de esfuerzo; estábamos demasiado pendientes de la siguiente contracción. Andrómaca, que tenía la manos sobre el duro túmulo del vientre de Maire, asintió con la cabeza:

—Aprovecha la próxima. Vamos, respira hondo. Aguanta..., y empuja.

Y allí estaba la cabeza del bebé. Mientras lo estábamos mirando, se giró, como si tratara de ayudar, como si supiera cómo nacer.

—Ahora los hombros —dijo Andrómaca—. Vamos, el último dolor y todo habrá acabado.

Un borbotón, un tirón. Y había una nueva persona en la habitación, una persona que nunca había estado allí antes. He estado presente en muchos nacimientos desde entonces y he tenido mis propios hijos, pero nada te prepara jamás para ese momento. Igual que cuando alguien muere —y ese silencio que se alarga tras la última respiración siempre conmociona, no importa cuánto tiempo lleve siendo esperada esa muerte—.

Andrómaca lo tomó y le frotó el pecho hasta causar un débil gemido de desconcierto. Al principio, tenía el púrpura azulado de las ciruelas maduras, pero, poco a poco, a medida que siguió gimiendo, el niño empezó a adquirir un saludable color rojo.

El niño.

La habitación quedó en silencio, no se oía otro sonido que el débil llanto del bebé. Me di cuenta de lo que faltaba: el grito triunfal que sigue al nacimiento de un varón. Pensé que podía ser la primera vez en toda la historia de Troya que el nacimiento de un niño sano había sido recibido con consternación. Andrómaca aún no se lo había dado a Maire para que lo abrazase, y Maire empezaba a mostrarse ansiosa. Y, de repente —a pesar de que solo un momento antes no podía ni levantar la cabeza—, se incorporó, le quitó el bebé de las manos a Andrómaca y se lo llevó al pecho. Su pezón era tan grande que no veía cómo iba poder metérselo en la boca, pero después de algunos llantos de frustración lo logró, y sus mejillas empezaron a trabajar vigorosamente. Tras un gruñido de sorpresa —obviamente, la sensación no era la que ella había esperado—, Maire dejó escapar un suspiro de satisfacción y alivio.

Mecánicamente. Andrómaca siguió ocupándose del resto de cosas que había que hacer y sacó en sus manos de entre las piernas de Maire algo que parecía un hígado de oveja. Afortunadamente, en ese momento todas las chicas estaban pendientes de admirar al bebé.

—¡Mirad qué uñas! —oí decir a una de ellas.

Andrómaca me agarró del brazo.

—Tenemos que hablar.

Hele y yo nos miramos, probablemente las dos pensando lo mismo: «Esto es una pesadilla». Seguimos a Andrómaca hasta el patio, donde, con la excusa de enterrar la placenta, pudimos tener unos minutos de conversación privada.

—Tendrías que haberlo matado —dijo Hele—. Será peor para ella que lo hagan ellos. —Señaló con la cabeza a los soldados griegos que vociferaban al otro lado de la valla.

—No lo sería —dije—. Ellos son el enemigo. Se supone que nosotras somos sus amigas.

—Ya es demasiado tarde, en cualquier caso —dijo Andrómaca.

—¿Lo es? —dijo Hele.

Por un momento nos asomamos al abismo.

Luego:

—Sí —dije—. Lo ha amamantado.

Muchos recién nacidos se matan o se dejan morir: niños deformes, obviamente, pero también muchas niñas perfectamente sanas. La norma es que ha de hacerse antes de que la madre les dé de mamar. Al arrebatarse el bebé de las manos a Andrómaca y llevárselo al pecho, Maire le había salvado la vida.

Por el momento. Hasta donde todas sabíamos, el edicto que obligaba a dar muerte a todos los varones troyanos seguía en vigor. Pirro había matado al hijo de Andrómaca: no teníamos ninguna razón para confiar en él. No sabía si tendría estómago para matar a un recién nacido ahora que había pasado el ardor de la batalla, pero desde luego no tenía la menor intención de averiguarlo.

—Envolvámoslo —dije.

Los bebés troyanos, en sus primeras semanas de vida, eran envueltos y atados firmemente al pecho de la madre. Nada era visible salvo su rostro y sus manos —e incluso estas quedaban ocultas en los pliegues del manto de la madre—. ¿Podríamos ocultar de ese modo el sexo del bebé? Pensé que podríamos, mientras las chicas se acordaran de referirse a él de forma neutra o —mejor aún— con un «ella».

Con absoluta rotundidad, Hele dijo:

—Se acordarán.

¿Detecté un leve tono de «o más les vale»? Bueno, ¿y qué, si fue así? Yo quería que fuera una líder, y en una líder se estaba convirtiendo.

Así que eso fue lo que decidimos. Tomé una sábana y un par de tijeras de mi cabaña y juntas pusimos manos a la obra para preparar el envoltorio. Cuando el bebé estuvo envuelto, las tres nos dirigimos a las chicas. Ellas asintieron con la cabeza y con un murmullo de aprobación; ninguna pareció necesitar que la convencieran. Muchas habían visto escenas en Troya que nadie a su edad —ni a ninguna— debería haber visto nunca.

Desde ese momento, el bebé de Maire se convirtió en una niña. Al día siguiente, mencioné de pasada el nacimiento a Alcimo, que no mostró el menor interés. En la cena, un par de hombres comentaron que habían escuchado las canciones.

—Sí, estábamos de celebración —dije—. ¡Maire ha tenido una niña!

De nuevo nulo interés. Una esclava que daba a luz a otra no era una noticia para nadie.

Salvo en el barracón de las mujeres. Allí la atmósfera cambió por completo. Las chicas tenían algo nuevo en lo que concentrarse; Maire disfrutaba de ser el centro de atención. Al atardecer, cuando se reunían alrededor del fuego, el bebé pasaba de unos brazos a otros como un amuleto. Maire miraba sonriente, aunque me daba cuenta de que se sentía aliviada cuando se lo devolvían. Había algo feroz en aquel amor. «Es mío», parecía decir. «No es vuestro. Es mío».

¿Me sentiría yo así cuando me llegara el momento? Estoy segura de que muchas mujeres dirán: «No seas tonta... ¡Por supuesto que sí! Traen el amor con ellos». Me gustaría que me hubieran dado una moneda de oro por cada vez que lo he oído.

No es verdad —y bien lo sé—. El amor no siempre llega, no cuando el bebé es el resultado de una unión forzada —y sobre todo si es un varón que se parece a su padre—. He visto crecer a muchos niños así, bien cuidados, bien alimentados —o al menos tan bien como sus madres podían permitirse—, pero casi nunca acariciados, abrazados ni amados. Y creedme, no es una buena manera de crecer. Así que cada vez que miraba a Maire con su bebé me preguntaba cómo sería para mí. Por supuesto que reía cuando los

mirmidones me daban palmaditas en la tripa y hablaban del hijo de Aquiles, pero yo también pensaba que sería un varón.

La excepción a aquel revuelo de veneración en torno al bebé fue Andrómaca. Su indiferencia me sorprendió un poco: yo esperaba que hubiera adorado al niño, pero en lugar de eso, rara vez lo miraba siquiera. Una noche en que tuvimos unos minutos a solas, le pregunté porqué.

—Tras la muerte de Héctor —dijo— Hécuba perdió un poco la cabeza. Solía llamar Héctor al bebé, y no una o dos veces, sino todo el tiempo. Siempre se corregía, pero enseguida lo hacía de nuevo. Creo que de verdad estaba confusa. Y un día entré en la habitación del niño y la encontré intentando meterle la pequeña teta arrugada en la boca. Se lo quité de las manos y le grité: «¡Fuera!» con todas mis fuerzas. Todo el palacio tuvo que oírlo. Imagínatelo: echar a Hécuba. Pero era mi niño, era todo lo que me quedaba. Así que por eso no quiero...

Movió la cabeza y vi que estaba intentando no llorar.

—Es su hijo, no el mío. Yo ya tuve mi ocasión.

En cuanto mí, me asombraba lo mucho que me importaba aquella criaturita. No era nada mío en realidad, pero estaba totalmente decidida a mantenerlo con vida. Pensaba que estaría a salvo mientras siguiéramos en el campamento. Maire casi nunca salía de la cabaña salvo para sentarse en la terraza, y ninguno de los soldados griegos había mostrado interés por el bebé. El viaje por mar sería un reto más difícil, pero aún seguiría envuelto, e imaginaba que las mujeres probablemente se quedarían en la bodega. En cualquier caso, no podía preocuparme de eso todavía. Seguía diciéndome que todo iba a ir bien. Con un poco de suerte, pensaba que podíamos conseguirlo.

Tres o cuatro días después del nacimiento del niño, me desperté al oír a Alcimo y me levanté enseguida para atenderlo. Cuando le puse el pan reciente y el vino delante, me preguntó cómo estaba. Casi no nos habíamos visto desde la muerte de Amina, aunque eso se debía sobre todo a que había estado muy ocupado organizando los juegos. Eso era lo que yo quería pensar, en cualquier caso. Ya solo quedaban dos competiciones: el pugilato —un deporte sangriento que era garantía de graves heridas, pero popular— y la gran final de los juegos: la carrera de cuadrigas. Esta iba a celebrarse en los campos de entrenamiento en el promontorio, donde tanto tiempo y esfuerzo se habían invertido para mejorar el terreno.

—¿Por qué no vienes a verla? —dijo.

Me tomó un poco por sorpresa —nunca me había propuesto nada parecido hasta entonces—, pero por supuesto dije que sí, que me encantaría.

—Pero no me pierdas de vista, ¿vale? No quiero que andes por allí sola. Se ha apostado mucho dinero y creo que la cosa puede ponerse violenta.

—¿Quién crees que va a ganar?

Yo no tenía el menor interés en la carrera de cuadrigas ni en ninguna otra carrera, pero habíamos vuelto a hablar, y eso era para mí lo importante. Quería que sintiera que me preocupaba —y era verdad que lo hacía— por él.

—Diomedes, supongo. —Puso cara de contrariedad; Diomedes ganaba todas las carreras de cuadrigas—. Aunque Pirro también tiene opciones.

—¿Pirro? ¿No Automedonte?

Automedonte había ocupado el puesto de auriga de Aquiles tras la muerte de Patroclo, y era tenido por el mejor jinete del recinto.

—No. Pirro. Es de lejos el mejor, y Automedonte sería el primero en decírtelo. —Vació su copa—. Por supuesto, casi no tiene experiencia... Pero no lo sé. Probablemente tenga el mejor tiro de caballos.

Yo conocía su tiro, como todo el mundo: Ébano y Fénix, el semental negro y el alazán. Lo había visto volver con ellos de Troya, con el cadáver ensangrentado de Príamo rebotando detrás. «Cabrón», pensé sin dejar de sonreír mientras seguía a Alcimo hasta la puerta y me despedía.

Decidí ir a ver la carrera e intenté convencer a Andrómaca para que me acompañara. Como premio de honor de Pirro, ella debía estar allí, lista para coronarlo con guirnaldas como vencedor, si ganaba, y para limpiarle la frente, o lo que hiciera falta limpiarle, si no. En cualquier caso, estarían de borrachera en el salón esa noche —y yo tendría que ir por lo mucho que Andrómaca lo odiaba y cómo iba y venía entre las mesas, rígida de pura aversión, como la hija de un rey obligada a desempeñar el papel de una vulgar sirvienta—. «Pobre Andrómaca», pensé. Y, a continuación, rebelándome: «Pobre de mí». Yo había tenido que hacerlo.

Andrómaca estaba levantada y vestida. Las chicas se hallaban en el patio trasero, viendo a Maire bañar al bebé. Siempre era conmovedor ver cómo aquella criatura con sus ojos soñolientos que parecían burbujas negras tenía el poder de atraer a todo el mundo. Me habría gustado llevarlas a todas a ver la carrera de cuadrigas —la salida les habría hecho bien: un breve paseo hasta los campos de entrenamiento, algo que las distrajera de su dolor—, pero a ellas nadie les había dado permiso para dejar la cabaña, mientras que era evidente que Andrómaca sí debía estar allí.

Recorrimos el camino empinado sin hablar mucho. Seguía mostrándose reservada conmigo —con todo el mundo—, pero pensé que tenía mejor color esa mañana y que había puesto cierto cuidado en su vestimenta. Cuanto más subíamos, más violentamente soplaba el viento, pero no parecía hostigarnos como de costumbre —aun cuando teníamos que dar pequeñas carreras involuntarias cada vez que una ráfaga más fuerte nos alcanzaba—. Me sentía como cuando de muy niña pensaba que el viento era el aliento de un dios que me llenaba de vida. Qué lleno de esperanza y posibilidades parecía entonces el futuro. Ya no, pero, aun así, el viento y el esplendor del

día de algún modo seguían sugiriendo la posibilidad de una vida más ancha y más libre más allá de los límites del campamento.

Muchos soldados griegos nos adelantaron por el camino y tuvimos que hacernos a un lado para dejarles espacio. La mayor afluencia llegaría cuando terminara el pugilato, pero ya se había congregado una multitud considerable, hombres que habían preferido madrugar y asegurarse una buena perspectiva. Alcimo había dicho que se habían hecho cuantiosas apuestas, y se podía sentir la tensión. La emoción añadida. Los griegos apostaban a todo. Una vez oí a un grupo de soldados apostando por dos gotas de lluvia que resbalaban de un escudo. Aparentemente, estaban de broma, pero no estaban bromeando del todo.

Los contrincantes ya se habían reunido. Bañaba toda la escena una luz amarillo limón que iba enriqueciendo su tono, haciéndose menos ácido, a medida que el sol ascendía. Las cuadrigas brillaban; los lomos de los caballos relucían. Los mozos de cuadra llevaban levantados desde antes del amanecer para asegurarse de que todo era tan perfecto como debía. Al final de la carrera, hombres de ceniza emergerían de las nubes de polvo guiando unos caballos sucios, pero semejarían a Apolo guiando su carro hacia el sol. Entre la muchedumbre de la línea de partida, localicé el pelo rojo de Pirro y los rizos de color negro brillante de Diomedes. Menelao estaba allí también, evidentemente con la intención de competir, lo que me sorprendió un poco, pues en los últimos tiempos, con el rostro enrojecido y gordo, parecía de repente mucho mayor de lo que era.

También estaba Agamenón, vestido con opulencia, sentado en su silla que parecía un trono, hablando con Odiseo. Tras él, los estandartes rojo y oro de Micenas ondeaban al viento. Agamenón había aceptado donar los premios: un caballo de carreras para el ganador; una enorme caldera de bronce para el segundo. Miré con cuidado y me alivió ver que no había ninguna esclava, arrastrada desde las cabañas de tejedoras de Agamenón, para esperar temblorosa junto a la línea de meta. Recordé la carrera de cuadrigas de los juegos funerales de Patroclo, cuando Aquiles había entregado a mi amiga Ifis como primer premio. Desapareció en el recinto de Diomedes, y como sus mujeres muy pocas veces, o ninguna, tenían permiso para salir de sus cabañas, no había vuelto a verla desde entonces. Pero hice

lo que pude por librarme del recuerdo, porque aquel acontecimiento, la carrera de cuadrigas, con sus espectadores ricamente vestidos y sus banderas ondeantes, era lo más próximo a una gran ocasión que el campamento se podía permitir.

Néstor apareció en su cuadriga guiada por su hijo mayor; fue el último de los reyes en llegar y hubo un gran estallido de vítores cuando saludó a Agamenón. Entretanto, yo examinaba el grupo que había tras ellos en busca de Calcas, de cuya presencia allí estaba segura. Finalmente, lo localicé, justo al fondo de la multitud, una figura alta y con el rostro blanco que llevaba su báculo de oro ceremonial adornado con las ínfulas rojas de Apolo. Para mi sorpresa, vi que lo estaban empujando varios de los jóvenes de Esciros, que se burlaban descaradamente de su vestimenta. Aquella falta de respeto era algo que nunca había visto antes, y me inquietaba. Calcas era un hombre orgulloso y, seguramente, sensible bajo toda aquella pintura y toda su pose. Estaba rodeado —y nadie lo socorría—, pero justo en ese momento un tronar de trompetas anunció que la carrera estaba a punto de empezar, y los muchachos de Esciros se fueron en tropel a animar a su héroe.

A una señal de Alcimo, los participantes subieron a sus cuadrigas. Cuando estuvieron en sus puestos pasó por la línea de salida sosteniendo un casco utilizado para el sorteo. Tras agitarlo, Alcimo se lo ofreció a Agamenón, que sacó y fue diciendo los nombres en voz alta. Su voz era bastante más débil de lo que recordaba: me fijé en que un par de hombres a mi alrededor parecieron sorprendidos. Diomedes quedó bien situado, lo que era una pena, pues hacía el resultado de la carrera aún más predecible. ¿Cuántos hombres se habrían atrevido a apostar contra él? Los pocos que lo habían hecho tendrían que estar bastante contrariados. Aunque entonces recordé que Alcimo había dicho que no tenía el mejor tiro de caballos —Ébano era probablemente el mejor de todos los caballos que competían—, pero, por otro lado, Diomedes tenía mucha más experiencia.

Los aurigas levantaron las fustas y, a una señal de Alcimo, se pusieron en marcha, las crines de los caballos al viento, las ruedas levantando nubes de polvo. En algunos lugares, las cuadrigas rebotaban violentamente en las rodadas, pero los aurigas se aferraban a sus carros alejándose de nosotros

por la llanura. A lo lejos, solo se podía ver el punto en que tenían que dar la vuelta, un árbol muerto flanqueado por dos rocas de granito. Allí el camino se estrechaba forzando a las cuadrigas a pegarse unas a otras, una situación de peligro potencial: si se rozaban las ruedas, había una posibilidad real de acabar volcando, lo que causaría graves, seguramente incluso fatales heridas a hombres y caballos por igual. Toda la pericia era necesaria allí, en el punto en que se daba la vuelta, donde era posible adelantar, pero solo a costa de asumir un enorme —aunque calculado— riesgo.

Menelao iba en primer lugar cuando entraban en la curva, pero Diomedes, a solo unos metros de él, parecía preparado para adelantarlo. En tercera posición, Pirro corría como un loco, como si creyera que él y sus caballos eran inmortales. Y luego, de forma exasperante, las nubes de polvo que levantaban los cascos de los caballos los ocultaron. Se oyó un gruñido de la multitud, seguido de un tenso silencio, mientras todo el mundo intentaba ver quién salía el primero de la curva. Las sombras de carros y aurigas con las fustas en alto aparecieron en medio de una turbia polvareda roja. Justo delante de mí, un hombre gritó:

—¡Diomedes!

—Por supuesto que no —dijo el que estaba junto a él—. Es Menelao. ¿Estás ciego?

Y entonces, de un modo verdaderamente griego, empezaron a discutir sobre el asunto, insistiendo cada uno en que estaba en lo cierto a pesar de que ninguno de los dos podía ver lo más mínimo. Habrían llegado a las manos de no ser porque los hombres que estaban a su alrededor empezaron a utilizar palabras gruesas para que se callaran.

Los murmullos se extinguieron mientras todo el mundo seguía esperando, con la boca seca, a que los aurigas aparecieran. Yo esperaba a Diomedes: creo que todo el mundo esperaba a Diomedes —incluso aquellos que animaban a los otros—, y cuando la primera sombra al fin emergió de la polvareda, los hombres de Diomedes lanzaron algunos vítores. Pero el rostro del auriga estaba cubierto de polvo, irreconocible. La gente escrutaba a los caballos en su lugar: uno negro, otro alazán... ¿O eran de otro color? Los dos estaban tan cubiertos de polvo rojo que nadie podía estar seguro. Pero, entonces, cuando los carros se lanzaban hacia nosotros, el auriga que

iba en primera posición se quitó el casco y descubrió una llameante melena roja.

Alcimo, que se suponía neutral, logró por poco contener sus vítores, pero de las bocas de todos los mirmidones alrededor brotó un único clamor a todo pulmón. ¿Podía alguien darle alcance? Esa era la siguiente cuestión. Pisándole los talones, no iba Diomedes, como todo el mundo esperaba, sino Menelao. Pirro fustigaba a sus caballos gritando —abriendo más distancia, en todo caso— y enseguida estaba cruzando la línea de meta. Los mirmidones salieron corriendo para felicitarlo, arrojándose en multitud sobre su cuadriga como abejas en un panal. Pero en lugar de dejarse caer sobre sus brazos extendidos, Pirro trepó desde el borde de la cuadriga hasta el lomo de Ébano y desde allí saltó al suelo, desde donde echó los brazos al cuello del animal sin dejar de decir una y otra vez: «Mi chico, mi chico».

Apretaba su rostro contra la cabeza del caballo y cerraba los ojos; un momento de paz en medio del tumulto. Todo el mundo se dio cuenta y creo que también lo envidió: era la perfecta unión entre un hombre y un caballo. Luego Pirro se fue hacia Fénix y le dio unas palmaditas, tal vez queriendo asegurarse de que no se sentía excluido; pero resultaba evidente que su verdadera pasión era Ébano.

En ese momento, miré casualmente alrededor y vi a Calcas, con su rostro pintado resquebrajándose por el calor, observando a Pirro. Se hallaría a unos cinco o seis metros de mí, pero incluso a esa distancia pude sentir el odio que emanaba de él.

En la línea de meta, las peleas habituales tras la carrera habían comenzado. Diomedes llegó en tercer lugar, furioso porque Pirro lo había hecho salirse del camino.

—Niñato estúpido —dijo en voz lo bastante alta como para que todo el mundo lo oyera.

Él no estaría herido, pero su orgullo vaya si lo estaba.

—No lo provoques —dijo Alcimo a Pirro—. Eso solo es su frustración.

Con la mano en el hombro de Pirro, lo dirigía firmemente hacia Agamenón, que esperaba para entregar los premios. Entretanto, Automedonte subió a la cuadriga de un salto y se anudó las riendas a la cintura, listo para llevarla de vuelta al campamento. Pirro abrazó a

Agamenón, y luego se dirigió a la multitud con los brazos en alto en un doble puñetazo al aire. Con una gran ovación, los mirmidones se arrojaron en tropel, lo levantaron a hombros y lo llevaron por el mismo camino que había seguido su carro como una colonia de hormigas —eso pensé— que transportara una larva especialmente succulenta a su hormiguero.

Me volví hacia Andrómaca. Puso mala cara y adiviné lo que estaba pensando.

—Bah, no te preocupes —dije sin darle importancia—. De la forma en que beberán esta noche, habrá caído redondo mucho antes de eso.

Pirro ofreció un gran banquete para celebrar su victoria. Cabras y corderos asados en espetones, vino corriendo como si fuera agua... Menelao fue su invitado de honor, aunque los otros reyes siguieron el ejemplo de Agamenón y se mantuvieron alejados. Pirro pronunció un discurso que puso por las nubes a Menelao: su coraje, su sabiduría, su destreza como jinete — y se disculpó, o casi, por haber intentado echarlo del camino—. Cuando Menelao se levantó para responder, fue vitoreado unánimemente —a todo el mundo le gusta un buen perdedor—, y aunque no pudo resistirse a hacer un par de comentarios hirientes sobre los jóvenes exaltados que se libraban de que los juzgaran por asesinato, el suyo fue en general un discurso elegante. Concluyó diciendo que esperaba que en el futuro los dos reinos estuvieran aún más estrechamente unidos, puesto que Pirro había aceptado el ofrecimiento de casarse con su hija.

Bueno, el salón entonces estalló. Cualquiera habría dicho que iban a casarse ellos. Me quedé al fondo observando, pensando en lo seguro que Pirro se hallaba ahora, alabado y endiosado, y un pequeño lución de ira en lo más profundo de mi cerebro levantó la cabeza y empezó a agitarse.

Cuando los discursos hubieron acabado, comenzaron las auténticas borracheras. Todo el mundo cantaba, aplaudía, bailaba, y en algún momento en medio de todo aquello Automedonte nos hizo señas a Andrómaca y a mí para que nos retirásemos. Regresamos juntas al barracón de las mujeres, y para mi sorpresa, ella se detuvo al pie de los escalones y me abrazó. No la mandaron llamar esa noche, ni tampoco a Hele, aunque supongo que las mujeres de los fogones pasarían una noche difícil. Esperaba que por lo menos hubieran recibido su parte de vino.

Al despertarme a la mañana siguiente, el recinto parecía abandonado. Poco a poco, los hombres fueron saliendo, reuniéndose en torno a las hogueras y pidiendo a gritos el desayuno, aunque pocos fueron capaces de comer gran cosa. Algunos se limitaron a gruñir cuando tuvieron delante la comida y a volver directamente a la cama.

Conforme pasaron las horas, el cielo fue oscureciéndose hasta que al mediodía estuvo casi negro. Todo parecía amarillento, incluso la piel de la gente, como si los únicos colores del mundo fueran el amarillo y el negro. Colores que advierten de peligros en la naturaleza —y lo cierto era que una creciente sensación de amenaza había en todo aquello—. Varios hombres señalaron a la nube con forma de yunque que había sobre la bahía, pero otros vieron en ella un buen augurio. Una tormenta era justo lo que necesitaban. Truenos, un buen chaparrón, y entonces, por fin, el viento cambiaría.

La cena fue poco animada aquella noche. Nadie tenía mucho apetito, y aunque algunos de los hombres más jóvenes se bebían hasta el agua de los floreros, la mayoría había bebido muy poco. El viento gemía alrededor del salón; la ausencia de los gritos y los cantos habituales lo hacía sonar con más fuerza que en otras ocasiones. Todo el mundo quería retirarse pronto. Algunos ya estaban de pie a punto de marcharse cuando se oyó un ruido en la puerta. Todos se volvieron cuando entraron los heraldos de Agamenón y avanzaron por el pasillo central. Pirro pareció sorprendido, pero enseguida se levantó para recibirlos. Ellos hicieron una profunda reverencia y luego le dieron a entender que tenían algo que decirle en privado. Después de llamar a Alcimo y a Automedonte para que lo siguieran, dejó el salón, y aunque la gente se quedó esperando un rato, curiosa por saber qué estaba pasando, ya no regresó.

Dejé a Andrómaca en la puerta del barracón de las mujeres. El aire era opresivamente húmedo, pero a mí no me parecía de tormenta. Normalmente, antes de que se desate una tormenta hay un periodo de amenazadora quietud, pero no había quietud aquella noche: solo el mismo lamento constante de un viento que no podía ni descansar ni dar descanso a nadie. Sentí alivio al entrar y cerrar la puerta.

Alcimo llegó una hora después.

—Agamenón ha convocado una asamblea —dijo—. Mañana al mediodía. —Se sentó en la cama y empezó a desabrocharse las sandalias—. Supongo que lo sorprendente es que no lo haya hecho antes.

Al recordar el rostro devastado de Agamenón, me pregunté si estaría en condiciones de tomar decisiones.

—¿Eso no es bueno?

—Si sirve para unir a la gente, sí. Pero el peligro está en que se hagan públicas las divisiones.

—¿Y no son públicas ya? Me refiero a que Agamenón no fue al banquete.

—Bueno, en realidad no podía. ¿Cómo iba a ir con Menelao allí? ¿Te lo puedes imaginar allí sentado mientras Menelao anunciaba el matrimonio? Se suponía que iba a casarse con su hijo.

—Pobre chica —dije.

Pareció confundido. Se quitó la túnica. Cuando me incliné a recogerla, me agarró del brazo.

—¿Tú estás bien?

—Estoy bien.

Me soltó, pero quizá reticente. Por un momento había parecido fugaz, infinitesimalmente posible que pasáramos la noche juntos. De repente me pareció que tenía que decir algo, lo que fuera...

—¿Lamentas haberte casado conmigo?

—¿Por qué iba a lamentarlo?

—No fue tu elección.

—Pero estoy casado con la segunda mujer más hermosa del mundo... ¿Cómo iba a lamentar algo así?

¿Qué clase de hombre mira profundamente a los ojos de su esposa y le dice que es la «segunda» mujer más hermosa del mundo? Bueno. Alcimo, por supuesto. Quizá no siempre te gustara lo que decía, pero podías estar segura de que siempre te decía la verdad tal como él la veía. Creo que nunca he conocido a un hombre más honesto que él. Y, por supuesto, esa era la razón por la que Aquiles lo había elegido. Recuerdo que Aquiles decía que detestaba a quienes pensaban una cosa y decían otra igual que

«detestaba las puertas de la muerte». La verdad es que nadie podría haber acusado jamás a Alcimo de eso.

Seguía sentado en el borde de la cama, aparentemente, intentando pensar en algo más que decir:

—Me gustó que vinieras a ver la carrera.

—Lo pasé bien.

Y eso fue todo. Me dirigí hacia la puerta y volví la vista, pero él ya estaba abriendo las sábanas, así que cogí una vela y me llevé mi segunda mejor belleza del mundo a la cama.



Una cama estrecha y dura. La cama de Alcimo era mucho más grande, pero ninguna cama podía ser suficientemente grande para nosotros mientras Aquiles durmiera entre los dos.

El gran Aquiles. El espléndido Aquiles. El magnífico Aquiles. Aquiles el semidiós...

Vivíamos bajo aquella gigantesca sombra. Ese era el problema en mi matrimonio —y no veía la manera de resolverlo—. ¿Quizá cuando el bebé naciera Alcimo podría verme sencillamente como una mujer? ¿Adquiriría cierta fe en sí mismo y en no ser para siempre e irremediamente el segundo mejor? Tal vez.

La cuestión era que Alcimo creía —o más bien daba por sentado— que yo había amado a Aquiles y que aún lo amaba. Y no era el único que lo creía. Entonces —igual que ahora— la gente parecía dar por supuesto que yo había amado a Aquiles. ¿Por qué no iba a amarlo? Había tenido al hombre más rápido, más fuerte, más valeroso, más hermoso de su generación en mi cama... ¿Cómo no iba a haberlo amado?

Mató a mis hermanos.

Qué criaturas tan extrañas somos las mujeres. No somos proclives a enamorarnos de los asesinos de nuestras familias.

Pero todo esto tiene otra dimensión mucho menos cómoda para mí. La noche que Príamo vino al campamento griego para pedir a Aquiles que le entregara el cuerpo de Héctor, yo me había escondido en su carro mientras rodaba a trompicones hacia las puertas sabiendo todo el tiempo que Aquiles

caminaba al lado. Podía haberme quedado en el carro todo el camino hasta Troya, pero entonces habría tenido que enfrentarme al saqueo de otra ciudad y a una segunda esclavitud. Tenía buenas razones para abandonar mi intento de fuga, y, sin embargo, cuando Aquiles me preguntó porqué había vuelto, yo simplemente le había dicho: «No lo sé». Y él se limitó a asentir. Porque lo extraordinario era que él había sabido durante todo el tiempo lo que yo hacía —y no había hecho nada para detenerme—. Yo había vuelto. Él había estado dispuesto a dejar que me fuera. Así que cuando volvimos a encontrarnos nuestra relación ya no era en sentido estricto la relación entre un amo y una esclava. Algunos de los lazos que unen a las personas son mucho más profundos que el amor. Aunque, si queréis poneros cínicos, por supuesto, podéis decir que desde el principio yo había estado actuando por pura supervivencia y que sabía que mis posibilidades eran mejores en el campamento griego, bajo la protección de Aquiles, de lo que habrían sido en Troya.

¿Que a dónde me llevaron aquellos pensamientos? A ninguna parte. Seguía tumbada en una estrecha cama escuchando el viento, viendo que la cuna empezaba a mecerse. En mis primeros días en el campamento a veces había rezado por que las cosas cambiaran. Ya no lo hacía. No había necesidad: aquel bebé que iba creciendo traería suficientes cambios y, para bien o para mal, ya no podían impedirse. Habría sido lo mismo que intentar detener la marea.

El viento sopló con fuerza de temporal durante toda la noche. Al mediodía, conforme los distintos grupos de hombres fueron llegando al ágora, se encontraron con las señales visibles de los estragos de la tormenta. La estatua de Artemisa, que por su posición en el círculo era la más expuesta de todos los dioses, se había caído durante la noche y obligaba a los soldados a trepar por ella o —por un vago sentido del respeto— a dar un largo rodeo para evitarla. Su caída no había sido del todo inesperada: llevaba meses inclinándose por efecto del viento, igual que los árboles combados de un promontorio. Aun así, bajo aquella luz amarillenta, su derrumbe parecía de mal agüero; vi a más de uno hacer el gesto contra el mal de ojo al pasar junto a ella.

Yo me dirigía al salón de Néstor para ver la asamblea desde su terraza. Cuando llegué, Néstor ya se había marchado. Lo vi abrirse camino entre la multitud, apoyándose pesadamente en sus dos hijos mayores y levantando los brazos de sus hombros solo lo imprescindible para responder a los vítores de la muchedumbre. Hecamede me recibió en la puerta. Al cruzar el umbral, olí a azúcar tostado y canela dulce. Había tantas bandejas alineadas sobre las largas mesas del salón que pensé que llevaría trabajando en el horno toda la mañana. No mucho después llegó Casandra, me alegró ver que con Ritsa de acompañante —aunque no me gustaba la manera en que Casandra la trataba—. Intuía que había surgido una compleja relación entre ellas. Ritsa había sido testigo de los peores momentos de locura de Casandra, la había ayudado a superarlos, y eso la había convertido en alguien de quien Casandra dependía, pero hacia quien también sentía resentimiento —y a quien incluso temía—. Ritsa sabía demasiado; había

visto demasiado. Cuando presenciaba los malos modos con que Casandra le daba órdenes, lo despectiva que a veces parecía, temía por Ritsa —y desde luego ello no hacía mejorar mi opinión sobre Casandra—. Me di cuenta de que cogió dulces de la bandeja de Hecamede casi sin una palabra de agradecimiento, y yo reaccioné dándole las gracias a Hecamede tan efusivamente que ella hasta retrocedió sorprendida.

Tras unos minutos de conversación forzada, nos llevamos los platos a la terraza. El ágora se iba llenando rápidamente. Cada vez que entraba uno de los reyes, había vítores esporádicos de sus seguidores, que se convertían en un rugido cuando tomaba asiento. Al fin estuvieron todos, y todos los ojos se volvieron hacia la silla vacía de Agamenón. Siempre llegaba el último a todas las asambleas, haciendo una entrada siempre formal, siempre dramática, precedida de heraldos y acompañada de fanfarrias de trompeta. Inclinandome sobre la baranda, podía ver lo viejo y enfermo que parecía a pesar de su vestimenta espléndida y sus maneras imperiosas y aunque dudo que fueran muchos los que vieran más allá de ellas. Debéis recordar que yo había tratado muy de cerca a Agamenón. Demasiado de cerca. A veces, de noche, aún sentía su mole sudorosa encima de mí.

Ritsa me tocó el brazo.

—¿Estás bien?

Yo puse mi mano sobre la suya, pero no dije nada.

Vi los saludos. Odiseo y Diomedes atravesaron la arena para recibir a Agamenón, que entonces, en un raro momento de elegancia, se puso de pie y fue a hablar con Néstor. Lo que no pudo ser más evidente fue la ausencia de saludo entre los hermanos. Menelao, deliberadamente o no, siempre miraba en dirección opuesta. Pirro estaba sentado justo enfrente de Agamenón, demasiado lejos como para facilitar el contacto, pero habría sido natural que Agamenón lo saludara de algún modo —le había entregado el primer premio en la carrera de cuadrigas solo dos días antes—, y, sin embargo, no vi indicio de nada parecido. Áyax el Menor se mordisqueaba la barba —algo escueta, siendo generosos— y miraba nerviosamente a todas partes. Había violado a Casandra en el templo de Atenea, y allí estaba ahora, atado como una cabra escogida para el sacrificio. No saludaba a nadie, y llamaba la atención que muy pocos lo saludaban a él.

Al fin. Agamenón se levantó y se aclaró la garganta, mirando a su alrededor con sus ojos ojerosos y párpados caídos.

—A estas alturas —dijo— ya deberíamos estar en casa. —Con esas pocas palabras captó la atención de todos los presentes—. Incluso tú, Idomeneo, con viento favorable, tendrías que estar en tu hogar con tu querida esposa y tus hijos. Incluso Odiseo habría llegado ya a la lejana Itaca. Pero aquí seguimos sin poder marcharnos porque los dioses así lo han querido. Y ni siquiera sabemos qué es lo que hemos hecho para ofenderlos.

«¿En serio?», pensé.

—Pero está en la naturaleza de los dioses que el castigo a menudo preceda al conocimiento de la ofensa. Así que le he pedido a Calcas, renombrado augur que muchas veces ha guiado nuestros consejos, que nos hable hoy. A todos vosotros simplemente os pido que escuchéis atentamente y reflexionéis sobre sus palabras.

Calcas, vestido con toda la pompa sacerdotal, con las ínfulas rojas de Apolo ondeando en su báculo, salió de entre dos hileras de cabañas. De inmediato, el alboroto que había seguido a las palabras de Agamenón se acalló. Era una figura habitual en el ágora, no muy apreciada quizá, y de la que a veces se reían disimuladamente —pero, pese a todo, como augur, respetada—. Muchos de los presentes recordaban que, cuando el campamento había sufrido la plaga, Calcas había hablado en contra de Agamenón al decir que había sido su trato irrespetuoso al sacerdote lo que había provocado la cólera de Apolo y que el dios lanzase sus flechas de la peste al campamento para matar a bestias y hombres por igual. Agamenón había odiado a Calcas por ello, pero al final llevaba razón, ¿no? Desde que Agamenón envió a la hija del sacerdote de vuelta con su padre no hubo un solo caso más de peste y hasta se produjeron varias curaciones milagrosas de hombres ya infectados. Entonces se había enfrentado a Agamenón y había dicho la verdad. Por eso ahora estaban dispuestos a escucharlo.

Pero Calcas no les pidió que escucharan.

—Mirad —dijo—. Mirad la estatuas de los dioses.

Todos en la asamblea volvieron la cabeza.

—Llevaban aquí diez años; tantos como cualquiera de nosotros. Uno de las primeras cosas que hizo Agamenón tras desembarcar de las naves fue

ordenar que despejaran un espacio donde honrar a los dioses; se tallaron y se erigieron estas estatuas y desde entonces todas las asambleas del ejército y entre los distintos reyes se han celebrado bajo su mirada. Todos nos habíamos acostumbrado a su presencia. Quizá pasabais por la arena sin mirarlas nunca. Hace dos días, la competición de pugilato se celebró aquí, y antes de eso se celebró la de lucha, ¿pero cuántos de vosotros os molestasteis en levantar la vista para mirar a los dioses? ¿Cuántos de vosotros os fijasteis en su lamentable y ruinoso estado? Anoche el vendaval derribó la estatua de Artemisa. Muchos tuvisteis que pasar por encima de ella para ocupar vuestros lugares en la asamblea. Impresiona, ¿verdad? Ese vacío en el círculo. Pero el pedestal de la estatua ha estado pudriéndose durante años.

Como todo el mundo, yo también miré las estatuas: la pintura descascarillada, la madera podrida, la nariz que le faltaba a Poseidón, los desdibujados ojos de lechuza de Atenea, Apolo peligrosamente inclinado hacia un lado como si se preocupara por su hermana caída.

—Pero no estoy diciendo que sea el olvido de las estatuas lo que ha enfurecido a los dioses hasta el punto de enviarnos el viento como castigo. Lo que digo es que el olvido de las estatuas es señal de una ofensa mucho mayor: la falta del respeto debido a unos seres que están muy por encima de nosotros.

Calcas sudaba por efecto del calor, la pintura del rostro se le agrietaba y las líneas oscuras alrededor de los ojos se le empezaban a correr, lo que desde su inmensa estatura lo hacía parecer a él mismo una estatua. Una especie de decimotercer dios.

—Amigos —dijo—, todos sabemos que, cuando cae una gran ciudad, se hacen cosas que en un mundo ideal no sucederían. No es culpa de nadie. No pretendo señalar culpables. La dura necesidad de la guerra, que los propios dioses han impuesto a los griegos, hace inevitables tales acciones, pero, aun así, quedan los hechos. Los templos de los dioses fueron profanados. Mujeres que se habían refugiado tras sus altares fueron sacadas a rastras y violadas. No se respetó ni a las vírgenes sacerdotisas.

Calcas se cuidó de no mirar a Áyax, pero todos los demás se volvieron hacia él. De repente, me di cuenta de que Casandra estaba a mi lado:

mirando hacia abajo, vi el blanco de sus nudillos al apretar la baranda.

—Y luego —continuó Calcas— los templos se incendiaron. Muchos quedaron reducidos a cenizas. ¿Alguno de vosotros diría que no es eso causa de una grave ofensa? Pero los dioses son misericordiosos. No exigen la reconstrucción de los templos. Se contentarán con que sus estatuas sean reparadas y con que los reyes ofrezcan sacrificios ante ellas después de que todos los hombres del campamento se hayan purificado.

No podía haber castigo menos riguroso. Un equipo de experimentados carpinteros —que abundaban en el campamento— podía reparar las estatuas en una semana. Áyax pareció aliviado —y razones tenía— y hubo un alboroto general, un alivio de la tensión.

Pero Calcas no se había movido de su sitio. Esperó a que su público se calmara de nuevo, y entonces continuó:

—Llegamos ahora a lo más difícil. Al revelar la voluntad de los dioses, corro el riesgo de ofender a un gran líder, a un hombre preeminente por su valor y su destreza en el combate. —Se dirigió a Agamenón—. Debo pedir tu protección, Agamenón.

Agamenón alzó la mano.

—La tienes. Habla sin temor, como dispongan los dioses.

—Amigos —dijo Calcas de nuevo.

¿Tendría él un solo amigo en toda la vasta asamblea? Yo lo dudaba.

—Amigos, todos sabemos que Zeus en su misericordia dio leyes a los hombres que los prudentes han de obedecer para ver prosperar a sus hijos y nietos. Por encima de todas. Zeus nos dio las leyes de la hospitalidad, ese sagrado lazo que une al anfitrión y al huésped... Y también sabemos que dicho lazo, una vez establecido, está por encima de toda otra lealtad. A los que quedan unidos por la hospitalidad no se les permite darse muerte ni siquiera cuando luchen en distintos bandos de una guerra. Algunos recordaréis que Diomedes se encontró a un hombre unido por ese vínculo a su padre en el campo de batalla y se negó muy justamente a luchar con él. Nadie culpó a Diomedes por alejarse, porque matar a un hombre al que nos unen lazos de hospitalidad jamás está justificado, ni siquiera en la guerra.

La asamblea se había quedado muy silenciosa. No veían a dónde conducía todo aquello. Se había mencionado a Diomedes, pero solo para

exonerarlo. Áyax, el favorito de todo el mundo para el papel de principal infractor, parecía en vilo...

—Esto es lo difícil —dijo Calcas—. Todos sabéis que cuando el gran Aquiles estaba entre nosotros, mató a Héctor, el hijo de Príamo, y tal era su deseo de venganza que arrastró el cuerpo de Héctor hasta el campamento, infligiéndole incontables daños. Luego el rey Príamo vino solo, de noche, a ver a Aquiles, y este lo recibió con todas las muestras de cortesía y respeto. Cuando Príamo dejó el campamento con el cuerpo de Héctor en su carro, Aquiles lo escoltó hasta las puertas armado de pies a cabeza y dispuesto a defenderlo de sus compañeros griegos. No existe duda posible de que el vínculo de la hospitalidad se había creado entre ambos. Y ese vínculo se transmitió al hijo de Aquiles, Pirro, que mató a Príamo en el altar de Zeus en Troya. Mató a un hombre unido a su padre por el vínculo de la hospitalidad en el altar de Zeus, el dios que dio a los hombres las leyes de la hospitalidad. ¿Podría haber mayor insulto al dios que ese? Amigos míos, es el mismísimo Zeus, el padre de dioses y hombres, el que nos mantiene prisioneros en esta playa.

Todos los ojos se volvieron a Pirro entonces. Él parecía desconcertado y miraba con la vista perdida a un lado y a otro. Era evidente que ni se le había pasado por la cabeza que ese pudiera ser el resultado de la asamblea. Vi que Automedonte se inclinaba y le ponía una mano tranquilizadora sobre el hombro.

Calcas continuó:

—Diréis que Pirro no sabía de ese vínculo entre su padre y Príamo, y puede que sea así, pero una ofensa cometida en la ignorancia sigue siendo una ofensa. Así que ahora llegamos al castigo que Zeus exige. Príamo debe ser enterrado con todos los honores debidos a un rey, pero antes de que se encienda la pira Pirro ha de sacrificar a su semental negro, el que formaba parte del tiro que llevaba cuando ganó la carrera de cuadrigas.

Pirro se levantó bruscamente:

—¡NO! ¡Por supuesto que no, apestoso pedazo de mierda de perro! ¡Te veré en el infierno primero!

Alcimo extendió una mano para contenerlo. Apartándola, Pirro se lanzó al ágora desenvainando la espada. Los guardias de Agamenón corrieron a

proteger a Calcas, que retrocedió hacia la estatua de Zeus con los brazos levantados para protegerse el rostro. Pero, en el último momento, Pirro pareció dudar, lo suficiente para que Automedonte lo agarrara del pelo y tirara de él hacia atrás. Alcimo se puso entonces delante de Calcas, levantando las manos para demostrar que iba desarmado, y a una palabra de Agamenón, los guardias retrocedieron. Para entonces los mirmidones ya habían rodeado a Pirro, que tuvo que sufrir la humillación de ser desarmado por sus propios hombres, que se lo llevaron de allí por la fuerza.

Clamor. Por toda la asamblea, los hombres levantados de sus asientos movían los brazos y gritaban. Agamenón llamó al orden varias veces antes de lograr ser escuchado. Cuando el ágora estuvo en silencio por fin, dio las gracias a Calcas por sus palabras de sabiduría y dijo que era comprensible el descontento de Pirro: era un hombre muy joven y, como todos a sabían, a los hombres jóvenes les falta juicio y deben ser guiados por otros mayores y más sabios. Estaba seguro de que cuando Pirro tuviera tiempo de reflexionar entraría en razón y obedecería a los dioses.

Y, tras decir esto, la comitiva de Agamenón volvió a formar y abandonó el ágora, dejando a Menelao ante la evidencia de que el único aliado que le quedaba en el campamento, el hombre al que había prometido la mano de su hija, había caído en desgracia. Entretanto, los mirmidones, en absoluto desorden, se hicieron una pina alrededor del pelo rojo de Pirro casi como si se estuvieran llevando a un compañero herido del campo de batalla. Volví a entrar en el salón, me senté en el extremo de un banco y descansé los brazos sobre la mesa. Casandra, que me siguió, se sentó frente a mí.

—Bueno —dijo—, ¿qué te ha parecido eso?

No me hizo falta preguntar qué le había parecido a ella: tenía las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecían negros. Me pregunté cuánto habría tenido que ver con el discurso de Calcas, que en cierto sentido no era típico de él. No había interpretación de sueños ni alusión al vuelo de los pájaros; ni un águila marina caída a la vista.

—¿Cuánto es cosa tuya?

Se encogió de hombros.

—¿Importa? He aprendido a no apegarme demasiado a mis profecías. Solo las creen cuando consigo que sea un hombre quien las anuncie. —

Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Sigo esperando a oír tu opinión.

—No lo sé. Por supuesto, quiero ver a Príamo enterrado... Pero habría preferido que Calcas no lo mezclara con una venganza personal.

—¿Personal? Ah, te refieres al caballo. —Me miraba fijamente con sus ojos amarillos más brillantes que nunca—. No es suficiente, ni de lejos, pero, bueno, me conformaré.

Ritsa y Hecamede nos siguieron. Hecamede enseguida empezó a trajar con los preparativos de la cena. Néstor volvería pronto.

Me levanté.

—Creo que deberíamos irnos.

La multitud iba adelgazando cuando salimos del salón, pero decidí caminar por la playa de todos modos. Sabía que no había prisa. Alcimo estaría en el salón con Pirro y Automedonte, intentando lidiar con las consecuencias. No le envidiaba la tarea. En suma, había que convencer a Pirro de obedecer a los dioses y sacrificar a la única criatura a la que era capaz de amar. Salvo a sí mismo. Y ni siquiera estaba segura de la excepción.

Me entretuve paseando por la playa y cuando llegué al recinto fui directamente al barracón de las mujeres. La mayoría de las chicas estaban en el patio trasero, donde Maire se disponía a bañar al bebé. Libre de envoltorios y pañales, estaba tumbado sobre una manta haciendo pequeños ruidos de satisfacción y moviendo las piernecitas. Una de las chicas sostenía una sábana a modo de pantalla para protegerle los ojos del sol. Habíamos tenido mucha suerte con su temperamento: se quedaba dormido junto al pecho de la madre, se despertaba, mamaba y volvía a dormirse. Nunca había llamado la atención con largos llantos de cólico como tantos otros bebés recién nacidos. Aunque, eso sí, éramos algo menos afortunadas en cuanto a su apariencia. La mayoría de los bebés que vemos pueden ser de cualquier sexo, pero no era el caso de este: este era un pequeño guerrero cuyos dedos curvos hasta parecían puños.

Andrómaca salió y se sentó a mi lado mientras le contaba lo que había sucedido en la asamblea. Especulamos sobre lo que Pirro haría, y estuvimos de acuerdo en que no era probable que nos requiriesen para servir el vino en la cena aquella noche. El bebé estaba a solo unos pasos de ella, pero no lo miró una sola vez, y enseguida volvió a la cabaña.

Pasado un rato, yo me tumbé, cerré los ojos y levanté el rostro al sol. Las nubes negras habían desaparecido, aunque el viento soplaba con la fuerza de siempre; pero allí estábamos más protegidas de él que en cualquier otro lugar del campamento. El parloteo de las chicas se desvaneció a lo lejos: creo que debí de quedarme dormida, pero entonces, repentinamente, desperté sobresaltada, consciente del alboroto a mi alrededor que hacían las chicas al ponerse de pie a toda prisa. Al abrir los

ojos, vi a Pirro imponente encima de mí, encima de todas. Y allí estaba el bebé, entre arrullos y gorjeos, intentando meterse un puño en la boca. Pirro se quedó mirándolo y vi que su expresión cambió. Aunque no estoy segura de que de verdad entendiera lo que estaba viendo en aquel momento —un niño desnudo y, muy obviamente, varón—, eso no quería decir que no lo recordara después. Era un desastre. Lentamente, me puse de pie. Él me saludó con una reverencia y me preguntó si podíamos hablar. Por supuesto, asentí, y entramos en la cabaña. Hacía frío dentro, pero de algún modo eso sirvió para subrayar lo adormilada y desorientada que estaba. No debí haberme abandonado al sueño.

Había varias chicas sentadas en sus camas charlando y cepillándose el pelo unas otras. Se volvieron hacia nosotros cuando entramos, absolutamente alarmadas al ver a Pirro. Hice un brusco gesto con la cabeza hacia un lado y corrieron afuera.

Pirro dijo:

—Alcimo me ha aconsejado que hablara contigo.

Luego: silencio. Nada. Esperé, intentando desesperadamente que se me ocurriera algo, cualquier cosa que lo distrajera de lo que acababa de ver.

—¿Prefieres que vayamos hasta el salón? —Patético, pero no encontré nada mejor—. Esto está tan concurrido...

Aquello fue incluso más torpe, pues estábamos en una habitación completamente vacía, pero él no pareció cuestionarlo y, de manera mecánica, simplemente nos dirigimos hacia la puerta.

Atravesamos el patio y subimos los escalones de la terraza para entrar en el salón bien iluminado. Ya se habían colocado juncos frescos y se habían dispuesto las mesas para la cena. Los preparativos estarían avanzados cuando Pirro la suspendió. Echó a andar por el pasillo central y, por supuesto, yo lo seguí. Esperaba que me llevara a sus habitaciones privadas, pero en el último momento pareció cambiar de opinión. En lugar de eso, se sentó en la mesa alta, en la silla de Aquiles, curvando los dedos hasta encajarlos en las fauces abiertas de los dos leones. Junto a su bandeja estaba la copa tracia con su friso de cabezas de caballo con las crines al viento. La alcanzó enroscando sus gruesos dedos alrededor del pie.

—Alcimo dice que tú estabas allí la noche que Príamo vino.

—Sí —respondí—. Yo estaba allí.

Me hizo las mismas preguntas que Calcas. Di las mismas respuestas. Me resultó más difícil esta vez permanecer indiferente, porque estaba sentada en la misma habitación en la que habían sucedido aquellos hechos. Aquella noche yo estaba tras la silla de Aquiles —cansada, con los pies doloridos, deseando que la noche terminara—, pero Aquiles, aunque ya había dejado de fingir que comía, seguía sentado despatarrado en la silla. Nadie podía irse antes que él, pero parecía casi aletargado, como otras muchas veces durante los días que siguieron a la muerte de Patroclo. Una vez al día, en ocasiones dos, despertaba y ataba el cadáver de Héctor a su carro y, lanzando su poderoso grito de guerra, lo arrastraba tres veces alrededor del túmulo funerario de Patroclo para regresar al campamento con los caballos empapados en sudor y la cara cubierta de suciedad. Dejaba el cuerpo abandonado en el patio del establo, desollado, rotos cada uno de sus huesos, apenas reconocible como un hombre. A veces, cuando Aquiles volvía dando tumbos al salón, su rostro aparecía desfigurado por las mismas heridas que había infligido a Héctor. Las veía; yo sabía que las veía; lo observaba mirarse en el espejo, levantando las manos inseguras para tocarse la piel.

Pirro escuchaba atentamente cuando llegué al final del relato.

—Aquiles dijo: «Por supuesto que lucharía. No necesito que un troyano me enseñe mis deberes como anfitrión».

—¿Estás segura de que eso es lo que dijo?

—Fueron sus palabras exactas.

—Sí, pero ¿crees que lo habría hecho de verdad? ¿Luchar contra los otros reyes..., por Príamo?

—Creo que lo habría hecho, sí. No era del tipo de hombre que dice una cosa y hace otra distinta.

—Bueno, entonces, supongo que tengo que aceptarlo. Los unía el vínculo de la hospitalidad. —Golpeaba la mesa con las dos palmas de las manos, un extraño gesto de contención que no servía para esconder la violencia que ocultaba—. Solo lo siento por Ébano. ¿Por qué tiene que morir? Él no ha hecho nada malo.

¿De verdad esperaba que me compadeciera de su caballo? Pero lo extraño es que sí; me compadecía. Lo último que yo habría querido era ver a Ébano muerto.

—Tengo que irme —dije.

Él se puso en pie de inmediato.

—Te acompaño a tu cabaña.

—Oh, no hace falta; aún hay luz.

Se quedó en los escalones y esperó a que yo cruzara el patio. Me sentí aliviada al ver que no insistió en acompañarme hasta mi puerta. Esperé a que entrara, y entonces me escabullí hasta el barracón de las mujeres, donde encontré a las chicas apiñadas alrededor de Maire, que parecía aterrorizada —y no era para menos—. Mantuve una breve conversación de urgencia con Andrómaca y Hele. Estuvimos de acuerdo en que teníamos que sacar de allí al bebé. Fue bueno hablar con ellas. De haberme quedado sola, creo que me habría paralizado el miedo a reaccionar desproporcionadamente, a crear un problema mientras resolvía otro. Al huir, Maire se expondría a todos los castigos que se solían aplicar en las fugas de esclavos —y estos eran salvajes—. Así que fue un alivio saber que las demás estaban de acuerdo en que el riesgo merecía la pena. Pirro era un hombre iracundo, vengativo —capaz de generosidad, sí, y valeroso, pero también brutal—. Matar al bebé de Andrómaca era algo que había hecho en la inmediatez del ardor de la batalla y cumpliendo órdenes directas de Agamenón. La presión de acatarlas debió de ser inmensa. Pero ¿Amina...? ¿Qué excusa había para eso? No, no teníamos razones para confiar en él. Si lo obligaban a sacrificar a Ébano —y no veía cómo iba a poder eludirlo— su reacción sería extender el dolor a su alrededor a tanta gente como pudiera. Después de ser humillado públicamente, querría afirmar su autoridad sobre sus hombres —y sobre las esclavas que le habían mentido y lo habían desafiado de nuevo—. No creía que pudiéramos esperar de él ninguna misericordia. No, de algún modo íbamos a tener que sacar de allí al bebé —y tenía que ser aquella misma noche, mientras todo el mundo en el recinto se preocupaba de las cuestiones prácticas del entierro de Príamo—. Así que nos pusimos de acuerdo y luego nos separamos. Hele fue a hablar con Maire, y yo me volví a casa a esperar, porque nada se podía hacer antes de que anoheciera.

Después de ver a la mujer Briseida, atravesar el patio, Pirro vuelve a entrar en el salón. Le sorprende ver las mesas dispuestas para la cena: quizá nadie ha dicho a las mujeres que no lo hicieran. Lámparas y velas arrojan círculos de luz sobre las bandejas vacías... Debería tener hambre a estas alturas — más aún: tendría que estar hambriento, pues no ha comido nada desde el desayuno—, pero no. Si acaso, se siente ligeramente mareado. «Muévete», se dice. Pero sus pies parecen haber arraigado en el suelo. Desnudando su vista de la familiaridad, percibe sombras que libran en las vigas la misma batalla cada noche, creando una sensación de conflicto, por festiva que pueda ser la reunión que se celebra debajo. Y tampoco es que siempre sean festivas. Está pensando en esas cosas triviales, como el verdín que aflora en la superficie del agua estancada, para no tener que pensar...

Debe estar casi en el lugar exacto en el que Príamo estuvo aquella noche, contemplando el salón y a un hombre que se sienta despatarrado en su silla, aletargado como un lagarto en un día de frío. Pero, aun así, peligroso: del letargo a la furia asesina solo se necesitan segundos. Cuánto coraje debió requerir empezar a caminar entre las mesas con una pared de espaldas musculosas a cada lado.

Pirro empieza a caminar siguiendo los pasos de Príamo por el salón hasta la silla vacía que se halla al final, aunque él no parece moverse lo más mínimo; más bien es como si la silla se estuviera acercando hacia él. Se detiene ante ella: piensa en la imposibilidad de arrodillarse como una vez Príamo se arrodilló. Había abrazado las rodillas de Aquiles —la postura de un suplicante— y había dicho: «Hago lo que ningún hombre ha hecho antes: beso las manos del hombre que mató a mi hijo».

Y ahí es donde Pirro se pierde. Totalmente. Hasta ese punto, cree entender. Príamo había demostrado un inmenso coraje al entrar solo y desarmado en el campamento griego, y Aquiles habría respondido a eso. Él siempre habría respondido al valor. Pero ¿son esas de verdad las palabras de un hombre valiente? Suenan más bien a una rendición. Y, sin embargo, es en ese punto donde el comportamiento de Aquiles empieza a cambiar. De repente está invitando a Príamo a sus habitaciones privadas, sacando su mejor vino, atendiéndolo en la cena como un vulgar sirviente. ¿Por qué no llamó a Alcimo y a Automedonte para que ellos se encargaran? Era su trabajo atender a un invitado real. Y esa es otra, la palabra «invitado». ¡Él no era un invitado! Era un intruso —que acababa de entrar por el patio—. Y, sin embargo, el propio Aquiles había utilizado la palabra «anfitrión»...

Había otra cosa en la que todo el mundo parecía coincidir, y era que Aquiles y Príamo habían empezado la noche como enemigos y la habían acabado como amigos —amigos unidos por el vínculo de la hospitalidad— hasta el punto de que Aquiles había estado dispuesto a luchar contra sus compañeros de armas griegos para defender a Príamo. ¿Cómo un único encuentro podía enviar a un hombre por un camino completamente distinto de aquel que estaba siguiendo, con determinación constante, hasta entonces? Pirro no lo entiende. Ha hablado con Alcimo, con Automedonte, y ahora con Briseida: sabe exactamente lo que ocurrió aquella noche, pero no entiende nada de ello. ¿Cómo su padre, tras haber sido su azote durante los últimos nueve años, había podido convertirse en un amigo de Príamo? Incluso ofreciéndole su ayuda cuando Troya cayera. En el más profundo y oscuro rincón de la mente de Pirro está el pensamiento de que —si hubiera seguido vivo— Aquiles habría defendido a Príamo en los escalones del altar.

En cualquier caso, ¿dónde está todo el mundo? Mira a su alrededor el salón vacío, y entonces recuerda que ha suspendido la cena. Igual que también... Esta es una noche para estar solo, porque mañana... Mañana... Todo el mundo dice que es lo que exigen los dioses. «No, qué cojones. Es lo que exige Agamenón. Y ni eso: es lo que exige Calcas. Tendría que haberme cargado a ese cabrón y no solo darle una patada en el culo. Pero, ay, ya es tarde para eso».

El salón, con sus ecos indescifrables, es insoportable; se va a sus habitaciones, donde, como de costumbre, alguien ha dejado queso y vino. Se sirve una copa, se la bebe de un golpe, alcanza la jarra, y siente que el espejo cobra vida y se agita tras él. Negándose a prestarle ninguna atención, se sirve más vino y...

«¡Estoy harto! ¡Estoy harto!».

Lentamente deja la copa en la mesa.

«No, sigue, sigue, tú haz lo mismo de siempre».

Ya no puede seguir ignorándolo. Así que se da la vuelta y va hacia el espejo, pero en lugar de ver agrandarse su propio reflejo conforme se acerca, este se reduce hasta no ser más que un punto de luz. En otros tiempos —tampoco hace demasiado de eso— solía ponerse la armadura de Aquiles y mirarse en aquel espejo, entrecerrando los ojos hasta que la imagen se nublaba y era posible creer que el hombre que estaba viendo era el propio Aquiles. Él es la viva imagen de su padre; todo el mundo se lo dice. Pero lo que ve ahora es un homúnculo burlón. Sabe perfectamente que no es Aquiles ni ninguna otra manifestación de la vida de ultratumba. Es él mismo; una fina rebanada de su propio cerebro.

«¿No corres ahora con papá, que está ahí?».

Nunca ha estado.

«Vaya, tiene que ser muy duro eso de ser huérfano. No hay otros niños sin padre en toda Grecia, ¿verdad? Por lo que más quieras, hombre, supéralo de una vez».

Se queda mirando a ese giboso homúnculo cuyo rostro es una caricatura del suyo. De repente, se acuerda de algo horrible —esa es una de las cosas que se le dan mejor a esta criatura, desenterrar recuerdos de los sedimentos que hay en el fondo de tu mente, y nunca buenos recuerdos—. Tras el primer intento de enterrar a Príamo, habían interrogado a Eleno. Ya lo había torturado antes Odiseo, y se moría por contar todo lo que sabía del asunto —que era nada—. Y, sin embargo, Pirro había sacado su daga y la había girado a conciencia una y otra vez, encontrando en el movimiento una luz azul en la hoja. Había percibido —sin aparentar que lo hacía— el miedo en el rostro de Eleno, la tensión en sus músculos. No había hecho falta usar la fuerza, pero aun así había apretado la daga contra el vientre de Eleno, solo

un poco, lo suficiente para que un delgado riachuelo de sangre empezara a correr. No hubo verdadera herida, el dolor fue mínimo —pero no había necesidad—. Se avergüenza de la acción ahora, se avergüenza de la emoción que sintió, y vuelve a sentir la involuntaria succión de la respiración de Eleno. Una acción baja y mezquina completamente indigna del hijo del gran Aquiles.

«Ese fuiste siempre, ¿verdad? Aquel niño cruel que le arrancaba las alas a las moscas. ¿Te acuerdas de cuando lo hacías?».

No tengo que escucharte.

«Pero sí que me escuchas, ¿verdad? Y nunca dejarás de hacerlo».

Reuniendo todas sus fuerzas, da la espalda al espejo, toma su capa y sale a la noche.



Fuera, respirando el aire frío de la noche, se detiene. ¿Los establos? No, aunque desea estar con Ébano, tiene demasiado miedo al dolor. Quizá más tarde —o mañana por la mañana—. Lo primero que hará será supervisar la preparación del afrecho para drogar al caballo —o, mejor aún, lo preparará él mismo—, cepillará a Ébano, trenzará sus crines... Pero no ahora, no esta noche. Esta noche necesita...

¿Qué es lo que necesita? Castigo. Una respuesta sorprendente, porque no sabe qué crimen se supone que ha cometido y no acepta que deba ser culpado, en realidad. ¿Cómo se supone que iba él a conocer el vínculo de hospitalidad entre Príamo y Aquiles? Pero un crimen cometido en la ignorancia sigue siendo un crimen. No hay excusas, excepciones ni misericordia —los dioses no son dioses si no son implacables—. Castigo, entonces. Pero debería ser para él. No para Ébano.

No quiere compañía y, de todos modos, no hay muchos lugares en el campamento en los que ahora mismo sea bienvenido. Irá al mar. Al tomar el camino que atraviesa las dunas, sabe que está siguiendo los pasos de Aquiles, como adondequiera que vaya por el campamento. ¿Cómo sería elegir su propio camino?... Eso nunca ha sido posible. Al salir a la playa, ve una enorme ola que estalla con estruendo entre nubes de espuma —y tras ella otras olas que ya se están formando—. Al borde del agua, se quita las

sandalias de un par de patadas, deja que la túnica le caiga alrededor de los tobillos y se abraza el cuerpo durante unos minutos de frío extremo antes de que el mar lo escupa de vuelta a la tierra seca. No hay cabriolas delfinescas en las olas para él. Se adentra un poco en el agua, siente el impacto de la oleada en las rodillas y luego, al retirarse, el resbalar de la arena entre los dedos de los pies. ¿Habría nadado alguna vez el gran Aquiles en un mar como este? Pues claro que habría nadado en un puto mar como este, ¡y hasta se lo habría pasado bien! Pirro avanza unos centímetros mientras el mar dobla sus músculos para el siguiente asalto...

—Yo en tu lugar no lo haría.

Una voz tranquila, risueña. Pirro se vuelve y casi está a punto de caerse cuando lo alcanza la siguiente ola. No ve una mierda. Ridículamente, se lleva la mano a los ojos como si tratara de protegerlos del sol, aunque es la luna la que blanquea los guijarros a sus pies. La silueta en sombra que lo mira desde lo alto de una playa de guijarros parece tener unos pies absolutamente gigantescos. Pirro se estremece un poco, aunque solo un segundo después se da cuenta de que no es más que Eleno con los pies aún envueltos en varias capas de harapos. Le resulta extraña la coincidencia de verlo tan poco tiempo después de haber recordado clavarle una daga en el vientre —aunque solo fue un poco, no pudo dolerle, o tuvo que dolerle solo apenas— y esa sensación de extrañeza lo lleva a permanecer callado. Espera a que sea Eleno el que hable, pero Eleno, tal vez encontrando el silencio amenazador, ya está retrocediendo.

—No, no te vayas —dice.

Al instante, Eleno se detiene.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Eso suena como el inicio de otro interrogatorio, que es lo último que pretende.

—He venido a lavarme los pies.

—¿De veras?

—Sí, bueno, ya sabes... La sal ayuda.

—Supongo que sí.

Cuidadosamente, Eleno se sienta y empieza a desenvolver los harapos. Tras dudar un momento. Pirro asciende a la altura de Eleno, pero

lentamente, sin acercarse demasiado.

—Sería bueno dejar que se airearan.

Eleno flexiona los dedos de los pies.

—Sí, creo que tienes razón.

La piel se cura: la mente no. Pirro sabe que es hora de ponerle fin al incómodo encuentro, pero se dice que ha sido Eleno el que lo ha iniciado —no tenía necesidad de haberle dicho nada—. Y ahora siente curiosidad por saber por qué lo hizo. Así que, en contra de su mejor criterio, se queda viendo cómo Eleno se adentra un poco en el agua, haciendo un gesto de dolor al tiempo que la espuma de una ola le rodea los tobillos. No se tiene con firmeza sobre los pies, pero aun así avanza un poco más antes de darse la vuelta y tratar de volver dificultosamente hasta la orilla. Instintivamente, Pirro lo alcanza y le ofrece su mano. Eleno la agarra, riendo avergonzado de su debilidad, y se deja conducir hasta la arena seca. Sin aliento por el esfuerzo, descansa las manos sobre las rodillas. Tiene la piel muy oscura y mucho vello en las piernas, que el agua ha arremolinado formando medias lunas y círculos como los que forman las algas sobre las rocas. Exactamente igual que las que algunos tipos de algas forman en las rocas. De algún modo, percibir esa similitud abre un espacio en la mente de Pirro y empieza a relajarse, a abrirse un poco.

—Parecen mucho mejor.

El comentario es ridículo, pues es la primera vez que ve sus pies de cerca. Nada de lo que dice parece oportuno.

—Ya camino un poco mejor. —Eleno mira hacia el mar y luego de nuevo a Pirro—. ¿Vas a nadar?

—No, creo que paso.

—Buena idea.

Una leve vacilación antes de continuar:

—Mañana es un gran día.

Intentando mantener su voz neutra, Pirro responde:

—Tú debes estar contento.

—Es lo correcto.

—No necesito que un troyano...

Se muerde la lengua.

—No es fácil ser el hijo de Aquiles, ya sabes.

Eleno resopla.

—¿Te parece que es fácil ser el hijo de Príamo? Por lo menos tú no has traicionado a tu padre.

—No tuve oportunidad, ¿no crees? Yo nunca llegué a conocer al cabrón.

Pero eso fue demasiado brutal, demasiado sincero: lo hace volver a encerrarse, aterrado, en su cueva.

—Será mejor que me vaya. Aún queda mucho que hacer.

Pirro recoge su túnica y sus sandalias y echa a andar para alejarse de Eleno, que le pone una mano en el pecho para detenerlo.

—Siento lo del caballo. Era un gran tiro.

A la mierda el tiro. Es Ébano. El dolor es insoportable. Asiente bruscamente y sigue andando a grandes zancadas, pero solo ha recorrido unos metros cuando oye a Eleno decirle:

—Cuando el gran Aquiles vivía, podía desafiar incluso a los dioses.

Sin molestarse en darse la vuelta. Pirro grita por encima del hombro:

—¿Cómo puedes saberlo?

—Todo el mundo lo sabe.

Pirro solo mueve la cabeza y sigue andando más rápido. Tiene que huir del mar y la arena y de las nubes negras que flotan en el cielo haciendo de la luna una viuda y volver a su mundo: la paja y el heno, el olor a cuero y al jabón de la silla de montar, la tibieza del hombro de Ébano, la poderosa curva de su cuello. Al llegar a las caballerizas, las encuentra desiertas. ¿Dónde están todos los mozos de cuadra? En el promontorio, probablemente. Pero ¿todos? ¿Cuántos hombres hacen falta para construir una pira funeraria? Aunque no solo será la construcción lo que estará llevando su tiempo, sino también el acarreo de la leña. Se fija en que los pesebres de los caballos de tiro están vacíos. No importa, en cualquier caso, que los hombres no estén allí; se ha dado de comer y beber a los caballos y están listos para pasar la noche: y, además, él prefiere estar a solas. Aunque en el mismo momento en que lo piensa, el mozo idiota sale corriendo del almacén de aperos tartamudeando su deseo de ayudar. Pirro le dice que se vaya y se dirige a la fila de pesebres. Ébano da un resoplido a modo de saludo. Pirro escoge unas cuantas manzanas arrugadas de una bolsa que hay

junto a la puerta y le da una a Fénix primero, fingiendo como de costumbre una igualdad de afecto que no siente. Es un misterio por qué algunos caballos son especiales y otros no. Rufo lo fue. Ébano lo es.

Cruzando el estrecho pasillo, coloca una manzana en la palma de su mano, y suave, delicadamente. Ébano la toma. Mucho masticar, una espuma de saliva verde en las esquinas de la boca y varios movimientos y sacudidas de la gran cabezota: «¡Más!».

—Solo una más. La última. Ya has tenido tu heno.

No puede haber muchos obsequios extraordinarios porque la rutina de Ébano debe ser lo más normal posible hasta el momento en que Pirro levante la espada. Ébano mordisquea la siguiente manzana en su palma. Ahora tiene los dedos llenos de babas verdes; se limpia en el costado de la túnica, toma un puñado de paja limpia y empieza a restregar a Ébano. No es necesario. El pelaje de Ébano reluce como siempre —recibe mejores cuidados que muchos niños—, pero Pirro disfruta al hacerlo. Su cuerpo se curva en cada caricia y se entrega a la agradable sensación. Hay en ello algo hipnótico; Ébano también lo siente —pequeños tics y hormigueos recorren su piel—. No lamenta el pasado ni teme el futuro, pero al fondo de la mente de Pirro está siempre la idea de lo que el día siguiente traerá.

Solo quedan horas.

Incluso al pasar la mano por el cuello de Ébano está calculando el ángulo preciso y la fuerza del tajo —porque esta vez no puede haber ninguna vergonzosa chapuza—. Ébano no puede morir como Príamo.

Finalmente Pirro se deshace del puñado de paja y se aparta. Le gustaría pasar la noche en las caballerizas, sentarse con la espalda contra la pared y dormir lo que pueda, pero no puede permitírselo. Él necesita estar descansado y Ébano necesita su rutina normal. Mañana por la mañana, temprano, vendrá a supervisar el afrecho con las drogas, aunque se pregunta si será realmente necesario. Al ver la muchedumbre en el promontorio. Ébano creerá que está a punto de empezar otra carrera. A él le encanta correr y, como nunca lo han maltratado, no tendrá miedo ni siquiera cuando Pirro levante la espada. «Cuando el gran Aquiles vivía, podía desafiar incluso a los dioses». Se pregunta qué ha querido decir Eleno con eso: si de verdad estaba sugiriendo que Ébano no tenía que morir. De ser el caso, es

que es idiota. Solo la locura y la ruina aguardan al hombre que desafía a los dioses. «Pero Aquiles lo hizo». Descansando la cabeza sobre Ébano, Pirro le sopla suavemente en los ollares abiertos, lo mismo que, mucho tiempo atrás, solía hacerle a Rufo.

—Lo siento, Ébano —dice—. Lo siento, lo siento, lo siento. «Yo no soy ese hombre».



Unos minutos después, dando tumbos a ciegas por las escaleras de la terraza hasta llegar a la puerta del salón, no se fija en un hombre que está acurrucado en las sombras, por lo que se sobresalta cuando este se mueve. Eleno, por supuesto. No tiene tiempo para esto ahora; ni paciencia.

—¿Qué es lo que quieres?

—Nuestros padres estaban unidos por el vínculo de la hospitalidad. Eso significa que nosotros también. Lo menos que podrías hacer es ofrecerme algo de comer.

Pirro, que ya ha abierto la boca para negarse, mira a Eleno y ve que está helado, hambriento y solo. Luego se acuerda del vacío en sus habitaciones: el espejo burlón y la lira muda. ¿Qué otra cosa va a hacer, en realidad? Así que se hace a un lado, abre un poco más la puerta, y deja pasar al futuro.

Fuera había oscurecido por fin. Antes de salir de la cabaña, llené un cuenco de moras y añadí una cucharada de esas gachas pegajosas a las que los soldados griegos eran inexplicablemente adictos. Encontré a Maire sentada en su cama con el bebé engullendo en sus pechos. Hele trajinaba detrás.

—Estate quieta un momento.

Aplasté unas cuantas moras contra el cuenco, las mezclé con el emplasto gris y empecé a extenderlo por la cara y el pecho. No demasiada cantidad, pero sí la suficiente como para persuadir al curioso de que era mejor apartarse.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó Hele.

—La peste.

—¿La peste? No se parece en nada.

—¿Tienes alguna idea mejor?

Maire me tendió al bebé mientras extendía el manto para envolverlo. Sentí su tibio peso en mis brazos y una leve humedad contra mi pecho. Al bajar la vista, vi que los ojos se le empezaban a cerrar. Dormir, comer, otra vez dormir. Tenía finas venas azules en los párpados y una pequeña burbuja gris de leche sobre el labio superior. Cuando Maire estuvo lista, se lo devolví y sentí un gélido vacío donde antes había estado su calor. Las chicas se apiñaron alrededor de Maire para despedirse, asomándose a los pliegues del manto para dedicarle una última mirada al rostro del bebé. Un par de ellas lloraban. Habían puesto tanta esperanza en aquella criaturita... Demasiada, demasiada esperanza. Y todas lo hicimos.

Cuando Maire se cubrió con su túnica negra, le dije que acabara de despedirse y me fui a la puerta a esperar. Andrómaca se acercó y me deseó

suerte. Me pregunté si secretamente no se alegraría de que Maire y el bebé se fueran. La sorpresa, como tantas veces, fue Hele, que nos siguió a Maire y a mí hasta la terraza.

—Yo voy —dijo en un tono que no admitía contradicción—. No para quedarme, claro; sé que no podría quedarme. Pero al ser más iremos más seguras, y, además, tengo esto.

Se abrió la capa y vi que sostenía un cuchillo —un objeto de aspecto maléfico con una empuñadura de hueso y una hoja larga—. Lo habría robado del salón alguna de las noches que bailó tras la cena. No encontré su visión en absoluto tranquilizadora. Hele era fuerte, pero no tenía nada que hacer contra un soldado griego; pensé que solo le estaría ofreciendo un arma. Y la suya era, además, una figura llamativa, que probablemente atrajera la atención de cualquier transeúnte. Sabía que Maire y yo estaríamos más seguras yendo por nuestra cuenta. Pero ella quería venir, y yo no era capaz de negarle la oportunidad de pasar unos minutos más con su amiga.

—Está bien —dije de mala gana.

Me di cuenta de que estaban esperando que yo abriera la marcha. No habían salido de la cabaña desde que llegaron, a excepción de las breves excursiones de Hele a través del patio hasta el salón; así que no tenían ni idea del trazado del campamento.

—Bueno, iremos por la playa —dije—. Vamos, por aquí.

—¿A dónde vamos? —preguntó Hele.

—Los llevo con Casandra.

—¿Confías en ella?

—No, pero creo que le parecerá bien. Y ella posee cierto poder.

Había pensado mucho en eso. Ritsa y Hecamede habrían ayudado de haber podido hacerlo, pero, siendo realistas, ¿qué estaba en su mano? Casandra era la única opción.

Resguardándonos en las sombras todo lo posible, tanteamos los límites del patio. Yo iba tensa por el miedo a que el bebé se despertara de repente y empezara a llorar. Al pasar junto al círculo de luz de una antorcha, me di cuenta de que estaba despierto, pero no se movía ni hacía ningún sonido. Quizá el movimiento de caminar lo tranquilizaba, o quizá, igual que tantos

cachorros de animales, sabía estar en silencio cuando había depredadores a su alrededor. Enseguida dejamos atrás el círculo de luz de la antorcha y los fogones y tomamos el camino que llevaba hasta la playa. La luna seguía desapareciendo tras las nubes negras, pero la oscuridad no me preocupaba. Durante mis primeros días en el campamento recorrí muchas veces aquel camino antes del amanecer, y en ocasiones avanzada la noche. Aunque no tantas a esa hora, pues me requerían para servir el vino en el salón.

Cuando llegamos a la playa empecé a relajarme un poco, pero enseguida me detuve en seco porque había dos hombres al borde del mar. Uno de ellos se había metido algún trecho en el agua y parecía que iba a lanzarse a nadar. Oía sus voces entre el ruido de las olas, aunque no podía distinguir las palabras. Y uno de ellos se parecía un poco a Pirro, pero no podía estar segura porque a la luz de la luna su pelo parecía negro. No me atrevía a moverlos por miedo a llamar la atención, pero de todas formas necesitábamos hacer un descanso: a Maire le costaba respirar. Ni en sus mejores tiempos había sido una mujer en buena forma, y había perdido mucha sangre tras el parto. Volviéndome a mi derecha y levantando la vista hacia el promontorio, vi siluetas oscuras de hombres con antorchas que se movían de un lado a otro mientras sus gigantescas sombras parpadeaban sobre la hierba. Estarían construyendo la pira funeraria de Príamo. A mi izquierda, aguzando la vista cautelosamente a través de la penumbra del camino de dunas, vi que el terreno estaba despejado. Uno de los hombres que se hallaban al borde del agua había recogido su túnica y se alejaba. Pasado un momento, el otro también se levantó y lo siguió.

Maire respiraba ya con más facilidad.

—Vamos —dije—. Sigamos avanzando.

Pensando que la orilla estaba demasiado expuesta, las guie por la línea de los barcos amarrados que rodeaban la bahía. Nos movíamos en ráfagas, lanzándonos como flechas de una zona de sombra hasta la siguiente. Desde que había llegado al campamento, el constante golpear de las jarcias contra el tope de los mástiles había atormentado mis sueños. Me parecía el sonido de una mente a punto de llegar a su límite, pero yo era más fuerte ahora, y me concentré únicamente en poner a salvo a Maire y a su hijo —todo lo a

salvo que pudiera estar en aquel campamento, por lo menos—. No había garantías para nadie.

Cuando estuvimos al nivel de la arena, un buen grupo de soldados, muchos de los cuales portaban antorchas, salió de entre los barcos y se desperdigó por la playa. La mayoría salió corriendo, probablemente en busca de un trago en el recinto más próximo, pero tres rezagados se fijaron casualmente en nosotras a la sombra de los barcos. Uno de ellos se entretuvo un momento, pero luego se encogió de hombros y se fue.

—¡Hola, chicas!

El hombre que tenía delante era delgado y estaba sudoroso y muy borracho. No se mostraba desagradable ni amenazador —o, por lo menos, no todavía—. Y no había manera de esquivarlo —tampoco de retroceder—. De hecho, estábamos en el estrecho espacio que había entre dos barcos. Rodeé con el brazo a Maire y di grandes muestras de estar sosteniéndola. Hele hizo lo mismo, pero la sentí rígida, y deseé que no estuviera buscando el cuchillo.

—Nos dirigimos al hospital —dije—. Tiene fiebre. Yo no me acercaría demasiado.

Él miró a Maire, que estaba sudando y jadeando. No le hacía falta actuar: media hora luchando contra la arena suelta la había llevado a su límite.

—Creo que podría ser la peste.

Siguiéndome la corriente, Hele le apartó a Maire la túnica del rostro y del cuello mientras yo agarraba el manto para asegurarme de que el niño permanecía oculto. Vistas a la luz de las antorchas a la sombra de los barcos, las costras moradas que en la cabaña habían parecido tan poco convincentes mostraban ahora un aspecto absolutamente aterrador. El temor a la peste era algo constante en la vida del campamento; hacía menos de un año que se había producido un grave brote y la mayoría de los hombres conocía a alguien que había muerto entonces. El hombre se paró en seco.

—Vamos —le gritó el hombre que venía detrás—. Déjalo.

Se dio la vuelta y huyó, aunque cuando estuvo a una distancia segura se detuvo para desearnos suerte. Por el rabillo del ojo, vislumbré el destello del cuchillo de Hele.

—¿Quieres hacer el favor de guardar esa mierda?

Aunque tengo que admitir que me sentía mejor con ella allí. Habría sido más difícil ocuparme de Maire y del bebé yo sola. De ese modo, yo acabé llevando al bebé mientras Hele sostenía a Maire. Por suerte ya no volvimos a encontrarnos con nadie. Oímos los gritos y cantos de los hombres que estaban bebiendo junto a los fogones, pero pensé que estaban bastante más moderados de lo habitual. Nadie sabía bien qué esperar al día siguiente. Al fin, llegamos al recinto de Agamenón. Por una vez, no tuve tiempo de demorarme en la impresión de desolación que siempre se apoderaba de mí en cuanto cruzaba sus puertas. Teníamos el hospital justo delante, y las lámparas del interior hacían resplandecer la carpa. Dejando fuera a las otras, me agaché bajo el pliegue de la entrada y busqué a Ritsa. Había dos mujeres en el banco llenando jarras de vino, pero ni rastro de ella. Debía estar con Casandra, no se me ocurría ningún otro sitio donde pudiera estar.

Del salón de Agamenón llegaba el sonido de hombres que comían y bebían; se oían canciones esporádicas, risas, y chocar de ollas y bandejas, pero fuera el patio estaba en silencio. Llamé a la puerta de Casandra. Salió una sirvienta claramente reacia a dejarnos pasar, pero entonces oí a Casandra preguntando:

—¿Quién es?

Dije mi nombre, y un momento después la sirvienta nos invitaba a entrar. Maire y Hele se quedaron con incertidumbre justo en el umbral, mientras yo entraba a hablar con Casandra. La encontré con el pelo suelto, con una túnica amarilla que no le quedaba bien, y con el collar de mi madre.

—¿Qué pasa?

Esquivaba mi mirada y me daba la impresión de que se avergonzaba de que la vieran así: vestida para excitar y seducir, pero sin saber hacerlo muy bien por pura falta de práctica. Por supuesto, la cena en el salón de Agamenón terminaría pronto; estaría esperando que la llamaran al lecho de Agamenón. Me pregunté cómo lo llevaría. Estaba muy bien verse atravesando las puertas del Hades coronada de laureles, saludada como vencedora por todos los troyanos muertos, pero antes tenía que pasar por tener para rato a Agamenón resoplando y sudando encima de ella. ¿No le

importaría, tal vez? Quizá hasta lo disfrutaba. Ella no había elegido ser una sacerdotisa virgen; Hécuba había tomado aquella decisión en su nombre.

Me hallaba a punto de explicar por qué estaba allí, cuando Ritsa, que debía haber oído mi voz, salió con una diadema y un velo en las manos. Casandra le dijo de malos modos que se los colocara.

—¿Y bien? —Se dirigió entonces a mí—. ¿Qué puedo hacer por ti? — Su tono casi rozaba la hostilidad.

Le expliqué el problema y, pensando que el bebé sería el mejor defensor de su propia causa, llamé a Maire y Hele para que pasaran. Maire había intentado quitarse las «úlceras» de mora y tenía ahora todo el rostro morado. El aspecto de Hele era agresivo. Casandra las miró y las colocó al instante en una categoría muy por debajo de las que merecían su atención. Maire retiró los pliegues de su manto del rostro del bebé, obviamente creyendo que la visión podría mover a la piedad a Casandra. Su mirada revoloteó sobre él —brevemente—, pero su expresión era difícil de leer. Debí abandonar la esperanza de ser madre años atrás y puesto que, obviamente, creía en su profecía de que ella y Agamenón iban a morir pronto, tampoco podía contemplarla en el futuro. ¿Qué podía significar para ella un bebé más que una fuente de dolor y, tal vez, de arrepentimiento? Llegué a pensar que incluso podría volverla más dura con nosotras. Pero, en realidad, se limitó a darse la vuelta, a tomar la diadema y a empezar a jugar con ella distraídamente.

—Bueno —dijo al fin— supongo que podría trabajar en la cocina.

Miró a Ritsa.

—¿Querías ocuparte tú?

Ritsa me miró y luego, abriendo los brazos de par en par como si fuera una oca llamando a su prole, salió por la puerta con Maire y con Hele.

Tal vez Casandra esperara que yo me marchase también, pero en lugar de eso me senté frente a ella. Quería dar tiempo a Hele para despedirse de su amiga. Esperé hasta oír que la puerta delantera se cerraba.

—¿No sirves el vino en la cena?

—Soy su esposa.

—Oh, sí, claro —dije—. Es muy distinto.

Allí estábamos, dos mujeres que habíamos compartido la cama de Agamenón. Teníamos que hablar, pues así lo exigían las buenas maneras, pero la conversación simplemente renqueaba cargada con el peso de las cosas que no decíamos. No era capaz de mirarme a la cara. Dudo que Casandra hubiera tenido una conversación tan íntima con otra mujer jamás. Al fin, tras una pausa incómoda, dijo:

—¿Cómo fue para ti?

—Brutal.

Me lanzó una mirada fugaz.

—Estaba furioso con Aquiles. Lo pagó conmigo.

—¿Todas las veces?

Me eché a reír.

—Solo pasó un par de veces. Luego se plantó en el ágora y juró por todos los dioses que no me había puesto un dedo encima.

—¿Aquiles lo creyó?

—¡Claro que no!

La miré.

—Tú eres su esposa... Tienes razón, no es lo mismo.

—Calcas dice que el matrimonio no es válido.

—Basta que Agamenón lo diga para que lo sea. Él es la ley.

Intentaba dar tiempo a Ritsa para acomodar a Maire. Solo esperaba que funcionara y que el cocinero de Agamenón no pusiera objeciones —siempre escaseaba el personal y Maire tenía experiencia en el trabajo de cocina—. Agamenón ni siquiera sabría que estaba allí. Me preocupaba más Hele. No era una mujer que hiciera amigos con facilidad; aquella no sería una pérdida trivial para ella. Pero la verdad es que Casandra me estaba resultando difícil de llevar en aquella actitud quisquillosa y defensiva. Fue un alivio cuando la puerta se abrió. Levanté los ojos esperando ver a Ritsa, pero era la sirvienta que venía a transmitir la llamada de Agamenón. Casandra se levantó, y pareció quedarse sin saber qué hacer con la diadema y el velo. Me puse a colocárselos. Pero ella parecía agitada: las luces rojas del interior de los ópalos se movían con cada respiración suya. Nuestros rostros estaban a escasos centímetros, pero soportó mis dedos en su pelo, mi

aliento en su piel, y se las arregló para salir del incómodo momento sin encontrarse ni una sola vez con mis ojos.

—Seguro que Ritsa volverá pronto —dijo retirándose a una distancia más cómoda—. Puedes quedarte a esperar si quieres.

Cuando se fue, me quedé sola a la luz de la lámpara hasta que Ritsa y Hele regresaron. Sin Maire.

—No te preocupes por ellos; estarán bien. Yo no los perderé de vista, y el cocinero no es mala gente.

Le di un abrazo, deseando haber tenido más oportunidad de hablar, pero sintiendo la presión de llevar de vuelta a Hele al barracón de las mujeres y ponerla a salvo. Ritsa nos acompañó hasta la puerta para despedirse.

Caminamos por la playa, manteniéndonos todo lo lejos que pudimos del refugio de los barcos. La luna iba y venía por la superficie del agua. Hele no había dicho nada aún. Si hubiera sido cualquiera de las otras chicas, le habría pasado el brazo por los hombros, la habría abrazado quizá; pero no se podía hacer eso con Hele. Aquel cuerpo que había entrenado con tanto rigor y que mostraba con tanta arrogancia no era para ser tocado. Era una armadura —pensé— más que un cuerpo de carne.

Nos despedimos en la puerta del barracón de las mujeres. No me apetecía entrar, y Hele podía contar a las demás lo que había sucedido. En el último momento, cuando estaba a punto de traspasar el umbral, miró hacia atrás y levantó un puño apretado. «Lo conseguimos», pareció querer decir. «Los sacamos».

Obviamente pensaba que estaban más seguros ahora. Y quizá lo estaban, por lo menos más de lo que habrían estado de haberse quedado en el recinto de Pirro.

Las mujeres no acostumbran a asistir a los funerales, así que yo no esperaba ir al de Príamo. Desde primera hora de la mañana, el campamento bullía de expectación. Los mirmidones habían construido una inmensa pira en el promontorio, cerca de los pastos de los caballos. La armadura de Príamo se había sacado del almacén y se había pulido hasta que quedó reluciente. Para mí, a solas en mi cabaña, aquel tendría que haber sido un día de verdadero consuelo —por pequeño que fuera—, pero en lugar de eso me sentía cada vez más frenética. No sabía dónde quería estar y, al final, decidí simplemente dar un paseo por la playa. Pensar en Príamo. Y en Amina.

Normalmente, a esa hora, la playa habría estado desierta, pero aquel día era una negra muchedumbre de hombres que se congregaban al borde del agua para purificarse. La mayoría se restregaba el cuerpo con aceite. En condiciones normales, tras un baño caliente, habría sido algo placentero, pero allí fuera, con el viento haciendo volar la arena por todas partes, esta que se pegaba al aceite y tenía que ser eliminada de manera dolorosa, y después de la inmersión en un mar helado con manchas de sucia espuma amarilla..., no tanto. Alguien empezó a cantar un himno a Zeus, pero su voz quedó ahogada por una disonancia de aullidos en cuanto el agua salada golpeó la piel en carne viva.

Yo me quedé al abrigo de los barcos y observé, pero después de un rato mi deliberado aislamiento empezó a parecer egoísta. Había otros en el campamento con más motivos para la tristeza que yo. Hécuba, en primer lugar. Hécuba por encima de todos. Así que, volviendo la espalda a la playa, que ahora estaba más poblada que el campamento, me dirigí a su cabaña. Se había levantado de la cama y llevaba una túnica limpia y dos marcas de tisis

en las ajadas mejillas. Hacía muy poco yo había pensado más de una vez que no iba a vivir un día más, pero no había contado con la fuerza de voluntad que la empujaba hacia delante. Me arrodillé para tocarle los pies: al levantarme, me atrajo hacia sí y me abrazó. Apenas me llegaba a la barbilla.

—He mandado llamar a Odiseo —dijo alisándose los cabellos para asegurarse de que estaban en orden.

«¿Mandado llamar?». Ella era su esclava. Al mirar sus ojos febriles, pensé que definitivamente había perdido la cabeza —solo una mujer que hubiera enloquecido habría hablado así—. Con la mayor suavidad que pude, dije:

—Bueno, ya sabes, podría no venir...

Ella me dio unas palmaditas en el brazo de manera casi condescendiente:

—Vendrá.

Se encontraba demasiado nerviosa como para estarse quieta: seguía haciendo pequeñas incursiones en la cabaña, igual que una niña pequeña a la que han regalado ropas nuevas por su cumpleaños pero aún no la dejan ponérselas. Al fin la convencí para que se sentara y guardara sus energías:

—Es un camino largo —dije—. No deberías desperdiciar las fuerzas.

Yo no creía que fuera a ir a ninguna parte. Le di una copa de vino rebajado, pero la apartó después de unos pocos sorbos. Cuando la puerta se oscureció, levantó la vista, obviamente esperando ver a Odiseo, pero solo era Hecamede, que traía pan y queso: un queso blanco húmedo y quebradizo hecho con hierbas y pan caliente recién horneado: pero Hécuba no pudo comer nada, y a nosotras nos pareció poco respetuoso comer sin ella.

—Néstor va a asistir al funeral —dijo Hecamede—. Calcas dice que todos los reyes tienen que estar allí.

Hécuba exultaba.

—Pues si ese hijo de puta decrepito puede llegar hasta allí, vaya si yo estoy segura de que puedo. O le pediré a uno de esos mozos que me lleve a caballito.

—¡Por supuesto que no! —dije.

No era frecuente que yo lograra ser firme con Hécuba, pero la verdad es que aquello ya era demasiado.

Unos minutos después, otra silueta oscurecía la puerta. De nuevo Hécuba levantó la vista. Hasta la oí susurrar el nombre de Odiseo; pero tampoco era él esta vez. Era Casandra —alta, joven, fuerte, lujosamente vestida, la viva imagen de la futura reina de Micenas—. Solo podría disfrutar su estatus durante unos días, semanas a lo sumo, pero, evidentemente, quería aprovecharlo al máximo. Hecamede y yo nos pusimos de pie para recibirla. Hécuba se había quedado muy quieta.

No me parecía un encuentro entre madre e hija. Yo llevaba tanto tiempo echando de menos a mi madre, que murió cuando yo solo tenía doce años, que habría esperado lágrimas, abrazos, reconciliación... Pero no hubo nada parecido. Casandra entró —pensé que de mala gana—, se arrodilló y tocó los pies de su madre antes de ofrecerle la mejilla en un incómodo y distante abrazo. Llevaba una túnica verde con canesú de rico bordado y parecía tan exótica como un pájaro tropical en la escuálida cabaña. Después del abrazo, Hécuba se sentó sobre sus talones y miró a Casandra con ojos brillantes y escépticos. Había mucho dolor allí, pero ella lo mantenía bien escondido.

—Casandra —dijo repasando el vestido, el cabello sofisticadamente arreglado, el collar, los anillos—. Tienes buen aspecto.

—No puedo estar mejor.

Pausa tensa.

—¿Sabes que me he casado?

—Sí. Así que él lo hizo de verdad... Bueno, debo decir que nunca pensé que pasaría. ¿Qué crees que va a decir su esposa al respecto?

—Imagino que no le hará ninguna gracia.

Sin molestarse en disimular su disgusto ante lo que veía alrededor, Casandra se sentó doblando las piernas bajo ella con la habilidad de un gato. Cualquier intento de establecer una auténtica conexión que pudiera surgir entre las dos solo podía verse entorpecido por la presencia de terceros, así que hice un gesto con la cabeza hacia la puerta y Hecamede y yo las dejamos a solas. En la terraza, me agradó ver las anchas espaldas de Ritsa y su melena de color rubio pajizo. Me senté junto a ella —nos

abrazamos y lloramos un poco— y luego nos pusimos a ver cómo reparaban las estatuas del ágora.

—Así que ahora eres la sirvienta de Casandra.

—Eso parece.

—¿Vas por el hospital alguna vez?

—No mucho. Hay menos trabajo que antes. Unos cuantos jóvenes idiotas que se arrancan los trozos los unos a los otros... Pero nada más.

Aun así, Ritsa era una sanadora. Casandra podría haber tenido a cualquier otra mujer en el recinto de Agamenón como sirvienta.

Hecamede me tocó en el brazo.

—Tengo que irme. Néstor va a necesitar mucha ayuda para prepararse.

La vimos alejarse por el ágora, abriéndose camino entre los dioses caídos...

—¿Cómo está? —pregunté refiriéndome a Casandra.

—Aún con altibajos. Es como una niña a veces. Pero ya sabes... La vi en sus peores momentos, cuando a veces hasta se orinaba encima. Y es una mujer orgullosa. Algunos días, no soporta ni verme.

—Tendría que estarte agradecida.

—Sí, bueno, pero ya sabemos que las cosas no siempre funcionan así.

Observamos como una cuadrilla de hombres bajaba hasta el suelo la estatua de Atenea, dos de ellos tiraban de las cuerdas mientras que los otros la sujetaban para impedir que sufriera más daños por culpa de un descenso demasiado brusco.

—En todo caso —dijo Ritsa—, tú debes estar contenta. Van a incinerar a Príamo.

—¡Todavía no lo han hecho!

—No, pero lo harán. Eso sí, en cuanto a ese niño... Yo esperaba más de Calcas. Me habría gustado verlo seguir el cuerpo de Príamo a cuatro patas. Pero por lo menos perderá su caballo. Aunque tampoco es que eso sea gran cosa. ¿No te parece? ¿La vida de un caballo por la de una criatura?

Me pregunté a qué criatura se refería. ¿Al bebé de Andrómaca? ¿A Políxena? ¿A Amina? Las chicas debían parecerle niñas a ella. Estaba a punto de hacer un comentario, pero en ese momento una sombra cayó sobre nosotras. Levanté la vista y allí, increíblemente, estaba Odiseo. Nos

movimos de sitio en las escaleras para dejarlo pasar y, agachando la cabeza, entró en la cabaña.

Ritsa parecía tan atónita como yo.

—¿Tú sabías que de verdad lo mandó llamar? —dije.

—Bueno, ahí lo tienes. En esta vida te toman por aquello que tú te consideras. En su mente, ella se sigue viendo a sí misma como una reina.

Tras nosotras se oye el murmullo de una conversación. Odiseo: un susurro grave. Hécuba: frágil, sin aliento, decidida. Casandra: un gemido penetrante, siempre tan ligeramente nasal.

—¿Cuánto tuvo ella que ver con el discurso de Calcas?

Ritsa se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo estuvieron discutiendo largo y tendido los dos, pero no lo habrían logrado sin ti. Al parecer, Alcimo y Automedonte no estaban muy por la labor de hablar hasta que se dieron cuenta de que Calcas ya lo sabía todo.

Movimiento dentro de la cabaña. Un momento después. Odiseo salió, me saludó con un gesto de cabeza, ignoró a Ritsa y se dirigió a su salón. Casi enseguida Casandra también salía.

—Ve con mi madre —le dijo a Ritsa—. Necesitará ayuda para bajar los escalones.

Intencionadamente, me levanté y seguí a Ritsa hasta la cabaña. Hécuba parecía aún más nerviosa que antes: pensé que hasta un punto peligroso.

—Va a mandar una carreta —dijo—. Quería mandar su cuadriga, pero entonces yo habría tenido que ir de pie, así que le dije: «No, no, una carreta me sirve. No soy orgullosa».

Y allí estaba ella, en su pequeña perrera: la personificación del orgullo.

Encontré un peine y empecé a alisarle el largo cabello blanco pensando que ayudaría a tranquilizarla, pero nada podría haberla calmado aquel día. Estaba eufórica. Siempre me había costado entender sus estados de ánimo y aquel no fue una excepción. Yo aún era demasiado joven como para entender que la euforia es uno de los muchos rostros del dolor. En el funeral, ante el ejército griego al completo, ella representaría a Príamo. Más que eso: ella sería Príamo. ¿Acaso no es esa, al fin y al cabo, la manera en

que nos enfrentamos al dolor? No hay nada sofisticado ni civilizado en ello. Como salvajes, nos alimentamos de nuestros muertos.

Cuando acabé de peinarla, oí que la carreta se detuvo fuera. Repentinamente inquieta, me dijo:

—¿Vendrás conmigo, verdad?

Yo tenía la intención de caminar, pero, por supuesto, respondí que sí. Odiseo había enviado un tiro de caballos —en lugar de las mulas habituales— y a un joven de rostro fresco con pecas pelirrojas para que los guiara. Claramente pensaba que llevar aquel carro estaba por debajo de su categoría —me pareció reconocerlo como el auriga del propio Odiseo—, pero fue todo amabilidad al ayudar a subir a Hécuba a su asiento. Hécuba estaba nerviosa y halagada y hasta se mostró un poco coqueta. Cuando se hubo acomodado, miró a su alrededor con gran interés, al ágora, a las estatuas de los dioses, y a la multitud de hombres que regresaban de la playa. Podríamos haber estado iniciando una excursión de ocio. Junto a ella, con el rostro pétreo. Casandra miraba fijamente hacia adelante.

El camino hasta el lugar de la incineración era largo y arduo y las ruedas de la carreta avanzaban a trompicones por los surcos del camino de ceniza. Más de una vez Hécuba tuvo que abrazarse al lateral de la carreta, pero logró mantenerse erguida de principio a fin. Nos rodeaban hombres que acababan de salir de su purificación ritual en el mar. Había un olor abrumador a pelo mojado, a humedad atrapada en los pliegues de la piel. Parecieron sorprendidos de ver mujeres —como digo, las mujeres no suelen asistir a los funerales—, pero se hicieron a un lado para dejarnos pasar. Muchos de ellos se quedaron mirando a Hécuba sin disimulo, como si fueran conscientes de estar viendo a la historia pasar.

Casandra preguntó al conductor a dónde nos llevaba y cuando este le señaló el lugar, respondió:

—No, tenemos que estar más cerca.

Para entonces, Hécuba ya había visto la pira funeraria y estaba apretando los labios como solía hacer cuando el dolor y la ira amenazaban con apoderarse de ella. Hice intención de extender la mano y tocarla, pero ella se retiró. La envolvía en aquel momento una soledad en la que ningún afecto habría sido capaz de abrir la menor brecha.

Al fin los trompicones terminaron; el conductor desmontó y fue a unirse a sus compañeros. Nos hallábamos en una ligera pendiente, por lo que teníamos una buena perspectiva de todo. No había tumba, por supuesto — sería cavada más tarde para recibir los huesos—. En su lugar, los mirmidones habían construido una pira funeraria que se alzaba a más de tres metros de altura sobre la multitud. El terreno se iba llenando rápidamente. Los hombres seguían llegando en riadas por el camino, pero la parte más alta de las laderas del promontorio ya estaba abarrotada. La carreta se había convertido en una isla en medio de un mar de cabezas y hombros. Los reyes no habían llegado aún; estaban esperando a que todos los hombres se hubieran congregado para hacer su entrada.

Poco a poco, comenzaron a aparecer de uno en uno: Odiseo el primero, hacía visera con la manos sobre los ojos y escrutaba las laderas quizá buscando a Hécuba. En cualquier caso, su mirada pareció detenerse en nosotras antes de volverse para saludar a Áyax. Néstor recibió su habitual ovación. Vislumbré a Hecamede, que iba a pie junto a su cuadriga. Agamenón llegó el último, como le correspondía por derecho, miró a Menelao y le dirigió una leve y desdeñosa reverencia. Cuando se sentó, se hizo un silencio absoluto solo roto por los frenéticos graznidos de las gaviotas que sobrevolaban nuestras cabezas.

Entonces, esperamos.

Al fin, a lo lejos, se oyó un sonido de tambores y de pies que marchaban. Nada más, al principio, solo aquella única nota violenta, y luego, poco a poco, fue apareciendo la comitiva fúnebre. Ayudé a Hécuba a subirse al banco para que pudiera ver mejor agarrándola de la falda igual que cuando una niña pequeña quiere caminar por la pared. Solo cuando creí que estaba segura pude mirar hacia el camino de ceniza y a la comitiva que venía hacia nosotros. El cuerpo de Príamo, perfectamente envuelto en una tela de oro y púrpura, fue transportado a hombros por seis mirmidones. Me pareció reconocer la misma colcha que había utilizado para hacerle la cama la noche que vino a ver a Aquiles. Cuando estuvieron más cerca, los soldados comenzaron a golpear la espada contra su escudo, como solían hacer todas las mañanas antes de partir a la batalla. Un sonido solemne, pero también amenazador. Y, entonces, alzándose por encima del estrépito

de las espadas en los escudos, las flautas comenzaron a tocar el lamento de Aquiles, aquella música que me había obsesionado —casi me llevó al límite de la locura— en las semanas posteriores a su muerte.

Inmediatamente detrás del cuerpo de Príamo iba Ébano, guiado por el muchacho corto de entendederas al que se le daba tan bien calmar a los caballos, aunque incluso para él aquel debía de ser todo un reto. Excitado por la multitud, Ébano no dejaba de revolver la cabeza, hacer cabriolas y bailotear... Quizá para él, aquello parecía el comienzo de una carrera de cuadrigas; no podía saber que lo habían engalanado para el sacrificio. Pirro, con su armadura completa y la cabeza inclinada, caminaba unos pasos por detrás del caballo. En realidad, todos los mirmidones llevaban la armadura completa, aunque supongo que eso era lo que correspondía a la comitiva fúnebre de un rey. Pero cuando dejaron el camino y empezaron a moverse entre la multitud de hombres con túnica y capa formaron un riachuelo extraño y brillante. Mirmidones: hombres hormiga. Siempre me había parecido un nombre estúpido para unos hombres tan firmemente independientes, tan dispuestos a cuestionar la autoridad, cuyo respeto siempre había que ganarse: pero, al verlos así, oírlos y —a través de la vibración de la carreta— hasta sentir el poder y la precisión de aquellos pies que marchaban, entendí —creo que por primera vez— el terror que inspiraban en el campo de batalla.

Al fin, se detuvieron al pie de la pira. Los portadores subieron el cuerpo de Príamo por la ladera escarpada y lo dejaron sobre las andas mientras que otros hombres alrededor iban engrasando los leños con grasa de vaca y aceite. La muchedumbre observaba en un silencio absoluto, aunque pude oír a Hécuba gimotear un poco a mi lado. O, mejor dicho, eso me pareció, pues cuando me volví a mirar vi que era Casandra la que hacía aquel sonido. Hécuba ni se movió ni habló.

Una voz entonó en solitario un himno en alabanza de Zeus. Poco a poco, otras voces fueron uniéndose una a una hasta que toda la asamblea estuvo cantando:

*A Zeus cantaré,
el mayor y el más poderoso entre los dioses,*

el que todo lo ve, señor de todo...

He oído cantar ese himno en los templos por todo el mundo griego, pero nunca tan conmovedoramente como aquel día. Aún no había acabado cuando Calcas salió del grupo de hombres que había tras Agamenón y fue a situarse al pie de la pira. Cuando la música se desvaneció en un silencio, se dirigió en voz alta a Príamo:

—Que seas bien hallado en la casa de Hades. Tus enemigos te saludan.

Inmediatamente, a una señal de Agamenón, el ejército gritó a pleno pulmón el nombre de Príamo por tres veces —«¡Príamo! ¡Príamo! ¡Príamo!»—, y las gaviotas que habían empezado a posarse volvieron a alzar el vuelo y graznaron en lo alto.

Calcas hizo un gesto a Pirro, que miró sobre su hombro a los hombres que tenía detrás, pero avanzó hacia adelante. El chico que había estado acariciando el cuello de Ébano para tranquilizarlo se lo acercó más, y el caballo, al ver a Pirro, relinchó a modo de saludo. La multitud guardó silencio y Pirro desenvainó su espada y se volvió hacia Agamenón y los demás reyes:

—Ayer Calcas dijo ante todos vosotros que debo sacrificar a mi caballo Ébano al pie de la pira funeraria de Príamo.

Hubo una pausa durante la cual recorrió el círculo de rostros familiares.

—He pensado largo y tendido sobre el asunto y, con toda honestidad, os digo que no creo que eso sea lo que los dioses exigen de mí.

Una profunda inspiración de aire. Alrededor de nosotras, los hombres se miraban unos a otros con expresiones que iban de la sorpresa a la conmoción e incluso al horror. Pero Pirro levantó los brazos y esperó hasta que se hizo el silencio para seguir hablando:

—Por eso voy a ofrecer otro sacrificio más personal.

Levantó la espada, echó su larga trenza hacia delante y la cortó de un tajo tan cerca del cuero cabelludo como pudo. Podría parecer un sacrificio intrascendente, pero para los hombres que lo presenciaban no era ninguna cuestión trivial. Los soldados griegos estaban —están— sumamente orgullosos de sus largas melenas al aire. Casi como si pensaran que su fuerza reside en ellas. Un hombre puede arrojar un mechón de cabello a la

pira funeraria de su padre o de su hermano, pero es raro que se la corte por completo. Aquiles lo hizo por Patroclo —y en este momento no se me ocurre nadie más—. El tajo fue cuestión de segundos: luego Pirro se volvió, lanzó sus cabellos sobre los leños a los pies de Príamo antes de que nadie hubiera tenido tiempo de reaccionar; tomó la antorcha de uno de los guardias y encendió la pira. Inmediatamente, hombres con más antorchas acudieron al montón de leños y prendieron fuego en tantos puntos diferentes como pudieron. A veces, por bien engrasada que estuviera, la pira no prendía —sucedió en el funeral de Patroclo—, pero no había peligro de que eso sucediera aquel día. Con unos huesos secos tras la larga sequía, los leños empezaron a arder al instante. Un viento poderoso que llegaba del mar avivó las llamas lanzando hacia lo alto una columna de humo negro y chispas que se arremolinaban en el aire. Las llamas casi alcanzaron a un par de hombres que se hallaban cerca de lo más alto de la pira y tuvieron que saltar para ponerse a salvo.

En cuanto Hécuba vio que la pira comenzaba a arder, alzó la voz en un lamento, en un aullido de dolor sin palabras. La vasta muchedumbre de hombres que nos rodeaba permaneció silenciosa. Pirro y Calcas se quedaron mirándose el uno al otro. Yo reparé en la espada desenvainada de Pirro y en las filas de mirmidones armados con sus cascos que se desplegaban a ambos lados, dejándolo en un semicírculo erizado de lanzas. Calcas miró con inquietud a Agamenón, que hizo un leve gesto con la cabeza y le ordenó retroceder. En ese momento, dos águilas marinas que tenían su nido en el promontorio volaron sobre la pira.

Pirro señaló al cielo.

—¡Mirad! —dijo—. Zeus ha aceptado el sacrificio.

Convenía a los mirmidones creerlo. Dudo que nadie más lo hiciera, pero al ver a los mirmidones respaldando firmemente a su líder y obviamente preparados para el combate —y armados—, nadie tuvo ganas de discutir.

La pira ardería durante toda la noche. Normalmente, los hijos, nietos, hermanos y sobrinos del difunto se quedarían vigilando junto a ella, pero no quedaba nadie para hacerlo por Príamo. Tal vez Eleno trepara hasta el promontorio después de que anoheciera y prestase ese último servicio a su

padre —o tal vez no—. Podría estar demasiado asustado —o avergonzado—.

La multitud había empezado a dispersarse. Un par de hombres que pasaron junto a nuestra carreta iban más bien protestando.

«Calcas dijo que tenía que sacrificar al caballo. Nadie dijo nada del pelo. Si hubiera sido uno de nosotros, tendríamos que haberlo hecho». Gruñidos de asentimiento. «Bueno, está claro. Unas normas para ellos, y otras para nosotros. Siempre la misma mierda».

Las protestas no eran en voz alta, pero sí persistentes. Pirro aún no estaba fuera de peligro, todavía no. Al final, puede que el viento cambiase, pero también podía ocurrir lo contrario.

No creo que Hécuba oyera ni una palabra. Había seguido mirando la pira en llamas mientras el viento le levantaba los blancos cabellos hasta que estos se arremolinaron a su alrededor como si fueran llamas. Yo seguía agarrándola de la túnica, pero aun así me tomó por sorpresa su caída. Me tambaleé, pero la sujeté sin dificultad —no pesaba nada en absoluto— y la bajé hasta el asiento.

—Ha ido bien —le dije suavemente cuando recuperó un poco el sentido—. Le han rendido todos los honores.

Ella asintió y pareció encontrar cierto consuelo en ello, pero Casandra dijo secamente:

—Tendría que haber sacrificado al caballo. Calcas lo dejó clarísimo.

No bastaba para ella que su padre hubiera sido incinerado con todos los honores debidos a un gran rey. De haber podido, ella habría arrojado a Pirro mismo a las llamas y hubiera usado la grasa de su cuerpo para alimentarlas. Me recordó a cuando Aquiles sacrificó a los doce jóvenes troyanos, el orgullo y la esperanza de sus respectivas familias, en la pira funeraria de Patroclo. Eran iguales en su insaciable deseo de venganza. Una vez, solo unos días después de la caída de Troya, con el lamento de Aquiles repitiéndose infinitamente dentro de mi cabeza, había pensado: «Necesitamos una nueva canción». Y así era. Lo sigue siendo. Pero una canción no es nueva simplemente porque la cante una voz de mujer.

Queriendo llevar a Hécuba de vuelta a casa y a su cama lo antes posible, busqué con la mirada a nuestro conductor. Por fin lo vi venir resueltamente

hacia nosotras pendiente arriba. Cuando vio a Hécuba, pareció preocupado.

—No te preocupes, bonita —me dijo—. La llevaremos a casa enseguida. Solo dejemos que esto se despeje un poco primero.

Esperó a que un grupo de rezagados pasara y entonces nos pusimos en marcha. Hécuba no dejaba de volverse todo el tiempo para mirar las llamas.

Un poco más adelante, vi a Andrómaca caminando sola. Debió de quedarse atrás cuando Pirro y los mirmidones se fueron. Cuando la llamé por su nombre, se giró.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —dije—. Hay espacio de sobra.

Asintió y la ayudé a subir a la carreta. Me pareció que Casandra saludaba a su cuñada con bastante frialdad: pero Hécuba se mostró más hospitalaria y se acercó para tomar las manos de Andrómaca. Y así, rebotando y dando tumbos, pasamos por las caballerizas, donde me fijé en que las guirnaldas sacrificiales de Ébano yacían en el suelo en pedazos pisoteados y cubiertos de mugre.

Andrómaca y yo nos bajamos delante del barracón de las mujeres, y juntas vimos cómo la carreta cruzó las puertas y siguió rodando a trompicones.

Después, aquella misma tarde, empezó a llover. Aunque decir eso es quedarse corta. El suelo estaba demasiado sediento como para absorber la repentina inundación: los charcos crecieron en todas partes y todos los montes se transformaron en ríos. Inmensas columnas grises de lluvia cubrieron el campamento dirigidas por un viento que soplaba con incansable ferocidad del mar. Me pregunté si Calcas estaría empezando a ponerse nervioso, pero luego pensé: «No, no tiene por qué». Siempre podría culpar a Pirro por no haber obedecido la voluntad de los dioses. Pese al diluvio, salí a pasear; pero solo había recorrido unos metros cuando sentí el pelo aplastado contra el cráneo. Con el agua en los ojos, casi estuve a punto de chocar con Macaón, que me saludó alegremente al pasar junto a mí convertido en apenas un borrón.

—¿Qué te dije yo? —gritó volviendo la cabeza por encima del hombro y señalando al cielo con las dos manos—, ¡EL TIEMPO!

Una honda inquietud se extendió por el campamento aquella noche a medida que los hombres se enfrentaban al hecho de que el temporal seguía soplando y su situación había empeorado por la nueva desgracia que suponía el azote de la lluvia. Alcimo vino a casa un momento, pero luego enseguida volvió a irse. Tenía que llevarse a una cuadrilla de trabajo al promontorio, donde luchaban por mantener la pira encendida. Echándome mi capa sobre la cabeza, me dirigí chapoteando al salón porque pensé que habría que mandar allí arriba vino y comida y no confiaba en nadie que pudiera organizado. De vuelta, me pasé a ver a las chicas y las encontré apáticas, aburridas y malhumoradas. Decidí que ese no era mi problema y fui a dar otro paseo.

A dondequiera que fueses te salía al encuentro el olor a pelo y lana mojados. Los hombres, tapándose la cabeza con sus capas, se habían acurrucado junto a los fogones —fogones que humeaban, chisporroteaban y amenazaban con apagarse definitivamente—. La carne estaba, siendo optimistas, a medio hacer; el vino era el único consuelo al que podían confiarse, y desde luego que bien diluido se lo estaban tomando. Ni canciones, ni risas, ni conversación —y la poca que se oía, casi todo gruñidos—. Por supuesto que todavía habrían seguido luchando por Pirro, pero su pretensión de conocer la voluntad de los dioses mejor que Calcas —quien, después de todo, era el augur principal del ejército— no les había sentado demasiado bien. La mayoría habría preferido que sacrificaran a Ébano.

La lluvia siguió cayendo con insistencia toda la noche. Los grupos alrededor de los fogones se dispersaron pronto, y los hombres fueron tambaleándose en busca del abrigo que pudieran brindarles sus cabañas. Pero en las últimas semanas los daños causados por la tormenta habían sido considerables y muy pocos se habían reparado. Como resultado, los tejados con goteras se añadían a la inquietud general. Cuando volví de mi paseo, descubrí tres goteras en mi propia cabaña, así que llevé cubos del patio y un cuenco lo bastante grande para recoger las gotas que estaban cayendo sobre el aparador. En medio de todo aquel caos, me senté y traté de hilar, pero la lana se notaba húmeda y estaba llena de esas molestas bolitas que tan difícil resulta quitar. Desde donde me encontraba, oía el agua gotear en los cubos y el cuenco, pero las gotas caían tras intervalos impredecibles, y cada una hacía un ruido ligeramente distinto. Podrá parecer una molestia de poca importancia, pero creedme si digo que después de una hora pensé que iba a enloquecer, así que dejé la lana y me fui a dormir. La cuna crujía: el bebé daba patadas. Creí que sería imposible dormir, pero de algún modo, sin dejar de escuchar la lluvia, me acabé sumiendo en el sueño.

Estaba a punto de amanecer cuando me desperté bruscamente y me quedé con la boca seca y en estado de pánico mirando a la oscuridad. Por un momento, ni era capaz de recordar dónde estaba. Agucé el oído esforzándome por identificar lo que quiera que me hubiese despertado. ¿Había sido Alcimo al entrar? ¿Una de las chicas, llamando a la puerta?

Entonces, muy lentamente, empecé a darme cuenta de que lo que estaba oyendo era el silencio. Por supuesto, no sería más que el momento de calma antes del alba que llevaba semanas atormentándonos con su diaria renovación de la esperanza —invariablemente frustrada—. Con suerte, podría dormir una hora más hasta tener que levantarme; así que me acosté de lado y me tapé con las mantas hasta la barbilla, pero fue imposible. No se oía otro sonido que el tic, tic, tic de las gotas al caer en los cubos. Incluso la cuna había dejado de crujir.

Al final, me levanté, cogí mi capa y salí. Por todo el recinto las puertas estaban abiertas y los hombres daban tumbos con cara de asombro y parpadeando por efecto de la luz. Sus movimientos parecían erráticos y rígidos, como si fueran armaduras que estuvieran aprendiendo a caminar. Miré a mi derecha y vi que las chicas habían salido en estampida de la cabaña y estaban en las escaleras mirando a su alrededor como si vieran el lugar por primera vez. Lo extraño era que nadie hablaba, como si todos tuvieran miedo a romper aquel silencio infinitamente frágil.

Entonces, desgarrando la suave seda del aire, un hombre gritó, e inmediatamente otros se le unieron: bailaron, cantaron, chapotearon en los charcos hasta que el barro les llegó a los muslos, y luego salieron corriendo. Corrieron directamente a los barcos en una estampida imparable a pesar de que oí a Automedonte gritarles que se detuvieran y regresaran. Los barcos no estaban cargados, dos de ellos necesitaban reparaciones, y no podían saltar a bordo y empezar a remar de vuelta a casa sin más. Pasado un rato, empezaron a entrar en razón, si es que bailar y dar volteretas por la arena puede considerarse entrar en razón. Pirro apareció, con aspecto de pollo al que solo le han salido la mitad de las plumas después de haberse cortado el pelo. Tras él venía Eleno, y ambos llevaban los ojos enrojecidos por el humo. Debían de haber pasado la noche vigilando juntos la pira. Tal vez incluso habían rastrillado las cenizas para recoger los huesos de Príamo.

Después de hablar con Automedonte, Pirro entró a vestirse. En cuestión de minutos, toda la acción se había trasladado hasta la playa. Las mujeres se habían quedado solas en el recinto, como solía suceder cada mañana cuando los hombres iban a la guerra. Era una experiencia extraña escuchar aquellos gritos de júbilo tratando de imaginar lo que ello significaba para nosotras.

Era obvio lo que significaba para los griegos: ellos volvían a su casa. Pero ¿a dónde iríamos nosotras? Miré a Andrómaca. Ya no le quedaba nada allí, todos sus seres queridos habían muerto y, sin embargo, yo sabía que no quería marcharse. Había dado a luz allí; sus muertos estaban enterrados en aquella tierra. Aquel era su hogar.

Todas las chicas parecían abatidas ante la desoladora perspectiva del exilio. Yo seguía diciéndome que no había nada seguro todavía. Y una parte de mí aún esperaba que el viento volviera a soplar en cualquier momento, aunque no se lo dije a las otras.

Al final, simplemente nos acurrucamos juntas escuchando los gritos de los hombres en la playa. Viendo la lluvia caer.

Odiseo fue el primero en partir. Siempre había sido el más impaciente, el más desesperado por volver a casa.

Vi cómo se llevaban a Hécula. Todas las mujeres se habían congregado en la playa para decirle adiós, aunque ella apenas levantó la vista de la plancha bajo sus pies —e incluso cuando estuvo a salvo a bordo permaneció en la popa mirando por encima de nosotras las torres renegridas de Troya—. Le gritamos: «¡Adiós, buena suerte!» y no dejamos de mover los brazos hasta que la niebla engulló por completo su melena blanca.

Cuando las mujeres se dispersaban, vi a un hombre inmensamente alto que destacaba con elegancia entre la multitud igual que una garza real en un estanque lleno de patos. Calcas —no podía ser otro—, pero Calcas como nunca antes lo había visto: sin pintura en el rostro, sin ínfulas rojas, sin báculo sacerdotal. Estaba a punto de dejarlo atrás cuando me saludó. Al volverme, comprendí que estaba viendo su rostro por primera vez, encontrándome con él por primera vez —esa fue mi sensación—. Se podía ver que en tiempos había sido extraordinariamente hermoso, pero lo que de verdad me impresionó fue su timidez. No había reparado en ella hasta entonces.

Tras las preguntas convencionales, dijo:

—Voy a echarla de menos.

—Sí, yo también.

Seguimos caminando juntos. Al bajar la vista, advertí que llevaba la misma túnica corta que solían vestir los soldados griegos —lo que implicaba que también estaba viendo sus piernas por primera vez—. Eran larguiruchas y pálidas debido al largo confinamiento bajo las faldas talaes

—definitivamente, una desgracia para la masculinidad troyana—. Hele tenía mejores piernas.

—¿Te vas pronto? —pregunté.

—No voy a irme.

—¿No?

—No.

Miré alrededor el recinto desierto de Odiseo.

—Pero aquí no habrá nada.

—Hay comida de sobra en la huerta de Príamo. Y no creo que vaya a quedarme aquí para siempre. Espero moverme —sonrió—, y ver si puedo encontrar alguna ciudad que Aquiles no saqueara...

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué me quedo? Quiero volver a Troya. Yo solo tendría... No sé... Doce años. Cuando me llevaron al templo. Mis padres eran pobres. Yo no me llevaba bien con mi padre. Fue un mal menor, supongo. Pero yo no lo elegí. Y ahora quiero volver.

—¿De verdad, a Troya?

Se encogió de hombros. No hacía falta que le hiciera ver los horrores a los que se enfrentaría allí: él los conocía perfectamente.

—Solo quiero irme a casa —dijo—. ¿No es eso lo que todos queremos en realidad? ¿Retroceder en el tiempo?

—Sí... Pero es algo que suele considerarse imposible.

—Bueno, entonces fracasaré.

Nos detuvimos y contemplamos el mar. En aquel momento, casi milagrosamente, la niebla se abrió en dos y vimos los barcos de Odiseo en el preciso momento en que los hombres dejaron de remar y comenzaron a subir las velas.

—Espero que ella esté bien —dije.

—Penélope es amable, o, al menos, eso dice todo el mundo.

—Pero no es la libertad, ¿no?

De reojo vi que estaba intentando ahogar las lágrimas. Luego se volvió hacia mí e intentó hablar, pero enseguida movió la cabeza y con una reverencia apresurada echó a andar a paso rápido por la playa hacia las cabañas.

Miré de nuevo al mar, pero la niebla había vuelto a cerrarse y ya no se veían los barcos de Odiseo.

Y ahora voy a romper una de mis reglas. Hasta aquí, al contar la historia de mi juventud, he intentado no hacer ninguna referencia a los hechos que solo conocí más tarde, a veces —como el destino de Odiseo y sus barcos— muchos años después. Pero creo que estará justificado que haga una excepción con Hécuba. Después de todo, si la niebla no hubiera llegado a cerrarse, podría haber visto perfectamente lo que sucedió a continuación.

En el preciso momento en el que las velas se izaron, Hécuba, que se había acurrucado en un rincón, se transformó en un perro rabioso con espuma en la boca y los ojos inyectados en sangre, y antes de que nadie hubiera podido detenerla, trepó hasta el palo mayor y allí se quedó, gruñendo desafiante a los griegos abajo, hasta que saltó en busca de la muerte.

Nadie parece saber si cayó en la cubierta o en el mar. A mí me gusta pensar que fue en el mar.



No hubo multitudes para despedir a Elena. Fui a verla marcharse y permanecí sola en playa, viendo cómo una docena o más de rollos cilíndricos eran cuidadosamente cargados en el barco de Menelao. Una figura alta envuelta en una capa oscura estaba supervisando la operación. Di por hecho que se trataba de un hombre hasta que volvió el rostro hacia mí y vi que era Elena, asegurándose de que sus tapices se almacenaban adecuadamente. Nada más —me parece— le importaba a Elena al final. Ni su hija ni, desde luego, ninguno de los hombres que la habían amado. Vivía únicamente para y por su trabajo.

Nos miramos sobre un abismo de tiempo y experiencia abierto entre nosotras. Ella hizo un gesto de despedida apenas perceptible con su pequeña mano blanca, y entonces bajó rápidamente a la bodega.



Inevitablemente, llegó el día en que Agamenón estuvo listo para partir. Atravesé el campamento casi desierto para ver a Ritsa, decidida a no entristecerla con mis lágrimas. La encontré fuera de la cabaña de Casandra, supervisando la carga de los objetos domésticos sobre una carreta. Vino hacia mí secándose las manos en la tela de arpillera que llevaba anudada alrededor de la cintura —un gesto dolorosamente familiar—. Siempre lo hacía, tanto si necesitaba limpiarse las manos como si no. Nuestra despedida fue, como todas las despedidas de ese tipo, incómoda. Creo que ambas queríamos que acabara —encontrar el alivio de dejarla atrás— y, aun así, al mismo tiempo, nos aferrábamos a cada segundo que transcurría. Recuerdo que en un momento pasó un grupo de mujeres de camino a los barcos. Distinguí la forma corpulenta de Maire, con el bebé aún envuelto contra su pecho y medio escondido por su manto. Justo en el momento de reconocerla, miró hacia nosotras y sonrió. Unos instantes después se perdía de vista.

Me giré y encontré a Ritsa mirándome.

—Estarán bien —dijo—. ¿No te dije que yo cuidaría de ellos?

Mi determinación de no llorar duró hasta el momento de decirnos adiós; entonces me derrumbé y empecé a aullar como una niña pequeña:

—¡Pero yo quiero que estés allí!

Me refería al parto.

—Sabes que estaría si pudiera. —Me dio una palmadita tranquilizadora en el vientre—. Lo harás bien.

En el camino de vuelta al recinto de Pirro, fui a ver a Hecamede. Los barcos de Néstor estaban a punto de zarpar. Otro adiós. Era ahora más optimista acerca del futuro de Hecamede de lo que había sido durante algún tiempo. La salud de Néstor parecía mejorar, y mientras el viejo cabrón se las arreglara para seguir con vida, pensaba que ella estaría bien. Nos abrazamos, y luego tuve que dejarla marcharse.

Primero Ritsa, ahora Hecamede. Me fui sabiendo que con toda seguridad nunca volvería a ver a ninguna de las dos.



Queriendo aliviar el dolor de haberme despedido de mis amigas, me dirigí hacia los bajíos de la playa y me agaché —sin demasiada esperanza— en busca de alguna señal de vida. Incluso a pesar de la angustia que me producía el adiós a Ritsa, sentí algo de la emoción que solía sentir de niña de la mano de mi madre cuando ella me ayudaba a andar por las resbaladizas rocas. Una estrella de mar fue todo lo que encontré, pero estaba muerta. A mi madre le encantaban las estrellas de mar —le encantaba toda la vida que se observa al borde de la playa, pero las estrellas de mar en particular— y a mí me había transmitido ese amor. Me incliné para examinar el pálido cadáver. Lo habían malherido antes de morir, porque le faltaba uno de sus miembros, que yacía a alguna distancia del resto de la criatura. Al acercarme, mi sombra se proyectó sobre el agua, y de inmediato la estrella de mar volvió a la vida y comenzó a moverse lentamente hacia el borde de un alga colgante. No solo eso: el miembro cortado también empezó a moverse en busca de un refugio. Me dieron ganas de reír, porque entonces me acordé: eso es lo que ocurría. Oí la voz de mi madre al explicármelo: a la estrella de mar le crece un nuevo miembro y el miembro amputado se transforma en una estrella de mar, y, de ese modo, de un individuo herido y mutilado salen dos criaturas completas.

Ver aquello me dio esperanza, y, sí, sé que es ridículo. ¿Qué podría yo tener en común con una estrella de mar? Y, sin embargo, de repente, encontré la fuerza para levantarme, para mirar por última vez al túmulo funerario de Aquiles y para dirigirme rápidamente de vuelta al recinto, donde los mirmidones ya casi estaban listos para zarpar.

Las chicas habían metido su escasas posesiones en bolsas de algodón y nos arracimamos todas en la terraza esperando que nos dijeran a dónde ir. Hele me miró con sus ojos brillantes al acercarme. De algún modo, sin haber hablado mucho nunca, parecíamos haber trabado una amistad. Me sentía tranquila dejando a las chicas con ella. No vi a Andrómaca en el grupo y eso me preocupó, así que fui en su busca. Mis pasos resonaron en la habitación vacía, que de repente parecía mucho mayor. Estaba a punto de enfilar el pasillo que llevaba a su dormitorio cuando oí un movimiento en el patio trasero. Estaba recogiendo malvas, que crecían con la misma profusión que las malas hierbas en aquella época del año. En realidad,

probablemente fueran malas hierbas. Ahora mismo estoy viendo grandes matas de ellas desde la ventana de mi dormitorio. Pero, malas hierbas o no, nunca he sido capaz de arrancarlas.

—¿Andrómaca?

Con los brazos llenos de malvas, volvió el rostro hacia mí y dijo una sola palabra:

—Amina.

—No sé dónde está enterrada.

Ni siquiera sabía si la habían enterrado. Lo más probable es que hubieran arrojado su cuerpo desde el promontorio. Aunque entonces pensé: «Pero sí sé dónde murió».

Así que juntas tejimos una corona de malvas y la llevamos hasta la cabaña de la lavandería, cuyo aspecto era casi el de siempre: tendederos agitándose con la brisa, una hilera de tinas donde las camisas manchadas de sangre se ponían en remojo y, justo en el medio de la habitación, la gran mesa con la plancha de mármol. Había lavado el cuerpo de Patroclo sobre aquella mesa, y el de Héctor, y el de Aquiles —pero enseguida aparté todos aquellos recuerdos—. Era el momento de Amina.

Dejamos la corona en la mesa y permanecemos un momento con la cabeza inclinada. No estoy segura de si logré rezar, pero la recordé a ella: los ojos tan separados, los hombros erguidos, su absoluto rechazo a claudicar.

Luego salimos y fuimos a unirnos al resto de las mujeres y, unos minutos después, apareció Alcimo y nos condujo a los barcos.



PAT BARKER nació en Thornaby-on-Tees, Inglaterra, en 1943. Publicó su primera novela, *Union Street*, en 1982, y desde entonces ha escrito ocho obras más, entre ellas *Línea difusa*.

Criada y educada por sus abuelos, fue precisamente la cruel experiencia vivida por su abuelo en la Primera Guerra Mundial lo que motivó a Barker para escribir su famosa trilogía compuesta por *Regeneration*, *The Eye in the Door* (Premio Guardian 1993) y *The Ghost Road*, esta última ganadora del Premio Booker en 1995.

Además, Barker ha sido profesora de Relaciones Internacionales en la London School of Economics.